

NAPOLEON

EXPLICADO POR SI MISMO



III

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
MADRID





1168498

DR

2070

Siwita

Siwita -

1931

1891
The
-

N A P O L E Ó N

EXPLICADO POR SÍ MISMO

MEMORIAL
DE SANTA ELENA

POR EL
CONDE DE LAS CASES

Versión castellana.

TOMO III



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

2070

M C M X X

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1926

M A D R I D

MEMORIA

DE SANTA ELENA

DE LA CIUDAD DE

...



Fondo bibliográfico
Dirección de Biblioteca
Biblioteca Pública de Santa

5078

SIGUE EL

DIARIO DE LA ISLA
DE
SANTA ELENA

DUDAS HISTÓRICAS.—EL DUQUE DE ORLEÁNS, REGEN-
TE.—MADAMA DE MAINTENÓN.—SU CASAMIENTO CON
LUIS XIV.

31.—El Emperador se levantó muy temprano y dió solo la vuelta al parque. Después, no queriendo despertar a nadie, llamó a mi hijo, que estaba levantado, y le dictó, por espacio de dos horas, debajo de la tienda, y en seguida almorzamos todos con él.

Acabado el almuerzo, dimos un paseo en coche, y el Emperador habló de sus dudas históricas; después de varias citas muy curiosas, terminó con una respectiva al regente. «Si Luis XV hubiese muerto en su niñez—decía—, lo que era muy posible, ¿quién hubiera dudado que el duque de Orleáns habría sido el envenenador de toda la familia real? ¿Quién habría osado defenderlo? Ha sido preciso que sobreviviese un niño para que se pudiese sobre este punto hacer justicia a aquel príncipe.» Y hablando en seguida sobre el carácter del mismo duque, y principalmente sobre

su culpa en el asunto de los príncipes legitimados: «En esto se degradó—decía Napoleón—, y no porque la causa de éstos fuese buena: Luis XIV usurpó un derecho llamándoles a la sucesión. La nación, en la extinción de la familia real, vuelve a entrar indudablemente en sus derechos; a ella le toca elegir. El acto de Luis XIV no fué, sin duda, más que un error de su elevación. Creía que cuanto salía de él debía ser grande, y, sin embargo, aparentaba dudar que los demás no pensaban como él, pues tomó sus precauciones para consolidar su obra, dando sus hijas naturales a los príncipes de sangre real, y casando a sus hijos bastardos con las princesas de su casa. En cuanto a la regencia, es indudable que correspondía de derecho al duque de Orleáns. El testamento de Luis XIV no debe considerarse sino como una necedad; violaba nuestras leyes fundamentales, pues éramos una Monarquía y nos dió una república por regencia, etc.»

Pasando de esto a madama de Maintenón, dijo el Emperador que esta señora había hecho una de las carreras más extraordinarias; que era la *Bianca Capello* de su tiempo, menos novelesca, aunque no tan divertida; y prosiguiendo sus dudas históricas, tocó el misterio de su casamiento; no estaba muy seguro de su certeza, considerándolo como un problema, a pesar de cuanto han dicho sobre el particular las *Memorias* de aquella época.

«El hecho es—añadió—que no existe ni ha existido nunca prueba alguna de oficio y auténtica. ¿Y cuál podía ser el motivo de Luis XIV de tener estrictamente secreta aquella medida en su tiempo y para lo porvenir? ¿O de qué modo la familia de los Noailles, parienta de madama de Maintenón, nunca ha dejado

penetrar nada sobre este asunto, y sobre todo la misma señora que sobrevivió a Luis XIV?»

Sintiéndose fatigado el Emperador, se retiró muy temprano; manifestaba sufrir mucho, y estaba triste y abatido.

CAMPAÑA DE SAJONIA O DE 1813.—VIOLENCIA; SALIDA DE NAPOLEÓN.—REFLEXIONES.

2 de Septiembre.—Este día hubo corrida de caballos en el campo; uno de nosotros concurreció a ella.

El Emperador salió bastante tarde, y se encaminó hacia el coche; mas como el viento era muy fuerte, renunció a su paseo y se refugió debajo de la tienda; pero ni aun allí se halló bien: pasó a su biblioteca, tomó las cartas de madama de Chateauroux y hojeó la expedición de Bohemia, analizada por el mariscal de Belle Isle, etc. En seguida trató de dar algunas vueltas por el jardín; pero se volvió al momento.

Tomando después una obra que trataba de nuestras últimas campañas, leyó en ella algún tiempo, y al dejarla, dijo: «Es una verdadera rapsodia y un tejido de necedades y absurdos.» Y deteniéndose en esta conversación, habló mucho de la famosa campaña de Sajonia: sus observaciones fueron más bien morales que militares; he aquí lo más interesante que retuve:

«Aquella memorable campaña — decía — será el triunfo del valor innato de la juventud francesa, de la intriga y audacia de la diplomacia inglesa, del talento de los rusos y de la imprudencia del Gabinete austriaco; marcará la época de la desorganización de las sociedades políticas y la de la gran separación

de los pueblos con sus soberanos; en fin, la deshonra de las primeras virtudes, tal como la fidelidad, la lealtad y el honor. Por más que escriban, comenten, mientan y supongan, será preciso de todos modos llegar a este horroroso y triste resultado, y el tiempo patentizará las consecuencias.

»Pero lo más notable que hay en esto es que, en el fondo, las infamias son ajenas de los reyes, de los soldados y de los pueblos, y sólo son obra de algunos *intrigantes de espada*, de ciertos políticos osados, que bajo el especioso pretexto de sacudir el yugo del extranjero y de recuperar la independencia nacional, no han hecho más que vender a sabiendas sus respectivos amos a unos Gabinetes rivales y ambiciosos. Los verdaderos resultados no han tardado mucho tiempo en mostrarse: el rey de Sajonia ha perdido la mitad de sus Estados, y el de Baviera se ha visto forzado a unas restricciones muy precisas. Mas ¿qué importa esto a los traidores? Ellos conservan sus recompensas y riquezas. Y los corazones íntegros y las almas más inocentes son los que presentan el espectáculo solemne de los mayores castigos. ¡Al rey de Sajonia, el hombre más honrado que jamás haya empuñado el cetro, se le despoja de la mitad de sus provincias; al rey de Dinamarca, tan religioso observador de sus empeños, se le arrebató una corona! He aquí, sin embargo, lo que en ellos pretenden llamar la restitución de la moral y su triunfo. ¡Tal es la justicia distributiva de los hombres!

»No obstante, lo repetiré mil veces para honor de la humanidad, y aun de los tronos, en medio de tantas infamias, nunca se hallaron más virtudes; no tuve ni un momento que quejarme de las acciones perso-

nales de los príncipes mis aliados. El buen rey de Sajonia me permaneció fiel hasta el último trance; el de Baviera me hizo lealmente prevenir que ya no era dueño de sí mismo; la generosidad del rey de Wurtemberg se hizo notar particularmente; el príncipe de Baden sólo cedió a la fuerza y en el último apuro. A todos les debo esta justicia: me advirtieron con tiempo, a fin de que yo pudiera parar el golpe. Mas por otro lado, ¡cuántas abominaciones en los subalternos!... Los fastos militares, ¿perdonarán nunca la infamia de los sajones, que se volvieron contra nosotros en las mismas filas para degollarnos? La voz *saxoner* ha quedado entre los soldados como proverbio para significar una tropa que asesina a otra hallándose en las mismas filas. Y, para colmo del dolor, un hombre a quien la sangre francesa dió una corona, una hechura de Francia, es quien nos dió el último golpe, ¡gran Dios!...

•Y lo más aciago de mi situación, y que más angustiaba mi alma, era que veía claramente llegar el momento decisivo. La estrella se oscurecía; conocía que se escapaban las riendas, y no podía sujetarlas. Sólo un golpe tan imponente como el rayo pudo salvarnos; pues tratar y concluir era lo mismo que entregarse torpemente al enemigo. Lo veía palpablemente, y creo que la experiencia ha probado suficientemente que no me engañé. No quedaba, pues, otro recurso que combatir, y por una y otra fatalidad la probabilidad del éxito disminuía diariamente: las traiciones empezaban a introducirse entre nosotros, y la fatiga y el desaliento se apoderaban de la mayoría. Mis segundos todos se volvían débiles, ignorantes, torpes, y, por consecuencia, desgraciados: no eran ya los hombres del princi-

pio de nuestra revolución, ni los de mis gloriosas épocas. Infinitos han osado responder a esto, según me aseguran, que en un principio se batían por la república y la patria, al paso que últimamente sólo combatían por un solo hombre, sus intereses e insaciable ambición, etc.

»¡Indigno refugio!... Pregúntese a esa inmensidad de jóvenes y valientes soldados, a esa multitud de oficiales subalternos, si les vino nunca a la idea semejante cálculo; si delante de ellos vieron jamás otra cosa que al enemigo, y detrás el honor, la gloria y el triunfo de Francia. ¡Así es que éstos nunca se batieron mejor!... ¿Para qué disimularlo y no decirlo francamente? La verdad es que, generalmente, los principales generales estaban satisfechos: yo los había colmado demasiado de consideraciones, honores y riquezas; habían bebido en la copa de los goces; por esto, en adelante sólo deseaban el reposo, y lo habrían comprado a cualquier precio. El fuego sagrado se había extinguido, y hubieran querido ser los mariscales de Luis XV.» Si estas palabras necesitasen comentario, si el sentido quedase así, como en infinitas otras partes de mi *Diario*, en cierto modo incompleto, que no se me pregunte más sobre el particular: yo recogí lo que pronunció y nada más sé. Ya he advertido muchas veces que cuando el Emperador hablaba yo no me atrevía ni a preguntarle ni a disertar sobre el objeto de sus discursos. Sin embargo, por lo tocante a esta célebre campaña de 1813, puedo añadir que por distintos fragmentos de varias conversaciones de Napoleón, que no he trasladado en sus respectivos lugares, me hallo convencido, en efecto, que estaba muy lejos de engañarse sobre la crisis que amenazó en-

tonces a Francia; que juzgó muy bien de toda la inmensidad del peligro que le rodeaba cuando empezó la campaña. Desde su vuelta de Moscou previó el riesgo y se resolvió a conjurarlo, decidiéndose a los mayores sacrificios; pero le pareció muy delicado el momento para declararlo así, y este último punto era para él de la mayor importancia. Si su poder material, decía, era grande, el de la opinión era mucho mayor, llegando hasta el delirio: se trataba de no perderlo, y una medida imprudente o una palabra inoportuna podían destruir para siempre todo el prestigio. Le era preciso una grande circunspección y una confianza extremada y aparente en sus fuerzas, y, sobre todo, aguardar lo venidero.

Su gran falta, su error fundamental, fué el de creer siempre que sus adversarios tenían tanta perspicacia y conocimiento de sus verdaderos intereses como él mismo. Desde el principio sospechó—decía—que Austria trataría de aprovecharse del mal paso en que se hallaba para arrancarle grandes ventajas, y en el fondo estaba decidido a ello; pero no se pudo persuadir que hubiese tanta ceguedad en el monarca, ni bastante traición en sus consultores para querer abatirle enteramente, entregando de este modo su propio país a merced del poder, en lo venidero indestructible, de Rusia. El Emperador hacía el mismo raciocinio respecto de la Confederación del Rhin: que podía tener algunas quejas de él, pero que debía, sin embargo, temer mucho más caer bajo el yugo de Austria y de Prusia. Esta última potencia, en sentir de Napoleón, no estaba muy lejos de hallarse en el mismo caso: creía que no podía querer la destrucción total de un contrapeso necesario a su independencia, y

aun a su misma existencia. Así es que Napoleón no dudaba del odio de sus enemigos, de la prevención, y quizás malevolencia, de sus aliados; pero no podía suponer en los unos y en los otros el deseo de destruirle enteramente: tan necesario se creía para todos, y, por lo tanto, obraba en su consecuencia.

He aquí la idea dominante de Napoleón en toda aquella gran crisis, que puede servir de clave de su conducta política hasta el último momento, incluso el de su caída; es preciso no perder esto de vista, pues explica muchas cosas y tal vez el todo; su actitud hostil, sus palabras arrogantes, su negativa a tratar y su determinación de combatir, etc., etc.

Si hubiera vencido, decía, habría hecho entonces algunos sacrificios con honor y la paz con gloria, conservando intactos los prestigios de su superioridad. Si, por el contrario, sufría grandes reveses, estaba siempre a tiempo de efectuar los sacrificios, y el interés vital de Austria, el de los verdaderos alemanes, estaría siempre pronto para sostenerle con las armas o su diplomacia; tan persuadidos los suponía (como él lo estaba) de cuán necesario era en lo sucesivo para conservar la estructura, el reposo, la seguridad y aun la existencia de Europa. Pero ¡ah!, de lo que pudo dudar fué cabalmente lo que le permaneció fiel; la victoria no le abandonó; sus primeros triunfos son increíbles y admirables, pero lo que le pareció infalible fué lo que le faltó; sus aliados naturales le vendieron y precipitaron.

Napoleón, desde el momento de su primera victoria en Lutzen, propuso auténticamente un congreso general. En su opinión, éste era el único modo de poder arreglar francamente el reposo universal, asegu-

rar la independencia de Francia y la garantía del sistema moderno. Cualquiera otra vía de negociación no le parecía más que un engaño; y si aparentó separarse de este principio aceptando la mediación de Austria y las conferencias de Praga, fué porque a medida que pasaba el tiempo se complicaban más y más los asuntos. La derrota de Victoria, la evacuación de España y el espíritu de Francia, que iba deteriorándose, empeoraron mucho su situación; bien adivinaba cuál sería el resultado de aquellas negociaciones; pero asimismo quería ganar tiempo y ver venir los acontecimientos. En manera alguna se engañaba sobre el papel que representaba Austria, y sin conocer precisamente hasta qué punto llegaría su dolo, supo muy bien aclarar su conducta tortuosa, su lentitud y determinación. En Dresde tuvo hasta conversaciones personales con el primer negociador de esta potencia, que se dejó penetrar suficientemente. Habiendo dicho el Emperador que todavía podía presentar ochocientos mil hombres a sus enemigos, se dice que el negociador se apresuró a añadirle: «Vuestra majestad podrá decir un millón doscientos mil, pues en su mano está disponer de todos los nuestros.» ¡Mas a qué precio querían que se los comprasen! No se trataba nada menos que de la restitución de Iliria, de la cesión del ducado de Varsovia, de la frontera del Inn, etcétera, etc.» «¿Y sobre qué hubiera yo podido contar después?—decía el Emperador—. Conceder todo esto, ¿no era desacreditarse por nada y facilitar a Austria los medios de pedirnos más o de combatirnos en seguida con más ventaja?» Y volvía a pensar que, hallándose los verdaderos intereses de Austria ligados con nuestro peligro, seguramente la hallaríamos más

en nuestras concesiones. Se hizo, pues, sordo a todas las proposiciones, pero tampoco sospechó los compromisos que ya tenía hechos Austria con sus enemigos, y se asegura haber dicho jocosamente a su negociador, a quien trataba con bastante familiaridad: «Conque, Fulano, ¿cuánto le han dado a usted por eso? Confiésemelo usted, etc., etc.»

¡Cuánto debió sufrir Napoleón en aquella ocasión! ¡A qué dura prueba se puso su paciencia! ¡Y sin embargo, cuánto se le acusó en aquel tiempo de no haber querido la paz!

«¡Cuáles serían—decía—mis tribulaciones al hallarme solo para juzgar de la inminencia del peligro y precaverlo, al verme colocado entre los coaligados, que amenazaban nuestra existencia, y el espíritu del interior, que en su ceguedad aparentaba hacer causa común con ellos; entre nuestros enemigos, que se preparaban para confundirme, y las instigaciones de todos los míos y aun de mis ministros, que me instaban para que me arrojase en sus brazos! ¡Y yo tenía que mantenerme firme en tan crítica posición!... Responder vigorosamente a los unos y rebatir con dureza a los otros, que me creaban nuevas dificultades, fomentando la mala inclinación del espíritu público en lugar de ilustrarlo, dejaban que la voz pública me pidiese la paz, cuando hubieran debido convencer a todos de que el único medio de obtenerla era instándome ostensiblemente a la guerra.

•Por lo demás, yo estaba ya decidido y aguardaba los acontecimientos, resuelto a no prestarme a concesiones o tratados, que no hubieran sido para nosotros sino un mal remiéndose momentáneo y de consecuencias inevitablemente funestas; todo partido medio era

mortal para mí, y no podía salvarme sino con la victoria, que habría sostenido mi poder, o con la catástrofe, que me debió procurar nuevos aliados, etc., etc.»

Ruego al lector que se detenga sobre este último pensamiento, que indiqué ya más arriba; quizás se creerá que lo repito demasiado, pero es porque estoy persuadido de la necesidad de hacerlo inteligible; pues aun cuando lo penetro perfectamente, estuve mucho tiempo antes sin comprenderlo: tan paradójico y sutil me parecía.

«¡Qué situación!—continuó el Emperador—. ¡Yo, que veía que la patria, su destino, sus doctrinas y porvenir dependían de mi sola persona!—Pero señor—me atreví a decirle—, eso es lo que todos decíamos y los diferentes partidos se lo echaban a vuestra majestad en cara, añadiendo agriamente: ¿Pero por qué se ha puesto en el caso de hacerlo depender todo de su persona? - Acusación común y vulgar—repuso vivamente el Emperador—; aquella situación no la elegí yo, ni fué culpa mía, sino una consecuencia necesaria de la naturaleza y fuerza de las circunstancias en la lucha de dos cosas opuestas. Los que se expresaban de ese modo, si hablaban de buena fe, hubieran debido transportarse a la época anterior a brumario, en que era completa la disolución interior, cierta la invasión del extranjero e inevitable la destrucción de Francia. A contar desde el día en que, adoptando la unidad y la concentración del poder, única cosa que podía salvarnos; desde el instante en que, coordinando nuestras doctrinas, recursos y fuerzas que nos creaban una nación inmensa, reposó el destino de Francia únicamente sobre el carácter, costumbres y conciencia del que fué revestido de aquella dictadura

accidental; a contar desde aquel día, la causa pública y el Estado lo fui yo. Estas palabras, que pronuncié para los que podían comprenderme, las censuraron cruelmente los hombres limitados o de mala fe. Bien lo comprendió el enemigo, y por eso se dedicó desde entonces a no abatir más que a mí; no han clamado menos contra otras palabras escapadas del fondo de mi corazón: *que Francia necesitaba más de mí que yo de ella*. En esto no se vió otra cosa sino un exceso de vanidad, cuando era, no obstante, una gran verdad; y usted lo ve aquí, caro amigo: yo lo paso sin ellos, y si se trata de las penas que sufrimos, ciertamente que no serán muy largas; mi existencia será corta, ¡pero la de Francia!...» Y volviendo a su patria, dijo: «Nuestra posición era extraordinariamente nueva, no hay que buscarla semejante; y era la clave del edificio nuevo, con tan frágiles cimientos; su duración dependía de cada una de mis batallas. Si me hubieran vencido en Marengo, entonces habrían ustedes sido lo que fueron en 1814 y 1815, excepto los prodigios de gloria que siguieron y permanecerán inmortales. Lo mismo hubiera sucedido en Austerlitz, Jena, Eylau y otras partes. El vulgo no ha dejado de atribuir todas estas guerras a mi ambición; pero, ¿estaba en mi mano evitarlas? ¿No fueron siempre efecto de la naturaleza y del imperio de las circunstancias, y, constantemente, una lucha de lo pasado contra el porvenir, en aquella perenne coalición de nuestros enemigos, que nos ponían en la precisión de destruir so pena de ser destruídos?, etc.»

Tal es aquella campaña, en extremo fatal, nuestro último esfuerzo nacional y la verdadera tumba de nuestro gigantesco poder, en la que cuatro veces con-

tra toda Europa, y a despecho de todos los azares reunidos del ingenio de un solo hombre, estuvo a punto de restablecer nuestro ascendiente y cimentarlo con la paz. Después de las victorias de Lutzen y Bautzen, la de Dresde, en los últimos momentos sobre Berlín, y, en fin, en las llanuras de Leipzig no sucumbió sino por una complicación de fatalidades y perfidias, de que la Historia no presenta ejemplo. En seguida estampó las que tengo a la mano en el momento:

FATALIDADES.

- 1.^a Indisposición repentina de Napoleón.
- 2.^a Inundación imprevista del Bober en Silesia.
- 3.^a Carta confidencial del rey de Baviera.
- 4.^a Ordenes que no llegaron a los cuerpos de Dresde.
- 5.^a Falta importuna de municiones, después de las dos jornadas de Leipzig.
- 6.^a Explosión del puente del Ister.

PERFIDIAS.

- 7.^a Maquinaciones y mala fe de Austria, primera y verdadera causa de nuestros desastres.
- 8.^a Violación del armisticio de Pleizwits, relativo a nuestras plazas bloqueadas.
- 9.^a Deserción del jefe de Estado Mayor del tercer cuerpo.
10. Defección del Gobierno bávaro.
11. Traición de los sajones en nuestras filas, etc.
12. Capitulación de Dresde violada, etc.

Tengo a la vista algunas notas de un oficial distinguido, relativas a la capitulación de Dresde, enumerando todo cuanto dejábamos en las plazas de que quedábamos separados. Su total asciende, según él, a 177.000 hombres. El Emperador no tenía en Leipzig más que 157.000. ¡Y qué diferente hubiera sido nuestra suerte si aquella masa, o solamente una parte de ella, se hubiese hallado a mano en aquel momento decisivo! Pero circunstancias forzadas, y no un sistema seguido, produjeron aquella malhadada dispersión: he aquí literalmente lo que leo en estas notas relativo a la violación de la capitulación de Dresde.

«Ante todas las cosas importa saber (se dice en ellas) que se había convenido en el plan de la coalición contra Francia, de la cual el príncipe de Schwartzemberg era la testa férrea, que se concediesen honrosas capitulaciones a todas nuestras numerosas guarniciones, pero que no se ejecutase ninguna. Este hecho está materialmente probado; pero el motivo alegado para negarse a la capitulación firmada en Dresde entre el mariscal Saint-Cyr y los generales Folstoy y de Klenau, fué que el príncipe de Schwartzemberg no podía ratificarla, porque el conde de Lobau, ayudante de campo de Napoleón, encerrado en Dresde con el mariscal, había protestado contra ella; y algún tiempo después se anuló la capitulación de Dantzig, suscrita por el general Rapp, bajo el falso pretexto de que la guarnición de Dresde, a pesar de sus estipulaciones, había entrado en servicio activo en Estrasburgo, por lo que no podía ya aprobarse la de Dantzig sin exponerse a los mismos inconvenientes.

»He aquí lo que patentiza la deslealtad militar de los aliados. La guarnición de Dresde, compuesta de

dos cuerpos de ejército que ascendían a cuarenta y cinco mil hombres, capituló el 11 de Noviembre (1).

»En la capitulación se estipuló que los franceses evacuarían la plaza saliendo de ella en seis columnas y en otros tantos días sucesivos, y que el destino general de la guarnición sería Estrasburgo.

»Esta capitulación se ejecutó en cuanto a la evacuación y toma de posesión por el enemigo; pero no bien había andado una jornada fuera de la ciudad nuestra sexta columna, cuando se declaró que queda-

(1) El partido de entregar la plaza estuvo muy lejos de ser unánime en la guarnición. Sobre este punto hubo dos opiniones: la una, de volver a Francia por medio de una capitulación, y fué la que se adoptó; la segunda era mucho más vigorosa: no se trataba nada menos que de salir de Dresde con la flor de la guarnición, bajar por el Elba y levantar sucesivamente el bloqueo de Forgau, en donde estaban 28.000 hombres, Wittemberg que tenía 5.000, Magdeburgo que contaba 20.000, y llegar a Hamburgo, donde se hallaban 32.000; entonces este ejército de 60.000 a 80.000 hombres, reunidos de tal modo, o hubiera entrado en Francia por el centro del enemigo o lo habría hecho retroceder maniobrando sobre retaguardia. Se habrían paralizado las grandes levaş en masa que vinieron a destruir nuestros veteranos; y aun cuando hubieran sido desgraciados, el resultado no habría sido más funesto que la capitulación. Esta opinión se sostuvo fuertemente por el conde de Lobau, los generales Bonnet, Teste, Mouton-Duvernet y otros. La determinación era grande, digna de nuestra gloria y en perfecta armonía con nuestras acciones pasadas; y tal era la intención del Emperador, quien a este efecto expidió órdenes que no pudieron llegar. La desesperación de rendirse era tan grande, que una parte del ejército sugirió al jefe de la oposición que se apoderase del mando; pero el respeto a la disciplina fué superior en él al ardor de combatir; sin embargo, no dejó de expresarse con la mayor violencia en el Consejo, en donde se asegura que, en su intrépida indignación, se exaltó hasta el punto de decir al general en jefe: «El Emperador me dirá que hubiera debido levantarle a usted la tapa de los sesos y tomar el mando».

ba anulada y desechada por el generalísimo príncipe de Schwartzemberg, según el texto de una orden del 19 de Noviembre.

»Cuando el mariscal Saint-Cyr se quejó de aquella disposición, se le ofreció, en compensación de aquella injusticia, dejarlo entrar de nuevo en Dresde con sus tropas y ponerlo en posesión de todos los medios de defensa de que había dispuesto antes de la capitulación; pero esto fué una burla.

»En vano negoció el mariscal para que se llevase a efecto la ejecución literal de todos los artículos consentidos, con poder suficiente por el conde de Klenau; fué preciso a aquella malhadada guarnición, dislocada y cortada, pasar a los diferentes acantonamientos que se la designaron en la Bohemia, en lugar de seguir su marcha sobre el Rhin.

»Indignado el mariscal de aquella manifiesta violación, despachó un oficial superior para prevenir al Emperador; pero los aliados detuvieron su marcha bajo diversos pretextos. No llegó, pues, a París hasta el 18 de Diciembre, cuando la serie de acontecimientos posteriores habían dejado el mal sin remedio.»

Conforme a la nomenclatura de los fraudes y perfidias que acabo de enunciar, y que eran un verdadero sistema entre los coaligados, no debemos admirarnos que Napoleón, que los penetraba perfectamente, no hiciese caso alguno de la pomposa declaración de Francfort, y que se indignase de la ceguedad de nuestro Cuerpo legislativo, cuya Comisión, por maldad o error, acabó de arruinar los negocios. Napoleón me dijo varias veces que estuvo a punto de hacer venir aquella Comisión a fin de hablar confidencialmente con ella con la mayor franqueza sobre el verdadero

estado de las cosas y el inminente peligro de que estábamos amenazados. Algunas veces pensó que reuniría en torno suyo los corazones franceses, y otras, por la inversa, sospechaba que se suscitarían ciertas tenacidades, quizás con mala intención, que hubieran podido hacer que la cosa degenerase en controversia, lo que, atendida la opinión del momento, habría debilitado aún más nuestros recursos y apresurado la disolución.

El Emperador habló en distintas circunstancias sobre este punto crítico de nuestro destino; pero no he querido continuarlo, porque su pormenor nada presenta que pueda llamarse lisonjero.

RASGOS DE BENEFICENCIA. — VIAJE A AMSTERDAM; LOS HOLANDESES, ETC. — ASESINATOS DE SEPTIEMBRE. — SOBRE LAS REVOLUCIONES EN GENERAL.

3.—A eso de las tres de la tarde me hizo ir el Emperador a su cuarto, se acabó de vestir, y como lloviese en aquel momento, pasó al salón, en donde me dijo algunas cosas muy curiosas, que tal vez le conciernan, y en las que yo representaba un gran papel...

Más tarde trató de dar algunas vueltas en una especie de pradera que estaba próxima a su biblioteca; el viento era muy violento; volvió a entrar y se puso a jugar al billar.

En un momento del día dijo que, viajando con la Emperatriz, fué una mañana a almorzar en una de las islas del Rhin; estando en la mesa hizo venir al dueño de un pobre cortijo que estaba inmediato y le preguntó qué es lo que podía hacerle feliz, diciéndole

que lo pidiese francamente, y para inspirarle más confianza le dió a beber muchos vasos de vino. El aldeano, nada corto y sí bastante sagaz, pidió el máximo de todas sus necesidades. El Emperador mandó al prefecto las satisficiese al punto; verificado así, se hizo la cuenta y no pasó de seis a siete mil francos.

En otra ocasión, en Holanda, decía, haciendo una travesía en un yate, y hablando con el que llevaba el timón, le preguntó cuánto podía valer su barco. «Este buque no es mío—dijo el hombre—; sería muy feliz, pues para mí sería un caudal.—Pues bien, yo te lo doy»—dijo el Emperador a aquel hombre, que aparentó agradecerlo poco—. Se supuso que su indiferencia era efecto de la flema natural del país; pero no fué así. «¿Qué favor me ha hecho?»—dijo a un camarada suyo que lo felicitaba—; poco puede alegrarme, pues me ha dado lo que no es suyo. ¡Qué diablo de regalo!» Entretanto, Duroc había ido a pagar el importe del barco a su dueño, y recogió el recibo de la venta, que entregó al hombre. En cuanto empezó a creerlo, su alegría se convirtió en delirio: hizo locuras; la cantidad era casi igual a la anterior. «Ahí se ve—decía el Emperador—que los deseos de los hombres no son tan inmoderados como se piensa, y que es más fácil hacerlos felices de lo que se cree, pues ciertamente que esos dos hombres hallaron la dicha.»

Cuando Napoleón fué a visitar Amsterdam, la población, decía, estaba muy mal dispuesta con él; pero no bien se hubo presentado, cuando se atrajo hasta los corazones más fríos. No quiso otra guardia sino la de honor de la ciudad, y este rasgo de confianza le hizo dueño de todas las voluntades; constantemente estaba en medio de ellos, y en cierta ocasión les

dirigió francamente la palabra en estos terminos:

«Se dice que están ustedes descontentos ¿pero, por qué? Francia no los ha conquistado, sino adoptado; no hay exclusión alguna para ustedes, pues entran en parte de todos los favores de la familia común. Considérenlo bien: yo he elegido de entre ustedes algunos prefectos, gentilhombres y consejeros de Estado, en justa proporción a su población, y he acrecentado mi guardia con la holandesa. Ustedes se quejan de que sufren; pero en Francia se sufre aún más: todos padecemos, y esto durará mientras que el enemigo común, el tirano de los mares y el vampiro de su comercio, no se avenga a la razón. Ustedes se quejan de sus sacrificios; pero vayan a Francia y verán cuán atrás se quedan de nosotros; entonces se creerán ustedes menos desgraciados quizás... ¿Por qué más bien no se felicitan ustedes por la facilidad con que se verifica su reunión con nosotros? En Europa, ¿qué serían ustedes entregados a sí mismos? Los esclavos de todo el mundo; en lugar de que, identificados con Francia, un día harán ustedes con opulencia el comercio de todo el gran Imperio.» Después, adoptando un tono más familiar, les dijo: «He hecho cuanto me ha sido posible para agrandar a ustedes y conciliarlo todo. ¿No les he enviado de gobernador al hombre que cabalmente necesitaban, al bueno y pacífico Lebrun? Ustedes lloran con él y él con ustedes; me parece que no podía obrar mejor.» A estas palabras desapareció toda la flemma holandesa, todo el auditorio se echó a reír a carcajadas, y el Emperador pudo desde entonces contar con ellos y tuvieron el mejor resultado sus persuasiones. «Por lo demás—añadió—esperemos, que esto no será muy largo; no duden que tanto lo deseo yo como

ustedes. Los hombres de previsión de su país les dirán que nada de esto entra en mis intereses ni voluntad.»

El Emperador dejó al pueblo de Amsterdam entusiasmado de su persona, y recibió pruebas nada equívocas de lo decidido que estaba en su favor. Durante su viaje se quejaba con frecuencia de que cualquiera que se enviase a Holanda se volvía holandés, y lo recordó a su vuelta en el Consejo de Estado, diciendo que él mismo había incurrido en ello; y como un día uno de los oradores hablase ligeramente de la opinión de los holandeses: «Señores—dijo—, ustedes podrán ser más amables; pero yo quisiera que tuvieran su moralidad.»

Habiendo mencionado uno después de comer la fecha del día (3 de Septiembre), el Emperador dijo sobre el particular algunas palabras muy notables, de las cuales he aquí algunas: «Este es el cumpleaños de unos suplicios muy espantosos y muy horrendos, una reacción en pequeño, de los asesinatos de la *Saint-Barthèlemy*; una mancha para nosotros, menor sin duda porque causó menos víctimas, y porque no tuvo la sanción del Gobierno; pues, muy al contrario, trató de castigar el crimen. El ayuntamiento de París fué el autor, constituyéndose él mismo en un poder rival de la legislatura y aun superior a ella.

»Además—continuó—, el acto tuvo más fanatismo que pura maldad; se vió a los asesinos de Septiembre matar a uno de ellos por haber robado durante sus ejecuciones. Aquel terrible golpe estaba en el imperio de las circunstancias y en el espíritu de los hombres. No puede haber trastorno político sin furor popular, ni peligro para el pueblo desencadenado sin

désorden y víctimas. Los prusianos estaban entrando, y antes de correr a ellos quisieron pasar a cuchillo a sus auxiliares en París. Tal vez aquel acontecimiento influyó en su época a la salvación de Francia. ¿Quién duda que si en los últimos tiempos, cuando los extranjeros se acercaban a París, se hubiera inmolido a sus amigos, no se llevaría hoy la escarapela blanca en Francia? Pero nosotros no podíamos hacerlo, porque ya éramos legítimos; la duración de la autoridad, nuestras victorias, nuestros tratados y el restablecimiento de nuestras costumbres, nos habían constituido un Gobierno regular; no podíamos echar sobre nosotros los mismos furores y la misma odiosidad que sobre la multitud. Por lo que hace a mí, no podía ni quería ser rey de los jacobinos.

»Regla general. Nunca hubo ni habrá revolución social sin terror. Toda revolución de esta naturaleza no puede ser en un principio más que una sublevación. El tiempo y el éxito acaban por ennoblecerla y hacerla legítima; pero, lo repito, nunca se ha llegado hasta este punto sino por el terror. ¿De qué modo se dirá a todos los que disfrutaban de los empleos públicos y a los que gozan de bienes «retírense ustedes»? Claro está que se defenderán. Preciso es aterrarlos y hacerlos huir, y esto es lo que hicieron los de la *linterna* y los de las ejecuciones populares. El terror empezó en Francia el 4 de Agosto, cuando se abolió la nobleza, los diezmos y las feudalidades, arrojando al pueblo todos aquellos restos del antiguo sistema; éste se los repartió, no quiso ya perderlos y mató sin reparo; entonces fué únicamente cuando extendió la revolución y se interesó verdaderamente por ella. Hasta aquella época existía la suficiente moral y dependen-

cia religiosa entre ellos para que sospechase un gran número que sin el rey y los diezmos no podía recogerse la cosecha como anteriormente.

»Sin embargo—concluyó el Emperador—, la revolución es uno de los mayores males con que el cielo puede afligir a la tierra; es el azote de la generación que la ejecuta; jamás podrán compararse las ventajas que procura con las agitaciones que acarrea a la vida de sus autores: enriquece a los pobres, que, no obstante, no se satisfacen, y empobrece a los ricos, que no pueden olvidarlo; todo lo trastorna. En los primeros momentos hace a todos desgraciados y a ninguno dichoso.

»La verdadera felicidad social, es preciso convenir en ello, consiste en el uso pacífico y en la armonía de los relativos goces de cada uno. En los tiempos regulares y tranquilos todos disfrutan de su dicha particular: el zapatero es tan feliz en su tienda como yo sobre el trono; el simple oficial goza tanto como su general. Las revoluciones mejor fundadas lo destruyen todo al instante, y no reemplazan nada sino en lo futuro. La nuestra es parecida a una fatalidad irresistible, porque ha sido una erupción moral, tan inevitable como las físicas de un verdadero volcán. Cuando las combinaciones químicas que producen éstas están en su punto, estalla. Las combinaciones morales que impulsan a una revolución estaban en su término en Francia, por cuyo motivo estalló la última.

YERROS DE LOS MINISTROS INGLESES.—MEDIOS DE INGLATERRA PARA EL PAGO DE SU DEUDA, ETC.—REDUCCIONES DEL GOBERNADOR.

7.—El Emperador no salió en todo el día. El gobernador se dejó ver en medio de un grupo numeroso, y al aproximarse nos retiramos. Se descubrían muchos buques.

Llamado a la habitación del Emperador, fui y le hallé ocupado en una obra sobre el estado de Inglaterra; este punto vino, pues, a ser el objeto de la conversación: habló mucho de lo enorme de su deuda, de la necesidad de la paz que había concluído y de los diversos medios que se le presentaban para salir de sus apuros, etc.

Napoleón tenía esencialmente el instinto del orden y estaba por la necesidad de la armonía. Yo conocí a uno que vivía del cálculo, el cual confesaba no poder entrar en una sala sin sumar irresistiblemente y al punto cuantas personas veía, y en la mesa los platos, vasos, etc. Napoleón, en una atmósfera más noble y en una región más elevada, tenía también su acción irresistible, y era hacer marchar lo grande y desarrollar lo hermoso. Si se trataba de una ciudad, al punto sugería algunas mejoras, adornos o monumentos; si se detenía sobre una nación, al instante trataba de los medios de su ilustración, prosperidad, grandeza y de mejorar sus instituciones. etc., etc. Esto es lo que por mil rasgos que preceden habrá podido descubrir la penetración y sagacidad de mis lectores.

Y como el Emperador, por los diarios, los libros o nuestra situación particular, estuviese constantemen-

te a la mira de los asuntos de Inglaterra, hablaba con frecuencia sobre lo que podía emprender y sobre lo que aun pudiera procurarle un porvenir más próspero, etc. Trataré de reunir en seguida algo de lo que he oído decir sobre este particular en distintas ocasiones.

Decía un día: «El sistema colonial que hemos conocido se acabó para todos, tanto para Inglaterra, que posee todas las colonias, como para las otras potencias, que ya no poseen ninguna. El imperio de los mares hoy pertenece a Inglaterra, sin discusión. ¿Por qué, pues, en una situación tan nueva continuará una marcha rutinaria, y por qué no creará algunas combinaciones más provechosas? Preciso es que imagine una especie de emancipación de sus colonias, pues, de lo contrario, muchas se le escapan con el tiempo, y a ella toca aprovecharse de estos instantes para entablar nuevos vínculos y relaciones más ventajosas. ¿Y por qué la mayor parte de estas colonias no habrán solicitado comprar su emancipación de la madre patria, a costa de una cuota de la deuda general, que vendría a ser, escrupulosamente, la suya? La metrópoli se aligeraría de sus obligaciones, sin dejar de conservar las mismas ventajas; por medio de los vínculos de la fe de los Tratados conciliaría los intereses recíprocos, la similitud del lenguaje y la fuerza del hábito; por vía de garantía podía reservarse un solo punto fortificado, una rada para sus buques, semejante a las factorías de África. ¿Qué perdería? Nada, y evitaría las dificultades y los gastos de un Gobierno, que con frecuencia suscitan protestas. Los ministros tendrían, en verdad, algunos empleos menos que dar; pero la nación sacaría, ciertamente, mucha más ventaja.

»Yo no dudo—añadió—que, con conocimiento profundo de la materia, se obtuviese algún resultado útil de estas ideas toscas, por erróneas que parezcan a primera vista. Hasta de la misma India sería aún posible sacar partido grande por medio de nuevas combinaciones. Los ingleses aseguran que Inglaterra no recoge ningún beneficio de ella en la balanza de su comercio; los gastos se lo llevan todo; y aun, tal vez, sobrepujan; no quedan, pues, más que algunas rapiñas individuales y algún que otro caudal colosal; pero como estas cosas son otros tantos monopolios de los ministros, nadie se atreve a tocarlas. Y después, esos *pigmeos*, como ellos dicen, de vuelta a Inglaterra sirven de reclutas a la alta aristocracia. Poco importa que presenten el escándalo de un caudal adquirido con rapiñas o malversaciones ni que influya considerablemente en la moral pública fomentando el deseo de las mismas riquezas, adquiridas a cualquier precio; los ministros actuales no son tan escrupulosos; los favorecidos serán otros tantos votos para ellos. Y cuanto más corrompidos sean, con tanta más facilidad los gobernarán; y he aquí el medio de aguardar alguna reforma. Así es que a la menor proposición ya se ve cómo chillan, pues la aristocracia inglesa quiere ganar terreno diariamente; y cuando se propone hacerla retroceder una línea pierde los estribos, y la explosión es universal. Si se toca aun a los más minuciosos pormenores, dicen que todo el edificio se viene abajo. Claro está; si se quiere arrancar de la boca de un glotón el pedazo que está comiendo, no hay duda que se defenderá como un héroe, etc., etc.»

En otra ocasión decía: «Después de veinte años de guerra, de tantos tesoros prodigados, de tantos soco-

rros suministrados a la causa común, y después de un triunfo superior a toda esperanza, ¿qué paz, no obstante, ha firmado Inglaterra? Castlereagh tuvo el continente a su disposición, ¿y qué grandes ventajas, qué justas indemnizaciones ha estipulado para su país? Ha hecho la paz como si hubiera quedado vencido; ¡miserable! ¿No lo habría yo maltratado mucho más si hubiese sido vencedor? ¿Será quizás porque se crea bastante feliz con haberme hecho caer...? ¡En este caso el odio me ha vengado! Dos grandes pasiones han movido a Inglaterra durante nuestra lucha: su interés nacional, y el odio contra mi persona; en el momento del triunfo, ¿la violencia de la una habrá hecho olvidar la otra? ¡Pues caro pagará ese momento de delirio! Y explicaba su idea recorriendo las diversas combinaciones que demostraban los yerros del lord Castlereagh y las numerosas ventajas que había descuidado. «Algunos siglos pasarán—decía—antes que se presente una ocasión semejante para el bienestar y la verdadera grandeza de Inglaterra; ¿será por ignorancia o corrupción de parte de Castlereagh? El tal lord ha distribuido noblemente los despojos, según él cree, a los soberanos del continente, y no ha reservado nada para su país. ¿Si habrá temido que se le echase en cara el haber representado más bien el papel de dependiente que el de socio? Él ha hecho donación de territorios inmensos; Rusia, Prusia y Austria han adquirido algunos millones de población; ¿y en dónde se halla el equivalente de Inglaterra, que, sin embargo, ha sido el alma de aquellos triunfos y pagado todos los gastos? Así recoge el fruto del reconocimiento del continente, y de las necesidades o la traición de su negociador. En mi sistema continental

—continuó—se reprueban y excluyen los productos de sus manufacturas; y en lugar de esto, ¿por qué no ha establecido en el continente algunas ciudades marítimas, libres o independientes? ¿Por ejemplo, Dantzig, Hamburgo, Amberes, Dunquerque, Génova y otras, que servirían de depósitos forzados de sus manufacturas, que habrían inundado Europa, a pesar de todas las aduanas del mundo? Inglaterra tenía necesidad y al mismo tiempo el derecho para ello; las decisiones hubieran sido justas, ¿y quién se habría opuesto en el momento de la liberación? ¿A qué venía haber complicado sus asuntos y crearse con el tiempo un enemigo natural uniendo Bélgica a Holanda, en lugar de haber reservado dos inmensos recursos a su comercio dejándolas separadas? Holanda, que no tenía manufacturas, era el depósito natural de las de Inglaterra, y Bélgica, como colonia inglesa bajo dominación de un príncipe de la misma nación, hubiera sido el conducto por donde constantemente habrían invadido Francia y Alemania. ¿Por qué no obligaron a España y a Portugal a un tratado de comercio, a plazo largo, con el cual hubieran vuelto a pagar todos los gastos hechos para su libertad, y que lo habrían obtenido, so pena de manumitir sus colonias, en cuyos dos casos hubieran hecho todo el negocio? ¿Por qué no han estipulado algunas ventajas en el Báltico y con los Estados de Italia? Esto estaba en el círculo de los derechos de la soberanía de los mares. Después de haberse batido mucho tiempo por sostenerlos, ¿por qué razón descuida Inglaterra los beneficios, cuando se halla consagrada de hecho? ¿Sería porque al sancionar la usurpación de los otros temiese que alguno se opusiese a la suya? ¿Y quién hubiera podido hacerlo? Yo

me persuadí que hiciera alguna cosa por este orden. Tal vez lo siento hoy; pero ya es demasiado tarde, pues no podría volver a aquella época, y perdió él único momento que se la presentó... ¡Cuántos porqués pudiera multiplicar todavía...! Sólo lord Castle-reagh podía obrar así; se hizo el hombre de la Santa Alianza, y con el tiempo será el oprobio de todos. Los Lauderdales, los Crenvilles, los Wellesleys y otros habrían tratado muy diferentemente, hubieran sido los hombres de su país, etc.»

El Emperador dijo en otra ocasión: «La deuda es la carcoma de Inglaterra, la cadena de todas sus dificultades, pues la obliga a enormes imposiciones, que hacen subir el precio de los comestibles: de aquí resulta la miseria del pueblo; el alto precio del trabajo y el de los objetos manufacturados, que ya no se presentan con la misma ventaja en los mercados de Europa. Inglaterra, pues, debe combatir a cualquier precio ese monstruo devorador; tiene que atacarlo por todas partes a la vez, asesinarlo con el negativo y el positivo reunidos, con la reducción de sus gastos y el acrecentamiento de sus capitales.

»¿No puede reducir el interés de su deuda, los grandes sueldos, los beneficios simples, los gastos del ejército, renunciar a éstos para dedicarse a la marina, en fin, algunas otras cosas que ignoro y no tengo que indagar? En cuanto al acrecentamiento de sus capitales, ¿no puede enriquecerse con los bienes eclesiásticos, que son inmensos, los cuales adquiriría con una saludable reforma extinguiendo los titulares, lo que no ofendería a nadie? Pero si se pronuncia una palabra de esta naturaleza, toda la aristocracia se pondrá sobre las armas y en campaña, y vencerá, pues en In-

glaterra aquélla es la que manda y por quien se gobierna. Recurrirá a su adagio usual: «Si se toca en lo más mínimo a los antiguos cimientos, se arruinará el edificio». La masa general lo repite sencillamente: toda reforma se obstruye, los abusos permanecen, crecen y pululan.

»No obstante, debe confesarse que, a despecho de una composición de pormenores odiosos, anticuados e innobles, la Constitución inglesa presenta el raro fenómeno de un feliz y brillante resultado; y éste y sus beneficios son los que contribuyen a que la multitud se mantenga fiel a aquélla, temerosa de perder éstas. ¿Pero será la naturaleza condenable de los pormenores la que procura el resultado? No; al contrario, lo empeña; y resplandecería mucho más si la grande y hermosa máquina se desembarazase de los vicios que la afean.

»Mas, a pesar de todo—continuó—¿adónde puede conducir el sistema de los empréstitos y cuán peligroso es! Por esta causa no los he querido en Francia, en donde estaban divididas las opiniones; siempre me opuse obstinadamente a ellos.

»En algún tiempo se dijo que yo no hacía ningún empréstito por falta de crédito, y porque no encontraría prestamistas: es falso. Es preciso conocer muy poco los hombres y el agiotage para imaginarse que presentando probabilidades y los atractivos del juego, no se hubiera encontrado el medio de llenar mis empréstitos: el verdadero inconveniente fué que no entraba en mi sistema, que yo hubiera tratado de establecerlo como base fundamental, fijando por una ley especial el capital de la deuda pública a lo que generalmente se había pensado ser útil a la prosperidad.

nacional: a ochenta millones de renta para Francia en su mayor extensión; y después de la reunión de Holanda, que la enriqueció con veinte millones más, cualquiera otra vendría a ser dañosa. ¿Y qué sucedió con este sistema? ¡Véanse los recursos que he dejado después de mi separación! Francia, a pesar de tan gigantescos esfuerzos y tan terribles desastres, ¿no es en el día la más próspera de todas las potencias? Su Hacienda, ¿no es la primera de Europa? ¿A quién y a qué se debe? Yo estaba tan lejos de querer gastar lo porvenir, que me hallaba resuelto a dejar un tesoro: ya lo tenía, y a él acudía para prestar a algunas casas de banca, a algunas familias escasas de medios y a otras personas empleadas cerca de mí.

»No solamente hubiera yo mantenido con el mayor esmero la caja de amortización, sino que además contaba con el tiempo tener algunas otras *cajas de actividad*, cuyas sumas disponibles se habrían consagrado a las mejoras y trabajos públicos. Hubiera habido la caja de actividad del Imperio para los trabajos generales, la de los departamentos para los trabajos locales, y la caja de actividad de los ayuntamientos para los trabajos municipales, etc.»

En fin, en otra ocasión decía chistosamente el Emperador: «Inglaterra, que tiene la reputación de traficar con todo, ¿por qué no se pondría a vender la libertad? Se la comprarían muy cara y sin hacerle bancarrota, pues la libertad moderna es esencialmente moral, y no hace traición a sus empeños. Por ejemplo: ¡cuánto le pagarían esos pobres españoles por libertarse del yugo bajo el cual acaban de encorvarlos de nuevo! Estoy seguro que les hallaría muy dispuestos, tengo pruebas de ello; y en verdad que yo fui

quien creé esta disposición, y todavía mi sandez serviría de alguna utilidad. En cuanto a los italianos, puede decirse que yo he plantado en su país unos principios que no se desarraigarán jamás, siempre estarán fermentando. ¿Qué cosa mejor podía hacer en el día Inglaterra que dar impulso a esos hermosos movimientos de la regeneración moderna? Así es que, tarde o temprano, será preciso que se cumpla. En vano los soberanos y la rancia aristocracia multiplican sus esfuerzos para oponerse; es la roca de Sísifo suspendida sobre sus cabezas; pero algunos brazos se cansarán y, al menor descuido, todo se desplomará sobre ellos. ¿No sería mejor tratar amistosamente? Esta era mi gran proyecto. ¿Y por qué se negará Inglaterra a adquirir esta gloria y recoger la utilidad? Allí, lo mismo que en todas partes, nada es eterno; el ministro Castlereagh pasará, y el que le suceda, heredero de tantos yerros, vendrá a ser grande, aun cuando no aspire más que a no continuarlos; todo su talento puede únicamente limitarse a dejar obrar y a obedecer a los vientos que reinen; al revés de mister Castlereagh, no tiene más sino ponerse al frente de las ideas liberales, en lugar de coligarse con el poder absoluto; recibirá las bendiciones universales, y se olvidarán todos los pecados de Inglaterra. Esta acción estaba a los alcances de un Fox; mas Pitt no la hubiera emprendido, por la razón de que en Fox el corazón inflamaba al ingenio, en lugar de que en Pitt el ingenio disecaba al corazón. Pero ya oigo a un gran número de personas preguntarme cómo es que yo, tan poderoso, no obré de este modo. Por qué razón, hablando tan bien, pude obrar tan mal. Respondo a los que estén de buena fe que el caso en nada puede

compararse; Inglaterra puede operar sobre un terreno cuyos cimientos descienden a las entrañas de la tierra, y el mío entonces sólo descansaba sobre arena; Inglaterra reina en cosas establecidas, y yo tenía el enorme cargo y la inmensa dificultad de establecerlas. Yo purificaba una revolución a despecho de las facciones abatidas; había reunido todo lo bueno que estaba esparcido, y que debía conservarse; pero tenía que cubrirlo con mis robustos brazos para salvarlo de los ataques de todos; y en aquella actitud, vuelvo a repetirlo, es cuando yo era verdaderamente la causa pública: *el Estado era yo.*

•El exterior armado atacaba mis principios, y precisamente en su nombre me hostilizaba el interior en sentido opuesto. Luego, por poco que hubiera cedido, bien pronto me habrían hecho retroceder al tiempo del Directorio, habiendo yo sido el objeto y Francia la víctima de un *contra-brumario*. ¡Nosotros somos por naturaleza tan intrigantes y tan habladores! Si acontecen veinte revoluciones, habrá otras tantas constituciones. Esto es de lo que más se trata, y lo que menos se examina. ¡Ah, cuánta necesidad tenemos de crecer en esta bella y gloriosa carrera! ¡Nuestros grandes hombres en esta materia son tan pequeños! ¡Plegue al cielo que la juventud presente se aproveche de tantos errores y se muestre tan juiciosa como será ardiente, etc., etc.!•

En este día empezó el gobernador sus grandes reducciones; separó ocho criados ingleses que nos habían dado. Para ellos fué de gran sentimiento, y para nosotros una grata sensación, al ver que todos cuantos nos rodeaban se interesaban por nosotros y sentían dejarnos. Carecíamos realmente de lo nece-

sario; y para proveer de ello, Napoleón trató de vender su plata labrada, que era su único recurso.

Después de comer, nos leyó el *Círculo*, y se retiró muy temprano, porque se sentía indispuerto; no pudo dormir y me mandó llamar a media noche. La casualidad o el instinto hizo que yo aun no me hubiese acostado; por lo que estuve hablando con él hasta las dos de la mañana.

MIS GASTOS PARTICULARES.—INTENCIONES DEL EMPERADOR EN SUS PRODIGALIDADES, ETC.

9 y 10.—El Emperador continuó enfermo estos dos días; casi todo el tiempo lo pasó en su canapé, y las noches cerca de la lumbre. En algunos intervalos dormitaba; otras veces hablaba o me preguntaba algo sobre diferentes objetos. En una ocasión se extendió bastante respecto de los gastos de nuestras tertulias de París; de esto pasó a mis asuntos particulares, inquiriendo hasta las cosas más pequeñas.

Cuando me oyó decir que no tenía más que veinte mil francos anuales, de los cuales eran quince míos y cinco del Consejo de Estado, exclamó: «¡Pero usted estaba loco! ¿Cómo se atrevió usted a acercarse a las Tullerías con tan corta renta? Los gastos eran enormes en aquel palacio; usted me hace estremecer.—Sin embargo, señor, yo me presentaba como todos los demás, y nunca he pedido nada a vuestra majestad.—No digo eso, sino que usted debía arruinarse en menos de cuatro o cinco años.—No, señor; yo había pasado la mayor parte de mi vida en la emigración, constantemente había vivido con privaciones, y me

hallaba, con poca diferencia, lo mismo. Es indudable que, a pesar de toda mi economía, gastaba de siete a ocho mil francos de mi capital cada año; pero, señor, ved aquí cuál era mi cálculo: era una cosa sabida que cerca de vuestra majestad, teniendo celo y buena voluntad, tarde o temprano se atraía uno su atención; y llegando a este punto, era segura la suerte. Yo podía aun correr este albur cuatro o seis años, al cabo de los cuales, si no llegaban los beneficios, desechaba las ilusiones del mundo y me retiraba a un pueblo de provincias con diez o doce mil libras de renta solamente; pero mucho más rico, sin embargo, que lo había sido en París.—Pues bien—dijo el Emperador—, ese cálculo, en su fondo, no era malo, y usted había llegado, según creo, al instante de la entrada de sus fondos. ¿No había yo empezado a hacer alguna cosa por usted?—Sí, señor.—Y si no ha sido más pronto o más brillante, la culpa ha sido únicamente de usted, por no haber sabido aprovecharse; ya creo habérselo dicho antes.»

Todo esto le hizo recordar las sumas cuantiosas que había derramado entre sus allegados, y animándose por grados, dijo: «Difícil sería calcularlas; más de una vez me habrán acusado de prodigalidad, y tengo el sentimiento de ver que apenas se ha sacado ningún provecho. Es preciso, ciertamente, que exista una fatalidad de mi parte o un vicio en las personas elegidas. ¡Qué contrariedad ha debido ser la mía! Pues no se creería que todo esto fuese por vanidad personal. Yo no trataba de presentar el espectáculo de un rey del Asia, no obraba por debilidad ni por capricho; todo era cálculo en mí. Cualquiera que fuese el interés que tomase por los individuos, nunca tra-

aba de colmarlos de riquezas por sus buenos ojos; mi intención era fundar en ellos unas familias principales, verdaderos puntos de reunión, y, en una palabra, estandartes en las grandes crisis nacionales. Los primeros oficiales que me rodeaban y todos mis ministros recibían con frecuencia de mí, independientemente de sus enormes sueldos, algunas gratificaciones, y aun también vajillas enteras de plata, etc. ¿Y cuáles eran mis miras en estas profusiones? Exigía que tuviesen casa, que dieran grandes comidas y bailes brillantes. ¿Con qué intención? Con la de mezclar los partidos, cimentar la nueva unión, suavizar las antiguas asperezas, crear una sociedad, unas costumbres y darles una divisa. Si alguna vez he concebido grandes y buenos pensamientos, iban siempre a abortar en donde los depositaba, pues ninguno de mis primeros personajes jamás ha tenido una verdadera casa de recibo. Si daban una comida, se convidaban entre sí, y cuando yo iba a sus bailes fastuosos, ¿qué encontraba en ellos? Toda mi corte de las Tullerías, ni una sola cara nueva, ni uno de los ofendidos, de aquellos ariscos refunfuñadores en secreto, a quienes un poco de dulzura hubiera atraído al nuevo gremio político. No sabían o no querían entenderme; por más que me enfadaba, quería y ordenaba, todo seguía su curso ordinario, porque yo no podía estar siempre en todas partes; bien lo sabían, y, sin embargo, se creía que yo tenía una mano de hierro.»

EL EMPERADOR CONTINÚA PADECIENDO, ETC.—ALEGRÍA.—COMIDA PÉSIMA, VINO EXECRABLE, ETC.

12.—Dijo el Emperador en este día que aun cuando no estaba mejor, había resuelto despreñar su sufrimiento. Se vistió y pasó al salón, en donde dictó dos o tres horas a uno de aquellos señores. Era el tercer día que no había comido, y todavía no experimentaba la crisis que buscaba y conseguía comúnmente con el régimen singular que se había formado: continuaba tomando limonada caliente.

Aquel estado le hizo preguntar cuánto tiempo se podría vivir sin comer y en qué proporción podría la bebida suplir al alimento. Mandó traer la *Enciclopedia británica*, en donde se vieron cosas muy curiosas. Por ejemplo, una mujer que había vivido cincuenta días sin otro socorro que el de haber bebido dos veces, y otra que se había mantenido durante el espacio de veinte días con agua sola.

Sobre el mismo particular dijo uno que Carlos XII, por sola experiencia sobre sí mismo, y por pura contradicción a los argumentos sostenidos en su presencia, se había quedado cinco días sin comer, al cabo de los cuales se tragó un pavo y una pierna de carnero, pero que estuvo a pique de reventar. El Emperador se reía de esto, y nos aseguraba que no intentaba llegar hasta aquel punto, a pesar de lo incitativo que era el modelo.

Jugó una partida a los cientos con madama de Montholon, y entretanto llegó el gran mariscal. Acabado el juego, le preguntó el Emperador cómo le hallaba. —«Algo pálido»—respondió Bertrand—. Y era muy

cierto. En un momento de alegría el Emperador echó a correr tras de él en el salón, para agarrarle la oreja, diciéndole: «¡Cómo, pues, un poco pálido! Usted me insulta, señor gran mariscal, usted quiere decir con eso que soy bilioso, lúgubre, atrabiliario, violento, injusto y tirano; vamos, deme usted esa oreja para que me vengue, etc.»

Llegó la hora de comer, y el Emperador titubeó sobre si comería con nosotros o bien en su aposento; se decidió por lo último, por miedo, decía, de querer imitar a Carlos XII si asistía a nuestra mesa. Pero en verdad que le hubiera sido muy difícil, pues habiendo venido a sorprendernos en medio de nuestra comida, le dió lástima, dijo; y en efecto, apenas teníamos materialmente qué comer; aquella circunstancia le hizo tomar un partido violento. Desde aquel instante dió orden para que cada mes se vendiese una porción de su plata labrada para atender a las necesidades de nuestra mesa.

Lo peor de nuestra comida, y que dió motivo a una conversación seria, era el vino, execrable algunos días, y que nos incomodó a todos. Nos vimos en la precisión de pedirlo al campo, esperando que nos cambiarían el que no podíamos beber.

En el curso de la conversación dijo el Emperador que en la situación en que se había hallado, los químicos y médicos le habían suministrado una multitud de indicios y advertencias, que todos convinieron en indicarle el vino y el café como las cosas de que más debía guardarse; todos igualmente opinaban que debía abstenerse de las comidas que tuviesen el menor olor de ajo, y por lo que hace al vino, que lo arrojase al instante si se sentía algún tanto *atolondrado* al

probarlo. Como siempre había tenido, decía, su mismo vino de Chamartín, rara vez se había hallado en el caso de tener que desechar nada. Pero en el día era distinto, y si hubiera de arrojar el vino a cada *atolondramiento*, mucho tiempo haría que no lo bebería, etc.

POEMA DE «CARLOMAGNO» DEL PRÍNCIPE LUCIANO;
CRÍTICA.—HOMERO.

16.—El tiempo era malísimo, y estuvo así tres semanas o un mes. Antes de la una me mandó llamar el Emperador; le hallé en su salón. Estaba muy cambiado y quiso trabajar, a cuyo efecto hizo venir a mi hijo; hizo algunas correcciones en el artículo del Papa y otro del Tagliamento, y a las cinco lo dejó. Estaba muy abatido, se le notaba que sufría mucho, y se retiró, diciendo que iba a ver si podía comer alguna cosa.

El Emperador volvió y nos halló en la mesa; dijo que había comido más que cuatro, con lo que se había reanimado.

Discurriendo cuál sería la lectura del día, pidió el *Carlomagno*, de su hermano Luciano. Analizó el primer canto, hojeó otros; y después de haber buscado el objeto, el plan, etc., exclamó: «¡Cuánto trabajo, ingenio y tiempo perdido! ¡Qué desconcierto de ideas y de gusto! ¡He ahí veinte mil versos, de los cuales algunos pueden ser buenos, a lo que entiendo, mas sin colorido, sin objeto y sin resultado. Sin duda es una vocación forzada en el autor, pero está mal seguida. ¿Cómo es que Luciano, con todo su talento, no ha

tenido presente que Voltaire, maestro de su lengua y de su poesía, en París, y en medio del santuario, se perdió en una empresa semejante? ¿Cómo, pues, Luciano pudo creer que le era posible hacer un poema francés en país extranjero y fuera de la capital de Francia? ¿Cómo pudo aspirar a establecer una nueva rima? Ha hecho una historia en verso y no un poema épico. Éste no puede soportar la historia de un hombre, sino la de una pasión o un acontecimiento. ¡Y qué asunto fué a tomar! ¡Qué nombres tan bárbaros ha introducido! ¿Ha creído realzar la religión, que suponía abatida? ¿Sería acaso su obra un poema de reacción? Por lo demás, se resiente del suelo en que fué compuesto: no es otra cosa que unas oraciones de clérigos, la dominación temporal de los Papas, etc., etc. ¿Cómo ha tenido valor para dedicar veinte mil versos a unas cosas que ya no son del siglo, a preocupaciones que no puede tener y a opiniones que no pueden ser suyas? Esto es prostituir su talento. ¡Qué desvarío! ¡Y con cuánto más provecho podía haber trabajado! Pues a la verdad tiene ingenio, facilidad y aplicación, y estaba en Roma con los más ricos materiales a la mano, conocimiento de la lengua italiana, etc. No teniendo nosotros una buena historia de Italia, podía haberla compuesto; su talento, su posición, su conocimiento en los asuntos y su rango pudieron hacerla excelente y clásica; hubiera hecho un verdadero presente al mundo literario, haciéndose al mismo tiempo inmortal. En lugar de esto, ¿qué viene a ser su poema?, ¿qué influirá en su reputación? Se sepultará en el polvo de las bibliotecas, y su autor obtendrá, a lo más, algunos artículos insignificantes, y aun muchos ridículos, en los diccionarios.

rios biográficos o literarios. Si Luciano no podía prescindir de su destino de hacer versos, hubiera sido mejor, más decoroso, más conveniente y a propósito en él, hacer cuidadosamente un manuscrito, enriquecerlo con magníficas láminas y con una hermosa encuadernación, y regalar, de cuando en cuando, los ojos de las damas, dejar alguna que otra vez copiar un trozo, vinculando el todo en la familia con una severa prohibición de que nunca se imprimiesen. Entonces alabaríamos su prudencia.»

Después, poniéndolo a un lado, dijo: «Pasemos a la *Iliada*.» Mi hijo fué a buscarla, y el Emperador nos leyó algunos cantos, deteniéndose a menudo para admirarla despacio. Sus observaciones eran preciosas, abundantes y singulares. Se interesó tanto, que eran ya las doce y media de la noche cuando preguntó la hora para retirarse.

OTRA VEZ EL POEMA DE «CARLOMAGNO», ETC.—LOS HERMANOS Y HERMANAS DEL EMPERADOR, AUTORES.

15.—En este día aprovechó el Emperador un instante de buen tiempo para irse a pasear hacia el jardín de la compañía. Estando solo con él me dediqué a hacerle algunas pinturas, sobre las que me permití sugerirle varias ideas; las desechó, riéndose de mí. «Vamos, querido amigo—me dijo—, usted es un bobo, y no se enfade del epíteto—repuso inmediatamente—, pues nó lo prodigo a todos; porque en mi boca equivale siempre a un título de hombre de bien.»

Después de comer, obstinándose en tratar nuevamente del poema de Luciano, que había recorrido

la noche anterior, empleó el tiempo como los dos días precedentes, entre *Carlomagno* y Homero, que tomó de nuevo para adquirir fuerzas, según dijo chistosamente, volviendo a empezar la censura del príncipe Luciano y la admiración del buen Homero.

Interrumpida la lectura, dijo uno a Napoleón que Luciano tenía preparado otro poema semejante a su *Carlomagno*: éste era *Carlos Martel en Córcega*, y además una docena de tragedias. «¡Ese hombre tiene el diablo en el cuerpo!», exclamó el Emperador.

También le dijeron que su hermano Luis había hecho una novela. «Podrá haber ingenio en ella—aseguró—y gracia, pero no dejará de tener su metafísica sentimental y sus boberías filosóficas.»

Otro le dijo que la princesa Elisa había hecho también otra novela, cosa que él no sabía. En fin, hasta la princesa Paulina dijeron que tenía la suya. «¡Oh!, en cuanto a ésta—repuso el Emperador—será la heroína, pero no la autora; según eso, sólo Carolina dejaría de serlo. Así es que en su infancia se la consideraba como la tonta y la *cenicienta* de la familia; pero ha cambiado enteramente, ha sido una excelente mujer, y muy capaz, etc.»

NO TENÍAMOS NADA PARA ALMOZAR. — SOFISMA DE JOVIALIDAD. — SOBRE LAS IMPOSIBILIDADES, ETC.

16.—Por la mañana, a la hora acostumbrada, mi criado vino a decirme que no había café, azúcar, pan, ni leche para almorzar. La víspera, poco antes de comer, pedí un bocado de pan y no pudieron dármelo; de este modo se nos disputaba la comida; los que es-

taban a larga distancia de nosotros, difícilmente podrían creerlo; sin embargo, es la pura verdad.

El tiempo se había puesto bueno, y como hacía ya mucho que el Emperador no había salido, se fué al jardín, y después pidió el coche para dar nuestro paseo ordinario, interrumpido algún tiempo. Paseándose, madama de Montholon se puso a echar de su lado a un perro que la seguía. «¿A usted no le gustan los perros, señora?—No, señor.—Si a usted no le gustan los perros, no le gusta la fidelidad; usted no querrá que le sean fieles, luego usted no lo es tampoco.—Pero ... pero...—decía ella.—Pero..., pero...—respondía el Emperador—, ¿cuál es el vicio de mi lógica? Destruya usted mis argumentos, si puede, etcétera, etc.»

Uno de nosotros se había ofrecido hacía ya unos días para no sé qué manipulación, y Napoleón le preguntó si había obtenido al fin su resultado. El otro contestó que no tenía los utensilios necesarios. «Verdadero hijo del Sena—decía el Emperador—; usted se cree siempre en las Tullerías. La verdadera industria no consiste en ejecutar las cosas con todos los instrumentos conocidos; el arte y el ingenio estriba en conseguir el fin, a pesar de las dificultades, haciendo que poco o nada sea imposible. Mas aparte de esto, ¿de qué se queja usted? ¿De que no tiene una mano de almirez? El primer palo de silla puede servir de tal. ¿De que le hace también falta el mortero? Todo cuanto nos rodea puede reemplazarlo: esta mesa es un mortero; una cacerola o una caldera lo son también; mi gamella... o la de cualquier otro surtirán el mismo efecto; pero, verdadero hijo del Sena, repi-

to, usted se cree siempre en la calle de San Honorato, en medio de los mercados de París.»

El gran mariscal dijo entonces a Napoleón que aquella circunstancia le recordaba la primera vez que tuvo el honor de conocerle y las primeras palabras que le oyó. Bertrand pasaba en comisión a Constantinopla en la época de la campaña de Italia, y Napoleón, general en jefe, viendo que era oficial de Ingenieros, le hizo un encargo relativo a su profesión. «Fué a corta distancia del cuartel general—decía el gran mariscal—, y a mi vuelta vine a decirlos que creía la cosa imposible. A lo que vuestra majestad, a quien me dirigí temblando, me dijo con afabilidad: «Mas veamos eso, caballero, ¿de qué modo lo ha hecho usted? Lo que es imposible para usted, tal vez no lo sea para mí.» En efecto—continuaba Bertrand—, a cada uno de mis medios vuestra majestad decía: «Lo creo», y sustituía otros; de manera que en pocos minutos fué preciso convencerme, no sin conservar un profundo sentimiento, y algunos recuerdos que me han servido después.»

El Emperador se retiró temprano, y manifestaba estar extremadamente cambiado, sobre todo después de su última indisposición; se debilitaba visiblemente, y tanto, que un par de vueltas por el jardín le fatigaban.

CÁLCULO ESTADÍSTICO.—POBLACIÓN DE LOS ISRAELITAS EN EGIPTO, ETC.

17 y 18.—Habiéndose arreglado el tiempo, el Emperador dió algunos paseos en el jardín; todos nos-

otros estábamos con él; y al cabo de un rato se dirigió hacia el bosque.

De vuelta del paseo, todos almorzamos bajo la tienda: y como el tiempo estaba muy hermoso, le vino el deseo de dar inmediatamente un paseo en coche.

A cosa de las cinco de la tarde me mandó llamar a su gabinete para que le ayudase a buscar algunos documentos relativos al interior del África, en las inmediaciones de Egipto. Este era un punto que le ocupaba ya desde algunos días, con la idea de que sirviese de objeto a algunos capítulos especiales de su campaña en aquellos países.

Se hallaba algo enfermo, y me dijo que mandara hacerte, que es una cosa extraordinaria para él. Poco después vino el gran mariscal a reemplazarme para escribir lo que le dictaba, como tenía por costumbre.

Después de comer se entretuvo materialmente con la pluma en buscar la relación entre el suelo productivo de Egipto y el de Francia, y halló que el de ésta era mucho más inferior que el de aquél. Este cálculo se hacía sobre los tanteos estadísticos de Francia por Peuchet; el Emperador quedó satisfecho del resultado, pues tal había sido antes su opinión. De ahí se pasó naturalmente a otros muchos objetos: la población probable y posible de Egipto en los tiempos antiguos; cuál pudo ser la de los israelitas; si en el poco tiempo que permanecieron cautivos pudieron multiplicarse hasta el punto que nos dice la *Escritura*, etc.; y el Emperador me dijo que al día siguiente le llevase mi opinión estadística sobre este asunto. En fin, se habló mucho sobre las probabilidades de la vida humana, cuyos estados se hallaban en la misma obra de

Peuchet; y Napoleón dijo sobre la materia cosas muy profundas, enteramente nuevas y curiosas.

El día siguiente, 18, le llevé el cálculo que formé sobre el problema que me había dado la víspera. No le sorprendió poco el resultado, y le suministró infinitas disertaciones; he aquí el resumen que le presenté:

Los israelitas permanecieron doscientos años en Egipto; pueden contarse diez generaciones en este intervalo. Se casaban jóvenes y, sobre todo, tenían muchos hijos. Supuse, pues, a los hijos de Jacob y a los doce jefes de tribus todos casados; supuse también por un momento que cada uno de ellos tuviese el mismo número de hijos o seis parejas, y así de lo demás. La décima generación, en tal caso, se hallaba compuesta de 2.480.064.704 individuos. Pero la generación que precede a esta décima, y aun todavía otras más, vivían al mismo tiempo. ¡Y entonces qué espantosa cantidad de números! No obstante, resulta de aquí que puede disminuirse sin temor el número de hijos y descontar las muertes, los accidentes, las epidemias, etc., etc. Y además, siempre será cierto que un cálculo no puede ser suficiente dato para contradecir lo que dijo Moisés. El Emperador se ocupó algún tiempo en buscar y extraer todos los vicios de mi raciocinio y se entretuvo infinito.

Durante la comida se ejercitó en el inglés, haciendo preguntas a mi hijo en aquella lengua sobre la historia y la geometría. Después de comer tomó la *Odissea*, cuya lectura sirvió de completa satisfacción para todos.

EL EMPERADOR CAMBIA Y SE DEBILITA.—SE ROMPE
LA PLATA LABRADA.

19.—Napoleón pasó la mañana en reunir todavía algunas notas sobre el origen del Nilo, de los diversos autores modernos, Bruce, etc.; yo le ayudé en este trabajo. A las tres se vistió y salió; el tiempo era hermoso, por lo que pidió el coche, introduciéndose a pie en los bosques, y anduvimos hasta la vista de la peña de las *Señales*; me hablaba de su posición moral y de ciertas contrariedades que debían causarles algunas circunstancias de nuestra misma intimidad. El coche nos alcanzó con monsieur y madama de Montholon. El Emperador lo celebró, diciendo que ya no se sentía capaz de volver a pie a su habitación; se iba debilitando visiblemente; andaba ya despacio, arrastrando los pies, y sus facciones se alteraban. Su semejanza a José vino a ser tal, que pocos días antes, yendo a buscarle al jardín, habría jurado que era el mismo José, hasta el momento en que me aboqué con él. Otros lo advirtieron como yo, lo que nos hizo decir que si creyésemos en la *previsión* o en la *doble vista* de los ingleses, debíamos esperar alguna cosa extraordinaria sobre uno de los dos.

A nuestra vuelta examinó el Emperador un gran cesto de plata labrada rota, que al día siguiente tenía que enviarse a la ciudad. En lo sucesivo debía servir para atender al complemento indispensable de nuestra subsistencia de un mes, según las últimas reducciones del gobernador.

Bien sabíamos que algunos capitanes de la compañía habían ofrecido hasta cien guineas por un solo

plato, cuya circunstancia hizo que Napoleón ordenase que se limaran los escudos y se rompiesen las piezas, de manera que no presentasen ningún vestigio que pudiese mostrar que le habían pertenecido; encima de las tapaderas había unas águilas macizas, y esta es la única cosa que quiso que se respetara, y las hizo poner aparte. Aquellos últimos restos eran el objeto del deseo de cada uno de nosotros, pues los considerábamos como otras tantas reliquias. Estas sensaciones eran algún tanto religiosas e interesantes.

La precisión de poner el martillo sobre aquella plata fué causa de gran sentimiento para toda la comitiva. ¡Con cuánta pena pusieron las manos sobre unos objetos que tanto veneraban! Esta acción los atormentaba, y fué para ellos un sacrilegio y una desolación; algunos lloraron.

Después de comer continuó el Emperador la *Odisea*; y en seguida leyó algunos pasajes de la *Navegación*, de Esmenard, cuyos versos le agradaron.

NUEVA VEJACIÓN DEL GOBERNADOR.—TOPOGRAFÍA DE ITALIA.

20.—Antes de las ocho, el Emperador me hizo despertar para que fuese en coche a reunirme con él en los bosques, en donde ya se estaba paseando con monsieur de Montholon, hablando de los gastos de la casa. Al fin, el tiempo se puso bueno, y aquella fué una mañana deliciosa de primavera, por lo que dimos dos paseos.

La nueva e increíble vejación del gobernador consistió en prohibirnos en aquel mismo día vender la

onsabida plata rota, a cualquiera que fuese, excepto a la persona que nos señaló. ¿Cuál pudo ser su intención con aquella nueva violación de toda justicia? La de ultrajarnos más y cometer un nuevo abuso de autoridad.

El Emperador almorzó bajo la tienda, y dictó inmediatamente después al general Gourgaud la batalla de Marengo; me dijo que me quedase para escuchar; y a eso del mediodía se retiró para ver si podía descansar.

A las tres volvió a mi cuarto, y nos halló a mi hijo y a mí ocupados en comprobar a Arcole. Napoleón sabía que era mi capítulo predilecto, y que yo lo llamaba un canto de la *Iliada*; lo quiso volver a leer, y dijo que, en efecto, le gustaba mucho.

En un principio hacía leer sus capítulos por la noche; pero habiéndose dormido una de las señoras, lo suspendió, y sobre ello me dijo un día: «El amor propio de un autor, amigo mío, se mortifica por cualquier cosa.»

La lectura de Arcole refrescó las ideas del Emperador sobre lo que llamaba *bello teatro de Italia*; nos mandó que le siguiésemos al salón, y nos dictó durante algunas horas. Había hecho extender su inmenso mapa de Italia, que ocupaba la mayor parte del salón, y echado encima de él, lo recorría en cuatro pies, con un compás y un lápiz encarnado en la mano, comparando y midiendo las distancias con un cordel, que sostenía uno de nosotros por la punta. «De este modo —me decía riéndose de la postura en que yo le veía—, debe medirse un país para tomar una idea justa de él y hacer un buen plan de campaña.» Lo que dictó puede servir de base a un excelente trozo de geografía política sobre Italia.

FAMOSO CRÉDITO DE SANTO DOMINGO.—INSPECTORES DE REVISTAS, ETC.—PROYECTOS ADMINISTRATIVOS, ETCÉTERA.—GAUDIN, MOLLIN, DEFERMONT, LACUÉ, ETC.—MINISTRO DEL TESORO; MINISTRO SECRETARIO DE ESTADO: SU IMPORTANCIA.

21.—El almirante Malcolm nos hizo una visita para despedirse de todos nosotros. Al día siguiente iba a partir para el cabo de Buena Esperanza, y me dijo que pensaba estar dos meses ausente. Lo sentimos; sus modales atentos y una especie de simpatía tácita entre nosotros, nos lo hacían preferir siempre a sir Hudson Lowe, que en nada se le parecía.

El Emperador, que le tenía también cierta inclinación, lo recibió y dieron juntos algunas vueltas por el jardín, diciéndome el almirante que le había oído cosas muy curiosas sobre el *Escaud* y el *Nievendip*, establecimiento marítimo creado por Napoleón en Holanda, que le era absolutamente desconocido.

Después de comer se habló de lo que el Emperador llamaba el famoso crédito de Santo Domingo, cuya conversación suministró algunos pormenores muy interesantes.

De esto pasó Napoleón a diversos ramos de la administración pública, defendiendo la institución de los inspectores de revistas. «Por su medio solamente—decía—puede estarse seguro del número de los hombres presentes; con ellos sólo puede obtenerse esta ventaja, que es inmensa en el servicio. No menos ventajosa era su administración, a pesar de algunos pequeños abusos que tenía en los pormenores. Pero en grande era como debía juzgarse la institución, y es preciso

preguntar cuántos otros habría si no existiese. Por lo que respecta a mí—decía—, debo asegurar que haciendo el cotejo de los gastos, esto es, calculando cuánto hubiera debido costar el total del ejército según el sueldo que a cada uno correspondía, la suma que el Tesoro pagaba siempre era inferior al resultado de aquel cálculo. Luego, pues, había una economía en el ejército. ¿Qué mejor resultado puede desearse? »

El Emperador citaba la administración de la marina como la más regular y más pura; había llegado a ser, decía, una obra maestra, y en eso había consistido el gran mérito de Decrés.

Al mismo tiempo creía que Francia era demasiado grande para un solo ministro de administración de la guerra.

«Es superior a las fuerzas de un hombre—decía—; se han concentrado en París las decisiones, las compras, los abastos, las hechuras, y subdividido la correspondencia del ministro en tantas personas cuantos son los negocios y cuerpos. Al contrario, era preciso reunir las correspondencias y subdividir los recursos, transportándolos a sus mismas localidades. Así es que muy detenidamente había yo meditado el proyecto de formar en Francia veinte o veinticinco distritos militares que hubiesen compuesto otros tantos ejércitos; y hubiera habido más que el mismo número de oficinas de cuenta y razón, etc.; habrían sido veinte ministros subalternos, para lo que hubiera sido preciso hallar veinte hombres honrados; de manera que el ministro sólo tendría de este modo veinte correspondencias, el todo se hallaría concentrado y la máquina marcharía con rapidez, etc., etc.

»Gaudin y Mollien—continuaba—eran de opinión

que los recibidores generales, los empleados de Hacienda y los contratistas fuesen hombres de mucho capital, para que pudiesen sacar grandes provechos, y los confesasen, a fin de que temiesen perder tanto los intereses como el honor; no puede ser de otro modo si se quería sacar de ellos, en caso necesario, apoyo, servicios y crédito.

•Otro partido, Defermont, Lacuée y Marbois, pensaban, al contrario, que nunca podrían ser demasiado minuciosos, económicos ni rigurosos. Yo me inclino por la opinión de los primeros, persuadido de que las miras de los últimos son muy pequeñas, y que sólo son convenientes para un regimiento y no para un ejército; para una familia particular, y de ningún modo para un grande imperio; yo les llamaba los puritanos o los jansenistas del oficio.»

El Emperador decía que el ministro del Tesoro y el ministro secretario de Estado eran dos instituciones suyas, de las que más se felicitaba y que más útiles le habían sido.

•El ministro del Tesoro—decía—concentraba todos los recursos y comprobaba todos los gastos del Imperio, y del ministro secretario de Estado emanaban todas las disposiciones. Era el ministro de los ministros, el que daba la vida a todas las acciones intermedias, el gran secretario del Imperio, que firmaba y legalizaba todos los documentos. Con la ayuda del primero, me informaba a cada paso del estado de mis asuntos, y por medio del segundo mis decisiones y voluntades llegaban a todas partes; tan bien, que con sólo los dos ministros y una docena de escribas me habría atrevido a gobernar el Imperio desde el interior de la Iliria o desde las márgenes del Nie-

men, con la misma facilidad que en mi capital.»

El Emperador no podía persuadirse de que los asuntos marchasen bien con los cuatro o cinco secretarios de Estado de nuestros reyes. «Así, pues, ¿cómo iban? —decía—. Todos concebían, ejecutaban y se comprobaban recíprocamente. Los unos podían ejecutar al revés de los otros, pues los reyes se contentan con firmar los proyectos al margen o legalizar solamente el cuaderno de sus disposiciones; pero los secretarios de Estado pueden ejecutar o alterar a discreción sin peligro material de responsabilidad. Añádase a esto que tenían la *estampilla*, que quisieron hacerme adoptar, y que deseché como el arma de los reyes holgazanes. De entre aquellos ministros los unos podían tener dinero en arcas y los otros no poder marchar por no tener un real; carecían enteramente de concentración que pudiese coordinar sus movimientos, fijar sus necesidades y arreglar su ejecución.»

El Emperador observaba que el ministro secretario de Estado era cabalmente el verdadero lote de los príncipes incapaces, si bien delicados, los cuales necesitarían de un primer ministro, aunque no quieren darlo a entender. «Mi ministro secretario de Estado—decía—si hubiera sido nombrado presidente del Consejo de Estado, desde aquel momento sería en realidad un primer ministro en toda la extensión de la palabra, pues habría expuesto sus ideas en el Consejo para que se convirtiesen en leyes y habría firmado en nombre del príncipe. Por lo tanto, con las costumbres de la primera raza—decía—o respecto de algunos príncipes venideros, mi primer secretario de Estado no habría dejado de ser en poco tiempo *el alcaide del palacio*.»

SOBRE LA SENSIBILIDAD. — SOBRE LOS OCCIDENTALES Y
LOS ORIENTALES, SUS DIFERENCIAS, ETC.

23.—En su cuarto, por la mañana, Napoleón, entre una multitud de objetos, habló también de los sentimientos y la sensibilidad, y citando a uno de nosotros, que no pronunciaba el nombre de su madre sin llorar, le dijo: «¿Pero eso no le es peculiar? ¿Es acaso general? ¿Usted siente lo mismo, o yo soy desnaturalizado? —Por lo que hace a mí, seguramente quiero a mi madre con todo mi corazón; no hay cosa que yo no hiciera por ella, y, sin embargo, si llegara a saber su muerte, no creo que pudiese expresar mi dolor con una lágrima, y no afirmaré que fuese lo mismo por la pérdida de un amigo, la de mi mujer o la de mi hijo. ¿Consistirá esa diferencia en la naturaleza? ¿Cuál puede ser el motivo? ¿Será acaso que la razón me ha acostumbrado con tiempo a esperar la muerte de mi madre, que está en el orden natural de las cosas, mientras que la de mi mujer o mi hijo es una sorpresa, un rigor de la suerte contra la cual no puedo menos de resistirme? Y después de todo, con más franqueza, ¿será quizás la inclinación natural al egoísmo? Yo pertenezco a la primera, y los otros son míos.» Y sobre el mismo asunto multiplicó los motivos con su acostumbrada profusión, siempre variada; pero los he olvidado ya.

Es cierto que amaba tiernamente a su mujer y a su hijo; las personas que han servido cerca de él nos hacen conocer ahora hasta qué punto se entregaba a las sensaciones de familia y nos demuestran algunas particularidades de su carácter, que estábamos muy lejos

de sospechar. Varias veces estrechaba en los brazos a su hijo con una efusión tal; que era capaz de ahogarlo; pero lo más frecuente era expresarle su ternura contrariándolo o chasqueándolo. Si lo encontraba en los jardines le tiraba los juguetes. Todos los días se lo llevaba a almorzar, y rara vez dejaba de embadurnarlo con lo primero que encontraba en la mesa. En cuanto a su mujer, no había día que no se hablase de ella en Santa Elena en sus conversaciones privadas; por poco que se prolongasen, tarde o temprano, de un modo o de otro, venía a entrar por algo o enteramente en el asunto de la conversación. No hay circunstancia, por pequeña que sea, respecto de la Emperatriz que no me haya contado cien veces. «Penélope, después de diez años de ausencia, creyó no poder asegurarse de la verdad sino haciendo a Ulises algunas preguntas a que él sólo podía responder; pues bien, yo creo que no tendría dificultad en presentar mis credenciales a María Luisa.»

Hablando el Emperador en la conversación de la noche de las naciones, decía que sólo reconocía dos pueblos: los orientales y los occidentales.

«Los ingleses, los franceses, los italianos, etc.—dijo—, no componen más que una familia; los occidentales tienen las mismas leyes, costumbres y usos; difieren de los orientales sobre todo en los dos grandes puntos de las mujeres y criados. Los orientales tienen esclavos, y nuestros sirvientes son libres; los orientales encierran sus mujeres, y las nuestras tienen parte en nuestros derechos; aquéllas tienen serrallos, y jamás en ningún tiempo se ha admitido la poligamia en el Occidente. Existen todavía una multitud de oposiciones—añadía—, y, según dicen, se han contado hasta

ochenta; esto es lo que verdaderamente puede llamarse pueblos diferentes.

• Todo está calculado entre los orientales para poder guardar a sus mujeres y asegurarse de ellas; toda nuestra vida, por el contrario, en el Occidente, está arreglada para que no podamos guardarlas y nos veamos precisados a atenernos a lo que ellas mismas nos digan. Todo hombre entre nosotros, so pena de idiotismo, debe tener una ocupación; luego cuando se ocupe en sus negocios o desempeñe sus funciones, ¿quién vigilará por él? Es, pues, preciso entre nosotros contar sobre el honor de las mujeres y entregarse a una ciega confianza.

• En cuanto a mí—decía chistosamente—, he tenido mujeres y queridas, y nunca me vino a la idea una vigilancia particular, porque pensaba que esto era como los puñales y el veneno en cierta posición, cuyas precauciones eran un tormento superior al peligro que se quería evitar; mejor es abandonarse a su destino.

• Por lo demás, decidir cuál es el mejor método entre el nuestro y el de los orientales es cosa muy complicada; no por ustedes, señoras—decía echando una mirada maligna sobre las que estaban presentes—; pero lo que hay de cierto en el asunto es que se engaña mucho el que suponga que los orientales disfrutan menos y no son tan felices como en nuestro Occidente. Entre ellos los maridos quieren mucho a sus mujeres, y éstas les pagan con la misma moneda. Tienen tanta variación de goces como nosotros, por diferentes que sean, pues todo es convención entre los hombres, y hasta se extiende a algunos sentimientos que parecen propiedad exclusiva de la naturaleza; al fin aquellas mujeres tienen sus derechos particulares como las

nuestras. No se les puede impedir que vayan al baño público, así como entre nosotros no se les puede prohibir que vayan a la iglesia, y las unas abusan tanto como las otras. Ya ven ustedes que la especie humana, su imaginación, sus sentimientos, sus virtudes y sus faltas recorren un círculo muy estrecho. Todo se compensa con muy pequeña diferencia en todas partes.»

El Emperador siguió hablando de cosas semejantes hasta media noche.

SOBRE HOLANDA Y EL REY LUIS. MAL HUMOR Y QUEJAS CONTRA LOS SUYOS. — ALTA POLÍTICA, ETC.

24. — El Emperador me hizo llamar al mediodía a su gabinete; hablamos de la cadena de autores que han comunicado la luz histórica desde los primeros tiempos hasta nuestros días, lo que le movió a leer en el primer estado del *Atlas histórico* la parte que presenta el conjunto y resumen.

La conversación recayó sobre la variedad de la especie humana; mandó buscar el *Buffon* para aclarar este punto, que le detuvo bastante tiempo.

Después de vestirse mandó llamar a mi hijo, y trabajamos tres o cuatro horas en los capítulos de la *Campaña de Italia*.

Acabado este trabajo, la variedad de los objetos llevó la conversación a los asuntos de Holanda y del rey Luis, sobre los cuales dijo cosas muy notables.

«Luis tiene talento—decía—y no es malo; pero aun con estas buenas cualidades un hombre puede hacer mil necedades y causar mucho mal; Luis se inclina,

naturalmente, al desvarío y a la extravagancia; y, además, está viciado con la lectura de Rousseau; aspira a una reputación de sensibilidad y de beneficencia. Incapaz por sí mismo de grandes combinaciones, y a lo más susceptible de algunos pormenores locales, sólo se ha mostrado un rey perfecto.

»Desde su llegada a Holanda, nada imaginó tan grande y digno como que se dijera que no era más que un buen holandés; se entregó enteramente al partido inglés, favoreció el contrabando y se puso en relación con los enemigos. Fué preciso vigilarle al instante, y aun amenazarle; refugiando entonces su falta de carácter en una temeraria obstinación, y suponiendo que un escándalo fuese gloria, huyó del trono declamando contra mí, contra mi insaciable ambición, mi intolerable tiranía, etc. ¿Qué me quedaba que hacer? ¿Había de dejar Holanda a disposición de nuestros enemigos? ¿Convendría nombrar otro rey? ¿Pero debería esperar de él más que de mi hermano? Todos cuantos yo elevaba, ¿no obraban, poco más o menos, lo mismo? Hubo, pues, de reunir Holanda; y, sin embargo, esta providencia causó el peor efecto en Europa, y no ha contribuído poco a preparar nuestras desgracias.

»A Luis se le encargó que tomase por modelo a Luciano, y éste había obrado, poco más o menos, lo mismo; y si bien después se arrepintió noblemente, esto habrá podido honrar su carácter, pero no componer los asuntos.

»A mi vuelta de la isla de Elba, en 1815, me escribió Luis desde Roma una carta muy larga, enviándome una embajada; aquel era su tratado, decía él, y sus condiciones para venir cerca de mí. Yo respondí que

de ningún modo estaba en el caso de hacer tratados con él; que si venía sería bien recibido, puesto que era mi hermano.

• Tal vez se hallará una disculpa a los desvaríos de Luis en el cruel estado de su salud; la edad en que se agravó, las circunstancias atroces que los han causado, y que deben haber influido sigularmente en su moral; estuvo a pique de morir, y después le quedaron terribles achaques; ha estado casi tullido de un lado.

• De todos modos—continuó—es muy cierto que poco me han ayudado los míos, y que me han causado grande perjuicio, lo mismo que a la gran causa. Muchas veces se ha exagerado la fuerza de mi carácter; yo he sido siempre débil, sobre todo para con los míos, y muy bien lo saben ellos; pasado el primer ímpetu, su perseverancia y obstinación vencían siempre, y a la larga han hecho y sacado de mí lo que han querido; grandes faltas me han hecho cometer. Si, en lugar de esto, cada uno de ellos hubiera dado un impulso común a las diversas masas que les confié, hubiéramos llegado hasta los polos, todo se habría sujetado ante nosotros, y habríamos cambiado la faz del mundo. ¡Europa gozaría de un nuevo sistema, y todos nos bendecirían!... Yo no he tenido la dicha de Gengis-Kan con sus cuatro hijos, que no conocían otra rivalidad sino la de servirle bien. Nombraba yo un rey, al instante se creía *por la gracia de Dios*; tan contagiosas son las palabras. Ya no era un lugarteniente sobre el que yo debía descansar, sino un enemigo más en quien debía pensar; sus esfuerzos no se dirigían a ayudarme, sino a hacerse independiente. Todos tenían al punto la manía de creerse adorados y preferi-

dos a mí; yo era, en lo sucesivo, quien les incomodaba y ponía en peligro. Los *legítimos* no pudieran haber olvidado de otro modo, y no se hubieran asegurado más. ¡Pobre gentel!; pues, desde el punto que sucumbí, han podido convencerse de que no merecerían ni aun el honor de que el enemigo exigiese o mencionase su destitución; y aun en el día, si incomodan a sus personas y si se les atormenta por parte del victorioso, no es, quizás, sino por la necesidad de hacer sentir el peso de su poder o por la bajeza de ejercer la venganza. Si los míos inspiran un gran interés a los pueblos, es porque dependen de mí y de la causa común; pero que ninguno de ellos pueda causar un movimiento, no hay que temerlo; y, sin embargo, a pesar de la filosofía de varios de los mismos (pues algunos de ellos aseguraban haberse visto *obligados* a reinar, así como los gentileshombres del arrabal de Saint-Germain), su caída ha debido serles muy sensible, pues se habrían acostumbrado muy luego a las dulzuras del empleo; todos han sido verdaderamente reyes; todos, al abrigo de mis trabajos, han gozado de la dignidad real; yo solo no he conocido más que el peso. Constantemente he soportado al mundo sobre mis hombros, y este oficio, a la verdad, no deja de traer grandes fatigas, etc.

»Se me dirá, quizás, por qué me obstinaba en crear Estados y Reinos. Las costumbres y la situación de Europa lo exigían así. Cada nueva reunión a Francia acrecentaba las alarmas de todos. Hacía levantar los gritos al cielo, alargaba más y más la paz. Pero entonces, dirán, ¿por qué tuvo la vanidad de colocar a cada uno de los suyos sobre un trono?; pues el vulgo no habrá visto más que eso. ¿Por qué no eligió más

bien entre los simples particulares más capaces? A esto respondí que no sucede lo mismo con los tronos hereditarios que con una simple prefectura; la capacidad y los medios son tan comunes hoy en la multitud, que es necesario guardarse bien de promover la idea del concurso. En la agitación en que nos hallamos sumergidos, y con nuestras costumbres modernas, era preciso pensar más bien en la estabilidad y en la concentración hereditaria; de otro modo, ¡cuántos combates, facciones y desgracias! En la armonía que yo meditaba para el reposo y bienestar universal, si hubo un defecto en mi persona y elevación, fué haber salido de repente de la multitud. Yo conocía mi aislamiento, y así echaba por todas partes áncoras de salvación en el fondo del mar. ¿Qué apoyos más naturales para mí que mis parientes? ¿Debía esperar más de parte de los extraños? Y si los míos han hecho la locura de romper estos lazos sagrados, la moralidad de los pueblos, superior a su ceguera, llenaba una parte de mi objeto; con ellos se creían más sosegados y seguros.

»En suma: unos actos de tal naturaleza no eran ciertamente cosa de burlas; estaban al nivel del orden más elevado, ligados con el reposo de la especie humana y con la posibilidad de mejorar su posición. Si, a pesar de las combinaciones hechas de muy buena fe, no se advierte el mejor resultado, es porque es preciso atenerse a una gran verdad, a saber: que es muy difícil gobernar cuando se quiere hacer en conciencia, etcétera.»

FERVOR DE TRABAJO.—IDEAS Y PROYECTOS DE NAPOLEÓN SOBRE NUESTRA HISTORIA, ETC.—SOBRE LAS OBRAS PUBLICADAS, ETC.—M. MÉNEVAL.—PORMENORES CURIOSOS, ETC.

Del 25 al 27.—Hacia algunos días que el Emperador trabajaba con grande ahinco; todas las mañanas las pasaba sacando notas de los autores antiguos sobre el Egipto.

Recorrimos de concierto, Herodoto, Plinio, Estrabón, etc., sin otra interrupción que la del tiempo de almorzar; el Emperador dictó materialmente por espacio de dos días seguidos.

Comiendo, nos dijo que se hallaba mucho mejor, sobre lo cual le advertimos que, sin embargo, hacía tiempo que no salía, y trabajaba ocho, diez y doce horas cada día.

«Esa es la causa—decía—; el trabajo es mi elemento, he nacido y me hallo formado al intento; he conocido los límites de mis piernas y los de mis ojos, pero nunca los de mi trabajo; así es que no sé cómo no he muerto a ese pobre Méneval; me he visto precisado algunas veces a hacerlo relevar y ponerlo en convalecencia cerca de María Luisa, en donde su empleo era un verdadero beneficio simple.»

Además, añadía que si estuviese en Europa y sossegado, su gusto sería escribir la historia; se quejaba del modo miserable con que la veía escrita en todas partes; las continuas investigaciones que hacía todos los días se lo patentizaban mucho más de lo que él había sospechado.

«Nosotros—decía—no tenemos buena historia ni he-

mos podido tenerla. La mayor parte de los pueblos de Europa están en el mismo caso; los frailes y los privilegiados, esto es, los hombres de los abusos, los enemigos de la verdad y de las luces (1), han ejercido solamente este monopolio; ¡nos han contado lo que han querido, lo que les ha agradado; o más bien, todo lo que está en su interés, en sus pasiones o en sus miras!»

Decía que había concebido el proyecto de reformarlo todo, en cuanto fuese posible; para lo que habría nombrado comisiones del Instituto o de algunos sabios indicados por la opinión pública, para revisar, criticar y reproducir nuestros anales. Del mismo modo hubiera querido acompañar los autores clásicos, con que se alimenta nuestra juventud, de comentarios capaces de ponerlos en armonía con nuestras instituciones modernas. Con un buen programa, el concurso y algunas recompensas, se hubiera obtenido todo, decía; nada podía resistir a semejantes medidas.

Repetía, además, lo que creo haber ya dicho: que su intención había sido escribir los últimos reinados de nuestra monarquía sobre los documentos oficiales, sacados de los archivos de nuestras relaciones exteriores. También quería imprimir una multitud de manuscritos antiguos y modernos de la Biblioteca Imperial, coordinándolos en un cuerpo de doctrina, ora en las ciencias, ora en la moral, en la literatura y las artes, etc.

Tenía aún, según aseguraba, otros muchos planes por este estilo. ¿Y qué época se presentó nunca tan favorable para semejantes ideas y su complemento?

(1) Esta proposición, quizás, es demasiado general.

¿Cuándo se hallará en una misma persona el ingenio para concebirlas y el poder de ejecutarlas?

Para obviar, sin ofender a la misma libertad de imprenta, al diluvio de malas obras de que el público está inundado, preguntaba: ¿qué inconveniente hubiera podido presentar un tribunal de opinión, compuesto de miembros del Instituto, de la Universidad y de delegados del Gobierno, que hubiesen considerado las obras bajo el triple objeto de las ciencias, de las costumbres y de la política? Hubieran hecho la crítica y designado el grado de su mérito; habrían sido la antorcha del público, la garantía, el caudal y la emulación de las buenas obras, la ruina y anonadamiento de las malas.

Todas nuestras noches las consagrábamos a la lectura de la *Odisea*, que nos deleitó. Polifemo, Tiresias y las Sirenas nos electrizaron.

He aquí una ligera reseña relativa a M. Méneval, arriba citado por el Emperador, la cual deberá juzgarse preciosa, porque contiene algunos rasgos capaces de hacer conocer las circunstancias privadas de Napoleón.

Éste, primer cónsul ya, se quejaba de no tener un secretario particular, porque acababa de deshacerse del que había tenido durante sus campañas de Italia y expedición de Egipto, su antiguo colega y hombre de mucho talento, a quien apreciaba infinito, y del que se había visto precisado a separarse. Su hermano José le ofreció entonces el suyo, que conservaba desde tiempo atrás; y aceptándolo, adquirió un tesoro; así lo repetía Napoleón muchas veces. Después lo promovió al empleo de relator de peticiones del Consejo real, y secretario de la emperatriz María Luisa.

Su título cerca del primer cónsul fué el de secretario de la Bolsa; sobre el mismo objeto se hizo un extenso reglamento, cuyo artículo más esencial era que bajo ningún pretexto nunca debía tener amanuense particular, ni copista, lo que observó estrictamente.

M. Méneval era afable, muy reservado y trabajador en cualquier hora y tiempo; por lo que el Emperador jamás experimentó otros motivos que de satisfacción y contento, apreciándolo infinito. El secretario de la Bolsa tenía generalmente a su cargo todos los asuntos corrientes, los del momento y repentinos. ¡Cuántos asuntos, proyectos y pensamientos se han tratado y transmitido por su mediación! Abría y leía todas las cartas dirigidas al Emperador, las clasificaba para su examen y escribía lo que éste le dictaba.

Ya se sabe con cuánta celeridad dictaba Napoleón; tanto que, para ganar tiempo, el secretario tenía que retener las palabras, más bien que transcribirlas, lo que hacía maravillosamente M. Méneval, que con el tiempo fué autorizado para responder él solo sobre varios objetos; hubiera podido fácilmente adquirir mucha importancia, pero esto era absolutamente ajeno a su inclinación.

El Emperador estaba la mayor parte del tiempo en su gabinete; podría decirse que pasaba en él el día y, con frecuencia, una parte de la noche; se acostaba a las diez o las once de la noche, y algunas veces mandaba llamar a M. Méneval, aunque no siempre; pues, conociendo su celo, le tenía en consideración, diciendo: «No es preciso que usted se perjudique.»

Cuando aparecía por la mañana en su gabinete, encontraba allí a M. Méneval, quien le había puesto ya todos los legajos en orden. Si alguna vez dejaba

de asistir veinticuatro horas o dos días, le advertía su secretario que iba a abrumarse de trabajo, y que se llenaría pronto el despacho, a lo que el Emperador replicaba comúnmente: «No se espante usted; pronto estará limpio.» Y en efecto, en pocas horas se ponía al corriente; pues es cierto que despachaba muchas cosas no respondiendo nada, y echando debajo de la mesa lo que juzgaba inútil, aun cuando fuera de sus ministros, a lo que ya los tenía acostumbrados; viendo que no llegaba respuesta, ya sabían a qué atribuirlo. Él mismo leía todos los oficios, y respondía con cuatro letras al margen de algunos, y dictaba la contestación respecto de otros. Los que eran de gran importancia se ponían siempre a un lado, los leía dos veces y nunca contestaba sino después de algún intervalo.

Tenía por costumbre, al salir del despacho, recordar los objetos esenciales, y decir que debían estar prontos a una hora fija; lo estaban siempre. Si a dicha hora no aparecía el Emperador, M. Méneval con frecuencia le buscaba en el palacio para recordárselo. Algunas veces iba al despacho, y otras respondía a su secretario: *Hasta mañana; esta noche hay consejo.* Esta era su frase habitual; y en efecto, decía que más había trabajado de noche que de día; y no porque los asuntos le quitasen el sueño, sino porque dormía a horas interrumpidas, según se lo pedía la necesidad, y muy poco sueño le bastaba.

Muy a menudo le sucedió en la serie de sus campañas, que le despertaban repentinamente por algunas circunstancias instantáneas; al punto se levantaba, y no se conocía en sus ojos que acababa de despertar; tomaba sus disposiciones o redactaba las contestacio-

nes con la misma claridad y tino que lo hubiera podido hacer en cualquier otro momento; esto es lo que él llamaba *la presencia de espíritu después de media noche*; en él era extraordinaria. Hubo circunstancias en que lo despertaron, quizás, diez veces en una misma noche; y siempre lo hallaron dormido, porque todavía no había satisfecho la necesidad del sueño. Jactándose un día de esta facilidad de dormir, y de lo poco que necesitaba, con uno de sus ministros (el general Clarke), le dijo éste chuscamente: «Eso es lo que sentimos, señor; pues muchas veces es a costa nuestra, porque, por lo común, siempre nos toca algo.»

El Emperador lo hacía todo por sí mismo, y casi siempre en su despacho. Proveía todos los empleos, sustituyendo, por lo común, nuevos nombres a los que sus ministros le habían propuesto. Leía sus proyectos, los adoptaba, rayaba o modificaba; hacía hasta las notas mismas de su ministro de Relaciones Exteriores, dictándolas a su secretario Méneval, para quien no tenía secretos. Por medio de éste escribía a los soberanos, observando con ellos un formulario que le hizo extractar de los protocolos antiguos, y a cuyo rigorismo daba la mayor importancia. Los ministros trabajaban todos juntos con el Emperador un día determinado de la semana, a menos que ocurriesen casos particulares o accidentales en los asuntos o en el ministerio. El trabajo de cada uno se hacía en presencia de todos los demás, quienes podían tomar parte en él, y de este modo despachaba cada uno sus negocios. Se copiaban las deliberaciones en un registro general, que debe formar un gran número de volúmenes. Los asuntos despachados se ponían a la firma, que se verificaba por el intermedio del ministro secretario de

Estado, certificándola, etc. Algunas veces, aquellos mismos asuntos, ya despachados, volvían al despacho antes de la firma, para volverlos a ver y modificarlos. El ministro de Relaciones Exteriores era el único que, teniendo parte en el trabajo general de los otros ministros, tenía además, por la naturaleza secreta de sus funciones, un trabajo particular con el Emperador. Éste confiaba lo perteneciente a la guerra a uno de sus ayudantes de campo de su predilección. Duroc disfrutó mucho tiempo de esta confianza, después Bertrand y Lauriston; el conde de Lobau fué el último.

M. Méneval, de una salud muy delicada, y abatido con el peso del trabajo, tuvo necesidad de reposo; el Emperador lo colocó cerca de María Luisa; era un canonicato, decía, y un verdadero beneficio simple, pero, sin embargo, no se separó de él sino a condición de que volvería cuando se hallase restablecido, lo que no dejaba de recordarle siempre que le veía.

Con Méneval acabó la unidad de trabajo en el gabinete; tuvo muchos sucesores juntos, y el despacho del Emperador se convirtió en una oficina, y en una especie de administración bastante numerosa.

Deben haber quedado muchos restos o documentos del trabajo del gabinete; existirán de veinte a treinta tomos en folio, y otros tantos en cuarto, de la *Correspondencia de las campañas de Italia y Egipto*, reunida y clasificada por su orden.

Deben también existir, quizás, sesenta u ochenta volúmenes en folio de las *Deliberaciones del Consejo de los ministros*, reunidas por los secretarios de Estado duque de Bassano y conde de Daru; en fin, los *Procesos verbales del Consejo de Estado*, extractados y puestos en orden por M. Locré.

Estos son los grandes y verdaderos títulos de gloria para Napoleón sobre esos monumentos inmortales; con ellos han marchado los Gobiernos que han seguido, y a esa fuente vendrán a beber inevitablemente, en lo sucesivo, los de todos los tiempos y de todos los países; tan sólidas y seguras son las bases puestas por él, tan profundas han sido las raíces y tan ingenioso, en fin, es el conjunto, que presenta los caracteres del saber, de la rectitud y duración.

MI *Atlas*.—FATALISMO.—EL GOBERNADOR INSISTE EN VANO PARA QUE LO RECIBA EL EMPERADOR.

1.º de Octubre.—Cuando entré en la habitación del Emperador tenía éste mi *Atlas* en la mano; estaba registrando diversas hojas genealógicas, que después le sirvieron mucho para sacar su relación y correspondencia. Luego lo cerró, diciendo: «¡Qué unión! ¡Cómo se sigue y apoya todo, cómo se aclara y se graba todo en el entendimiento! Caro amigo, aun cuando no hubiese usted hecho más que indicar el verdadero modo de aprender, habría usted prestado un gran servicio. Libre cada uno, en adelante, de adornar su esqueleto a su modo, lo perfeccionarán, sin duda, pero la primera idea será siempre de usted, etc.»

Entre los diferentes asuntos de conversación que siguieron, se mencionó el fatalismo, y el Emperador dijo sobre el particular cosas muy curiosas y notables, entre otras: «¿No me hacen pasar por imbuído en la doctrina del fatalismo?—me preguntó.—Ciertamente, señor; al menos tal es la opinión de muchas personas.—Pues bien...; pues bien; dejadlos decir lo que quie-

ran; también pueden querer imitar, y esto, en alguna ocasión, puede tener su utilidad... ¡Lo que son, no obstante, los hombres!... Más fácil es entretenerlos y aun más admirarlos con absurdos, que con ideas justas. ¿Pero un hombre de razón puede creerlo un solo instante? O el fatalismo admite el libre albedrío, o lo niega; si lo admite, ¿qué viene a ser, se dirá, un resultado determinado de antemano, y que, sin embargo, la menor determinación, un solo paso o una sola palabra puede variar a lo infinito? Si el fatalismo, por la inversa, lo niega, es distinto; entonces, cuando venimos al mundo, no hay que hacer más sino que nos echen en una cuna, sin prestarnos la menor asistencia; si está determinado irrevocablemente que hemos de vivir, aun cuando no nos den de comer ni de beber, creceremos sin remedio. Ya ve usted que esta no es una doctrina que se pueda defender, sino palabras solamente. Los turcos mismos, esos patronos del fatalismo, no están persuadidos de él; pues si lo estuvieran no se servirían de la medicina, y el que viviera en un tercer piso no se tomaría el trabajo de bajar una porción de escaleras, sino que bajaría por la ventana, y bien se ve a qué multitud de absurdos conduciría semejante sistema, etc. »

A las tres de la tarde vinieron a decir al Emperador que el gobernador deseaba comunicarle algunas instrucciones que acababa de recibir de Londres. Napoleón mandó responder que estaba enfermo, y que se las podían hacer saber por uno de los suyos; pero el gobernador insistía en que quería participárselas a él directamente. Nos dijo además que después de haber conversado con el general, tenía también que hablar con nosotros. Habiendo el Emperador rehusado de

nuevo admitirlo, se retiró, diciendo que se le hiciese saber cuándo podría ver al *general*, lo que sin duda tardaría algo, pues el Emperador, con quien yo estaba entonces, me dijo que había determinado no volverlo a ver jamás.

Después de comer mandó pedir *Valmont de Bomare* y *Buffon*. Leyó lo que estos autores decían sobre las diferentes especies humanas, sobre la variedad del negro y el blanco, lo que no le satisfizo mucho; nos dejó temprano, porque se encontraba algo delicado.

JURISPRUDENCIA, CÓDIGO, MERLÍN, ETC.—MONUMENTOS DE EGIPTO.—PROYECTO DE UN TEMPLO EGIPCIO EN PARÍS.

3.—El Emperador, después de almorzar, dió algunas vueltas por el jardín, estando todos nosotros en su compañía; habló de las comunicaciones que el gobernador tenía que hacernos, y comentó las diversas conjeturas que cada uno hacía sobre el particular: las unas buenas y las otras malas. El tiempo era soportable; pidió el coche y dimos una vuelta por el bosque. El calor y la espesura de la atmósfera, aun cuando el cielo estaba cubierto, le hizo volver pronto; se puso a trabajar y dictó a mi hijo hasta las cinco.

De nuevo tratamos de dar algunos paseos en el jardín, pero el frío y la humedad se hacían sentir ya demasiado; se volvió, diciéndome que le siguiese para hablar. Hojeó una obra inglesa, y se detuvo sobre la Jurisprudencia, las prácticas civiles y criminales de los dos países, Francia e Inglaterra, tratando de compararlas; bien se sabe cuán inteligente era sobre

nuestros Códigos, pero conocía muy poco los ingleses, y a excepción de algunos puntos generales, no pudo responder a sus preguntas; sobre el particular, dijo: «Las leyes que en teoría son el tipo de la claridad, vienen a ser muchas veces un verdadero caos en la aplicación, porque los hombres y sus pasiones deterioran todo lo que manejan, etc... No hay medio de escaparse de la arbitrariedad del juez, sino colocándose bajo el despotismo de la ley, etc... Por el pronto soñé que era posible reducir las leyes a simples demostraciones de geometría, hasta el punto que cualquiera que supiera leer y coordinar dos ideas, fuera capaz de sentenciar; pero muy luego me convencí que esto era una idea absurda. Sin embargo—añadió—, hubiera querido partir de un punto fijo, seguir un solo camino conocido de todos, no tener otras leyes sino las inscritas en el código único, y declarar de una vez nulas y de ningún valor todas las que no se hallasen allí comprendidas; pero no es fácil con los legisladores adoptar métodos sencillos; desde luego prueban que es imposible, que es una verdadera quimera; luego tratan de demostrar que es incompatible con la seguridad y existencia del Poder. Éste permanece solo y constantemente expuesto (dicen ellos) a las maquinaciones repentinas de todos; necesita, pues, en caso necesario, algunas armas de reserva para los casos imprevistos. De tal modo—decía Napoleón—, que con algunos edictos añejos de Childerico o de Pharamundo, desenterrados a su punto, no hay nadie que pueda decirse al abrigo de ser ahorcado debida y legalmente.

»En el Consejo de Estado era yo invencible, mientras permanecía en el dominio del Código, pero en

cuanto se pasaba a las regiones exteriores, caía en las tinieblas, y Merlín era entonces mi recurso, me servía de él como de una antorcha. Sin ser brillante, es muy erudito, prudente, íntegro y honrado; uno de los veteranos de la antigua buena causa, que me era muy adicto.

» Apenas apareció el Código, fué al instante puesto en ejecución, como suplemento de comentarios, de explicaciones, aclaraciones, interpretaciones, y qué sé yo. Yo tenía la costumbre de exclamar: ¡Pero, señores, no olviden ustedes que hemos limpiado la caballeriza de Augias. Por Dios, no la ensuciemos de nuevo, etc., etc.»

En la comida dijo el Emperador cosas muy curiosas sobre Egipto, que se hallarán en los capítulos dictados a Bertrand. Aseguraba que cuanto había visto en aquellos países, y principalmente todos esos famosos restos tan exagerados, no podrían, sin embargo, compararse ni dar idea de París ni de las Tullerías. La sola diferencia entre Egipto y nosotros no era otra cosa, en su opinión, sino que aquél, gracias a la pureza de su cielo y a la naturaleza de sus materiales, deja subsistir eternamente algunas ruinas; al paso que nuestra temperatura europea no lo permite, pues todo lo corroe y hace desaparecer en poco tiempo. Algunos millares de años, decía, dejan vestigios sobre las orillas del Nilo, y al cabo de cincuenta no se hallaría ninguno sobre las márgenes del Sena. Mucho sentía no haber hecho construir en París un templo egipcio, que, según él, hubiera adornado la capital.

EL EMPERADOR LEE MI «DIARIO» Y ME DICTA.—CONFERENCIA ENTRE EL GRAN MARISCAL Y EL GOBERNADOR.

5.—Todavía estaba yo acostado cuando muy temprano oí abrir muy quedo la puerta de mi cuarto, que estaba tan ocupado con mi cama y la de mi hijo, que con dificultad podía llegarse hasta mí; pero vi un brazo que descorría mi cortina con autoridad, y, en efecto, era el del amo; felizmente tenía yo en las manos una obra de Geometría, cosa que le agradó, dijo, y salvó mi reputación. Salté de la cama, y en pocos instantes me fui a juntar con el Emperador, que se dirigía solo al bosque. Habló mucho de los acontecimientos de la víspera, y en seguida se volvió a su aposento para meterse en el baño; padecía mucho y había pasado mala noche.

A la una me mandó llamar; estaba en el salón y quería dar su lección de inglés; el calor era fuerte y bochornoso. El Emperador estaba muy abatido y no pudo ponerse a trabajar; dormitaba de cuando en cuando; mientras, yo velaba a su lado; al fin se decidió a vencer el sueño, levantándose, y pasó a la sala del billar para respirar un poco de aire.

Hablando de las campañas de Italia me preguntó qué había hecho yo de los primeros borradores, notando que todos los capítulos debieron copiarse varias veces. Yo le contesté que había conservado todo preciosamente; me hizo que le llevara el sobrante de los dos ejemplares completos, y lo mandó a la cocina para que se quemase.

Más de una vez debo haber dicho que el Empera-

dor sabía que yo llevaba un *Diario*: éste era un gran secreto para todos; por ello el Emperador nunca me hablaba de él sino a escondidas, o cuando estábamos solos; muchas veces me preguntó si lo continuaba, y qué era lo que ponía en él. «Señor, todo lo que dice y hace vuestra majestad desde por la mañana hasta la noche, cada día. — Muchas impertinencias y cosas inútiles debe usted haber recopilado—decía—; pero no importa, continúe usted, que un día lo arreglaremos juntos.»

Siempre que entraba en mi cuarto veía al fiel Aly, quien en sus horas perdidas tenía la bondad de ocuparse en copiar con sigilo este *Diario*. Por lo común, el Emperador echaba una ojeada sobre aquel trabajo, y después de haber leído dos o tres renglones, esto es, después de haberlo reconocido, se retiraba y hablaba de otra cosa, sin tratar nunca del asunto. Esto mismo le sucedió cabalmente esta mañana; al fin hubo de acordarse, y dijo que quería ver ese famoso *fárrago*. Mi hijo fué a buscar el primer cuaderno, y la lectura duró más de dos horas: «Está bien, muy bien—dijo—; ved ahí una buena herencia para Manolito.» Aprobó la forma y el conjunto; hizo algunas correcciones de su propio puño sobre lo concerniente a su familia y a su infancia; y haciendo tomar la pluma a mi hijo, se puso a dictarle algunos pormenores sobre Brienne, el padre Patrault, etc.

Al acabar me dijo que quería hacer lo mismo en adelante; que le agradaba aquel trabajo, y que me prometía un buen número de anécdotas, puesto que me agradaban, de Alejandro y otros soberanos, etc.

Después montó en coche, y yo con él; la conversación en todo el paseo fué sobre el *Diario*, extendiéndose

dose mucho en el particular; la idea le llenó; me dijo muchas cosas, y concluyó observando que por las circunstancias particulares de que trataba, podría venir a ser una obra única en el mundo y un tesoro sin precio para mi hijo, etc.

A nuestra vuelta del paseo hallamos al gran mariscal que llegaba de Plantation House, a donde había ido con motivo de las comunicaciones del día anterior; nuestra inquietud era grande hasta saber el resultado. Nos dijo que no se había tratado nada menos que de separar del Emperador a cuatro de nosotros; aun todavía quedaba otro gran número de puntos, muy malos, que nos eran puramente peculiares. En fin, el gobernador se avino a no separar más que al polaco y a tres criados. A todo esto yo había sido el objeto—según decía el gran mariscal—sobre quien había caído el nublado; yo era el sujeto de quien el gobernador se quejaba más, y el que hubiera indicado, decía él, si no lo creyera demasiado útil para el Emperador. Se quejaba de que yo estaba sin cesar escribiendo a Europa, clamando siempre contra el Gobierno, su injusticia, la opresión que ejercía sobre nosotros en Santa Elena, etc... Se quejaba, además, de que hablaba del Emperador a los extranjeros que venían a Longwood, de un modo que les interesara; de que trataba de entablar comunicaciones con el exterior, nombrando al efecto a madama Sturmer; de que yo había dirigido a Europa, o tratado de verificarlo, diversos documentos, etc. No obstante, y a pesar de que se mostrase tan fuertemente animado contra mí, cualquiera que fuese el motivo, suavizó completamente la cosa con algunas observaciones zalameras y muy cortesananas, diciendo que no hubiera creído tal

cosa de una persona de tanta instrucción y de tan honrosa reputación, conocida en el día, decía, quizás de toda Europa.

Después de comer se entretuvo el Emperador en resolver algunos problemas de Geometría y Álgebra; esto le recordaba su juventud, y nos admiraba mucho que no hubiese olvidado casi nada.

EL «DIARIO».—CIRCUNSTANCIA PARTICULAR.—IMPERIO DE LA OPINIÓN.—TALMA, CRESCENTINI, ETC.

6 y 7.—Estos dos días produjeron una circunstancia particular, que interesa demasiado a la naturaleza de mi colección para omitirla. Me dijeron que el Emperador había quedado muy contento de mi *Diario*, y que en varias ocasiones habíalo manifestado hablando de él en estos días, asegurando constantemente que tendría en lo sucesivo una verdadera satisfacción en leerlo y rectificarlo. Por mi parte, bien se puede juzgar cuánta sería mi alegría. Al fin veía llegar el momento tan deseado, y sobre el que nunca dejé de contar, de que lo que yo había reunido de prisa y tal vez inexactamente, iba a recibir una saludable enmienda e inestimable sanción. Se aclararían los puntos incompletos, los claros se llenarían, y las oscuridades recibirían la luz. ¡Qué tesoro de verdades históricas, de relaciones y secretos políticos y triunfantes! Me presenté el primer día a la hora acostumbrada con mi *Diario*; pero el Emperador se puso a dictar sobre otro asunto, y fué preciso ceder al contratiempo; al día siguiente sucedió lo mismo: aquella vez quise recordárselo, pero no me oyó y lo entendí. ¡Yo conocía tan

bien a Napoleón! Poseía al último grado el arte de no oír, y lo empleaba casi siempre con intención. Sin embargo, deseaba saber el motivo, y al fin hube de descubrir algunos que el lector quizás supondrá también. El hecho es que pocos días después me arrancaron de su lado, pues se acercaba mi hora sin que, no obstante, tuviese yo el menor indicio de aquel siniestro acontecimiento.

Refiero esta circunstancia con una escrupulosa exactitud, y como un nuevo testimonio de mi buena fe, a fin de determinar la naturaleza verídica de mi *Diario*. El fondo de las ideas, las grandes sobre todo, no podrá ser dudoso; pero en cuanto a los pormenores, ¡cuántos errores involuntarios pueden haberse deslizado en una rápida redacción, que no se ha corregido ni aun por el que podía hacerlo.

Mientras se vestía, y esperando al gran mariscal para trabajar, se puso el Emperador a conversar sobre diferentes objetos.

La conversación le condujo a hablar sobre el imperio de la opinión, que tocaba con frecuencia; pintaba lo misterioso de su marcha, la incertidumbre y lo caprichoso de sus decisiones. De esto pasó a nuestro pundonor nacional, exquisito, decía, en cuanto al decoro, a la susceptibilidad loable de nuestras costumbres, a la gracia y a la ligereza que se requerían en el Poder, si éste osaba manejarlas.

«En mi sistema—añadió—de mezclar todas las clases de mérito, y dar única e igual recompensa universal, tuve la idea de dar la cruz de la Legión de Honor a Talma; sin embargo, me detuvo el capricho de nuestras costumbres y la ridiculez de nuestras preocupaciones; y con anticipación quise hacer una prue-

ba, sin consecuencia, dando la Corona de Hierro a Crescentini. La condecoración era extranjera y el individuo también; el hecho, pues, debía ser menos público y no comprometer la autoridad, sino, a lo más, ser objeto de algunos apodos. Pues bien—decía Napoleón—, véase, sin embargo, cuál es el imperio de la opinión y su naturaleza. Yo distribuía los cetros a mi gusto, y se apresuraban a prosternarse ante ellos, y no hubiera tenido el poder de dar con éxito una miserable cinta, pues creo que mi ensayo no tuvo el menor resultado.—Sí, señor—respondió uno—; fué muy mal recibido; hizo gran ruido en todo París; mereció el anatema de todos los salones; la malevolencia se sació y dijo maravillas. Sin embargo, en una de las principales tertulias del arrabal de Saint-Germain, la indignación se aguló de repente con un chiste: «Es una abominación—decía un pisaverde—, es un horror, una verdadera profanación. ¿Y cuál puede ser el título de un Crescentini?»—exclamaba. Sobre lo que la hermosa madama G..., levantándose majestuosamente de su silla, le replicó con un gesto y tono teatral: «Y su herida, caballero, ¿no la cuenta usted por nada?» Esto causó tal murmullo y aplausos, que la pobre señora se vió cortada con su misma oportunidad.»

El Emperador, que oía aquella anécdota por primera vez, se rió mucho, la citó varias veces, y aun la volvió a contar también.

Estando comiendo nos dijo que había trabajado doce horas; y nosotros le observamos que aun no había acabado el día; sin embargo, no tenía el mejor semblante y parecía fatigado.

COMBATE DE ULISES Y DE IRUS.—NOVERRAZ SERÍA
NUESTRO REY, ETC.

8.—Al entrar en la habitación del Emperador, le hallé ocupado en leer los *Diarios de los Debates*, que acababa de recibir. A las tres se vistió; su primer ayuda de cámara estaba enfermo, lo que dió lugar a que dijese varias veces que bien lo advertía, pues los que le reemplazaban no tenían su destreza ni habilidad.

El tiempo era regular, por lo que nos encaminamos hacia el fondo del bosque, en donde debíamos encontrar el coche.

Yo tenía en Londres cierta cantidad a mi disposición, que deposité en mi viaje de 1814; los terribles recuerdos de mi emigración y las nuevas incertidumbres me inspiraron esta prudencia, que me fué muy útil. Por esta circunstancia, yo era en Santa Elena el más acomodado de todos; y lo que me hacía apreciar esta cantidad como un tesoro era el placer de poderla presentar al Emperador; ya se la había ofrecido muchas veces y se lo reiteré en aquel momento, recordándole los últimos ultrajes que el gobernador acaba de hacernos.

Madama de Montholon, que nos seguía, se reunió precisamente en aquel momento. Esta señora dijo al Emperador que andaba tan de prisa, que había temido no alcanzarle; pero que mis gesticulaciones le habían servido de punto de vista, y que tenía mucha curiosidad por adivinar la causa. «Señora—le dijo Napoleón con una gracia encantadora—, es porque se exalta queriendo hacerme aceptar sus generosidades: se ofrecía a hacernos vivir.»

Al punto nos volvimos a casa; había mucha humedad, y el Emperador se quejaba de los dientes, de que estaba padeciendo, tiempo hacía, casi continuamente. Después de comer volvió a tomar la *Odisea*; estábamos en el combate de Irus contra Ulises cerca del umbral de su palacio, ambos en traje de mendigos.

El Emperador desaprobaba mucho este episodio: le parecía miserable, puerco, indecoroso e indigno de un rey. «Y además —añadió—, después de haber agotado todo lo que hay de malo, yo adivino lo que me afecta todavía, me pongó en su lugar, es el temor de ser apaleado por un miserable. No es dado a todos los príncipes ni generales tener las espaldas de sus guardias o de sus granaderos; no es Sansón el que quiere. El buen Homero remedia todo esto con hacer que sus héroes sean otros tantos colosos; pero no sucede así en nuestros días. ¿En dónde estaríamos todos nosotros—dijo recorriendo con una mirada a cada uno en particular—si estuviéramos todavía en el tiempo en que la fuerza del brazo era el verdadero cetro? Ahí tienen ustedes a Noverraz (su ayuda de cámara), que nos sirve, y sería nuestro rey. Es, pues, preciso convenir en que la civilización es el todo para el alma, favoreciéndola enteramente a costa del cuerpo.»

EL POLACO PRESO POR EL GOBERNADOR.—PALABRAS DEL EMPERADOR SOBRE SU HIJO Y SOBRE AUSTRIA.—NUEVAS VEJACIONES.—NUEVOS ULTRAJES.—PALABRAS SOBRE EL LORD BATHURST.

9.—Íbamos paseando hasta encontrar el coche, cuando se nos dijo que el gobernador acababa de

arrestar al polaco. Aquella fué una prueba, una advertencia, sin duda, que quiso darnos. Parece que el terror era el medio que quería emplear desde que había recibido las últimas instrucciones.

Al entrar antes de comer en la habitación del Emperador, le hallé triste, preocupado y taciturno: la conversación le condujo a hablar de Austria; se extendió sobre sus ofensas contra él, sus grandes errores en política, etc., pintando la debilidad del soberano, que sólo supo mostrar energía, dijo, para perderse moralmente a los ojos de los pueblos.

Se detuvo ante la venalidad, la depravación y la inmoralidad de los que le habían aconsejado y seducido. De esto pasó a la ceguedad de la política de Austria, pintando su falsa y peligrosa posición. «Se halla —decía— en un peligro de los más inminentes, dejándose sin cuidado abrazar de frente por un coloso, cuando no puede retroceder un paso, pues sobre su retaguardia y flanco no tiene más que abismos, etc.»

Esto le hizo, naturalmente, hablar de su hijo: «¿Qué educación le darán? —decía—. ¿De qué principios alimentarán su infancia? ¡Y si llegara a tener la cabeza ligera!... ¡Si conseguirán inspirarle horror contra su padre!... ¡Esta idea me hace estremecer! —añadió con dolor—. ¿Y cuál podría ser el contraveneno? En adelante no podrá haber un intermedio seguro, ninguna tradición fiel entre él y yo; a lo más, mis *Memorias*, algún día, y quizás también su *Diario* de usted. Pero aun para vencer los preceptos de la infancia y los vicios de los allegados se necesita una cierta capacidad y presencia de ánimo, un juicio recto y decisivo, ¿y es tan común todo esto?...» Aparentaba estar profundamente afectado. «Pero hablemos más bien de otra

cosa.» — Esto lo dijo con vehemencia, y calló.

Nos pusimos a trabajar; y después de algunas horas el gran mariscal me reemplazó.

Apenas salí de la habitación del Emperador, me mandó llamar de nuevo para que le tradujese un pliego del gobernador; pero como de día en día iba perdiendo la vista, tuve que recurrir a la de M. de Montholon.

Aquel paquete contenía:

1.º Una parte de las nuevas restricciones que se nos imponían, en las cuales se trataba al Emperador con todo el exceso del ultraje e indecencia.

2.º La forma de la declaración que se presentaba a nuestra firma, en la que todo respiraba las más arbitrarias e inútiles vejaciones, sazonadas con cuanto puede dictar la venganza armada del Poder.

3.º Una carta del gobernador al gran mariscal, escrita en el mismo estilo que la nota presentada por el coronel Reade. Consignaré aquí lo que conservo de ella, aunque sea resultado de una simple lectura y traducción hecha de repente al Emperador; no obstante, respondo de la exactitud.

«Los franceses que deseen permanecer cerca del general Bonaparte firmarán la fórmula literal que se les presente, y en virtud de la cual se someterán a todas las restricciones que serán impuestas al general, y esta obligación debe considerarse como perpetua; los que rehusaren a firmarla serán enviados al cabo de Buena Esperanza; el séquito del general se reducirá a cuatro personas. Los que permanezcan quedarán, como si hubieran nacido ingleses, sujetos a las leyes establecidas, para asegurar la reclusión del general Bonaparte; esto es, a la pena de muerte

en caso de concurrir a su evasión. Cualquiera de los franceses que se permita decir injurias, hacer algunas reflexiones o tener mala conducta respecto del gobernador o del Gobierno, se le expedirá, *incontinenti*, al cabo de Buena Esperanza, en donde no se le prestará medio alguno para volver a Europa, y en cuyo caso todos los gastos serán a su costa.»

Durante la comida y la mayor parte de la noche estos documentos dieron materia a la conversación, y, sobre todo, nos entretuvimos en el artículo que prevenía que el que faltase al gobernador o de cualquier modo se mostrase reprehensible, sería enviado al Cabo, y de allí a Europa, y que en este caso (se insistía fuertemente) sería a nuestra costa. Como nos riésemos mucho sobre el estilo, el Emperador dijo: «Bien concibo que esa especie de amenaza les admira y parece ridícula, pero deben ustedes saber que es muy común en el lord Bathurst, y estoy seguro que imagina que no hay castigo más terrible en el mundo; tales son las costumbres del que lo redactó.»

NUESTRAS ANSIAS Y PENAS CON MOTIVO DE LAS NUEVAS RESTRICCIONES. — ANÉCDOTAS DE CAMPO-FORMIO, COBENTZEL, GALLO, CLARKE.

10.—Convenimos en reunirnos todos a la mañana de este día en casa del gran mariscal, para conferenciar sobre lo que el gobernador acababa de transmitirnos, a fin de adoptar un partido uniforme; yo me encontraba enfermo y no pude ir, pero le escribí mi opinión, reducida a que en una posición tan delicada, por más que me rompiese la cabeza, no podía sacar

ninguna conclusión positiva y que siempre hallaba cero igual a cero.

En efecto, el punto era de los más difíciles y graves: se trataba de someterse a nuevas restricciones, bajo la dependencia del gobernador, que abusaba de ella del modo más indigno, expresándose respecto del Emperador en los términos más duros, o por el contrario, separarse de éste inmediatamente, siendo conducidos al Cabo y de allí a Europa.

Por otro lado, indignado el Emperador de las vejaciones con que nos oprimían por su causa, no quería que nos sometiéramos más, exigiendo que le dejásemos más bien todos, y volviésemos a Europa a atestiguar que lo habíamos visto sepultar en vida.

¿Pero nos era dado soportar semejante idea? La muerte nos hubiera parecido preferible a la separación del que servíamos, del que amábamos y por quien nos interesábamos cada día más, por sus cualidades personales y por los males que la injusticia y el encono acumulaban sobre su cabeza; este era el verdadero estado de la cuestión, estábamos desesperados y no sabíamos qué resolver. Mi carta terminaba diciendo que si yo fuera solo, firmaría sin observaciones todo lo que me presentase el gobernador, y que si tomaban un partido colectivo, lo adoptaría ciegamente.

El gobernador había hallado un medio de batirnos en particular, y había determinado deshacerse de cada uno de nosotros, según su voluntad y capricho.

El Emperador no estaba bueno, y el doctor descubría en él un principio de escorbuto; me mandó llamar y conversamos mucho sobre los objetos que nos ocupaban en aquel momento; quiso echar mano al

trabajo para distraerse, y tomó el artículo de Leoben, que le vino a la mano.

Acabada la lectura, continuó la conversación sobre las conferencias que produjeron el Tratado de Campo-Formio. Véase en aquellos capítulos el retrato y carácter del primer negociador austriaco, M. de Cobentzel, que Napoleón apellidó el *Oso del Norte*, a causa del gran papel, decía, que su gruesa y pesada pata había representado en el tapete de las negociaciones. «El tal M. Cobentzel era en aquel momento—según aseguraba el Emperador—el hombre de la Monarquía austriaca, el alma de sus proyectos y el director de su diplomacia; había desempeñado las primeras embajadas de Europa y estado mucho tiempo cerca de Catalina, habiéndose captado su benevolencia particular. Envanecido con su clase e importancia no dudaba que la dignidad de sus modales y su conocimiento de las cortes venciesen fácilmente a un general hijo de los campos revolucionarios; así es que se acercó al general francés con cierta ligereza, pero la actitud y primeras palabras de éste fueron bastante para llamarle al orden, de que en adelante no pensó en desviarse.»

Las conferencias fueron pesadas; M. de Cobentzel, según la costumbre del Gabinete austriaco, se mostró muy hábil en prolongar las cosas; sin embargo, el general francés resolvió terminarlas. La conferencia que debía ser la última fué de las más vivas; y estando a punto de romper, dijo muy enérgicamente: «¿Quiere usted la guerra? ¡Pues bien, la habrá!» Y echando mano a un magnífico juego de tazas de café, de porcelana, que M. Cobentzel repetía a cada paso con mucha bondad que se lo había dado la gran Ca-

talina, lo tiró con toda su fuerza al suelo, en donde se hizo mil pedazos. «¡Ved ahí!—exclamó—. Pues bien, tal será vuestra Monarquía austriaca antes de tres meses, yo os lo prometo.» Y se lanzó precipitadamente fuera de la sala. M. de Cobentzel se quedó petrificado—decía Napoleón—; mas M. de Gallo, su segundo, mucho más conciliador, acompañó al general francés hasta su coche, tratando de convencerle y haciendo mil cortesías—decía el Emperador—, en una actitud tan miserable, que, a pesar de mi cólera aparente, no podía menos de reirme grandemente en mi interior.

M. de Gallo era embajador de Nápoles en Viena, adonde había llevado a la princesa de su nación, segunda mujer del emperador Francisco, cuya confianza poseía y gobernaba absolutamente; al mismo tiempo ella dirigía a su marido; de manera que M. de Gallo gozaba de un gran crédito en la corte de Viena. Así es que cuando el ejército de Italia, marchando sobre aquella capital, impuso el armisticio de Leoben, la emperatriz, en una crisis tan terrible, puso los ojos en su confidente, encargándole evitara el golpe. Su objeto era ver al general francés como de paso, y tratar de conseguir le aceptase por negociador. Instruido Napoleón de todos estos pormenores, se prometió sacar un gran partido de ellos, por lo que al recibir a M. de Gallo le preguntó quién era. Atolondrado el cortesano favorito de verse precisado a pronunciar su nombre, le respondió que era el marqués de Gallo, encargado del emperador de Austria para hacerle algunas manifestaciones: «¿Pero—dijo Napoleón—su nombre de usted no es alemán?—Así es—respondió M. de Gallo—; yo soy embaja-

dor de Nápoles.—¿Y de cuándo acá—replicó secamente el general francés—tengo yo que tratar con Nápoles? Nosotros estamos en paz. ¿No tiene ya el emperador de Austria algún otro negociador de que echar mano entre los hombres de la antigua alcurnia? ¿Se extinguió ya toda la rancia nobleza de Viena?» M. de Gallo, temeroso de que semejantes observaciones llegasen oficialmente al Gabinete de Viena, desde aquel momento se esmeró exclusivamente en complacer en todo al general.

Napoleón, algo más templado, le preguntó algunas noticias de Viena, le habló de los ejércitos del Rin y de Sambre-et-Meuse, le sacó todo lo que quiso, y cuando iban a separarse le preguntó M. de Gallo en actitud suplicante si podía esperar que le aceptase por negociador, y si debía ir a recoger a Viena los plenos poderes al efecto. Napoleón no tenía empeño en rehusarlo, pues acababa de adquirir sobre él una superioridad que jamás perdió. Habiendo sido nombrado después M. de Gallo (por consecuencia de los acontecimientos que son bien notorios) embajador de Nápoles en la corte del primer cónsul y aun de José, cerca del Emperador Napoleón, le habló algunas veces de esta escena, confesándole francamente que nadie en la vida le había atemorizado tanto.

Clarke era el segundo negociador francés, así como M. de Gallo lo era de Austria.

«Clarke—decía el Emperador—fué enviado a Italia por el Directorio, que empezó a sospechar de mí: le había encargado de una misión aparente y pública, pero tenía orden secreta de observarme y aun de asegurarse de si en caso necesario habría posibilidad de hacerme arrestar, y como no le fuese conveniente di-

rigirse a los oficiales de mi ejército sobre el particular, pidió los primeros informes al Directorio cisalpino, el cual respondió que no hiciesen la menor gestión ni aun pensasen en el asunto.

»Después que estuve bien informado de las verdaderas instrucciones de Clarke, traté el negocio francamente con él. Poco me importa—decía yo—que dé cuenta a sus comitentes, y en breve él mismo se desengañó. Desechada su misión en Austria, le ofreci ocupación y se quedó conmigo; desde aquella época no cesé de agasajarlo, según mi costumbre, aun cuando en el fondo nouviésemos quizás una grande simpatía, y lo habría indudablemente vuelto a proteger a mi regreso si lo hubiera hallado en nuestras filas con los otros; bien se sabe que con dificultad me deshacía de aquellos con quienes había empezado a relacionarme; cuando se habían ya unido a mí, no hallaba medio de abandonar a ninguno, me veía casi forzado a ello. El primer mérito de Clarke era el de ser muy laborioso.»

Después de brumario se halló Clarke, naturalmente, cerca del primer cónsul, creo que como ayudante de campo; entonces había menos etiqueta en palacio, las atribuciones eran menos distintas y se vivía más familiarmente. El séquito del primer cónsul comía en mesa común: en ella tuvo Clarke varias disputas, pues era muy delicado y quisquilloso. Habiendo llegado alguna de ellas a oídos del primer cónsul, lo nombró para la embajada de Florencia, cerca de la reina de Etruria; el empleo era precioso en sí mismo, aunque para él, Clarke, fué siempre una desgracia; por lo tanto, solicitó mucho tiempo y de todos modos recuperar de nuevo la gracia; llegó aquel feliz mo-

mento, mas aun no se había terminado su prueba. El primer cónsul le hablaba poco, le hacía correr a las Tullerías, a Saint-Cloud y al campo de Boloña, sin explicarse ni concederle nada. Desesperado Clarke, confió a cierto sujeto que no le quedaba más recurso que el de ir a echarse en el Sena, por no poder sopor- tar más tiempo la apariencia de desprecio y la inutilidad de su situación. En este estado se hallaba, cuando de repente, y en el mismo instante, le anunciaron que estaba nombrado secretario del gabinete topográfico, consejero de Estado y aun otra cosa más, que forma- ba un sueldo quizás de 60 a 80.000 francos; este modo de obrar era característico de Napoleón; es cosa sabida que su primer beneficio era el precursor inmediato de muchos otros, en cuyo caso no daba, sino colmaba; pero era preciso saber aprovecharse de aquel instante, en el cual la generosidad podía ser sin límites o agotarse para siempre.

Yo conocí mucho al general Clarke a título de antiguo compañero de la Escuela Militar. En su tiempo me contó que algunos días antes de la batalla de Jena, el Emperador, después de haberle dictado una multitud de órdenes e instrucciones, se puso a conversar familiarmente con él, paseándose en su cuarto, y le dijo: «Dentro de tres o cuatro días daremos una batalla que ganaré: de sus resultas llegaré lo menos al Elba, y tal vez al Oder. Allí daré segunda acción, que ganaré también. Entonces..., entonces...—dijo con un aire meditabundo y poniéndose la mano en la frente—. Pero..., basta, no formemos castillos en el aire. Clarke, dentro de un mes, usted será gobernador de Berlín, y la Historia lo citará por haber sido en el mismo año, y en dos guerras diferentes, gobernador

de Viena y de Berlín, esto es, de las monarquías de Austria y Prusia. A propósito de esto —continuó sonriéndose—, ¿qué le ha dado a usted Francisco por haber gobernado su capital?—Señor, nada. —¿Enteramente? ¡Es muy extraño! En ese caso, yo debo pagar la deuda.» Y, en efecto, le dió la suficiente cantidad, según tengo entendido, para comprar una buena casa en París o una quinta en los alrededores.

Además, es de advertir que los acontecimientos sobrepusieron aún a las combinaciones de Napoleón; no dió más que una batalla, y a los diez y siete días estaba en Berlín, y su ejército había llegado hasta el Vístula.

«Clarke—decía Napoleón—tenía la manía de los pergaminos; pasaba una parte de su tiempo en Florencia buscando mi genealogía, también se ocupaba mucho en la suya, y había llegado a persuadirse, según creo, que era pariente de todo el arrabal de Saint-Germain: dicen que en este momento disfruta de gran favor; deseo que le dure mucho. Parece que empezó pocos días antes de mi llegada a París, en el momento en que la causa del rey era desesperada; le habrá parecido bien aceptar un ministerio cuando todo se presentaba perdido; nada tengo que decir en contra: bajo algún aspecto puede ser bueno, pero es preciso tener decoro y le ha faltado. No obstante, yo le perdono fácilmente por lo que a mí toca... Más de una vez, en 1815 y 1814, trataron de inspirarme algunas dudas sobre su fidelidad, y jamás pensé en ello, siempre lo creí honrado e íntegro». Y los íntimos amigos del duque de Feltre pueden atestiguar que Napoleón no se había equivocado en su opinión sobre los sentimientos de su ministro.

UN SUEÑO DEL EMPERADOR.

11 y 12.—Se recibieron seis mil francos de la vajilla de plata quebrada, cantidad que el Emperador creyó mensualmente indispensable para suplir a nuestros gastos diarios, y me mandó en consecuencia que repitiese esta operación.

Seguía muy doliente y abatido: no se dejó ver hasta la hora de comer, habló poco y no trabajó. Yo estuve una gran parte del día con él en su cuarto; habló varias veces de nuestra situación con respecto al gobernador, y me dijo sobre este particular varias cosas muy notables...

Después de comer le vino a la memoria un sueño, que dijo haber tenido la noche precedente. Una señora, con la cual había tenido pocas relaciones (madama Clarke, duquesa de Feltre), se le había aparecido diciéndole que había muerto, y añadiendo muchas particularidades bien seguidas y razonables. «Habían sido tan claras y positivas, que me causaron novedad, en términos, que si ahora acabase de saber que, en efecto, aquella señora ha muerto, mis ideas naturales se encontrarían tergiversadas, me vería precisado a ceder y a hacer—dijo riendo y mirando a uno de nosotros—como los que creen en los sueños y en las almas aparecidas.»

Como había comido poco, estaba débil y visiblemente enfermo, se retiró casi al instante; esta acción nos afligió mucho; no podíamos menos de notar con sentimiento el cambio que se hacía en su físico.

NECESIDADES DEL EMPERADOR.—SUS RECURSOS
EN EL PRÍNCIPE EUGENIO.

13.—A las diez vino el Emperador a mi cuarto: entreabrió la puerta de mi alcoba ponderando mi pereza, y me encontró tomando un baño de pies porque me sentía algo indispuerto. Me di prisa a irle a encontrar bajo la tienda, en donde quiso almorzar. Díjome que había mandado extender unas notas relativas a nuevas restricciones, a fin de no dejarnos condenar sin crear al menos una especie de responsabilidad sobre los ejecutores. De ahí pasó a calcular los picos de la plata labrada que todavía le quedaba para vender, y cuánto tiempo podía durar para suministrarnos lo preciso para vivir; y como yo le repetía mis ofrecimientos diciéndole que era muy duro que se privase de su plata, me dijo: «Amigo mío: en cualquiera posición que me halle, estos objetos de lujo nunca serán nada a mis ojos, y en cuanto a los demás y al público, la sencillez será siempre mi más bello adorno». Y de ahí pasó a decir que, por otra parte, tenía el recurso del príncipe Eugenio, que aun tenía gana de hacerle escribir una nota para pedirle el crédito necesario para su subsistencia cuando la plata se hubiese acabado, y encargarle, desde luego, que le remitiese a Santa Elena algunos libros esenciales que habían omitido enviarle de Londres, y algún poco de vino bueno que necesitaba como remedio. «Aunque, en cuanto al vino, los que no nos quieren en Europa no dejarían de decir que aquí no pensamos más que en comer y beber». Y sobre este particular repitió que no tenía inconveniente en dirigir-

se al príncipe Eugenio, que le debía todo, habiéndole dado su Estado y todas sus riquezas; que sería hacerle un injuria dudar un instante de su buena voluntad, pudiendo, por otra parte, reclamar de él, quizás, diez o doce millones.

Durante el almuerzo hizo venir al polaco, que en breve debía dejarnos, y al levantarse de la mesa quiso ponerse a trabajar, pero tenía la cabeza algo cargada y se durmió repetidas veces. Fuése a su cuarto para entregarse enteramente al sueño, dándome cita una hora después para trabajar en el inglés, pero continuó en el mismo estado de adormecimiento, que sólo consiguió interrumpir con un baño muy dilatado, según su costumbre, y como los toma muy calientes, causa admiración que no le sean muy perjudiciales.

Comió poco, y se quejaba de envejecer mucho, de dormir mal y con mucha irregularidad. Habló bastante sobre los globos aerostáticos; rióse de todas las biografías que se obstinaban de hacerles calar espada en mano en globo de la Escuela Militar; y citó como un verdadero prodigio la singularidad del que se echó en la fiesta de su consagración, que en pocas horas fué a caer en las inmediaciones de Roma, y llevó a los habitantes de aquella gran ciudad noticias de su soberano y de la ceremonia que acababa de celebrarse.

Quiso leernos un trozo del *Quijote*, pero lo suspendió al cabo de media hora; ya no podía leer mucho tiempo. Su salud se alteraba visiblemente; me decía muy a menudo que nos íbamos haciendo viejos, y él bastante más que yo: palabras que para él querían decir mucho.

DECLARACIÓN QUE SE MANDÓ AL GOBERNADOR.—LIBROS MODERNOS, RETRATOS FALSOS CREADOS POR EL ESPÍRITU DE PARTIDO, ETC.—GENERAL MAISON.

14.—El gran mariscal envió al gobernador las nuevas declaraciones que se nos habían exigido; todas eran uniformes y del tenor siguiente:

«El infrascrito declaró por la presente que mis deseos son de permanecer en la isla de Santa Elena, y de conformarme a las restricciones impuestas personalmente al Emperador Napoleón.»

A la una fui a ver a éste en su cuarto, y le di cuenta de algunos encargos particulares. Estaba trabajando sobre un libro de administración de Francia: lo encontraba muy malo, y se quejaba de que desde que estaba examinando semejantes libros modernos, no veía en ellos más que objetos de especulación, escritos a destajo por encargo de los libreros. El mundo estaba amenazado, decía, de una inundación de libros malos, sin poder conocer un remedio a semejante mal.

Vistióse y pasó al salón, en donde leyó las *Gacetas* inglesas y algunas páginas del *Telémaco*; quiso trabajar, pero muy pronto lo suspendió con fastidio, y habló muy particularmente de algunos asuntos personales, y aquí acabó diciendo varias veces: ¡*Miserable raza humana!*...

Más tarde, en otro rato de conversación, recorriendo muchas personas conocidas sobre las cuales emitía su opinión, se detuvo particularmente en cierto individuo, que pintó como uno de los más inmorales y abyectos: como precisamente este individuo era cono-

cido mío, exclamé diciéndole que era enteramente lo contrario; pero como yo le defendía con mucho calor, el Emperador me interrumpió diciéndome: «Creo lo que usted me dice, pero así me lo habían pintado, y aunque en general me hubiese hecho la ley con desconfianza, con todo, usted ve que siempre se graba algo en el espíritu; ¿puede acaso echárseme la culpa? No teniendo ningún motivo particular para verificarlo, ¿qué recurso me quedaba para conocer la verdad? He aquí—continuó—el resultado de las conmociones civiles: siempre hay dos reputaciones consecuentes a los dos colores que están en la lid. ¡Cuántos absurdos, cuántas fábulas ridículas se achacan a los hombres que han figurado en nuestra revolución! En los salones ¿se oye acaso otra cosa? Yo mismo, ¿no soy un ejemplo vivo de este aserto? Y al cabo, después de mí, ¿quién tiene más derecho de quejarse? Sin embargo, juro que, sea por naturaleza o por reflexión, nunca nada de todo esto tuvo la menor influencia en mi humor, ni alteró ninguna de mis determinaciones, etc».

Luego, pasando en revista muchísimos generales, recordó especialmente al general Maison, diciendo: «Sus operaciones en las inmediaciones de Lima, cuando la crisis de 1814, me habían llamado la atención y lo imprimieron en mi espíritu; pero en 1815 no estaba con nosotros. ¿Qué se hizo de él? ¿Qué hizo en aquella época?», me preguntó. Pero yo nada pude responderle, porque no le conocía, etc.

DIFICULTADES DEL GOBERNADOR SOBRE NUESTRAS DECLARACIONES. — OPINIÓN DEL EMPERADOR. — CONVERSACIONES DEL GOBERNADOR CON CADA UNO DE NOSOTROS. — OBSERVACIONES DEL EMPERADOR. — NUESTRA ESCLAVITUD.

15.— Ya hacía algún tiempo que pasaba las más de las noches en vela sin poder conciliar el sueño; a las ocho de la mañana entró el gran mariscal en mi cuarto para decirme que el gobernador había devuelto nuestras declaraciones, añadiendo que vendría en el mismo día para hacernos firmar la que había enviado por modelo, que en nada se diferenciaba de la nuestra sino por la calificación que dábamos al Emperador, al paso que quería le llamásemos simplemente *Bona parte*.

Luego pasó el gran mariscal al cuarto del Emperador, que me mandó llamar inmediatamente; estaba paseándose aceleradamente, expresándose con mucha vehemencia; todos estábamos reunidos.

«Los ultrajes —decía— que ordinariamente se hacen a los que se han sacrificado por mí siguiéndome en este destierro, ultrajes que parece que quieren aumentar más y más, forman un espectáculo que ya no debo ni puedo aguantar. Señores, es preciso abandonarme; váyanse ustedes: yo no podría verles someter a las restricciones que quieren imponerles, que aun cuando se suscribiera a ellas, mañana exigirían otras mayores; quiero quedarme solo; váyanse ustedes a Europa, y allí publicarán los manejos odiosos que se usan conmigo; dirán que me han visto bajar vivo a la tumba; no quiero que ninguno de ustedes firme esta

declaración en los términos que la exigen; lo prohibo absolutamente; no quiero que se diga que se han servido de mis manos para degradarme. Si les echan a ustedes de aquí por su resistencia a una mera e indiscreta formalidad, es porque han resuelto tenerme solo y aislado, y, por lo mismo, otro día despedirían a ustedes bajo cualquier pretexto al uno después del otro. Por lo mismo prefiero que se marchen ustedes juntos; quizás en este último sacrificio podré experimentar algún resultado.» Y así nos despidió, dejando en nuestro ánimo la mayor tristeza.

Poco rato después me mandó llamar; le encontré paseándose en su cuarto; el tono de su voz era sumamente afectuoso; nunca le había visto tan resignado, en términos que me enterneció. «Con que, querido amigo—me dijo—, voy, pues, a hacerme ermitaño.— ¡Ah! ¡Señor!—le respondí con alguna vehemencia—. ¿No lo es ya vuestra majestad? ¿Pues de qué utilidad o auxilio le servimos? Aquí sólo alimentamos deseos, que si contribuyen poco al consuelo de vuestra majestad, son, al menos, de mucho valor para nuestra felicidad. En este momento nuestra situación es la más cruel que se pueda concebir; porque en la cuestión de que se trata es quizás la primera vez que no tenemos una opinión igual; vuestra majestad nos habla con razón, y nosotros no podemos sofocar los afectos del corazón; vuestro raciocinio no tiene réplica, vuestra determinación nos parece muy justa y nadie la extrañará, pero la ejecución es superior a nuestras fuerzas. La idea de dejaros aquí, de abandonaros solo y aislado en la naturaleza, excede en dolor a todos los límites de nuestra imaginación.—Con todo, tal es mi destino —respondió tranquilamente—; debo esperarlo

todo, pero mi alma es bastante fuerte para resistir... Me causarán la muerte, es cierto.—Señor, el acto que vuestra majestad nos manda no puede entrar en la imaginación de ninguno de nosotros. Por ello, en cuanto a mí, sé decir que hablaré hasta el fin como lo ha hecho vuestra majestad, me defenderé en este punto hasta más no poder, pero obraré diferentemente.»

El Emperador se sentó y me hizo sentar a su lado; se sentía algo cansado; pidió su almuerzo y lo partió conmigo. Ya hacía mucho tiempo que yo no comía casi nunca con él; habíame dicho el motivo, cuya confianza fué un favor mucho más grande. En el momento de servir el café, no encontrándose una taza para mí, Marchant iba a salir a buscarla. «Tome usted de la chimenea mi hermosa taza de oro—dijo—y beba en ella.» (1).

Cuando acabábamos de almorzar entró el gran mariscal diciendo que el gobernador había llegado y le hacía llamar a su nueva habitación, que se estaba acabando de construir a unos cincuenta pasos de la nuestra. El Emperador le dijo que fuese, y como el gran mariscal con sus gestos y palabras parecía pre-

(1) Era la taza de su neceser, que estaba encima de la chimenea como adorno.

Tengo la dicha de poseer el platito. M. de Marchant, este digno criado que Napoleón declaró querer tanto, después de su regreso de Santa Elena me lo regaló con una gentileza encantadora, que afectó vivamente mi reconocimiento y sensibilidad. «La hermosa taza en la cual usted ha bebido algunas veces—me dijo—pertenecía al neceser del Emperador, y debió colocarse allí; pero el platito se encontró en mi partija, y se lo traigo a usted persuadido de que le servirá de mucho placer; no es menor el mío en tener el gusto de poder regalárselo.»

guntar si persistía siempre en la misma orden que nos había dado por la mañana: «Yo no soy un niño—dijo vivamente—; cuando he discutido a fondo una cuestión, ya no me queda la idea en la cabeza bajo otros aspectos. He mandado batallas que han decidido de la suerte de los Imperios, y la orden no salía nunca sin que mi voluntad fuese fija y bien meditada. Aquí sólo se trata de un negocio que me es puramente personal; vaya usted.»

El gran mariscal volvió pronto dando cuenta de su conversación, que había finalizado con su negativa absoluta. El gobernador mandó llamar a los otros tres juntos; pero a nosotros nos pareció más acertado presentarnos el uno después del otro.

Salí con este objeto y le vi en un extremo del jardín, junto a la casa del gran mariscal; estaba rodeado de sus oficiales, y metióse dentro en cuanto me descubrió, y le alcancé en medio del patio.

Su semblante denotaba estar muy irritado: yo me había preparado para el choque, pero, con todo, me acompañó con mucha cortesía al interior de la casa, haciendo quedar fuera a todos los oficiales de su séquito; y habiéndome dicho que estaba esperando a los señores de Montholon y Gourgaud para tratar el asunto, le pregunté si tendría algún inconveniente en hablar desde luego conmigo y dijome que estaba corriente, y haciendo entrar a sus oficiales, me dijo en su presencia que seguramente el gran mariscal me había hecho saber lo que quería decirme con respecto a mi declaración. Respondíle que sí, y que siendo el gran mariscal, tanto por su rango como por la estimación y respeto que me merecía, mi modelo y guía, debía esperar la misma respuesta de mí, que, por otra

parte, no entendía como una cosa puramente de forma; se empeñaba en darle la importancia que debía tener resultados tan terribles para nosotros, al paso que no eran de ningún provecho a los que los dirigían. «No depende de mí—contestó el gobernador—hacer la alteración que usted desea... Se me manda presentarle a firmar la declaración escrita de mi mano; luego yo, siendo inglés, no puedo escribir la calificación que usted quiere. —Ignoraba esta circunstancia—le respondí—contra la cual nada tengo que alegar. Usted, inglés, debe escribir así; pero yo, francés, debo firmar en mi lengua, es decir, con la traducción de la de usted; así, permítame usted añadir a mi firma la frase que usted guste dictarme, en la cual pueda yo expresarme en mi lengua. Ya ve usted—añadí—toda la franqueza de mis intenciones, y que no quiero crear dificultades.» La proposición le llamó mucho la atención. «Todo esto—añadí—es una disputa sobre simples palabras, que en circunstancias tan grandes como las nuestras, puede parecer muy mezquina. ¿Pero quién de nosotros ha creado estas dificultades? ¿Quién es víctima de ellas? La negativa de usted nos pondría en una posición la más cruel. ¡Usted me ve en un verdadero estado de desesperación! ¡Alejarme del Emperador sería peor que la muerte! Pero con todo, debiera hacerlo antes que degradarle con mi propia mano. El Emperador ha reunido en su persona todo cuanto de parte de los hombres y del cielo se confiere a un carácter augusto: quererlo negar, sería desconocer la luz del Sol.

»Nuestra situación aquí—continué—es tan terrible, que ya excede las fuerzas humanas, usted lo sabe; pero todavía esto no es nada en comparación del su-

plicio que usted nos reserva. Lo que yo pido es fácil, y nos pone a todos acordes; usted me ve ante sí solicitando, cosa que seguramente es muy violenta para mí, porque no estoy acostumbrado a importunarle. Ceda usted, y con esto hará alguna cosa en favor nuestro, de la cual le estaré eternamente agradecido, y además, tenga usted presente que todavía existe una responsabilidad, una opinión pública en Europa, que usted podría chocar sin ninguna ventaja. Los sentimientos que me animan no pueden serle a usted indiferentes, pues deben llegar hasta el corazón de cuantos me escuchan.»

Al oír esto, el gobernador pareció conmoverse: por lo menos los oficiales lo estaban; guardó silencio algunos instantes, me saludó y nos separamos.

Los señores Montholon y Gourgaud tuvieron su turno, y luego después nos reunimos los cuatro en el cuarto del Emperador mientras se estaba vistiendo, sin que pudiésemos informarle si se había decidido algo positivamente contra nosotros. Luego quiso salir para tomar un poco el aire, a pesar del fuerte viento que estaba haciendo, y fuimos paseando hasta el fondo del bosque. Durante la conversación iba pasando en revista todas las combinaciones del gobernador con aquella rapidez y fecundidad que le es propia, y siempre concluía diciendo que si hoy concedíamos una firma para evitar que nos echasen de la Isla, mañana encontrarían otro motivo de expulsión, y que, por lo mismo, prefería acabar de una vez sin dar estallido. Luego, tomando repentinamente la cosa por mi estilo chistoso, decía que en último resultado no era probable que el gobernador quisiera reducir el número de su acompañamiento a un solo individuo, aunque, aña-

día, era un verdadero puercoespín que no habría por donde tomarle.

En la mesa comió poco el Emperador; a uno de nosotros que estaba hablando le hacía repetir la palabra, como le sucedió con frecuencia, y el narrador, tomando un tono un poco más alto, le dijo esto: «Decididamente, ya veo que soy sordo, pues no oigo lo que dicen, y me dan intenciones de enfadarme cuando quieren hablar más alto». Luego nos leyó un trozo de *Don Quijote*, y en un capítulo bastante chistoso dejó el libro, diciendo que seguramente era menester mucho valor para reírse con semejantes tonterías en un momento tan crítico. Estuvo un rato muy pensativo, y luego se levantó y nos dejó, diciendo: *Adiós, amigos míos*.

Durante la comida me había entregado una carta del gran mariscal, que había tenido oculta, persuadido de que no traería nada de bueno; pero en cuanto nos quedamos solos la abrí, y vi que era del gobernador, anunciando que, en vista de nuestra resistencia, iba a dar las órdenes convenientes para que inmediatamente nos condujesen al cabo de Buena Esperanza. No consultamos más que a nuestros corazones, porque separarnos del Emperador nos parecía una cosa superior a nuestras fuerzas, a los deseos de aquél y aun a las mismas órdenes; a una voz unánime firmamos inmediatamente las declaraciones, tales cuales nos las habían pedido, y las entregamos al oficial inglés que estaba de servicio en Longwood, con una carta para el gran mariscal, en la cual le dábamos cuenta de lo que acabábamos de hacer sin darle parte: sólo el corazón nos había guiado, y si el Emperador debía enfadarse, nuestra conciencia nos servía de consuelo.

De esta manera se consumó el acto de nuestra verdadera esclavitud, de nuestra entera dependencia a la voluntad o caprichos de sir Hudson Love, no tanto por la firma que acabábamos de darle, como porque le habíamos descubierto nuestro secreto, mediante lo cual, en adelante, sabía lo que debía hacer para salirse con cuanto se le antojara.

EXPULSIÓN DE CUATRO DE NUESTROS COMPAÑEROS.
PRIMEROS AÑOS DEL EMPERADOR.

18 y 19.—No vi al Emperador hasta las cinco, en que me hizo llamar al salón; a pesar de que continuaba algo indispuerto, toda la mañana había trabajado con el gran mariscal. Como estaba displicente, con la cabeza muy pesada y bastante agitado, buscando modos de distraerse, nos mandó llamar a todos unos tras otros; tanteó sucesivamente el ajedrez, el dominó, y otra vez el ajedrez; pero al cabo, no pudiendo resistir, se retiró a su cuarto. Es muy cierto que el tiempo y las circunstancias concurrían indudablemente a crear una especie de tormento nuevo, difícil de resistir; la estación era infame, el aire atacaba a los nervios, y las vejaciones que se amontonaban contra nosotros eran todavía peores: cada palabra del gobernador nos causaba un nuevo dolor y desolación. En este día nos significó la expulsión de cuatro individuos de la familia, con cuya noticia el llanto fué general; los unos por el dolor de separarse, y los otros, por el sentimiento de que en breve les tocara la misma suerte. Era la escena de la espantosa Sila, llevándose cuatro individuos del barco de Ulises para devorarlos.

El gobernador también me mandó decir que se me llevaría mi criado, habitante de la Isla, del cual estaba yo muy contento; tenía, sin duda, miedo que me profesase demasiado afecto; se propuso darme otro él mismo, por lo cual le di gracias, guardándome bien de aceptarlo.

El Emperador comió poco; pero de sobremesa se animó, y se puso a hablar de su juventud, que para él era un asunto que tenía mucho atractivo, y un manantial siempre nuevo del más vivo interés, y repitió varias cosas que ya he dicho en otra parte; se restituía a aquella edad feliz en que todo es alegría, deseos y placeres; a aquellas dichosas épocas de la esperanza y de la ambición naciente, en las cuales el mundo entero se abre delante de nosotros y todos los delirios de la imaginación nos son permitidos. Hablaba del tiempo que estuvo en su regimiento, de los placeres de la sociedad, de los bailes y fiestas, de la suntuosidad de una de ellas, que levantaba hasta las nubes. «Al cabo—decía—no sé en qué lugar podría colocarla; pues es de creer que mis ideas de suntuosidad de entonces son algo diferentes de las del día, etcétera.»

Examinando ciertos detalles, nos decía que le sería muy difícil señalar su vida año por año. Nosotros le contestábamos que si pudiese solamente acordarse de cuatro o cinco, nosotros nos encargábamos del resto. De aquí pasó a su primera expedición en Tolón, a las causas que motivaron su nombramiento, las circunstancias que habían dado impulso a sus conocimientos, al ascendiente súbito que le habían dado sus primeros sucesos felices, la ambición que habían hecho nacer. «Y todo esto—decía—no iba muy alto, pues estaba to-

avía muy distante de considerarme como hombre superior.» Y repitió que sólo después de la batalla de Lody le habían venido los primeros humos de la ambición, la cual se declaró enteramente en el suelo egipcio, después de la victoria de las Pirámides y la posesión del Cairo, etc. «Entonces—decía—creí verdaderamente poder abandonarme a las más brillantes empresas, etc., etc.»

Esta conversación le había puesto de buen humor; de manera, que eran las doce de la noche cuando se retiró; esto podía llamarse una especie de resurrección.

Al día siguiente, a las doce de la mañana, salieron los cuatro proscriptos, que eran el polaco, Santini, Archambeau y Rousseau. Una hora después ya se habían hecho a la vela para el cabo de Buena Esperanza, en un barco pequeño y con viento bastante fuerte.

EXPEDICIÓN DE SAN LUIS EN EGIPTO.—NUESTRAS MUJERES ACTUALES.—MADAMA DE STAËL.—LOS ESCRITORES ENEMIGOS DE NAPOLEÓN.

21.—Después de almorzar fuí a ver a madama Bertrand; estaba tan retirada en Hutt's-Gate, que poco podía perder encerrándose en nuestro recinto, pero nosotros ganábamos mucho; por mi parte creí que se aumentaba la familia.

Nuestro recinto cada día se iba estrechando, porque las centinelas iban en aumento, recordándonos a cada instante nuestro horroroso encierro.

Mientras se estaba vistiendo el Emperador, me de-

cía que quería ponerse de nuevo al trabajo, interrumpido con las últimas vejaciones del gobernador; yo le insté cuanto pude a que lo verificase, por él mismo, por nosotros, por Francia y por la Historia.

Como el tiempo estaba demasiado malo para salir a tomar el aire, se fué a la biblioteca, y estuvo hojeando las *Cruzadas*, de Michaud, y las *Memorias*, de Joinville; de allí pasó al salón, y estuvo hablando particularmente del criado que querían quitarme y el otro que me ofrecían para reemplazarle, etc., etc.

El gobernador no quería pagar la plata labrada del Emperador a más de un quinto menos del precio a que se estima en París, y al mismo tiempo no quería permitir concurrencia, ni menos que se llevase a Londres...

Los infelices que habían embarcado para ir al cabo de Buena Esperanza no debían tener más razón que la de los marineros; con este motivo supe que lo mismo había sucedido a bordo del *Northumberland*, en donde los criados del Emperador no habían tenido más alivio que los marineros, si no se lo hubiesen procurado con su dinero.

Después de comer leyó el Emperador en Joinville la expedición de San Luis en Egipto; al paso que la analizaba, hacía observar los errores cometidos, comparaba los movimientos, el plan de entonces con el que él mismo había adoptado, y concluía que si hubiese obrado como San Luis, infaliblemente hubiera tenido la misma suerte.

Habiéndose retirado temprano y mandádome llamar a su cuarto, volvió a entablar conversación sobre sus correrías en Egipto y Siria. Habló de la *Matilde*, de madama Cottin, y esto le condujo a pasar en revista

nuestras mujeres escritoras; habló de madama Roland y de sus *Memorias*, de madama Genlis, de la misma madama Cottin, cuya novela de *Clara de Alba* acababa de leer, y de madama de Staël; detúvose mucho sobre esta última, repitiendo en parte lo que ya se ha dicho, y hablando de su destierro decía: «Su domicilio se había convertido en un verdadero arsenal contra mí; allí concurrían para hacerse armar caballeros. Su ocupación consistía en crearme enemigos y combatirme ella misma, siendo al mismo tiempo Armida y Clorinda.»

Luego, resumiendo como tenía por costumbre, dijo: «Además, se puede decir con certeza que al cabo nadie podría negar que madama de Staël es una mujer de un gran talento, de mucho espíritu y muy distinguida; su memoria será perenne.

» Varias veces, alrededor mío y con el deseo de lucirme, intentaron hacerme entender que era un adversario temible y podía ser un aliado útil. Es muy cierto que si en vez de denigrarme, como lo ha hecho, hubiese adoptado un sistema opuesto, yo hubiera podido ganar mucho; pues su posición y talento la ponían en el caso de dirigir las sociedades; y nadie ignora cuánto influyen éstas en París. Además, a pesar de todo el mal que ha dicho de mí, sin contar el que todavía dirá seguramente, estoy muy distante de creerla una mala mujer; sino que buenamente me hacía una guerra sorda; he aquí todo el enigma.»

Pasando luego al enjambre de escritores que han declamado contra él, dijo: «El destino me ha condenado a ser su pasto; pero no temo ser su víctima, porque están royendo un mármol. Mi vida toda se compone de hechos que las simples palabras no pueden

destruirlos; y para combatirme con buen éxito, sería necesario presentarse con el peso y la autoridad de otros hechos suyos. Si el gran Federico, o cualquier otro de un mérito igual, se pusiese a escribir contra mí, entonces sería muy diferente, y tal vez debería empezar a convencerme; pero todos los demás, aun cuando empleen un estilo satírico y lleno de agudezas, nunca harán más que gastar pólvora en salvas. Yo sobreviviré..., y cuando quieran lucirse me ensalzarán... »

ESMERO CON LOS HERIDOS EN LOS EJÉRCITOS.—EL BARÓN LARREY.—CIRCUNSTANCIA CARACTERÍSTICA.

22 y 23.—El tiempo estuvo constantemente malo; el Emperador no pudo salir en aquellos dos días a causa de un violento dolor de muelas, que le causó una gran hinchazón en un carrillo. Yo pasé la mayor parte del tiempo haciéndole compañía; y entre las largas conversaciones que tuvimos, me dijo ciertas cosas que le venían a la memoria, y me causaba un placer infinito; prueba cierta de lo desagradable de nuestra situación, pues daba importancia a semejantes frioleras; pero todas las cosas están en proporción al círculo en que nos hallamos limitados.

En otro momento tenía un cierto sentimiento de ser tan perezoso en el estudio del inglés; yo le decía que ya sabía lo bastante para satisfacer su curiosidad: en efecto, leía todas las obras y sólo le faltaba regularizarlo; pero ¿la regla y el compás se hicieron para él?

Después de varios objetos se detuvo hablando del cirujano barón Larrey, de quien hacía el mayor elo-

gio, diciendo que le había dejado en el espíritu la idea de un verdadero hombre de bien, que a la ciencia añadía toda la virtud de una filantropía real y verdadera en supremo grado, mirando a todos los heridos como a hermanos suyos; en términos que no había ninguna consideración que pudiese detenerle cuando se trataba de sus hospitales. «En nuestras primeras campañas republicanas, que tanto se han calumniado—decía—, el cuerpo de cirugía experimentó una revolución la más feliz, que posteriormente se ha extendido en todos los demás ejércitos de Europa; y ciertamente la Humanidad es en gran parte deudora a Larrey de este beneficio. En el día los cirujanos corren los mismos peligros que los soldados, pues prodigan sus auxilios a los heridos en medio del fuego de las batallas. Larrey conserva toda mi estimación y reconocimiento, etc.» (1).

(1) Parece que esta impresión tan favorable se presentó vivamente en el espíritu de Napoleón en los últimos instantes de su vida, pues consagró a M. Larrey un recuerdo de su mano con esta nota honorífica: *El hombre más virtuoso que he conocido*. Al ver estas palabras, creí que alguna circunstancia particular había dado motivo a un testimonio tan patente, y he aquí lo que he averiguado.

Después de las batallas de Lutzen, Wurchen y Bautzen, Napoleón, victorioso, mandó llamar al cirujano Larrey para conocer el estado y número de los heridos, según tenía por costumbre; y como en aquel instante era en una proporción extraordinariamente superior a otros tiempos y acciones, se sorprendió y quiso indagar la causa. M. Larrey era de opinión que, independientemente de las circunstancias locales, podía consistir en la suma de los soldados, que, entrando en fuego por primera vez, eran más pesados en sus movimientos, y menos diestros para evitar el peligro. El Emperador, poco satisfecho y muy preocupado de esta circunstancia, preguntó a otros; y como en aquel momento había

EL EMPERADOR ACEPTA MIS CUATRO MIL LUISES.—
TRAGEDIA DE «EURÍPIDES» EN SU INTEGRIDAD, ORDE-
NADA PARA EL TEATRO DE SAINT-CLOUD.—MARIS-
CAL JOURDAN.

24.—El Emperador no salió; no mandó llamar a ninguno de nosotros, ni vino a comer, lo que nos hizo temer que estuviese enfermo. A las diez de la noche, que casualmente no me había aún acostado, me mandó llamar; acababa de meterse en la cama; díjome que en todo el día no se había levantado del sofá, que

muchos individuos muy cansados de la guerra, que hubieran deseado la paz a cualquier precio, no les hubiera disgustado que el Emperador se hubiese adherido a ésta, por cálculo o convicción; por lo mismo, le dijeron que no debía extrañar el crecido número de heridos, pues la mayor parte lo estaban en la mano, habiéndoselo hecho ellos mismos para no batirse más. Esta respuesta fué un rayo que hirió notablemente al Emperador; continuó sus informaciones, y obtuvo el mismo resultado: estaba desesperado. «Si así fuese—decía—, a pesar de nuestras victorias, nuestra posición no tendría remedio, pues nos entregaría atados de pies y manos a los bárbaros.» Buscando en su imaginación el modo de detener semejante contagio, hizo poner aparte todos los heridos de cierta especie y nombró una comisión de cirujanos, presidida por Larrey, para examinar y certificar sus heridas, bien resuelto a castigar de una manera ejemplar a los que hubiesen tenido la bajeza de inutilizarse ellos mismos. M. Larrey, que siempre había sido opuesto a la idea de la mutilación voluntaria, que, según su modo de pensar, comprometía el honor del ejército y el de la nación, se presentó al Emperador para reiterar sus observaciones. Napoleón, irritado de su obstinación, que todavía habían procurado ponderarle más, le dijo con aire muy severo: «Usted me hará oficialmente sus observaciones; entretanto váyase a cumplir con su deber.»

El barón Larrey emprendió su trabajo, pero con toda solemnidad, al paso que la dilación impacientaba a algunos por motivos

había estado leyendo cerca de diez y ocho horas seguidas, sin haber comido más que un poco de sopa, ni tener otra dolencia que sus muelas. Dijele que todos habíamos estado en la mayor inquietud, pues a la pena de no verle se juntaba siempre la mayor de creerle realmente enfermo.

Luego después habló de nuestra situación pecuniaria; por la mañana había tenido su consejo, decía

diversos; y además, se sabía que el Emperador lo estaba más que todos. No dejaron de hacer observar a M. Larrey que su posición era muy delicada, pero él no se inmutó. Por fin, al cabo de algunos días, se presentó al Emperador insistiendo en que quería presentarle él mismo su trabajo. «Y bien, señor mío, ¿insiste usted siempre en su opinión?—Todavía hago más, señor: vengo a probarle a vuestra majestad que se ha calumniado indignamente a esta valiente juventud; he ocupado mucho tiempo en hacer un examen rigurosísimo, y no he encontrado ni un solo culpado. No hay uno solo entre todos los heridos que no tenga su certificado individual.» Sin embargo, el Emperador le estaba considerando con un aire taciturno y sombrío. «Está bien—le dijo tomando su informe con una especie de despecho—, me ocuparé de examinarlo»; y echó a andar a pasos descompasados de un lado a otro de la sala, con aire violento y abatido; luego, volviendo en sí, se aproximó a M. Larrey con aire risueño, y tomándole afectuosamente la mano, le dijo con un tono de voz enteramente conmovido: «¡Hola!, monsieur Larrey; ¡feliz es un soberano al dar con un hombre como usted!; ya se le pasarán mis órdenes»; y la misma noche M. Larrey recibió de parte de Napoleón su retrato guarnecido de brillantes, seis mil francos en oro y una pensión sobre el Estado de tres mil francos anuales, independientemente, decía el decreto, de cualquier otra recompensa a que pueda ser acreedor por su grado, su antigüedad y sus servicios futuros.

Un rasgo semejante es muy precioso para la Historia; porque da a conocer a un hombre de bien que no duda en defender la virtud contra un monarca prevenido en contra e irritado, y al mismo tiempo realza el alma grande de este último en la generosidad y el reconocimiento que manifiesta al verse desengañado.

alegremente; se había pesado la plata, calculado la parte que debía venderse, y cuánto tiempo podríamos vivir con su producto. Yo le renové el ofrecimiento de cuatro mil lises que tenía en el Banco de Inglaterra, y se dignó aceptarlo. «Mi situación es bien singular—decía—; no tengo la menor duda en que si se nos permitiese tener comunicaciones, y mis amigos, y aun los extraños pudiesen sospechar que yo tuviese necesidades, muy pronto tendría en abundancia cuanto pudiese serme necesario; pero, ¿debo yo ser gravoso a mis amigos, exponiéndoles a los abusos que podría hacer el Ministerio inglés? He pedido algunos libros, y me los han mandado con toda la incuria y negligencia de un conocimiento infiel. Me reclaman en el día de mil quinientas a dos mil libras esterlinas, es decir, cerca de cincuenta mil francos, por algunas frioleras, que indudablemente yo mismo hubiera podido procurarme con diez o doce mil. ¿No sucedería lo mismo con cualquier otra cosa? Aceptando lo que usted me ofrece, sólo debe emplearse en cosas puramente necesarias; pues al cabo es menester vivir, y no vivimos con lo que se nos suministra. Cien lises al mes serían un ligero suplemento, que a todo rigor puede ser suficiente. Esta es la suma; y sobre todo la exactitud, que usted debe pedir.

RESUMEN DE JULIO, AGOSTO, SEPTIEMBRE Y OCTUBRE.—DE LA OBRA DEL DOCTOR O'MEARA.—PROCESO QUE LE INTENTÓ SIR HUDSON LOWE.—ALGUNAS PALABRAS EN DEFENSA DEL «DIARIO».

De aquí en adelante el resumen habitual no puede ser largo, pues en todo rigor podría reducirse a tres frases, a saber:

Tormentos hasta lo sumo.

Reclusión absoluta.

Destrucción infalible.

El resto de la vida de Napoleón ya no será más que una agonía cruel y prolongada.

Se ha visto que la llegada del nuevo gobernador fué para nosotros señal de una existencia la más infeliz. Pocos días bastaron para desarrollar sus pésimas disposiciones; pronto llegaron a su colmo los tormentos y ultrajes, de los cuales se llamaba intermediario, cuando tal vez él mismo los creaba: amedrentó a los habitantes por causa nuestra, y acumuló contra nosotros las más ridículas vejaciones; nos prohibió escribir sin su propio permiso, aun a las mismas personas con las cuales nos permitía hablar libremente; convidó a comer al *general Bonaparte* para hacerlo ver a una señora de distinción que estaba allí de paso; prendió él mismo a uno de nuestros criados, etc.

Produjo una especie de orden, mediante la cual quería precisar al Emperador a humillarse (decía éste) en el fango de sus necesidades, para discutir las con él; le atormentaba para hacerle pagar una suma que no tenía, y a fuerza de reducciones en lo estrictamente necesario le conduce a hacer pedazos y ven-

der su plata, de la cual el mismo gobernador, de su propia autoridad, fija el precio y el comprador. Nos impone la ridícula medida de una botella de vino por cabeza, incluso para el Emperador. «Regatea mi existencia, me envidia el aire que respiro», decía éste. Y lo que nos enviaba para nuestra subsistencia algunas veces era de tan mala calidad, que nos veíamos reducidos a pedir prestado al campamento inmediato, etc.

Tendió un lazo a Napoleón, complaciéndose con la esperanza de transmitirle personalmente y con ostentación una comunicación que él llamaba ministerial, indecente en tanto grado, que él mismo se negó a dejar una copia. Significó al Emperador los reglamentos más extravagantes; le estrechó caprichosa e irónicamente su círculo habitual; le prescribió los pasos que debía dar, y llegó hasta el extremo de querer fijar la naturaleza de sus conversaciones y la extensión de sus palabras; abrió fosos alrededor de nuestra vivienda, nos rodeó de estacadas, y levantó fortificaciones; nos obligó para poder existir cerca del Emperador a que nos sometiésemos a todas las ignominias; se sirvió de nuestras propias manos para degradarle, precisándonos a nombrarle *Bonaparte*, bajo pena de arrebatarnos inmediatamente del lado de su persona y deportarnos fuera de la isla, etc...

Impacientado el Emperador con tan viles tratamientos y tan extremas malignidades, se explicó sin rebozo y cara a cara con el mismo sir Hudson Lowe: sus palabras ya no tenían medida; se libertó para siempre de su odiosa vista, y juró no volverle a ver jamás. «El peor proceder de los ministros ingleses —dijo— no es ya el haberme enviado aquí, sino el

haberme puesto en manos de un hombre como usted...: me quejaba del almirante, vuestro predecesor; pero al menos tenía un corazón... ¡Usted deshonra a su nación, y quedará cubierto de infamia!...» Hablando del mismo, nos decía muchas veces: «Este gobernador nada tiene de inglés: no es más que un esbirro de Sicilia... Quejábame en el principio de que me hubiesen enviado un carcelero; pero ahora digo que es un verdugo, etc.»

He copiado estas palabras, y aun podría añadir muchas más, por muy indecorosas que parezcan. 1.º, porque yó mismo las oí; 2.º, porque Napoleón se las dijo al mismo sir Hudson Lowe, o se las mandó decir; 3.º, y final, porque fueron bien merecidas; porque este gobernador, escandalizando a los mismos ingleses que se hallaban allí, como lo manifestaron bien claramente, abusó de una manera arbitraria, opresiva y brutal de un poder que debía ejercer en nombre de una nación tan eminentemente recomendable por todo el globo, en nombre de un príncipe tan generalmente considerado en Europa; en fin, en nombre de un Ministerio en cuyo seno se encuentran todavía algunos hombres de honor, conocidos personalmente por su moderación y bellos modales.

Los ataques dirigidos contra Napoleón eran continuos; los tormentos, de todos los instantes. No se pasaba un día sin que se le hicieran nuevos ultrajes; y entonces puede decirse que se encontraba como realizado uno de los suplicios de la fábula.

¡Ah! Si alguna vez en aquella época de luto para tantos corazones el genio de Europa, el de la verdad y el de la historia, han vuelto los ojos, aun cuando fuese involuntariamente, hacia Santa Elena, hacia el

gran Napoleón; si le han buscado en aquella isla de la cual debían pensar que al menos se habrían hecho los esfuerzos posibles para presentársela como su Eliseo, ¡cuál habrá sido su indignación al verle en la aureola de tantos hechos inmortales, clavado en un peñasco, cual otro Prometeo, y bajo las garras de aquel carnívoro que se deleitaba despedazándole las entrañas! ¡Oh, infamia! ¡Oh, vergüenza eterna!... En este período de tiempo, la salud de Emperador fué declinando constantemente; aquel cuerpo que tan robusto se había creído, que había resistido tantos trabajos y fatigas, que había sostenido las victorias y la gloria, ya se doblaba a los achaques que la maldad de los hombres le acarreaba. Casi todos los días sentía una nueva incomodidad, ciertos ataques de calentura, fluxiones violentas, síntomas de escorbuto y continuos resfriados; sus facciones se alteraban, andaba cada día más pesado, las piernas se le hinchaban, etc. Se nos rasgaba el corazón al verle correr rápidamente a una destrucción infalible y próxima; aunque todo nuestro esmero no podía darle remedio.

Mucho tiempo hacía que no montaba a caballo; y poco a poco acabó por no poder siquiera salir en coche; hasta el simple paseo a pie llegó a serle casi imposible, y se vió reducido al pequeño espacio de su aposento; ya no se ocupaba en ningún trabajo seguido y regular: sólo nos dictaba a largos intervalos y sobre asuntos de puro capricho momentáneo; la mayor parte del día la pasaba solo en su cuarto entreteniéndose en hojear algunos libros, y puede decirse que sin hacer nada. Sólo los que han juzgado dignamente de todo el poder de sus facultades intelectuales podrán apreciar la fuerza de alma que necesitaría para devo-

rar tranquilamente el peso insoportable de semejante fastidio y de existencia tan odiosa; pues delante de nosotros siempre conservó la misma serenidad en sus facciones, la misma igualdad de carácter, la sátira, la libertad de espíritu, a veces alegría y chiste; pero en los detalles de intimidad era fácil notar que en él ya no había preocupación por lo venidero, ni meditación de lo pasado, ni cuidados por lo presente; obedecía pasivamente a la naturaleza física, con un disgusto completo de la vida, cuyo término tal vez deseaba secretamente. Tal era el estado de las cosas cuando me arrebataron de Longwood.

En mi colección de notas no he copiado todas las circunstancias minuciosas de nuestras disputas con el gobernador, ni las muchísimas notas oficiales que nos pasamos recíprocamente. También he omitido las innobles miserias acumuladas sobre nuestra existencia animal: mi objeto no ha sido escribir la historia de Longwood y de nuestros sufrimientos, sino sólo de patentizar las diferencias características de Napoleón. Además, el que quiera satisfacer su curiosidad encontrará todos estos detalles en la relación del doctor O'Meara: en mí, una de las víctimas de que se trata, hubiera sido pequeñez detenerme en semejantes pormenores; pero en el doctor, que fué testigo, que es hombre extraño para nosotros, pudiendo aun llamársele del partido contrario, este cuidado de su parte y en su situación sólo puede ser el resultado de una emoción profunda y de una indignación generosa, que hace mucho honor a su buen corazón.

Acabo de saber en este momento que el ex gobernador de Santa Elena le ataca ante los Tribunales, por difamación y calumnia; venero mucho los jueces

de los grandes Tribunales de Inglaterra, porque sé cómo están organizados; sin embargo, ¿quién en el día puede asegurar un resultado? Pues en la desgraciada crisis política de nuestros días, en todas partes aparecen dos verdades a un mismo tiempo: lo cierto es que para cada cual la buena es la que se trae en el corazón; pues digan lo que quieran, nadie puede mentir consigo mismo, y a todo trance éste será seguramente el consuelo del doctor O'Meara: por mi parte, declaro a la faz del universo que cuanto he visto en su obra, de que he tenido conocimiento mientras he estado allí presente, es exactamente la verdad, de lo cual debo sacar en consecuencia que indudablemente debe serlo también lo que yo no he presenciado, que alcanza diez y ocho meses más adelante. Por lo mismo, no titubeo en afirmar que lo tengo por cierto en mi alma y conciencia.

Precisamente en el momento en que escribo, recibo de sir Hudson Lowe varios extractos de cartas, que me dice haber recibido confidencialmente en aquel tiempo del doctor O'Meara, el cual, dice, se expresaba muy indecorosamente con respecto a mí, y le pasaba avisos secretos relativos a mi persona. No sé cuál podrá ser la intención de sir Hudson Lowe con semejante oficiosidad; pues en el punto en que nos hallábamos él y yo, no puedo persuadirme de que fuera un interés muy tierno. ¿Intentaba acaso probarme que O'Meara era su espía cerca de nosotros? ¿Creería quizás indisponerme lo bastante para alterar la naturaleza y la fuerza de mis aseveraciones a favor de su adversario? Pero, en resumen, ¿es cierto que las tales cartas son enteras, y no truncadas o adulteradas, a la moda de Santa Elena? Y, además, aun

cuando su sentido fuese real y verdadero, ¿en qué podrían incomodarme? ¿Qué derecho o título tenía yo en aquel tiempo a las atenciones de O'Meara? Es muy cierto que posteriormente, a su regreso a Europa, viéndole perseguido y castigado por las maneras que había usado con Napoleón, le he manifestado el más vivo reconocimiento, y le he escrito que si la injusticia le precisaba a expatriarse y le fuese grato retirarse en el seno de mi familia, era muy dueño de hacerlo; pues con el mayor placer partiría con él mi buena o mala suerte. Pero en Santa Elena apenas lo conocía, ni creo haberle hablado solamente diez veces en todo el tiempo que permanecí en Longwood. Yo le miraba como un hombre de distinta nación, opuesto en opinión e interés: tales eran mis relaciones con O'Meara. Luego, es claro que él estaba enteramente libre con respecto a mí, y era muy dueño de escribir entonces cuanto le diese la gana, sin que esto pueda influir en la opinión que posteriormente me ha inspirado. Que sir Hudson Lowe pretenda insinuar ahora que el doctor era doble o triple espía a la vez, a saber: para el Gobierno, para Napoleón y para el mismo Lowe, ¿acaso esto destruiría la verdad ni la autenticidad de los hechos que expone en su libro? Antes muy al contrario, descubriendo aquellos secretos, ¿de cuál de los tres corruptores podía prometerse la indemnización? Napoleón ya no existe; luego nada podía esperar de él; y si por la publicación con los otros dos se ha creado unos enemigos encarnizados que le han quitado sus empleos y amenazan su reposo, es porque, a la vista de éstos, su verdadero crimen ha sido el celo importuno de un amigo del decoro y de las leyes, que, exaltado por tan indecentes

y viles vejaciones, ha señalado al público los verdaderos autores de ellas, para disculpar a su país: esta es la verdad del hecho. Luego no dudo en afirmar con toda sinceridad que en la comunicación tardía de las cartas confidenciales que me ha dirigido sir Hudson Lowe, en el momento mismo en que está en proceso con el doctor, no he visto más que una delación interesada, que cada cual podrá calificar como mejor le parezca. Yo ni siquiera le he acusado recibo, en prueba de cuán distante estoy de quejarme.

—Pero ya que estoy hablando del doctor O'Meara y de su obra, que precisamente ha seguido un diario en la misma época que yo, en el mismo paraje y sobre el propio objeto, no puedo menos de observar que seguramente es una circunstancia muy feliz para poder comprobar la autenticidad de los hechos, el concurso singular de dos escritores que siendo de nación y opinión diversas, relatan ambos unos hechos que han tomado en la misma fuente; y puesto que la obra de O'Meara se ha traducido a nuestro idioma, será curioso poner en paralelo ambas producciones. Si se deja a un lado el estilo general de cada lengua, las recíprocas preocupaciones nacionales y la diversa posición de los dos escritores, ¿qué presenta el conjunto de las dos relaciones? Una perfecta semejanza; pues hasta algunas pequeñas diferencias que se notan son, en cierto modo, la salvaguardia de cada uno, por cuanto son inevitables. ¿Se ha visto acaso nunca que dos hombres hayan escrito una misma cosa que ambos han presenciado, sin diferir en nada su relación? Además, no es posible dejar de cometer algunas inocentes inexactitudes cuando se trata de escribir cosas tomadas en una mera conversación, y, como

quien dice, al vuelo. Sin embargo, no dejaré de llamar la atención del lector sobre una circunstancia que a mí mismo me ha hecho impresión leyendo a O'Meara, y es que las conversaciones de Napoleón tienen precisamente el carácter de la posición de dos personas, con quienes hablaba; es decir, que en O'Meara, todos los objetos de importancia están más aclarados y seguidos, porque Napoleón hablaba con un hombre que suponía no estar instruido de lo que se trataba y quería hacérselo conocer: y conmigo sucede todo lo contrario, pues casi todo es laconismo, porque el Emperador me suponía al corriente de todo. Por último, la relación del doctor ha tenido un éxito prodigioso en Inglaterra, porque el asunto era excelente, la intención laudable y el objeto moral, que es cuanto se requiere para granjearse al aplauso general.

Por mi parte, he creído cumplir un deber escribiendo esta obra; y por lo mismo, no lo he hecho a medias, sino según me ha dictado mi conciencia. Queriendo retratar al hombre prodigioso, no con mis débiles colores, sino con el auxilio de sus mismas palabras y de sus acciones, he debido esmerarme principalmente en ser minucioso, verdadero y fiel con la mayor escrupulosidad; y espero que el que me lea me hará la justicia de confesar que para conseguirlo he renunciado a todos los sistemas, opiniones, partidos y amistades; he chocado con varias pasiones individuales; no me han detenido las mayores consideraciones, ni la calidad y rango de los personajes. Por otra parte, no se me oculta ninguno de los graves inconvenientes que acarrea semejante sistema, ni las muchísimas desazones que puede producirme; debía temer, como sucede

frecuentemente, a la verdad imparcial, que disgustaría a muchos y me crearía un gran número de enemigos; hasta la misma autoridad, interpretando mal mis intenciones sobre un asunto todavía tan reciente, y que tiene tanta relación con nuestros grandes acontecimientos, podía irritarse; y por lo mismo, yo debí temer el ser llamado ante los magistrados; resultando por consecuencia una condena, multa, confiscación, cárcel, etc. Es cierto que yo hubiera podido alegar mis necesidades, y desprenderme en cierto modo de toda responsabilidad dando o vendiendo mi manuscrito en Francia o en país extranjero; ¿pero hubiera conseguido con esto mi objeto? Y, a pesar de cuantas condiciones hubiese impuesto, ¿hubieran faltado al adquirente realidades o pretextos para desnaturalizar o mutilar esta colección, cuyo único mérito consiste en su integridad? Por ello, deseando que no padeciese ninguna alteración, y queriendo ser dueño de ella hasta el último momento, he añadido a todos los inconvenientes ya citados la exposición de un descabro en mi fortuna, publicándolo por mi cuenta y riesgo. De Inglaterra y Alemania se me han hecho ofertas considerables por las partes que suponían que las circunstancias no me permitían publicar en Francia: he respondido que nada se había reservado; pues no soy capaz de dejar publicar fuera del reino, con mi nombre, lo que no me hubiera atrevido a hacerlo bajo las leyes de mi país, por muy difíciles y severas que pudieran parecerme. Además, a pesar de todas mis zozobras, hasta ahora sólo tengo motivos de aplaudirme de la marcha que he creído deber seguir: los testimonios más lisonjeros me llegan de todas partes, y la ley ha permanecido muda; tal vez ésta debe-

ría agradecerme, hasta cierto punto, el no haber tenido menos confianza en su integridad y tolerancia, tratando de un asunto tan delicado en una época como la presente, y haberla puesto en el caso de dar una prueba tan decisiva. Por mi parte, me envanezco por lo que he contribuido a realzar su moderación, y la tributo el más vivo agradecimiento.

No he tenido la pretensión de ser panegirista ni apologista; pero he querido poner a todo el mundo en el caso de juzgar según su propia convicción y sentimientos; y esta es la razón por qué en el conjunto de estas memorias he conservado hasta las cosas más minuciosas, para que cada cual pueda penetrarse del carácter de verdad que nace de la contextura misma de las cosas. Sólo he omitido anécdotas personales, o los epítetos que, siendo extraños a mi objeto, hubieran sido desagradables; y, desgraciadamente, todavía se me han escapado muchas, no hallándome en estado de poderme ocupar con mucha reflexión, apresurándome con bastante precipitación para poder llegar a ver el fin de mi tarea; y arrebatado por el objeto principal, no me ha sido posible poner todo el esmero debido en los accesorios. Ahora, cuando me leen ciertos artículos de los volúmenes ya publicados, me admiro de ver cosas que hubiera querido haber borrado. Mi situación puede explicar estos descuidos, no menos que un crecido número de irregularidades tipográficas, y disculparme hasta cierto punto; porque entre el público y yo no ha habido más intermediarios que el amanuense y el regente de la imprenta; este es, pues, el inconveniente de mi aislamiento absoluto, sin consejo, sin parecer y revisión. Pero me dirán, acaso: ¿Por qué no ha acudido a tantos sujetos distin-

guidos, cuya benevolencia, luces y conocimientos en la materia le hubieran podido ser muy útiles? He aquí mi respuesta: ¿Cuándo se ha visto que concuerden dos testigos de un mismo hecho? No hubiera habido, pues, ni tan siquiera dos artículos míos, que cada uno no hubiese querido corregir con algo suyo. Luego es claro que si yo hubiese cedido, las verdaderas palabras, las opiniones, las sentencias erróneas o acertadas de Napoleón, pronto hubieran desaparecido enteramente; y entonces, ¿qué hubiera sido mi producción? Un libro fabricado en París. Si, por el contrario, yo me hubiese obstinado en resistir, sería necesario desconocer enteramente las flaquezas del corazón humano, para dejar de ver que me hubiese creado enemigos, pues nunca me habrían perdonado el haber pedido pareceres por conseguirlos.

Todavía podrá decirse por qué no esperaba, a imitación de todos los autores de memorias, que generalmente no las quieren dar a luz hasta después de su muerte, para evitar los inconvenientes que pudieran resultar de su publicación. ¡Cómo! ¡Que aguardase! Y la obligación que yo había contraído, ¿cómo se hubiera cumplido? Y mis deseos de procurar un placer legítimo a los amigos, de precisar a una sincera estimación a los que han sido enemigos, ¿hubieran quedado sin fruto? ¿Que una multitud de hombres de todos rangos, profesiones y empleos, yo el primero, que le hemos servido con orgullo y sinceridad, que le hemos amado con admiración, que nos hemos embriagado con la mayor franqueza con la gloria, esplendor y prosperidad con que ha colmado nuestro país, hubiéramos indiferentemente oído calumniarle todos los días, y a cada momento nos hubiéramos visto injuriar

en su persona? ¡Y poseyendo yo los medios victoriosos de responder, hubiera guardado silencio!; ¡hubiera esperado!... ¡Y por algunas débiles consideraciones, hubiera yo defraudado a mis contemporáneos ávidos! No; de todos modos, el público se manifestaba muy impaciente; esperaba, o, por mejor decir, exigía de los compañeros de Napoleón que hiciesen conocer lo que habían recogido de sus palabras y acciones, o leído en su pensamiento; y pues las notas de mi *Diario* me constituían en una situación la más favorable, me he apresurado, obedeciendo al deseo general, a cumplir este deber sagrado. Además, los testimonios, los agradecimientos, la dulce simpatía que se me han transmitido en la especie de reconocimiento con que los corazones generosos han venido a hablarme, manifestándome su admiración, me recompensan de cualquier desgracia que en lo sucesivo pudiera sucederme. Entre las personas que me han hablado, ha habido algunas que han llegado a confesar que habían esperado se les tratase con más indulgencia; otros, simplemente que tenían motivos de quejarse; pero decían: ¡Napoleón ha debido también quejarse de tanta gente! ¡Debía de ser tan desgraciado en aquel peñasco! ¿No puede ser que se haya agriado con su misma desgracia? Pues usted no afirma que lo que él dijo sea verdadero, sino sólo que él lo ha dicho. Si la alegación lo mereciese, disputaríamos, y si fuese falsa, la desmentiríamos; y al cabo concluían que abandonaban de todo corazón su mortificación personal por la satisfacción, mucho más general, que debía causar todo lo que yo publicaba, concerniente al hombre de cuyas victorias habían participado, y a quien debían su fortuna y su gloria, etc., etc.

Sin embargo, esto no podría consolarme enteramente del disgusto que involuntariamente hubiera podido causar, pues mi carácter no es de ofender a nadie espontáneamente y con pleno conocimiento; por ello, para remediar en cuanto sea posible tan graves inconvenientes, en la próxima reimpresión de la obra, cuando la opinión pública, cualquiera que sea, ya se habrá fijado sobre este particular, he tomado las medidas oportunas para suprimir todos los accesorios inútiles, que en un principio creí deber conservar, para hacer mucho más sensible toda la autenticidad y escrupulosa exactitud.

SOBRE LA GUERRA DE PRUSIA.—INTENCIONES DE NAPOLEÓN.—INSTRUCCIONES OFICIALES.

25.—Fuí a encontrar al Emperador a su cuarto; como el tiempo estaba regular, salió a pasear hacia el bosque; estaba muy débil, pues hacía diez días que no había salido; dijo que las rodillas se le doblaban, y que en breve se vería precisado a apoyarse en mi brazo.

El coche nos estaba aguardando; Archambaud solo guiaba los caballos, a falta de otro, desde que su hermano se había marchado. El Emperador no quería subir, no creyendo prudente fiarse de un solo conductor en medio de tantos troncos de árboles; citaba su famosa caída de Saint-Cloud; y por lo mismo, quería que uno de los criados ingleses montase un caballo delantero; pero Archambaud protestó que tendría menos seguridad que guiando solo, pues desde que su hermano se había ido, continuamente se había estado ejercitando entre los árboles para asegurarse de que

se podía contar con su destreza. Entonces el Emperador subió al coche y dimos dos vueltas; al retirarnos se paró a visitar la casa del gran mariscal, que todavía no la había visto.

Por la noche se leyeron algunos pasos de la *Medea*, de Longepierre, que interrumpió para compararla con la de Eurípides; y dijo que en otro tiempo había mandado que se representase en el teatro de la corte una pieza dramática griega en toda su integridad, escogiendo la mejor traducción, y acercándose en todo lo demás, en cuanto fuese posible, al original, en los modales, vestuario, formas y decoraciones; pero no recordaba qué circunstancia u obstáculo había impedido su ejecución.

Después de haberse retirado a su cuarto, hallándose en disposición de dormir, se paseó un rato y luego se recostó sobre el canapé; abrió una colección o especie de almanaque político que le vino a la mano; precisamente vió la lista de nuestros mariscales, a quienes pasó en revista uno tras otro, acompañándola de citas y anécdotas ya conocidas y dichas precedentemente. Cuando llegó al mariscal Jourdan se detuvo hablando largamente de él, y concluyó diciendo: «He aquí uno a quien ciertamente he tratado muy mal, y, por consiguiente, era muy natural el pensar que hubiera sido mi enemigo; pero he sabido con un verdadero placer que, después de mi caída, constantemente se ha conducido bien. Ha manifestado la elevación de alma que honra y distingue a los hombres de bien; por lo demás, era un verdadero patriota, y esta sola palabra responde a muchas otras».

Pasando luego a otros varios asuntos, se detuvo sobre la guerra de Rusia.

«Además—dijo después de varios antecedentes—, esta guerra debió ser la más popular de los tiempos modernos, porque era la del buen sentido, de los verdaderos intereses, del reposo y de la seguridad de todos: era puramente pacífica y conservadora, enteramente europea y continental. Su buen éxito iba a establecer un equilibrio y nuevas combinaciones, que hubieran hecho desaparecer los peligros del tiempo para reemplazarlos con un porvenir tranquilo, y ciertamente que la ambición no tenía la más mínima parte en mis medidas. Levantando Polonia, aquella verdadera llave de toda la bóveda, poco me importaba que fuese un rey de Prusia, un archiduque de Austria o cualquier otro el que ocupase el trono: yo no quería adquirir, sólo me reservaba la gloria de haber hecho un bien y las bendiciones de los siglos venideros. ¿Y se podrá creer que precisamente allí fui a pique y hallé mi perdición? Nunca había obrado mejor, ni había hecho acción más meritoria; pero como si la opinión estuviese también sujeta a una epidemia, en un solo instante no hubo más que un grito, un modo de pensar únicamente contra mí; me proclamaron el tirano de los reyes, a mí, que había realzado su existencia, y no fui más que el destructor de los derechos de los pueblos, yo, que tanto había hecho y tanto iba a emprender por ellos. Y los reyes y los pueblos, estos dos enemigos irreconciliables, se aliaron y conspiraron de común acuerdo contra mí. ¡Nadie se acordó de todos los actos de mi vida! Ya sabía yo que con la victoria hubiera recobrado el espíritu de los pueblos, pero no la conseguí, y todo me faltó a un mismo tiempo. ¡He aquí los hombres y mi historia! Pero los pueblos o los reyes, y acaso los unos y los otros, algún

día me echarán de menos, y mi memoria estará suficientemente vengada de la injusticia que se ha cometido en mi persona: este es un hecho indudable.»

CONTINUACIÓN DE LOS DOLORES.—INMORALIDAD,
VICIO EL MÁS FUNESTO DE LOS SOBERANOS.

26 y 27. —El Emperador pasó estos dos días en su silla de brazos, cerca de la lumbre; había dormido muy poco y comido nada: sentía unos dolores agudísimos en la cabeza y las muelas. En efecto, tenía una violenta fluxión, y su carrillo derecho estaba muy hinchado. Estuve calentándole sucesivamente un paño de franela y una servilleta, que le aplicaba a la parte doliente; se manifestaba muy agradecido a mi esmero, y dejando caer su brazo sobre mis hombros me repetía muchas veces: «¡Ay, amigo mío, cuánto me alivia usted!»; y habiéndose calmado algún tanto el dolor, se durmió un rato. Luego, abriendo los ojos, me dijo: «¿He dormido mucho? ¡Usted se habrá fastidiado!» Entonces me llamaba *su hermano hospitalario, el caballero de Malta de Santa Elena*; y como el dolor volviese a atacarle con más violencia que nunca, mando llamar al doctor, que le encontró con calentura, y se vió precisado a acercarse a la lumbre. Toda la tarde siguió con la misma dolencia. A eso de las siete trató de acostarse, y como no quería comer, él mismo se hizo agua panada con azúcar, flor de naranja y el pan que le tostaba su ayuda de cámara.

Entre varias cosas insignificantes que dijo, he aquí lo que pude recoger sobre la inmoralidad. «La inmoralidad —decía— es, indudablemente, la más mala

disposición que puede hallarse en un soberano, porque desde luego la pone a la moda, se hacen eco de ella para lisonjearle, fortifica todos los vicios, ataca todas las virtudes, infesta la sociedad entera como una verdadera peste y, por decirlo en una palabra, es el azote de una nación. La moral pública, al contrario, es el complemento de todas las leyes, pues por sí sola es todo un código». Y no dudaba en afirmar que la revolución, a pesar de todos sus horrores, había sido la verdadera causa de la regeneración de nuestras costumbres. «Así como también los más asquerosos estercoleros producen la más hermosa vegetación». Y decía sin titubear que su administración sería una época memorable del restablecimiento de la moral; corríamos a velas desplegadas; es indudable que las catástrofes que han seguido; la harán retrogradar, pues en medio de tantas vicisitudes y desorden no hay modo de resistir a las tentaciones de todo género, a los alicientes de la intriga; a la codicia y a las instigaciones de la venalidad. Sin embargo, el movimiento ascendente de mejora podrá muy bien detenerse o comprimirse, pero no destruirse enteramente, pues la moral pública pertenece al dominio especial de la razón y de las luces, porque es su resultado natural, y a nadie pueden hacer retroceder estas últimas. Para reproducir los escándalos y obscenidades de los tiempos pasados, la autorización de los dobles adulterios, la relajación de la regencia y la disolución del reinado que la siguió, sería necesario que se reprodujesen también todas las circunstancias de entonces, cosa que ya está fuera de toda posibilidad; para ello sería preciso restablecer la ociosidad absoluta de la clase elevada, la cual no podía tener más ocu-

pación que las relaciones licenciosas de los dos sexos; menester fuera destruir en la clase media esta fermentación industriosa que en el día agita todas las imaginaciones, ensancha todas las ideas y eleva las almas; necesario sería, en fin, sumergir de nuevo las últimas clases en el envilecimiento de esta degradación, que las reduce a no ser más que unas miserables acémilas, pero todo esto ya es imposible. Las costumbres públicas han ido en aumento, y sin temor se puede vaticinar que irán mejorando gradualmente por todo el globo, etc.»

A eso de las nueve, estando ya en la cama, quiso que toda la colonia entrase a su cuarto, incluso el gran mariscal y su mujer. Nos dió conversación durante media hora con las cortinas cerradas, y después todos nos retiramos.

EL EMPERADOR VIOLA LAS REGLAS DE LA MEDICINA. —

HA MANDADO TODA SU VIDA. — ÉL FUÉ EL PRIMERO QUE NOS APELLIDÓ LA «GRAN NACIÓN».

31. — El tiempo se había serenado, y la temperatura estaba deliciosa: como hacía seis días que el Emperador no había salido de su cuarto, cansado de la monotonía de su mal, resolvió violar, como él decía, la ley del doctor. Salió; pero se encontraba tan débil, que apenas podía andar: mandó pedir el coche, y dimos un paseo; estaba triste y silencioso, porque sufría mucho.

Al poco rato de haberse retirado me mandó acudir a su cuarto. El paseo aun le había abatido más, y se encontraba muy débil y propenso a adormecerse. Al

cabo le decidí a comer un bocado, y luego bebió un vaso de vino generoso que, en efecto, confesó le había sentado bien, y entabló la conversación.

«En cuanto pisamos el suelo italiano—dijo—cambié las costumbres, los sentimientos y el idioma de nuestra revolución. No hice arcabucear a los emigrados, di socorros a los sacerdotes, y anulé las instituciones y fiestas que nos deshonraban. Es muy cierto que al tomar estas medidas no me guié por capricho, sino por la razón y equidad, que son las dos primeras bases de la alta política. Entre otras cosas, dijo uno que si siempre hubiese continuado la fiesta de la muerte del rey, nunca nos habiéramos podido reunir, etc.»

Decía el Emperador que él fué el primero que saludó a Francia con el nombre de *Gran Nación*. «Y ciertamente—observaba—, tal la he presentado al mundo abatido ante ella.» Y después de un corto intervalo, continuó: «Y lo será todavía y siempre, si su carácter nacional vuelve a ponerse en armonía con todas sus ventajas físicas y sus medios morales, etc., etc.»

En otro momento, hablando de cierto sujeto a quien amaba mucho, decía: «Es el carácter *de la vaca*: suave y tranquilo para todo, excepto en lo relativo a sus hijos; en cuanto tocan a éstos, al momento echa los cuernos delante y se vuelve furiosa, etc., etc.»

Hablando de otro que tenía más de treinta años y le llamaba demasiado joven, decía: «A esta edad ya había hecho yo todas mis conquistas, y gobernaba el mundo; había calmado la tempestad, reunido una nación, creado un gobierno y un imperio, no faltándome más que el título de Emperador.» Y sobre este asunto continuaba diciendo: «Es menester confesar que la

fortuna me ha echado a perder: siempre he mandado; desde que principié la carrera de la vida ya me hallé revestido del poder; y las circunstancias y mi fuerza han sido tales, que en cuanto tuve el mando ya no reconocí superiores ni leyes.»

DEBILIDAD DEL EMPERADOR.—SU SALUD CONTINÚA ALTERÁNDOSE SENSIBLEMENTE.—INQUIETUDES DEL MÉDICO.—NUESTROS PRISIONEROS EN INGLATERRA.—LOS PONTONES, ETC.

1.º de Noviembre.—El tiempo era hermoso: el Emperador quiso aprovecharlo, y salió a eso de las dos. En cuanto dió algunos pasos en el jardín, le vino la idea de irse a descansar a casa de madama Bertrand, en donde estuvo más de una hora sentado sin despegar los labios y muy abatido, y luego después se retiró a su cuarto y se recostó en su canapé dormitando como la víspera: este decaimiento me afectaba mucho. Bien quería él de cuando en cuando vencer esta apatía, pero las palabras le faltaban; quería leer, y al instante se disgustaba: al cabo le dejé para que procurase descansar.

Una fragata llegó del cabo de Buena Esperanza, de paso para Europa: esta era una excelente ocasión para escribir a nuestros amigos; pero las quejas continuas del gobernador habían dado margen a que me impusiese la dura ley de no aprovechar semejantes ocasiones, por la naturaleza de las consecuencias con que me amenazaba; me consolé con la esperanza de un momento venidero menos aciago.

El doctor O'Meara fué a visitar a mi hijo, cuyo es-

tado no dejaba de darme alguna inquietud: la víspera le habían sangrado de nuevo, y durante el día se desmayó tres o cuatro veces.

El doctor aprovechó esta ocasión para hablarme detenidamente de la salud del Emperador, diciéndome en confianza que no dejaba de inquietarle mucho su extremada reclusión; continuamente le estaba predicando, decía, para que hiciese más ejercicio, y me suplicaba que aprovechase yo las frecuentes ocasiones que tenía de hablarle para inclinarle a salir más a menudo; pues tanto el doctor como yo conocíamos que iba cambiando de una manera espantosa; y aquél no dudaba en asegurar que tan poco ejercicio, después de tanta agitación, podía tener fatales consecuencias; que cualquier especie de enfermedad, que tan fácilmente podía acarrearle la influencia del clima o cualquier otro accidente natural, sería indudablemente mortal. Las palabras del doctor y su congoja me conmovieron vivamente: desde entonces hubiera debido conocer en él este interés real y verdadero de que posteriormente ha dado pruebas tan irrefragables.

A eso de las seis me mandó llamar el Emperador; estaba en su baño, quizás más doliente de lo acostumbrado, lo que atribuía a su salida de la víspera; el baño le probó muy bien, pues al salir estaba mucho mejor: se puso a leer la embajada del lord Macartney en China, que prolongó durante largo rato, disertando sobre varios objetos que le llamaban la atención.

Luego, dejando el libro, trabó conversación, durante la cual se habló accidentalmente de la situación de nuestros prisioneros en Inglaterra. Voy a reunir

aquí lo que dijo en varias ocasiones sobre este particular.

El súbito rompimiento del tratado de Amiéns bajo tan falsos pretextos y de tan mala fe de parte del Ministerio inglés, había irritado altamente al primer cónsul, que se creyó burlado; y el apresamiento de varios buques de nuestro comercio, aun antes de declararnos la guerra, acabaron de colmar la medida. «Para acallar mis vivas aclamaciones—decía el Emperador—se contentaron con responderme fríamente que tal era su costumbre, que siempre lo habían hecho así, y en esto decían la verdad; pero los tiempos habían cambiado para que Francia tolerase con paciencia semejante injusticia y humillación. Yo me había constituido en defensor de sus derechos y de su gloria, y estaba enteramente dispuesto a probar a nuestros enemigos que en adelante no tratarían con un hombre de paja. Desgraciadamente, en este caso, por nuestra posición recíproca, no podía vengar una violencia sino con otra violencia todavía más fuerte. Las represalias que pesan sobre individuos, inocentes en el fondo de la disputa, son un triste recurso; pero no había elección.

»En cuanto leí la irónica e insolente respuesta a mis quejas, expedí la misma noche una orden de prender a todos los ingleses, de cualquier clase y condición, que se hallasen en toda Francia y en todos los territorios ocupados por nuestros ejércitos, y retenerlos prisioneros en represalia de nuestros buques tan injustamente apresados. La mayor parte de los ingleses eran hombres de consideración, ricos y con títulos, que viajaban para divertirse. Cuanto más nuevo era el acto, cuanto más flagrante era la injusticia, tanto

más se adaptaba a mis miras. El grito fué universal: todos estos ingleses se dirigieron a mí; yo les respondí que se dirigiesen a su Gobierno, de quien dependía únicamente su suerte futura. Varios de ellos, para conseguir su libertad, llegaron hasta proponer entrar a escote para pagar ellos mismos el valor de los buques apresados: no era el dinero lo que yo buscaba—decía—sino la observancia de la simple moral, el enderezamiento de una falta odiosa; y ¿podrá creerse? La administración inglesa, tan astuta, tan tenaz en sus derechos marítimos como la curia de Roma en sus pretensiones, ha preferido dejar injustamente en la esclavitud durante diez años a una masa muy distinguida de sus compatriotas, a renunciar auténticamente para lo sucesivo a un miserable uso de rapiñas marítimas.

» Cuando entré en el Gobierno consular ya tuve una reyerta con el Gabinete inglés con respecto a los prisioneros; pero aquella vez salí victorioso. El Directorio había cometido la necedad de prestarse a un arreglo que nos era excesivamente perjudicial y muy ventajoso a los ingleses.

» Éstos mantenían sus prisioneros en Francia, y nosotros hacíamos otro tanto con los nuestros en Inglaterra: teníamos muy pocos ingleses y ellos tenían muchos franceses; los víveres en Francia estaban baratísimos, y en Inglaterra costaban a un precio exorbitante: por consiguiente, los ingleses pagaban una friolera, al paso que nosotros debíamos enviar sumas inmensas a un país enemigo, y estábamos muy escasos de numerario. Añádase también que todos estos detalles exigían agentes cruzados en los países respectivos, y el señor comisario inglés no era más que

un espía de nuestros negocios, un zurcidor o maquinador de las conspiraciones del interior, urdidas con los emigrados del exterior. Apenas tuve conocimiento de semejante estado de cosas, al instante corregí el abuso: se notificó al Gobierno inglés que desde aquel día en adelante cada nación respectiva mantendría los prisioneros que hubiese hecho, si no prefería canjearlos. Se clamó altamente, se amenazó que se les dejaría perecer de hambre: bien sospeché que los ministros ingleses tendrían bastante dureza y egoísmo para ejecutarlo; pero estaba muy cierto que la humanidad de la nación no lo hubiera permitido. Al cabo cedieron: nuestros desgraciados franceses no estuvieron mejor ni peor; lo cierto es que ganaron muchas ventajas y nos libertamos de un convenio que era una especie de yugo y tributo.

»Mientras duró la guerra no dejé de ofrecer el cambio de los prisioneros; pero el Gobierno inglés, juzgando que me sería ventajoso, se negó constantemente a ello con diversos pretextos. Nada tenía que contestar: en la guerra, la política pasa antes que el sentimiento; pero, ¿a qué fin manifestarse bárbaro sin necesidad? Y esto es precisamente lo que hicieron cuando se aumentó el número de nuestros prisioneros: entonces empezó para nuestros infelices compatriotas el horroroso suplicio de los pontones, con el cual indudablemente hubieran enriquecido los antiguos su infierno, si su imaginación hubiese podido concebirla. No dejaré de creer que había exageración de parte de los acusadores; pero tampoco dudo que los defensores faltaron a la verdad. Sabemos, por experiencia, qué cosa es un informe al Parlamento: aquí lo estamos tocando cuando leemos las calumnias e

imposturas que vierten en plena asamblea con tan fría intrepidez estos malvados, que no se han sonrojado constituyéndose nuestros verdugos. Los pontones traen consigo todo el carácter de la verdad, hasta el simple hecho: haber arrojado en ellos a unos infelices soldados, que no estaban acostumbrados al mar; haberles amontonado unos sobre otros, en lugares tan infectos, demasiado pequeños para contenerlos; haberles hecho respirar dos veces al día en la marea baja las emanaciones pestíferas del fango; haber prolongado diez o doce años este suplicio diario, ¿no es esto bastante para que hierva la sangre al horroroso cuadro de semejante barbarie? Y sobre este punto, me arrepiento muchísimo de no haber usado de represalias, metiendo en pontones idénticos, no a los infelices marineros y soldados, cuya voz no cuento para nada, sino a todos los milores y a la masa de la clase distinguida. Les hubiera dejado libre correspondencia con su país, y sus clamores y los de sus familias hubieran ensordecido a los ministros y les habrían precisado a retroceder. Es muy cierto que los salones de París, que siempre han sido los mejores aliados de nuestros enemigos, no hubieran dejado de llamarme un tigre, una fiera: no importa; yo lo debía a los franceses, que me habían encargado de defenderlos y protegerlos. Tuve poco carácter, pues aquel era mi deber.»

Me preguntó si en mi tiempo existían los pontones. Yo no lo sabía; sin embargo, creía que no; porque estaba muy cierto que había prisioneros encerrados en una especie de campamentos, que muchos iban a visitar, haciendo bien a los presos, y comprándoles varias labores que trabajaban.

Luego habló el Emperador detenidamente del buen trato que dábamos a nuestros prisioneros: no podía ser más generoso y liberal, y estaba muy persuadido de que ninguna nación, ni aun remotamente, podía tener la menor queja. «Hubiéramos tenido a nuestro favor—decía—el testimonio de los mismos prisioneros; pues, a excepción de los que estaban ardientemente unidos a sus leyes locales, o, en otros términos, al sentimiento de la libertad, los cuales se reducían a los ingleses y españoles, todos los demás, austriacos, prusianos y rusos, estaban en Francia muy gustosos, nos dejaban con sentimiento y volvían con placer. Esta disposición más de una vez ha influido en la obstinación de sus esfuerzos, o resistencia, etc., etc.»

Añadía aún: «Yo había formado el proyecto de introducir en Europa un cambio en el derecho y la costumbre pública con respecto a los prisioneros. Hubiera querido organizarlos en regimientos y hacerles trabajar militarmente en monumentos o empresas grandes; hubieran recibido su sueldo, que habrían ganado; se hubiera evitado la holgazanería y todos los desórdenes que muy comúnmente, entre ellos, acarrea su completa ociosidad; hubieran estado bien mantenidos, bien vestidos, y no les habría faltado nada, sin gravamen del Estado, el cual, en cambio, hubiera recibido su trabajo: todos hubieran ganado. Pero mi idea no prosperó en el Consejo de Estado: me dejaron entrever esta falsa filantropía, que desvanece a tantos hombres, y sobre todo, el temor de las represalias. Un prisionero, decían, ya es bastante infeliz por haber perdido su libertad, y creían que sería una injusticia el pretender arrogarse derechos sobre el empleo de su tiempo, y una parte de sus acciones.—Pero este

abuso es el que da motivo a mi queja—decía yo—, y quisiera corregirlo. Un prisionero puede y debe esperarse a sufrir algunas incomodidades legítimas, y las que yo pretendo imponerle redundan en su beneficio, a la par del ajeno. Yo no exijo de él más pena ni cansancio, sino menos peligro que en su estado habitual y diario. Ustedes temen las represalias. ¡Ojalá que los enemigos tratasen de esta suerte a nuestros franceses, pues yo lo consideraría como una gran felicidad! Vería mis marineros y soldados ocupados en los campos y las plazas públicas, en vez de saber que están sepultados en vida en el fondo de sus horrorosos pontones. Me los volverían sanos, laboriosos, ennoblecidos por el trabajo, y cada uno en su país dejaría tras sí algunas obras que indemnizarían en algo de los funestos estragos de la guerra, etc. Para transigir se acordó la organización de algunos cuerpos de prisioneros, como trabajadores voluntarios o algo por este estilo; pero no es esta toda mi idea, etc. »

AMBERES.—GRANDES INTENCIONES DE NAPOLEÓN.—UNA DE LAS CAUSAS DE SU CAÍDA.—SUS GENEROSOS SENTIMIENTOS NEGÁNDOSE AL TRATADO DE CHATILLON.—OBRAS MARÍTIMAS.

2.—El Emperador no salió de su cuarto; cuando entré a verle se quejaba mucho de una especie de transpiración detenida, y además de una fluxión muy fuerte; estuve con él la mayor parte del día, que lo pasó en un continuo desasosiego, sin poder estar un instante parado en un mismo sitio; evidentemente tenía calentura.

Entre las muchas conversaciones interrumpidas se detuvo con alguna frecuencia sobre Amberes, su arsenal, sus fortificaciones e importancia, y las grandes miras políticas y militares que había formado sobre aquel punto tan felizmente situado, etc.

Dijo que había hecho mucho por Amberes; pero que todavía no era nada en comparación de lo proyectado. Por mar quería hacerle un punto de ataque local para el enemigo; y por tierra un recurso cierto en caso de grandes desastres, y un verdadero punto de salvación nacional; quería hacerle susceptible de dar acogida a todo un ejército en caso de derrota, y resistir un año entero a todos los ataques, durante cuyo tiempo, decía, una nación tenía el suficiente para ir en masa a ponerla en libertad. Cinco o seis plazas semejantes, añadía, eran el nuevo sistema de defensa que había proyectado introducir con el tiempo. Muchas obras ejecutadas en Amberes en tan poco tiempo ya causaban la admiración general: sus numerosos astilleros, almacenes y grandiosas balsas; pero todo esto, decía, aun no era más que la ciudad comercial; la plaza militar debía construirse en la ribera opuesta. Ya se había comprado el terreno a un precio muy económico, que por una diestra especulación se hubiese vuelto a vender con un beneficio considerable a medida que la ciudad se hubiera ido construyendo, lo que habría contribuido a disminuir los gastos totales. Los navíos de tres puentes podrían haber entrado enteramente armados en las balsas de invierno, y se había pensado construir una especie de reductos cubiertos para tenerlos en seco en tiempo de paz, etc.

Decía el Emperador que el plan que había forma-

do tendía a que todo fuese gigantesco y colosal. Amberes hubiera sido para él una provincia; y notaba de paso que esta plaza era una de las grandes causas de que él estuviera en Santa Elena; que la cesión de Amberes era uno de los motivos que le habían determinado a no firmar la paz de Chatillon. Si le hubiese dejado esta plaza, tal vez hubiera concluido; y sobre esto presentaba la cuestión de si había hecho mal negándose a firmar el *ultimátum*. «Entonces seguramente había aún muchos recursos, y se podía muy bien correr la suerte; pero al mismo tiempo se podía dar mucho pávulo a la murmuración.» Y concluyó diciendo: «Debí resistirme, y así lo hice con conocimiento de causa; por ello ahora, en este instante, en medio de estos horrorosos peñascos, y sumergido en la mayor miseria, no me arrepiento de ello. Pocos me entenderán, lo sé; pero para el mismo vulgo, y a pesar del rumbo fatal que han tomado los acontecimientos, debe ser más claro que el sol que el deber y el honor no me permitían tomar otro partido. Si yo hubiese consentido que se me empezase a cercenar, ¿hubiera satisfecho la ambición de los aliados? Su paz ¿hubiera sido de buena fe, y su conciliación sincera? Esto hubiera sido conocer muy poco el corazón humano, y una verdadera necedad dar crédito a sus tratados y abandonarse a la buena fe. ¿No es cierto que se hubieran aprovechado de la ventaja inmensa que el tratado les hubiese concedido para acabar con la intriga lo que habían comenzado con las armas? Y ¿adónde hubiera ido a parar la independencía y el destino futuro de Francia? ¿Quién hubiera cumplido con mis obligaciones, mis juramentos y mi honor? ¿Acaso los aliados no se hubieran valido de todos los

medios imaginables para perderme en lo moral, como acababan de hacerlo en el campo de batalla? ¡La opinión estaba demasiado preparada para ello! ¡Cuántos reproches me hubiera hecho Francia por haber dejado cercenar el territorio que se me había confiado! ¡Cuántas faltas la justicia y la desgracia me hubieran acumulado! ¡Con cuánta impaciencia los franceses, ensoberbecidos con la memoria de su poder y de su gloria, hubieran soportado en aquellos días de luto los hechos inevitables con que hubiera sido preciso abrumarlos!; y de ahí nuevas conmociones, la anarquía, la disolución y la muerte. Preferí, pues, correr hasta el final todos los azares de la guerra, y abdicar en caso necesario.»

No podía menos de confesar que el Emperador tenía razón. Es cierto que había perdido el trono; pero voluntariamente y prefiriendo nuestra salvación y nuestro honor. La Historia apreciará dignamente este sublime sacrificio; el poder y la vida son pasajeros; la gloria es perenne e inmortal.

«Pero—preguntaba el Emperador—¿la Historia será justa? ¿Podrá, acaso, serlo? ¡El mundo está inundado de tantos libelos y embustes, sus acciones tan desfiguradas, su carácter tan ofuscado, tan desconocido!» Se le respondía que el tiempo de su vida sería precisamente más incierto; que sólo sus contemporáneos no podrían ser injustos; que, como ya él mismo lo había dicho, desaparecerían las nubes a medida que se fuera adelantando en la posteridad; que diariamente iba adquiriendo más lustre; que el hombre de ingenio lo tomaría como el asunto más bello de la Historia; que la primera catástrofe sola, acaso, hubiera podido ser fatal a su memoria, pues entonces se levantaron

muchos gritos contra él; pero que su regreso prodigioso, los actos de su corta administración y su destierro en Santa Elena, le daban en el día destellos de gloria a los ojos de los pueblos y al pincel de los siglos futuros. «Es cierto—dijo, con una especie de satisfacción—que mi destino se manifiesta al revés del de los demás; ordinariamente la caída les humilla, y la mía me realza infinitamente; cada día me despoja de mi *piel de tirano*, de homicida, de feroz...» Después de algunos minutos de silencio volvió a hablar sobre Amberes y la expedición inglesa. «El Gobierno inglés—dijo—y su general lucharon con impericia. Si milord Chatam, a quien nuestros soldados sólo llamaban milord *J'attends* (yo espero), se hubiese precipitado vigorosamente, es cierto que con un ataque repentino acaso hubiera podido destruir nuestro bello y precioso establecimiento; pero perdido el primer momento, y nuestra flota en el puerto, la plaza estaba al abrigo; hicieron demasiado alarde de los esfuerzos y medidas que tomaron para su salvación, y sólo bien excitado el celo de los ciudadanos por intenciones misteriosas y culpables.» Y como yo le daba algunos varios detalles que había presenciado y, entre otras cosas, le decía que, comúnmente, los mariscales pasan la revista de los ejércitos, allí parece que el ejército pasaba la revista a los mariscales, pues en poco tiempo tuvo tres, uno después de otro, porque las circunstancias políticas lo querían así, dijo Napoleón: «Mandé a Bessieres, porque la crisis exigía un hombre de confianza y enteramente seguro; pero en cuanto ésta pasó, al instante le hice reemplazar, para tenerle otra vez cerca de mí.»

LA SALUD DEL EMPERADOR SE VA AGRAVANDO; MELANCOLÍA. — ANÉCDOTAS JOVIALES. — DOS AYUDANTES DE CAMPO. — CASCABELADA DEL GENERAL MALLET.

3.—El Emperador continuó encerrado en su cuarto, y al anochecer me mandó llamar: díjome que se sentía algo aliviado de su fluxión, pero no de todo el resto; en suma, se hallaba muy débil y con una gran tristeza y melancolía; por ello dijo que había querido pasar todo el día con sus ideas lúgubres. Estaba en el baño, y después de algunos momentos de silencio, como si saliera de un profundo letargo, haciendo un esfuerzo para distraerse, dijo: «Vamos, mi querida *Scherezada*, si no duermes, cuéntame una de las muchas historias que sabes; hace ya mucho tiempo, querido mío, que usted no me ha hablado de sus amigos del arrabal de Saint-Germain; vamos, cuente usted. —Pero, señor, hace ya tanto tiempo que cuento, que se agotan los materiales; ya he dado fin a cuantas historias verdaderas o falsas se contaban allí, de modo que sólo queda el escándalo, y vuestra majestad sabe, o debe saber, que nunca lo hubo; sin embargo, todavía me acuerdo de una anécdota: Un día, M. de T..., saliendo para ir a su ministerio, dijo a su mujer que traería a comer consigo a M. Denon, y que por lo mismo le rogaba se esmerase en obsequiarle, que el mejor medio de conseguirlo era el de examinar su obra y hablarle de ella, que la encontraría en su biblioteca en tal y tal parte. Madama de T... fué al instante a tomar el libro, que leyó con mucho placer, celebrando de antemano el que tendría muy luego ha-

blando con el héroe. Apenas se sentaron a la mesa, dijo a M. Denon, que estaba sentado a su lado, que acababa de leer su libro, que le había causado muchísimo placer (M. Denon le hizo una profunda reverencia); que había recorrido mucho país y habría sufrido mucho (y M. Denon hizo otra reverencia); que ella había sentido sinceramente sus penas y trabajos; hasta aquí todo iba perfectamente. Pero mi admiración, dijo, ha llegado a su colmo, cuando en la soledad en que usted se hallaba he visto llegarle el fiel *Viernes*: ¿lo tiene usted siempre consigo? A estas últimas palabras, M. Denon, despavorido, inclinándose hacia su vecino, le dijo: —¿Acaso me ha tomado por Robinsón?—Y, en efecto, la inocencia de madama de T..., o la malicia de la sociedad de París, quería que en vez del *Viaje de Egipto* hubiese tomado las *Aventuras de Robinsón*. El Emperador reventaba de risa; tanto le chocó esta anécdota, que él mismo la ha vuelto a contar más de una vez.

Esto le llevó a extenderse sobre la maliciosa inventiva de la sociedad de París, que había urdido el más bello cuento, entre otros, sobre la sandez de aquel ebanista, descubriendo, sin quererlo, a B..., el secreto de una oficina que encerraba también los de su familia, la excesiva cólera de B... contra *Ventre de Biche* (vientre de cierva), su compasión acerca de madama V..., el singular consuelo que ésta le dió, etcétera. El Emperador, que se divertía mucho con esto, ignoraba, decía, la mayor parte de estos detalles, que encontraba muy chistosos, añadiendo, sin embargo, que a él le parecía que no todo era invención. Con todo, renovaba su desagrado contra nuestros salones, calificándolos de reuniones infernales, que estaban en

un estado de murmuración y calumnia permanente, y que bajo este título hubieran merecido ocupar también en permanencia todos los tribunales de policía correccional de la capital, etc.

Luego el Emperador, habiendo tomado ánimo, entró en una conversación muy animada. Hablando de un cierto oficial en términos no muy lisonjeros, y tomándose yo la libertad de decirle que me parecía que había sido edecán de un general distinguido: «¿Esto qué importa? — decía sonriéndose—: ya veo, amigo mío, que usted no sabe que a veces se tienen dos edecanes, el del campo de batalla y el de cocina o de alcoba, etc.»

Luego habló detenidamente de nuestra poca aptitud nacional para terminar una revolución y establecer una estabilidad, citando en prueba la célebre cascabelada de Mallet, que decía chistosamente haber sido su regreso de la isla de Elba en miniatura, o, por mejor decir, su caricatura. «Esta extravagancia—añadió—, en el fondo no fué más que una verdadera burla: un preso de Estado, hombre oscuro, que se escapa para prender a su vez al prefecto, al mismo ministro de la policía, a los carceleros y a los descubridores de conspiraciones, los cuales, unos y otros, se dejan maniatar como una manada de carneros; un prefecto de París, fiador nato de su departamento, y por otra parte muy adicto, pero que se allana sin oponer la menor resistencia a los arreglos de reunión de un nuevo gobierno que no existe; unos ministros, nombrados por los conspiradores, ocupándose de buena fe en ordenar su uniforme, haciendo las visitas acostumbradas en semejantes casos, precisamente cuando los que les habían nombrado ya estaban todos presos; en

fin, toda una capital que al amanecer oye contar la especie de revolución política de la noche sin que manifieste la menor extrañeza; semejante extravagancia ciertamente no podía producir ningún resultado, y aun cuando la cosa hubiese salido a medida de los deseos de sus autores, pocas horas después hubiera caído por sí misma, y el mayor afán de los conspiradores victoriosos habría sido el de buscar un asilo seguro donde esconderse ellos y sus laureles. Por lo mismo, menos me ofendió la empresa del culpable que la facilidad con que se dejaron seducir los que me eran más adictos. Cuando llegué, cada cual me contaba con la mayor ingenuidad todos los detalles que le concernían, y que hasta cierto punto les hacían a todos cómplices: confesaban francamente que todos habían caído en la red, y que creyeron haberme perdido. No disimulaban que con la sorpresa que se les había cogido habían obrado en el mismo sentido de los conspiradores, y se regocijaban conmigo de la facilidad con que la cosa se había salvado. No hubo ni uno solo que hiciese la menor resistencia, el más mínimo esfuerzo para defender y perpetuar el sistema de gobierno establecido. Ni siquiera daban muestras de haberlo soñado: tan acostumbrados estaban a las mudanzas y revoluciones; es decir, que cada cual se encontró pronto y resignado a dejar formar una nueva. Por lo mismo, todos los semblantes cambiaron, y muchos de ellos se vieron en la mayor confusión, cuando con un acento severo les dije: Muy bien, señores, ¿ustedes pretenden haber terminado la revolución? Ustedes me creían muerto, dicen; nada me queda que contestar... Pero, ¿y el rey de Roma, sus juramentos, sus principios y sus doctrinas?... ¡Me estremezco por lo venidero!...

Y entonces quise hacer un ejemplo que al menos sirviese para ilustrar; la suerte cayó sobre el desgraciado Frochot, prefecto de París, que seguramente me era muy adicto; pero a la primera instancia de uno de aquellos hombres frívolos, en vez de oponer la resistencia que le imponían los deberes de su empleo, en vez de haberse defendido desesperadamente hasta morir antes de abandonar su puesto, confesaba que había mandado sencillamente que se preparase un alojamiento para el nuevo gobierno... Y ved ahí la prueba de que somos el pueblo de Europa más a propósito para prolongar nuestras variaciones; semejante estado nadie podría ni aun soportarlo, sino sólo nosotros; en prueba de esta verdad, vea usted como cada cual, cualquiera que sea su opinión, está íntimamente convencido de que aun todo está en el aire, y toda Europa sigue esta misma opinión, fundándola tanto en nuestra inconstancia y veleidad natural, como en los más de los acontecimientos que han ocurrido de treinta años a esta parte, etc., etc. »

CONTINUACIÓN DE LAS DOLENCIAS Y RECLUSIÓN DEL EMPERADOR.—HUBIERA DEBIDO MORIR EN MOSCOU O EN WATERLÓO.—ÉLOGIO DE SU FAMILIA.

4.—Tampoco quiso el Emperador recibir a nadie en toda la mañana: me hizo llamar cuando entró en el baño, y estuvimos hablando muy largamente sobre nuestros conocimientos antiguos, los historiadores que nos los han transmitido, la serie de los acontecimientos, etc. Y al cabo sacábamos por consecuencia que somos muy jóvenes en el Universo, o, por mejor

decir, que lo es toda la especie humana. De ahí pasamos a la máquina del globo, las irregularidades de su superficie, la división desigual de las tierras y mares, su población total, la escala de proporción en que se subdivide, las diversas asociaciones políticas que forma, etc. Encontrábamos un resultado de 170 millones de habitantes en Europa, de los cuales notaba haber gobernado ochenta, y yo añadía que después de la alianza de Austria y Prusia se hallaba al frente de más de cien millones. Estas últimas palabras le hicieron cambiar repentinamente de conversación: pidió mi *Atlas*, y se puso a recorrer el Asia, haciendo concordar las notas marginales con el mapa; varias veces se interrumpió para decir que era realmente una obra inapreciable para la juventud y las tertulias.

Luego, hablando de las maravillas de su vida y las vicisitudes de su fortuna, decía que hubiera debido morir en Moscou, pues su gloria militar no habría padecido menoscabo, y su carrera política no tendría ejemplo en la historia del mundo; y entonces formó uno de aquellos cuadros rápidos y animados que le eran tan familiares, y que a veces llevaba hasta la sublimidad. Y como no vió en mi semblante una aprobación bien pronunciada, dijo: «¿Que no es esta su opinión? ¿Usted no cree que yo hubiese debido morir en Moscou?—Señor, no—le dije—, pues la misma Historia carecería del regreso de la isla de Elba, del acto más generoso y heroico que jamás se haya ejecutado; el movimiento más grande, magnífico y sublime que cabe en la concepción humana.—Pues bien—dijo—, concibo que hay algo de eso; pero digamos en Waterlloo: ¿es allí donde hubiera debido morir?—Tampo-

co—repetí—; si se me ha concedido gracia por Moscou, no veo una razón para que no se me permita igual reconvencción por Waterlóo. Lo futuro está fuera del poder y voluntad de los hombres, y sólo Dios puede juzgarlo.»

En otro momento el Emperador habló nuevamente de su familia: los pocos auxilios que le habían prestado, los estorbos y el mal que le habían causado. Se detenía particularmente en aquella falsa idea de que una vez puestos a la cabeza de un pueblo habían debido identificarse con él, de manera que prefiriesen los intereses de éste a los de la patria común, sentimiento cuyo origen podía tener alguna sublimidad, pero del cual habían hecho una falsa aplicación, perjudicial en cuanto que, en sus desvaríos de independencia absoluta, se consideraban aisladamente, olvidándose que no eran más que una parte de un todo, a cuyo movimiento debían cooperar en vez de entorpecerlo. «Pero, al cabo—concluía—, eran muy jóvenes y faltos de toda experiencia, rodeados de lazos y adula-dores, intrigantes de todas clases, de miras secretas y mal intencionadas.» Y pasando repentinamente de las faltas a las buenas cualidades, añadió: «Además, en definitiva, debemos juzgar proporcionalmente: ¿qué familia se hubiera conducido mejor en iguales circunstancias? No es dado a todos el ser hombres de estado; esta ciencia requiere una contextura particular, que raramente se encuentra; y sobre este punto todos mis hermanos se han encontrado en una situación particular; a todos les ha sucedido la desgracia de tener *demasiado o muy poco*: han sido demasiado fuertes para abandonarse ciegamente a un consejero motor, y no lo han sido bastante para poderse pasar entera-

mente sin él. Al cabo, una familia tan numerosa presenta un conjunto, del cual ciertamente puedo honrarme.

»José, en cualquier país, será el adorno de la sociedad; Luciano, el de cualquier asamblea política; Jerónimo, con el tiempo, hubiera sido apto para gobernar, pues me había hecho concebir esperanzas muy fundadas; Luis hubiera agradado, y se habría hecho notar en todas partes; mi hermana Elisa tenía una cabeza varonil, un alma fuerte, tal vez habrá manifestado mucha filosofía en la adversidad; Carolina es muy hábil y capaz; Paulina, quizás la mujer más hermosa de su tiempo, ha tenido, y tendrá mientras viva, el mejor corazón que se ha conocido. En cuanto a mi madre, es digna de toda suerte de veneración. ¿Qué familia tan numerosa podría presentar un conjunto más admirable? Añádase que, dejando aparte todas las oscilaciones políticas, nos queríamos entrañablemente. En cuanto a mí, puedo asegurar que nunca he dejado de sentirme un corazón de hermano: les he amado a todos, y estoy persuadido de que, en caso necesario, todos me darían pruebas de una buena correspondencia, etc.»

Después de comer nos recibió a todos juntos en su cuarto cosa de media hora: estaba en cama, pero hablaba con mucha más facilidad y se encontraba notablemente aliviado. Nos retiramos con la esperanza de verle pronto restablecido; le hicimos observar que había pasado doce días sin haber comido con nosotros; que sin él estábamos enteramente desorientados; que nuestros días, nuestra vida y nuestros momentos sin él nos parecían eternidades.

LA GEOGRAFÍA, PASIÓN MOMENTÁNEA.—MI «ATLAS».—
CAMA DE PARADA QUE LLEGÓ DE LONDRES, VERDA-
DERA RATONERA.

5.—El Emperador continuaba encerrado en su cuarto; a la hora del baño me mandó llamar, como los días precedentes: el mal de la boca iba mejorando, pero las muelas siempre estaban muy sensibles. Volvió a tomar la conversación de la víspera, sobre la contextura de las partes del globo; el ahinco con que en aquel momento tomó la Geografía, podía llamarse una verdadera pasión; tomó mi *Mapamundi*, y recorriendo la distribución irregular de las tierras y los mares, se paraba sobre la gran masa del Asia, pasaba a la extensión del mar Pacífico, a la angostura del Atlántico, y se proponía problemas sobre los vientos variables y los Elíseos, los monzones de la India, la calma del mar Pacífico, los huracanes de las Antillas, etc.; y encontraba en el mapa, en los mismos parajes, las soluciones físicas y especulativas que la ciencia da en el día sobre estos objetos. Estas definiciones tan a propósito le encantaban; comparaba, meditaba, hacía objeciones, y acababa diciendo: «Realmente, sólo con estados semejantes se pueden hacer comparaciones, porque despiertan las ideas y las provocan. ¡Qué bien ha hecho usted al poner en estados la Historia, la Geografía, sus circunstancias notables, sus dificultades, sus fenómenos; etc.; su libro de usted cada día aumenta mi admiración.» (1).

(1) En efecto, no tenía más que un solo ejemplar en Santa Elena, el cual estaba constantemente en su cuarto: si alguna vez me

El Emperador concluyó su discurso mandando pedir algunos viajes. Le trajeron los del fraile Rubriquis y del italiano Marco Polo: los recorrió, quejándose de que apenas se encontraba nada en ellos, y decía que no tenían otra estimación que la que podía darles su antigüedad.

Al salir del baño pasó a su alcoba a ver la gran cama que le habían enviado de Londres. Era una especie de palio sostenido por cuatro grandes columnas; tan altas, que había sido preciso cortar los pies de la cama para que pudiese caber en la limitada alcoba del Emperador, y además olía muy mal: todo el armatoste era macizo, y, no obstante, tan poco sólido, que parecía una hamaca. El Emperador le llamó verdadera ratonera, y aseguró que no se expondría a que le cogiesen en ella: por lo mismo mandó que, desde luego, quitasen de allí semejante mueble, y, en efecto, lo desmontaron para volver a colocar la cama de campaña acostumbrada: estas entradas y salidas le contrariaron mucho.

lo llevaba para servirme de él o hacer algunas correcciones, casi al instante me lo mandaba pedir de nuevo. El día de mi marcha, el conde Bertrand me suplicó que se lo dejase para la instrucción de sus hijos; pero después me ha dicho que no había podido servirse de él, porque el Emperador se lo apropió enteramente; y cuando en sus últimos momentos hizo una selección de libros para la biblioteca particular de su hijo, el *Atlas* se halló comprendido. Perdónese me si no he podido resistir el hacer semejante mención, que tanto honra a mi obra.

SITUACIÓN FÍSICA DE RUSIA: SU PODER POLÍTICO: PALABRAS NOTABLES.—NOTICIAS SOBRE LA INDIA INGLESA.—PITT Y FOX.—IDEAS DE ECONOMÍA POLÍTICA: COMPAÑÍAS O COMERCIO LIBRE.—ALMENAS CONTRA LOS OFICIOS, ETC.—M. DE SUFFREN.—OPINIONES DEL EMPERADOR SOBRE LA MARINA.

6.—La salud del Emperador iba mejorando. A las doce, estando yo en su cuarto con madama de Montholon, recibió algunas visitas; habló largamente de las tertulias de París, y sobre diversas anécdotas de las Tullerías.

Por la noche siguió la misma pasión de Geografía, deteniéndose especialmente sobre el Asia, la situación política de Rusia, la facilidad con que esta potencia podría formar una empresa contra la India, y aun contra China; las inquietudes que debían concebir los ingleses de semejante proyecto, el número de tropas que Rusia debía emplear, su punto de reunión, el camino que debían seguir, las riquezas metálicas que podrían traer a su regreso, etc., dando detalles muy preciosos sobre la mayor parte de estos objetos. Siento no encontrar en estos apuntes más que la indicación; yo no me atrevo a fiarme de mi memoria para reproducirlos.

De ahí pasó a lo que él llamaba la situación admirable de Rusia contra el resto de Europa, y a la inmensidad de su masa de invasión. Pintaba esta potencia, sentada bajo el Polo, amurallada con hielos eternos, que, en caso necesario, la hacen inaccesible. «No se la puede atacar—decía—sino tres o cuatro meses o una cuarta parte del año, al paso que ella puede

hacerlo a las demás potencias europeas cuando le dé la gana; sólo presenta a los invasores los rigores, sufrimientos y privaciones de un suelo desierto y árido, de una naturaleza muerta o entorpecida, mientras que sus pueblos se arrojan con gusto al atractivo de las delicias de nuestros climas meridionales.

»Añádase a estas circunstancias físicas—añadía—la ventaja de una inmensa población, valiente, endurecida, afecta, pasiva, e innumerables pueblos, cuyo estado natural es la miseria y la holgazanería. ¿Es posible dejar de estremecerse—continuaba— a la idea de semejante masa, que no podría atacarse por los flancos ni por la retaguardia, que se arroja impunemente sobre una nación, si es triunfante, o se retira en medio de los hielos, en el seno de la desolación y de la muerte, que son sus recursos naturales, si se ve batida, y todo con la facilidad de aparecer de nuevo al instante, si el caso lo exige? ¿No se la podría llamar la cabeza de la Hidra o el Anteo de la fábula, con la cual no se podría acabar, sino agarrándola entre los brazos? Pero ¿dónde podría encontrarse el Hércules? Sólo nosotros podíamos atrevernos a intentarlo; pero es menester convenir que lo ensayamos infructuosamente.»

Decía también que en la nueva combinación política de Europa, la suerte de aquella parte del mundo no dependía sino de la capacidad y disposición de un solo hombre. «Que se encuentre un emperador de Rusia valiente, impetuoso, capaz, en una palabra; un zar que tenga los bigotes bien puestos—lo decía con palabras más enérgicas—, y toda Europa es suya. Puede comenzar sus operaciones en el mismo suelo alemán, a cien leguas de las dos capitales Berlín y

Viena, cuyos soberanos son los únicos obstáculos que podrá encontrar; con la fuerza arrebatada la alianza del uno, y con la ayuda de éste abate al otro en un momento, y en aquel instante ya se encuentra en el centro de Alemania, en medio de los príncipes de segundo orden, cuya mayor parte son sus parientes o protegidos. En caso necesario, pasando por los Alpes, arroja algunas centellas en el suelo italiano, ya preparado para la explosión, y marcha triunfante hacia Francia, proclamándose de nuevo por su libertador. Seguramente que yo, en semejante situación, llegaría a Calais el mismo día que hubiera fijado por mis etapas regulares, y me encontraría allí siendo dueño y árbitro de Europa...» Y después de algunos instantes de silencio, añadió: «Quizás, amigo mío, tendrá usted tentación de decirme lo que el ministro de Pirro a su soberano: *Y después de todo esto, ¿qué haría?* A esto respondo: fundar una sociedad nueva y evitar grandes desgracias. Europa está esperando con ansia este beneficio: el antiguo sistema está ya en sus últimos momentos, y el nuevo no se ha consolidado ni se consolidará todavía sin que haya terribles convulsiones.»

El Emperador calló, y al cabo de un rato, midiendo con un compás algunas distancias sobre el mapa, dijo que la situación de Constantinopla era la más a propósito para formar el centro de la dominación universal, etc., etc. Luego volvió a hablar de la India inglesa, y me preguntó si estaba al corriente de su historia. Díjele lo poco que sabía, en los términos siguientes:

«En 1773, los negocios de la Compañía de las Indias, hallándose en muy mal estado, se dirigió al Parlamento, el cual aprovechóse de su situación para

consagrar su dependencia. Estableció reglamentos políticos, judiciales y de hacienda, a los cuales sometió todas las posesiones de aquella Compañía; pero estos primeros planes no tuvieron un feliz resultado, porque acarrearón un desorden completo en la península de la India, particularmente introduciendo en ella el Tribunal Supremo de Justicia, que se manifestó rival del Consejo soberano, y que teniendo el encargo de introducir las leyes inglesas en el país, acarrió la subversión y el espanto entre los naturales. El furor de los partidos, sus denuncias recíprocas, sus quejas y demostraciones, nos han transmitido unos actos odiosos, una rapacidad sin freno y una tiranía atroz. Esta época es la más borrascosa y la que hace menos honor a la historia de la Compañía.

Para curar radicalmente estos males, en 1783, Mr. Fox, entonces ministro, propuso su famoso *bill*, cuyo mal éxito le hizo salir del ministerio. Al año siguiente, Mr. Pitt, que había sido su antagonista, presentó otro con que dió principio a su gran reputación, el cual aun en el día gobierna la Compañía de la India. El *bill* de Mr. Fox era un verdadero secuestro judicial: quitaba a la Compañía todas sus propiedades, poniéndolas en administración en manos de una Junta encargada de regir por aquélla, liquidar sus deudas y disponer de todos los empleos. Los miembros de ésta, nombrados por el Parlamento, debían ser inamovibles y conservar su administración hasta poner los negocios en mejor estado. Se levantó un grito general contra un orden de cosas que, decían, iba a poner en manos de algunos individuos unos intereses colosales y de tan enorme influencia, y aun añadían que esto era introducir un cuarto poder en el

Estado, y crear un rival de la misma corona. Llegaron hasta el extremo de acusar a Mr. Fox de querer perpetuarse en el ministerio, y conservarse una especie de soberanía oculta superior a la del rey, pues como era ministro y gobernaba en aquel entonces el Parlamento, él solo hubiera nombrado y dirigido aquella Junta, y con el apoyo de la influencia de ésta hubiera compuesto y gobernado el Parlamento, y con el auxilio de este último hubiera consagrado y perpetuado la Junta: era una cadena sin fin. El grito fué extraordinario, en términos que el rey tomó la cosa como un negocio personal. Pidió el parecer, y se dirigió a sus propios amigos que en la Cámara de los Pares le eran adictos de todo corazón, presentando el negocio como un objeto que atacaba su propia existencia. Mister Fox zozobró: se vió precisado a dejar el ministerio.

Mr. Pitt manifestó en apariencia más moderación, y fué más astuto: contentóse con su *bill* de poner la Compañía en tutela; sometió todas sus operaciones a una Junta encargada de revisarlas y poner el visto bueno; dejó a la Compañía el nombramiento de todos los empleados; pero reservó a la corona el del gobernador general y el *veto* en todas las demás. Esta Junta, nombrada por el rey, formaba un nuevo Ramo en el ministerio. Todavía hubo muchas reclamaciones contra la influencia inmensa que esta medida iba a añadir a la autoridad real, y que, decían, debía infaliblemente trastornar el equilibrio constitucional. Se había reprochado a Fox el haber querido conservar esta influencia enteramente separada del rey, y luego se acusaba a Pitt de haberla puesto enteramente en manos de éste: todo lo que el uno había querido hacer

por el pueblo, el otro lo hizo por el monarca; y en efecto, estos dos caracteres distintos, estos dos inconvenientes opuestos formaban toda la diferencia entre ambos *bills*; en la realidad fué una batalla decisiva entre los Torys y los Wighs; Pitt venció y los Torys triunfaron.

»Los vicios del *bill* de Fox todavía son hipotéticos, pues no se ha puesto en ejecución; pero los inconvenientes opuestos del de Pitt se han cumplido exactamente: se ha roto el equilibrio de los poderes, y la verdadera Constitución inglesa ha dejado de existir; la autoridad real, diariamente aumentada, todo lo ha invadido, y en el día marcha sin el menor obstáculo por la gran senda de la arbitrariedad y el absolutismo.

»Los ministros, con una mayoría que han creado, disponen del Parlamento, el cual perpetúa sus poderes y legaliza sus violencias. ¡Así la libertad inglesa diariamente se ve más esclavizada en el nombre y por las mismas formas que deberían defenderla; los tiempos venideros se presentan sin remedio amenazados de las mayores desgracias! ¿Acaso el plan de Fox hubiera podido producir resultados más funestos? Pues, en efecto, las alteraciones de la Constitución inglesa han venido de la India. ¿Acaso el peso que Fox quería poner del lado popular hubiera podido ser tan infausto para la libertad, como aquel con que Pitt ha sobrecargado la prerrogativa real?

Por ello, en el día, muchos hombres dicen osadamente que Fox tenía razón, que era mucho más prudente y no podía ser tan perjudicial como su rival.»

Al hablar de Pitt y Fox, el Emperador se detuvo largamente sobre su carácter, su sistema y sus acciones, y concluyó repitiendo lo que ha dicho más de una

vez: «Míster Pitt ha sido el amo de toda la política europea: tuvo en sus manos la suerte moral de los pueblos; pero hizo mal uso de su influencia; incendió el Universo, y se escribirá en la Historia, como Erostrates, entre llamas, sentimientos y lágrimas... Desde luego, las primeras chispas de nuestra revolución; después, todas las resistencias a la voluntad nacional, y al cabo, todos los crímenes horribles que se siguieron, son obra suya. Todo el incendio universal de veinticinco años, estas numerosas coaliciones que lo han alimentado, el trastorno y devastación de Europa, los torrentes de sangre de los pueblos, que han sido su consecuencia; la espantosa deuda de Inglaterra, que ha pagado todos estos horrores; el sistema pestilencial de los empréstitos, bajo el cual los pueblos gimen oprimidos, y la estrechez universal del día, todo, todo, es obra suya. La posteridad le reconocerá, le señalará como un verdadero azote de la Humanidad: este hombre, tan preconizado por sus contemporáneos, algún día sólo será considerado como el genio del mal; no digo esto porque yo le crea un hombre atroz, ni tampoco dudo que obrase con un pleno convencimiento de que hacía un bien: pero *la Saint Barthelémy* también tuvo sus convencidos; el Papa y los cardenales cantaron un *Te Deum* para celebrarla, y seguramente que entre toda aquella gente había algunos sujetos de buena fe. ¡He aquí los hombres, su razón y sus juicios! Pero lo que principalmente la posteridad reprochará a Pitt será la horrorosa escuela que ha dejado a sus sucesores; el maquiavelismo insolente de sus principios, su profunda inmoralidad, su frío egoísmo y su desprecio por la suerte de los hombres y la justicia de las cosas.

«Como quiera que sea, por admiración real o puro reconocimiento, o acaso por simple instinto y simpatía, Mr. Pitt ha sido y es el hombre de la aristocracia europea: efectivamente, se vió en él un Sila. Su sistema proporcionó la esclavitud de la causa popular y el triunfo de los patricios. En cuanto a Fox, no tiene modelo entre los antiguos; sólo él podrá servir de tal, y su escuela, tarde o temprano, gobernará al mundo.»

El Emperador se extendió mucho sobre Fox, no cansándose de repetir que estaba prendado de su sistema, y que lo había apreciado mucho: antes de conocerle personalmente había colocado su busto en la Malmaison; y concluyó repitiendo lo que varias veces ha dicho: «Seguramente la muerte de Fox fué una de las fatalidades de mi carrera: si hubiese vivido, los negocios hubieran tomado un rumbo muy diferente, la causa de los pueblos habría triunfado, y hubiéramos establecido un nuevo orden de cosas en Europa».

Volviendo luego a la Compañía de Indias, dijo que era un gran problema el monopolio de una compañía o la libertad del comercio para todos. «Una compañía—añadía—ponía ventajas inmensas en manos de algunos individuos, que pueden muy bien hacer su negocio privativo sin acordarse siquiera de los de la masa; por ello, toda compañía pronto degenerará en oligarquía, siendo amiga del poder y pronta a prestarle socorros: bajo este aspecto, todas las compañías están fundadas bajo el sistema de los tiempos antiguos. El comercio libre, muy al contrario, corresponde a todas las clases, agita todas las imaginaciones y pone en movimiento un pueblo entero; es del todo idéntico con la igualdad, conduciendo naturalmente

a la independencia, y, por consiguiente, es más adaptable a nuestro sistema moderno.

»Después del Tratado de Amiéns, que devolvía a Francia sus posesiones de la India, he hecho discutir ante mí largamente y a fondo este gran problema: escuché a hombres de comercio y a hombres de estado, y me decidí por el comercio libre, desechando las compañías.»

De ahí pasó a varios puntos de economía política consagrados por Smith en su *Riqueza de las naciones*. Reconocía los verdaderos principios, pero probaba su falsedad en la aplicación, y concluía diciendo: «En otro tiempo no se conocía más que una propiedad, que era la tierra; en el día se ha presentado otra nueva, cual es la industria, rival de la primera; y luego una tercera que, procediendo de las enormes contribuciones que perciben del pueblo, las cuales, distribuidas por las manos neutras e imparciales del Gobierno, pueden precaver el monopolio de las otras dos, servirles de equilibrio, e impedir su choque recíproco».

A esta gran lucha de nuestros días, la llamaba la guerra de los *campos* contra los *escritorios*, de las *almenas* contra los *talleres*.

«Si se busca la causa de las grandes necesidades que se cometen en el día, exponiéndose a tantos trastornos—decía—, se verá que proviene de no haber querido reconocer esta gran revolución en la propiedad, y obstinándose en tener los ojos cerrados a la luz de semejantes verdades. El mundo ha experimentado una gran mudanza, y procura fijarse de una manera estable: he aquí en dos palabras toda la clase de agitación universal que nos atormenta. Se ha sacado el navío del puerto, se ha removido el lastre que lo man-

tenía en equilibrio; y de ahí han dimanado estas furiosas oscilaciones, que a la primera tempestad pueden acarrear un naufragio si se obstinan en querer navegar sin haber recobrado de nuevo el equilibrio.»

Este día fué muy apreciable para mi *Diario*; pues, además de los objetos que acabo de transcribir, se habló de muchos más. Tratando de las Indias y de la campaña inglesa, se nombró a M. Suffren: el Emperador no le conocía personalmente; sólo sabía de una manera confusa que había hecho servicios muy distinguidos; y por este sentimiento, Napoleón había hecho muchas concesiones a su familia. Me preguntó sobre este particular. Como yo no le había conocido, sólo podía darle tradiciones del Cuerpo. La voz general entre nosotros en la Marina preconizaba a M. Suffren como el único hombre que desde Luis XIV pudiese compararse a los grandes marinos de nuestra bella época naval.

M. de Suffren tenía ingenio, inventiva, mucho ardor, una noble ambición y un carácter de bronce; en una palabra, era uno de aquellos hombres que la Naturaleza produce aptos para todo. He oído decir a algunos hombres sensatos y muy hábiles que su muerte en 1789 podía considerarse como una calamidad nacional; que admitido en el Consejo del rey en la crisis de aquel momento, era hombre capaz de dar un nuevo rumbo a los negocios públicos. A M. de Suffren, muy duro y extravagante, egoísta hasta el extremo y mal compañero, nadie le quería; pero era generalmente apreciado y admirado.

Era un hombre con quien nadie podía vivir, sobre todo muy difícil de mandar; obedecía poco, todo lo criticaba, declamaba sin cesar sobre la inutilidad de

la táctica, pero en caso necesario se presentaba como el mejor táctico. Lo mismo era en todo, pudiendo decirse que en él se veía personificada la inquietud y el mal humor del ingenio y de la ambición, que no puede obrar con toda libertad.

Habiéndosele dado el mando de la escuadra de la India, se presentó al rey para despedirse; y como un portero de cámara se esmerase en hacerle abrir el paso entre la mucha gente que había para que pudiese llegar hasta el soberano: «Doy a usted gracias en este momento—dijo al portero, regañando, como acostumbraba—; pero a mi regreso, usted verá que yo mismo sabré hacerme lugar», y cumplió su palabra.

En cuanto llegó a la India, abrió un nuevo teatro a nuestras armas; hizo prodigios, que quizás no se han apreciado bastante en Europa; puso en práctica costumbres y actos de mandos desconocidos hasta entonces, tomándolo todo sobre sí: emprendía, imaginaba, preveía todo, degradaba sus capitanes en caso necesario, nombraba oficiales, equipaba y hacía combatir buques abandonados ya de mucho tiempo; encontraba un invernadero en los mismos puertos de la India, cuando la práctica había establecido que fuesen a buscarse a la isla de Francia, que está distante de 1.200 a 1.500 leguas; en fin, se le vió poniendo en práctica el sistema de nuestros días, acercarse a la corte, embarcar los soldados que la víspera habían combatido al enemigo, ir con ellos a batir la escuadra inglesa, y volverlos al día siguiente a su campamento para que pudiesen pelear de nuevo. Por ello nuestro pabellón tomó repentinamente una superioridad que derrotó al enemigo. «¡Ah!—exclamó el Emperador—¡Por qué este hombre no vivió hasta mis días, o por qué no en-

contré otro de su talento! ¡Yo hubiera hecho de él nuestro Nelson, y los negocios hubieran tomado un rumbo diferente! Pero perdí mi tiempo inútilmente en busca del hombre de la Marina, sin haber podido encontrarle. En esta carrera hay una especialidad, una ciencia técnica que paralizaba todos mis conceptos. En cuanto proponía una idea nueva, al instante se me encajaba encima Gantheaume y toda la sección marina. «Señor, esto no puede ser.—Y ¿por qué?— Señor, los vientos no lo permiten, y, además, las calmas, las corrientes...» Y cáteme usted aquí sin tener qué contestar, pues es imposible continuar la discusión con unos hombres cuyo idioma no entendemos. ¡Cuántas veces en el Consejo de Estado he reprochado que abusaban de esta circunstancia! Cualquiera que les oiga creerá que para entender algo en la Marina es necesario haber nacido en el agua. Varias veces le dije que en esto se equivocaban; pues sólo con que yo hubiese hecho con ellos una sola vez el viaje de la India, me hubiera obligado a ser tan familiar a mi regreso con su táctica como en mis campos de batalla; pero ellos no lo querían creer, repitiendo siempre que no se podía ser buen marino si no se empezaba la carrera desde la cuna; y sobre este particular me condujeron a hacer una acción que todavía me pesa en el corazón: tal fué el alistamiento de varios millares de muchachos de seis a ocho años.

•Por más que me resistí, fué preciso ceder a su unanimidad; previniéndoles, sin embargo, que yo me lavaba las manos y lo dejaba a cargo de su conciencia. ¿Qué resultó? Que el público murmuró, clamó altamente y nos cubrió de ridiculez, calificando la operación de un sacrificio de inocentes. Cátate ahí que pos-

teriormente a Winter, Verhuel, todos los marinos del Norte y otros muchos vinieron a decirme, y sostuvieron, que diez y ocho o veinte años, edad de la inscripción, no son demasiado para empezar a ser marinero; los dinamarqueses y suecos emplean sus soldados en la Marina; entre los rusos la flota no es más que una porción del ejército principal, lo que le da la inapreciable ventaja de tenerla permanente y con dos objetos.

Yo mismo había imaginado alguna cosa semejante, creando mis tripulaciones de alto bordo; ¡pero cuántos obstáculos encontré! ¡Cuántas preocupaciones debí vencer! ¡Cuánta energía me vi en la precisión de emplear para llegar a dar un uniforme a aquellos pobres marineros, organizarlos en regimientos, y enseñarles el ejercicio! Todo lo echaba a perder, decían, y con todo, ¡de cuánta utilidad han sido! ¡Qué idea más feliz la de tener dos servicios! Con una sola paga han sido excelentes marineros y mejores soldados: en caso necesario, han hecho el servicio de marineros, soldados, artilleros, y, en una palabra, de todo. Si en la Marina, en vez de encontrar obstáculos, hubiese dado con un hombre capaz de seguir mi sistema y adelantar mis ideas, ¿quién puede calcular los resultados que hubiéramos obtenido! Pero bajo mi reinado nunca ha podido formarse un hombre que, desviándose de la senda trillada, tuviese un ingenio creador. Yo he amado particularmente a los marinos; estimaba su valor y patriotismo; pero nunca pude encontrar entre ellos y yo un intermediario que supiese ponerlos en movimiento y hacerlos adelantar, etc., etc.

ORGANIZACIÓN IMPERIAL; PREFECTOS; AUDITORES DEL CONSEJO DE ESTADO; MOTIVOS DE LOS GRANDES EMOLUMENTOS; INTENCIONES FUTURAS; ETC.

7.—Hablando Napoleón de su organización imperial, decía que había formado el Gobierno más compacto, más rápido en su circulación y más nervioso que jamás hubiese existido. «Todo esto—decía—se necesitaba para poder triunfar de las inmensas dificultades que nos rodeaban y producir todas las maravillas que hemos ejecutado: la organización de las prefecturas, su acción y resultados eran admirables y prodigiosos. Igual impulso se había dado al mismo tiempo a cuarenta millones de hombres y, con el apoyo de estos centros de equidad local, el movimiento era tan rápido en todos los extremos como en el mismo centro.

•Maravillábanse los extranjeros que venían a visitarnos y sabían juzgar, y todos estos prodigiosos esfuerzos e inmensos resultados, que confesaban no haber podido comprender hasta entonces, los atribuían principalmente a la uniformidad de acción en un terreno tan vasto.

•Los prefectos, con toda la autoridad y los recursos locales que tenían a su disposición, eran ellos mismos unos emperadores en miniatura; y como no tenían más fuerza que la que les comunicaba la impulsión primera, que les era extraña; que toda su influencia derivaba sólo de su empleo momentáneo, sin tener ninguna personal; que no eran naturales del suelo que gobernaban, tenían todas las ventajas de los antiguos grandes agentes absolutos, sin ninguno de sus incon-

venientes. Había sido necesario crearles todo este poder—decía el Emperador—; me hallé dictador porque la fuerza de las circunstancias así lo exigía; era, pues, necesario que todos los resortes que emanaban de mí se encontrasen en armonía con la causa primera, bajo pena de errar el resultado. La red gobernante con que yo cubría el suelo, requería una extraordinaria tensión, una prodigiosa fuerza de elasticidad, si se quería poder rechazar a lo lejos los terribles golpes que nos asestaban sin cesar. Por ello la mayor parte de estos resortes, en mi imaginación no eran más que unas instituciones de dictadura o armas de guerra. Cuando hubiese llegado la época para mí de aflojar las riendas de la máquina, todos mis resortes también se hubieran simpáticamente aflojado, y entonces habiéramos procedido al restablecimiento de nuestra paz y de nuestras instituciones locales. Si no tuvimos ninguna es porque la crisis no las permitía: desde luego habiéramos sucumbido infaliblemente si las hubiésemos tenido desde un principio; y, además, debemos confesar que nuestras cabezas no estaban bastante maduras para hacer buen uso de semejantes instituciones. Sería un error el creer que la nación estuviese ya en estado de manejar dignamente su libertad: la masa tenía todavía en la educación y el carácter demasiadas preocupaciones de los tiempos antiguos: esto hubiera venido con el tiempo, porque diariamente nos íbamos formando; pero todavía estábamos muy atrasados. Cuando estalló la revolución, los patriotas, en general, se hallaron siéndolo por naturaleza e instinto: este sentimiento, que era innato en su sangre, degeneró en pasión y frenesí; y de ahí dimanó la efervescencia, los excesos y la exageración de aquella época. No se

puede naturalizar el sistema moderno a martillazos y por sorpresa; es necesario inculcarlo en la educación, y que sus raíces se entrelacen con la razón y la convicción íntima, lo que infaliblemente debe suceder con el tiempo, porque se apoya en verdades naturales. ¡Pero los que componían las generaciones de nuestros días eran naturalmente tan dominadores, tan ávidos del poder, lo ejercían con tanta importancia, por no decir más, y al mismo tiempo se hallaban por otro lado tan prontos a prestarse a la servidumbre!... Siempre estábamos entre estos dos vicios. En todos mis viajes continuamente me veía en la precisión de decir a los oficiales que estaban a mi lado: «dejen ustedes hablar al señor prefecto». Si iba a alguna subdivisión del departamento, era al prefecto a quien debía reprimir para que dejara hablar al subprefecto o al alcalde: tal era el prurito que todos tenían de oscurecer al vecino, haciéndose muy poco cargo del bien que podía resultar de una conversación directa conmigo. Si mandaba mis altos oficiales o ministros a presidir las juntas electorales, encargándoles que no se hiciesen nombrar miembros del Senado, pues este destino lo tenían seguro por otro camino, y que era menester dejar esta satisfacción a los notables de las provincias, no por esto dejaban de venir nombrados.» Y esto me recuerda que en aquel tiempo un ministro (Decres) me contaba que tuvo una discusión con el Emperador, precisamente sobre este asunto. Le reñía por su nombramiento: «Pero, señor—le respondía chistosamente—, vuestra influencia es más poderosa que vuestra voluntad; por más que yo diga que no quiero, que esto disgusta a vuestra majestad y que queréis que se reserven estos nombramientos entre

ellos, no conocen sino vuestra elección, y me nombrarán de nuevo cuantas veces me mandéis allá.»

«Había señalado unos sueldos enormes a los prefectos y otros funcionarios—decía aún el Emperador—; pero por lo tocante a estas prodigalidades, sería necesario saber distinguir lo que es sistema y circunstancias. Éstas me precisaban a dar unos sueldos colosales, y el otro me hubiera conducido a obtenerlos gratuitamente. En el origen, cuando se trataba de unir los individuos, componer de nuevo una sociedad y costumbres a proporción, eran indispensables unos sueldos enormes, o, por mejor decir, una verdadera riqueza; pero una vez obtenido el resultado, y cuando con el tiempo hubiera vuelto todo a entrar en el orden, mi intención hubiera sido que todas las altas funciones hubiesen sido casi gratuitas. Hubiera separado los indigentes, que nunca son dueños de sí mismos, cuyas necesidades urgentes crean la inmoralidad política, y hubiera conducido gradualmente la opinión a solicitar estos empleos por mera consideración; hubieran llegado a ser unas honrosas magistraturas, unos tribunales de paz inmensos, desempeñados por hombres muy ricos, en quienes la vocación, la filantropía y una ambición honrada hubieran sido los primeros móviles y la garantía de una noble independencia. Y esto es lo que compone real y verdaderamente la dignidad, la majestad de una nación, lo que realza su fama y establece la moral pública; y bajo este aspecto, nuestra mudanza de costumbres era una necesidad indispensable, y el desprecio de los empleos hubiera sido la señal evidente de nuestro restablecimiento a la sana moral. Aquí me han dicho que este ansia de empleos pasó el mar para corromper a nuestros veci-

nos, pues entre los antiguos ingleses se despreciaban. Véase si nadie los anhela en los Estados Unidos: esta pasión en un pueblo es el mayor golpe que se puede dar a la moralidad, porque cuando se quieren decididamente empleos, ya se ha calculado de antemano el precio de la corrupción. En el día, los principales personajes de Inglaterra corren en pos de ellos; las familias ilustres y todos los pares los codician, y se excusan diciendo que lo enorme de las contribuciones ya no les permite vivir sin un sueldo. ¡Excusa miserable! ¡Dicen que la moral pública ha padecido más descalabro que su hacienda! Cuando cierta clase de la nación ha llegado al extremo de solicitar empleos por el dinero, ya no hay verdadera independencia, nobleza ni dignidad de carácter. Nuestra excusa en Francia podía fundarse en los trastornos y conmociones de nuestra revolución; cada cual había salido de su esfera; cada cual sentía en sí la necesidad de fijarse de nuevo; y para ayudar a esta necesidad general, y para que los sentimientos delicados recibiesen la menor alteración posible, creí deber dar a todos los empleos tanto dinero, lustre y consideración, pero con el tiempo todo lo hubiera cambiado con sólo la fuerza de la opinión. Y que no se crea que la cosa es imposible, porque todo es fácil a la influencia del poder, cuando dirige sus miras en un sentido justo, honrado y bello, etc.

»Yo preparaba para mi hijo una situación de las más felices: formaba precisamente para él en la escuela moderna la numerosa clase de los auditores del Consejo de Estado. Acabada la educación de éstos, y llegados a una edad madura, hubieran ocupado todos los empleos del Imperio; fuertes con nuestros princi-

pios y los ejemplos de sus predecesores, todos se hubieran encontrado con doce o quince años más que mi hijo, lo que le hubiera colocado precisamente entre dos generaciones y todas sus ventajas: la madurez, la experiencia y la sabiduría, de un lado, y de otro, la juventud, la celeridad y la sutileza.» Como yo me admirase de que no hubiese dado a conocer ninguna de estas grandes y bellas instrucciones: «¿De qué me hubiera servido el charlar sobre esto?—me dijo —: me hubieran tomado por un charlatán, creyéndome culpable de instigación y falsedad; se hubieran familiarizado a disputarme, y habría caído en descrédito. Situado como me hallaba, sin la antigüedad hereditaria de la pasada tradición, privado del prestigio de lo que llaman legitimidad, no debía permitir una ocasión de entrar en disputa conmigo, debía ser lacónico, imperioso y decisivo. Usted me dice que en su barrio decían de mí: ¡Porqué no es legitimo! Si lo hubiese sido, seguramente que no hubiera hecho más, pues entonces me habría sido permitido ser más bondadoso, etcétera, etc.»

GUERRA DE LOS CAMINOS REALES.—DUMOURIEZ, MÁS AUDAZ QUE NAPOLEÓN.—DETALLES SOBRE LA PRINCESA CARLOTA DE GALES: EL PRÍNCIPE LEOPOLDO DE SAJONIA COBURGO, ETC.

10. —Hacia algunos días que el Emperador se ocupaba en sus lecturas de guerra, artillería, fortificación, etc. Recorrió Vauban, el *Diccionario* de Gassen di, algunas *Campañas de la revolución* y la *Táctica*, de Gibert, que le llamó mucho la atención. Y volviendo

sobre sus generales, ya citados varias veces en otras partes: «No sabían hacer la guerra—decía—sino en los caminos reales, y a tiro de fusil, cuando su campo de batalla hubiera debido ocupar todo el país.»

Durante la comida habló de la campaña de Dumouriez, en Champaña, la cual acababa de leer. Hacía poco caso del duque de Brunswich, que, con pretexto ofensivo, no había hecho más que diez y ocho leguas en cuarenta días; pero, por otro lado, criticaba mucho a Dumouriez, cuya posición le parecía demasiado atrevida: «Y dicho esto por mí, debe estimarse en mucho—añadió—; pues en materia de guerra me considero como el hombre más audaz que acaso haya existido, y seguramente que no hubiera permanecido en la posición de Dumouriez, por lo muy arriesgada que me parece. No puedo hacerme cargo de su evolución, sino creyendo que no se atrevería a retirarse, pues juzgaría aún más peligrosa la retirada que el permanecer en su posición. Wellington, en Waterlloo se había puesto en el mismo caso conmigo.

»Los franceses son los más valientes que se conocen: en cualquier posición que se les ataque, se batirán; pero no saben retirarse ante un enemigo victorioso; si experimentan la menor desgracia, ya no tienen asiento ni disciplina, se escurren sin sentirse. He aquí, supongo, el cálculo que haría Dumouriez, etc., o acaso alguna negociación secreta que ignoramos.»

Algunos papeles públicos que nos procuraron hablaban del casamiento del príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo con la princesa Carlota de Gales.

El Emperador dijo: «Este príncipe Leopoldo quiso ser mi edecán: me lo pidió con mucho empeño, y yo

no sé qué motivo impediría su nombramiento. Ha tenido una gran fortuna al no haberlo conseguido; este título indudablemente le habría costado el casamiento que hace ahora; ¡y luego que vengan a decirnos lo que es felicidad o desgracia en la vida de los hombres!...»

La conversación se entabló entonces sobre la princesa Carlota de Inglaterra. Uno decía que era muy popular en Londres, y daba señales nada equívocas de gran carácter. Era un adagio, entre muchos ingleses, que esta princesa sería otra Elisabet; y aun se cree que ella misma no deja de tener algunas ideas sobre este particular. El narrador añadía haberse hallado en Londres en 1814, precisamente cuando esta princesa, a consecuencia de los ultrajes que se hicieron a su madre en presencia de los soberanos aliados, se había escapado de la casa del príncipe regente, su padre, metiéndose en el primer coche público que encontró en la calle, y volado a la casa de su madre, a la que idolatraba. La gravedad inglesa se mostró indulgente en aquella ocasión, excusando generalmente una inconsecuencia tan grave como la misma moralidad del efecto que la había causado. La princesa no quería dejar a su madre, y fué necesario que el duque de York u otro tío suyo, y acaso también el gran canciller de Inglaterra, fuesen a decidirla para que volviese a casa de su padre, manifestándole que su obstinación podía exponer a su madre hasta el punto de poner en peligro su vida.

La princesa Carlota ya había dado pruebas de un carácter decidido negándose a casar con el príncipe de Orange, que desechó, principalmente porque se había visto precisado a vivir algunas veces fuera de In-

glaterra, sentimiento nacional que aun aumentó el cariño que los ingleses le profesaban.

No se ha fijado en el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo—nos decían los ingleses que se encontraban en Santa Elena—, sino por su propia elección; y ha dicho públicamente—añadían—que se prometía una vida feliz, porque no había tenido otro guía que su corazón. Este príncipe parece que le gustó mucho. «Yo lo creo sin ninguna dificultad—dijo el Emperador—; pues, si mal no recuerdo, es el mejor mozo que he visto en las Tullerías.» Nos contaron que los ingleses de Santa Elena dieron una prueba del carácter y dignidad de su futura soberana. Uno de los ministros, habiendo ido a su aposento para arreglar ciertos detalles interiores, cuando se iba a verificar el casamiento, le dió a entender ciertas proposiciones, que ella miró como poco dignas de su carácter. «Milord—le dijo con arrogancia—, soy la heredera de la Gran Bretaña, sé que un día debo reinar y mi alma se ha identificado con este elevado destino; por ello no creáis poderme tratar diferentemente, ni os imaginéis que, casándome con el príncipe Leopoldo, jamás pueda ni quiera ser mistress Coburgo; borrarad esa idea de vuestra imaginación, etcétera.»

Esta princesa, aunque joven, es el ídolo de los ingleses, que se deleitan al ver en ella la esperanza de un mejor porvenir.

Volviendo el Emperador a hablar del príncipe Leopoldo, que debió haber sido su edecán, dijo: «Una multitud de príncipes alemanes solicitaban la misma gracia. Cuando creé la Confederación del Rhin, los soberanos que formaban parte de ella se persuadieron de que yo estaría pronto a renovar en mi persona la

etiqueta y las formas del santo Imperio romano, y todos ellos se manifestaron muy deseosos de formar mi séquito, siendo el uno mi copero mayor, el otro mi panadero mayor, etc.» En aquel tiempo los príncipes alemanes habían realmente invadido el palacio de las Tullerías, llenando los salones, modestamente confundidos entre mis oficiales. Verdad es que lo mismo sucedía con los italianos, españoles y portugueses, y que la mayor parte de Europa se encontraba reunida en las Tullerías... «¡Lo cierto es—concluyó el Emperador—que bajo mi reinado la ciudad de París ha sido la reina de las naciones y Francia el primer pueblo del Universo...»

VARIOS OBJETOS MUY IMPORTANTES.—NEGOCIACIÓN DE AMIÉNS: PRIMER ACTO DIPLOMÁTICO DEL PRIMER CÓN-SUL.—DE LA REUNIÓN DE LOS PUEBLOS DE EUROPA.—DE LA CONQUISTA DE ESPAÑA.—EL PELIGRO DE RUSIA.—BERNADOTTE.

11.—El Emperador no salió de su cuarto, y casi todo el día estuve con él hasta la hora de comer.

Las conversaciones fueron prolongadas y de las más interesantes; estaba en disposición de hablar mucho, y sus palabras eran flúidas y rápidas; tocó una multitud de objetos, muchos de ellos muy extraños, bien que traídos naturalmente por la conversación. Dijo muchas cosas y emitió nuevas ideas para mí; pero desgraciadamente fueron tantas y de tal importancia, que muchas de ellas se me han olvidado, y quisiera poder afirmar que soy liberal en lo demás, pues mi gran cuidado en conservar en la memoria lo que acababa de

decir, muchas veces me distraía de lo que iba diciendo.

Hablando de los elementos de la sociedad, decía: «La democracia puede ser furiosa, pero tiene entrañas y se la conmueve; la aristocracia siempre conserva su frialdad y no perdona nunca, etc.»

En otro momento, después de varios antecedentes, dijo: «Todas las instituciones de este mundo deben mirarse desde dos puntos de vista: el de sus ventajas y el de sus inconvenientes; por ejemplo, se puede sostener y combatir la monarquía y la república. Es indudable que en teoría se puede probar fácilmente que ambas son igualmente buenas, y muy buenas; pero en la aplicación no es tan fácil.» Y esto le conducía a decir que la línea extrema del gobierno de muchos era la anarquía, y la del gobierno de uno solo, el despotismo; que lo mejor sería, indudablemente, un justo medio si fuese dado a la sabiduría humana poder mantenerse en él, y notaba que estas verdades ya se habían hecho muy comunes, sin acarrear ningún beneficio, pues se habían escrito sobre este particular un sinnúmero de volúmenes, y aun se escribirían otros tantos, sin encontrarse por esto mucho mejor, etc.

Después dijo también: «No hay despotismo absoluto, y sí sólo relativo; un hombre no podría absorber impunemente las facultades de otro. Si un sultán manda cortar cabezas a su antojo, pierde fácilmente la suya; de la misma manera es necesario que el exceso sea perjudicial a las dos partes; lo que el Océano invade en una parte, lo pierde en otra, y además, las costumbres tienen ciertos usos, contra los cuales viene a estallar todo el poder. Yo, en Egipto, conquistador, dueño absoluto, imponiendo leyes a la población

con una simple orden del día, no me hubiera atrevido a hacer registrar las casas ni hubiera tenido bastante poder para impedir a los habitantes hablar libremente en los cafés. En ellos eran más libres, más habladores, más independientes que en París; se sometían a ser esclavos en todas partes, pero querían ser libres en los cafés. Estas reuniones eran la ciudadela de sus franquicias, el mercado de sus opiniones; allí declamaban y juzgaban con toda osadía, y nadie hubiera podido conseguir cerrarles la boca. Si alguna vez se me ocurría entrar en algún café, es cierto que se inclinaban ante mí; pero esto era únicamente un acto de estimación personal, pues yo era el único, y no lo hubieran hecho por ninguno de mis lugartenientes, etcétera.

»Como quiera que sea—continuaba—he aquí el poder de la ciudad y de la concentración, pues estos hechos son capaces de llamar la atención hasta del último hombre del vulgo: Francia, entregada a los vaivenes de muchos, iba a perecer bajo el peso de Europa reunida; puso el timón en manos de uno solo, y al instante yo, primer cónsul, impuse la ley a toda Europa.

»Fué un espectáculo muy singular el ver a los antiguos Gabinetes de Europa no saber apreciar la importancia de semejante mudanza y continuar conduciéndose con la unidad y la concentración como lo habían hecho con la multitud y la división. No es menos notable que Paulo, que pasaba por un loco, fuese el primero que desde el fondo de Rusia supo apreciar esta diferencia, al paso que el Ministerio inglés, reputado de tan hábil y experimentado, fué el último. *Dejo a un lado las abstracciones de vuestra revolución—me escribía Paulo—y me atengo a un solo he-*

cho, que para mi basta; a mis ojos sois un gobernador, y os hablo porque podemos entendernos y puedo tratar.

»En cuanto al Ministerio inglés, me fué necesario vencer y obligar a hacer la paz en todas partes, aislarlo absolutamente del resto de Europa para conseguir que me escuchase; y todavía no entró en conferencias conmigo sino arrastrándose en los surcos del antiguo sistema. Trataba de entretenerme con dilaciones, protocolos, formas, etiquetas, antecedentes, incidentes, ¡qué sé yo! Al cabo lo merecí: ¡me hallaba con tanto poder!

»Un terreno nuevo exigía un modo de obrar enteramente nuevo; pero los negociadores ingleses parecía que olvidaban el tiempo, los hombres y las cosas; y por lo mismo, mi carácter les desconcertó enteramente. Comencé con ellos las negociaciones con la diplomacia, de la misma manera que lo había hecho en otras partes con las armas. Desde luego les dije: He aquí mis proposiciones: somos dueños de Holanda y de Suiza y las abandono a cambio de las restituciones que deberéis hacernos a nosotros o a nuestros aliados; somos también dueños de Italia; abandono una parte de ella, conservando la otra a fin de poder dirigir y asegurar la existencia y duración del todo; estas son mis bases. Ahora, edificad en torno cuanto os diere la gana, nada me importa; pero el punto de vista y el resultado deben quedarse cual yo he propuesto; bien entendido que no quiero cambiar nada. No pretendo compraros concesiones, sino tomar disposiciones razonables, honoríficas y duraderas; he aquí mis límites. Ustedes, según veo, no se hacen cargo de nuestra situación, ni de nuestros medios respectivos; yo no temo su negativa,

ni sus esfuerzos, ni todos los estorbos que pudiera crearme; tengo los brazos fuertes, y no me pesa servirme de ellos.

»Este idioma inusitado—continuaba el Emperador—produjo su efecto; su objeto no había sido otro que contenernos en Amiéns; pero trataron seriamente. No sabiendo por donde cogerme, me ofrecieron hacerme rey de Francia. Me encogí de hombros de lástima; ¡pobre gente! ¡Se dirigían a buena parte!... ¡Rey por la gracia del extranjero... yo, que era soberano por la voluntad del pueblo!...

»Tal era el ascendiente que había adquirido durante las mismas negociaciones, que hice que los italianos me nombrasen presidente de su república, y que este acto, que en la diplomacia ordinaria de Europa hubiera provocado tantos incidentes, no interrumpió ni detuvo nada; no por eso dejó de concluirse; tan bien me había servido mi adusta franqueza, y mucho mejor que hubieran podido hacerlo todas las tacañerías acostumbradas. Muchos libelos y otros tantos manifiestos nada mejores me acusaban de perfidia, de falta de fe y palabra en mis negociaciones; nunca lo merecí, y sí siempre los demás Gabinetes.

»Además, en Amiéns creí buenamente ver fijada la suerte de Francia, la de Europa y la mía, y acabada la guerra. El Gabinete inglés es el que volvió a encender la hoguera; a él sólo debe Europa todos los desastres que han sucedido, sólo él es responsable; yo iba a dedicarme únicamente a la administración interior de Francia, y creo firmemente que hubiera hecho prodigios. Nada hubiera perdido del lado de la gloria, y hubiera ganado mucho en goces sólidos; hubiera hecho la conquista moral de Europa, como he es-

tado en visperas de hacerla con las armas. ¡Cuánto lustre me han quitado!

»No han dejado de hablar de mi pasión a la guerra. ¿Pero no me he visto constantemente precisado a defenderme? ¿He conseguido una sola victoria en que no haya propuesto la paz? Lo cierto es que nunca he sido dueño de mis movimientos, ni he podido obrar con toda libertad.

»Yo podré haber formado muchos, pero nunca he tenido la libertad de ejecutar ninguno, por más que me esforcé en tener el timón; por muy fuerte que fuese la mano, las olas eran súbitas y numerosas; y por lo mismo, yo tenía la prudencia de ceder a su impulso antes de zozobrar, queriéndoles resistir obstinadamente. Nunca he sido, pues, verdadero dueño de mis acciones; pero siempre he cedido a las circunstancias; en términos que, al principio de mi elevación, bajo el consulado, algunos amigos verdaderos, mis partidarios acalorados, me preguntaban algunas veces, con las mejores intenciones y para su gobierno, *adónde pretendía llegar*; yo les respondí siempre que no lo sabía. Esta contestación les causaba admiración o tal vez descontento; y sin embargo, yo les decía la verdad. Posteriormente, bajo el Imperio, cuando había menos familiaridad, muchas caras parecían hacer la misma pregunta, y yo hubiera podido darles la misma respuesta; por la razón de que yo no era dueño de mis actos, porque no tenía la locura de querer acomodar los acontecimientos a mi sistema, sino que, por el contrario, acomodaba éste al carácter imprevisto de aquéllos; y esto es lo que a menudo me ha dado las apariencias de movilidad e inconsecuencia de que algunas veces me han acusado. ¿Pero esta ocasión era

justa?» Y después de haber hablado de varios asuntos indiferentes, prosiguió diciendo: «Una de las ideas que más me ocuparon había sido la reunión, la concentración de los mismos pueblos geográficos que las revoluciones y la política han disuelto y dividido; de manera que contándose en Europa, bien que diseminados, más de treinta millones de franceses, quince de españoles, quince de italianos y treinta de alemanes, hubiera querido hacer de cada uno de estos pueblos un solo cuerpo de nación. Con un séquito semejante hubiera sido hermoso presentarse a la posteridad y a la bendición de los siglos; ¡yo me juzgaba digno de tamaña gloria!

»Después de esta simplificación sumaria hubiera sido posible entregarse a la imaginación vana de una perfecta civilización; en este estado de cosas podía haber más probabilidades de conseguir en todas partes la unidad de códigos, de principios, opiniones, sentimientos, ideas e intereses; acaso entonces, con el apoyo de las luces universalmente extendidas, hubiera sido permitido soñar por la gran familia europea, la aplicación del Congreso americano, o la de los anfitriones de Grecia; y entonces ¡qué perspectiva de fuerza, de grandeza, de goces, de prosperidad! ¡Qué grande y magnífico espectáculo!...

»La reunión de veinticuatro millones de franceses estaba ya hecha y perfeccionada; la de quince millones de españoles lo estaba casi también; pues nada es más común que convertir el accidente en principio. ¿Cómo no he sometido a los españoles? Dirán que no era posible someterlos; pero lo cierto es que lo han sido, y que en el mismo momento en que se me escaparon, las Cortes de Cádiz trataban secretamente con

nosotros; y así no les libertó su resistencia, ni los esfuerzos de los ingleses, sino mis errores y desgracias lejanas; y sobre todo, el haberme trasladado con todas mis fuerzas a mil leguas de distancia de ellos, y haber sucumbido; de lo contrario, el Gobierno español iba a consolidarse; los espíritus se habrían reunido; tres o cuatro años hubieran presentado en aquel pueblo una paz profunda, una prosperidad brillante, y una nación compacta; yo habría merecido sus bendiciones, y les hubiera evitado la horrosa tiranía que les esclaviza y las terribles agitaciones que se les preparan (1).

»En cuanto a los quince millones de italianos, la reunión estaba ya muy avanzada; no se necesitaba ya más que envejecer; pues diariamente iba madurándose en aquel pueblo la unidad de principios y de legislación, la de pensar y sentir, este cimiento seguro e infalible de las reuniones humanas. La del Piamonte a Francia, la de Parma, Toscana y Roma no habían sido en mi pensamiento más que temporales, sin otro objeto que el de vigilar, asegurar y adelantar la educación nacional de los italianos (2). Y ¡véase si juzgaba bien

(1) Debe tenerse presente que el que habla es Napoleón.

(2) Una determinación tan grande, cual es la del abandono futuro de Italia, oída por primera vez como de paso con tan poca importancia, sin manifestación de ningún motivo ni apoyo de ninguna prueba, confieso que no tuvo más peso a mis ojos que el que se puede conceder a aquellos asertos aventurados que muchas veces acarrea y excusa el acaloramiento de las conversaciones. Pero el tiempo y el hábito me han enseñado que todas las de Napoleón en casos semejantes arrastran consigo su sentido lleno, entero y literal. Así las he encontrado cuantas veces se me han proporcionado los medios de verificarlas, y lo hago notar para que los que tuviesen también la tentación de desecharlas no lo hagan a la lige-

y cual es el imperio de las leyes comunes! Las partes que se nos habían reunido, aun cuando esta reunión pudiese parecer de nuestra parte una injuria de invasión, y a pesar de todo su patriotismo italiano, estas mismas partes han sido precisamente las que nos han permanecido más fieles y adictas. En el día, que se han vuelto a su antiguo estado, se creen inválidas, desheredadas; ¡y en efecto, así es!...

» Todo el Mediodía de Europa pronto se hubiera visto compacto en localidades, miras, opiniones, sentimien-

ra, sin haberse al menos procurado antes los medios de indagarlas.

Encuentro, por ejemplo, en el día, en un dictado de Napoleón al general Montholon, publicado en las *Memorias para servir a la historia de Francia*, tomo I, página 137, una manifestación tan completa, tan satisfactoria de la simple frase que yo había recogido de su conversación, que no puedo resistir al deseo de transcribirla aquí.

« Napoleón, dice el texto, quería crear de nuevo la patria italiana, reunir los venecianos, milaneses, piamonteses, genoveses, toscanos, parmesanos, modeneses, napolitanos, sicilianos y sardos en una sola nación independiente, limitada por los Alpes y los mares Adriático, Jónico y Mediterráneo; este era el triunfo inmortal que elevaba su gloria. Este grande y poderoso reino había contenido por tierra la casa de Austria; y en el mar sus flotas, reunidas a las de Tolón, hubieran dominado el Mediterráneo y protegido el antiguo camino del comercio de las Indias por el mar Rojo y Suez. Roma, capital de este vasto Estado, era la ciudad eterna, cubierta por las tres barreras de los Alpes, el Pó y los Apeninos, más próxima que ninguna otra de las tres grandes islas. Pero Napoleón debía vencer muchísimos obstáculos; había dicho a la consulta de Lión: *Necesito veinte años para restablecer la nación italiana.*

» Tres cosas se oponían a este gran proyecto: 1.^a, las posesiones que tenían las potencias extranjeras; 2.^a, el espíritu de las localidades, y 3.^a, la permanencia de los Papas en Roma.

Apenas se habían pasado diez años de la consulta de Lión, cuando el primer obstáculo ya estaba enteramente vencido; ninguna po-

tos e intereses. En semejante estado de cosas, ¿qué nos hubiera hecho el peso de todas las naciones del Norte? ¿Qué esfuerzos humanos no hubieran venido a estrellarse contra semejante barrera?

»La reunión de los alemanes exigía más lentitud; y por esto no había hecho más que simplificar su monstruosa complicación; y no porque no estuviesen preparados para la centralización, pues, muy al contrario, lo estaban demasiado, sino que hubieran podido retroceder ciegamente contra nosotros antes de entendernos. ¿En qué ha consistido que ningún príncipe alemán

tencia extranjera poseía nada en Italia, y toda entera estaba bajo la influencia inmediata del Emperador; la destrucción de la república de Venecia, del rey de Cerdeña, del gran ducado de Toscana, y la reunión al Imperio del patrimonio de San Pedro, habían hecho desaparecer el segundo obstáculo. A semejanza de los fundidores, que queriendo transformar muchos cañones de pequeño calibre en uno solo de cuarenta y ocho, desde luego los meten en el horno para hacer la fundición, de la misma manera los Estados pequeños habían sido reunidos a Austria o a Francia para reducirlos a masa, hacerles perder sus recuerdos y pretensiones, prepararlos para el momento de la fundición.

»Los venecianos, agregados por espacio de muchos años a la monarquía austriaca, habían sentido todo el peso de la sumisión de los alemanes. Cuando aquellos pueblos volvieron a entrar bajo la dominación italiana, no se detuvieron en examinar si su ciudad sería la capital, si su Gobierno sería más o menos aristocrático. La misma revolución se efectuó en el Piamonte, Génova y Roma, dislocadas por el gran movimiento del Imperio francés.

»Ya no había más venecianos que piamonteses y toscanos; todos los habitantes de la península no eran más que italianos; todo estaba pronto para crear la gran patria italiana. El gran ducado de Berg estaba vacante por la dinastía que ocupaba momentáneamente el trono de Nápoles. El Emperador esperaba con impaciencia el nacimiento de su segundo hijo, para llevarlo a Roma, coronarle rey de Italia, y proclamar la independencia de esta hermosa península bajo la regencia del príncipe Eugenio...»

ha sabido apreciar las disposiciones de su nación o no ha podido aprovecharse de ellas? Seguramente que si el cielo me hubiera dado una cuna de príncipe alemán, en medio de las innumerables crisis de nuestros días, infaliblemente hubiera gobernado los treinta millones de alemanes reunidos; y por lo que creo conocer de su carácter, todavía pienso que si una vez me hubiesen elegido y proclamado, no me habrían abandonado nunca, y no estaría aquí... » Entonces siguieron varios detalles y aplicaciones dolorosas, y luego prosiguió: «Como quiera que sea, esta reunión se hará tarde o temprano por la fuerza misma de las cosas; el impulso está ya dado, y no creo que después de mi caída y la aparición de mi sistema pueda haber en Europa otro gran equilibrio que la reunión y confederación de los grandes pueblos. El primer soberano que en medio de la primer gran crisis abrazará de buena fe la causa de los pueblos, se encontrará a la cabeza de toda Europa y podrá emprender cuanto quiera.

»Se me preguntará tal vez: ¿Por qué no dejaba traslucir entonces semejantes ideas? ¿Por qué no las abandonaba a la discusión pública? ¡Hubieran sido tan populares, me dirán, y la misma opinión un auxilio tan inmenso! A esto respondo que la malevolencia siempre es mucho más activa que el bien; que en el día hay tanta ciencia entre nosotros, que fácilmente subyuga la sana razón, y puede obscurecer a su antojo los puntos más claros; que abandonar a la discusión pública unos asuntos tan elevados hubiera sido entregarlos al espíritu de corrillo, a las pasiones, a la intriga y a los chismes, y no obtener por resultado infalible sino el descrédito y la oposición. Calculaba, pues, hallar mucho más apoyo en el secreto; entonces deja-

ba como una aureola alrededor mío a este vacío ideal que encadena la multitud y le agrada, estas especulaciones misteriosas que ocupan y llenan todos los espíritus; en fin, estos desenlaces súbitos y brillantes recibidos con tanto aplauso y que crean tanto imperio. Este mismo principio fué, desgraciadamente, el que me hizo correr con tanta precipitación a Moscou; con más lentitud todo lo hubiera preparado, pero me había puesto en la precisión de no dar tiempo para hacer comentarios. Con la carrera que ya había corrido y mis ideas para lo futuro, era preciso que mi marcha y mis sucesos tuviesen algo de sobrenatural.» Y entonces pasó a la expedición de Rusia, repitiendo una gran parte de lo que ya dejó dicho sobre el particular, y por lo mismo no reproduciré aquí sino lo que me ha parecido nuevo.

«Y he aquí aún —decía— otra circunstancia en la cual se ha tomado el accidente por principio. He zozobrado contra los rusos; de ahí deducen que son inatacables en su casa, invencibles; pero con todo, ¿de qué ha dependido? Pregúntese a sus hombres sensatos y reflexivos. Consúltese al mismo Alejandro y sus sentimientos de aquella época. ¿Son acaso los esfuerzos de los rusos los que me han aniquilado? No; la cosa se debió a puros accidentes y a verdaderas fatalidades: una capital incendiada a despecho de sus habitantes y por las intrigas extranjeras, un invierno, una congelación cuya aparición súbita y excesiva fué como una especie de fenómeno; informes falsos, intrigas bajas, traición, necedad, muchas cosas, en fin, que acaso algún día se sabrán y podrán disminuir o justificar las dos faltas graves en diplomacia y en guerra que tienen derecho de acusarme, a saber: la de haberme entrega-

do a semejante empresa dejando a mis alas, que mucho después formaron mi retaguardia, dos Gabinetes sobre los cuales no podía contar, y dos ejércitos aliados que el menor contratiempo convertiría en mis enemigos. Pero, para decirlo todo sobre este punto y anular en una sola palabra cuanto precede, diré que esta famosa guerra, esta empresa audaz, yo no la había querido; no había tenido intención de batirme, ni tampoco Alemania; pero una vez nos hallamos delante, las circunstancias nos excitaron al uno contra el otro, y la fatalidad hizo el resto.»

Y después de algunos instantes de un profundo silencio, como si saliera de un pesado letargo, prosiguió: «¡Y un francés ha tenido en sus manos los destinos del mundo! Si hubiese tenido el juicio y el alma a la altura de su situación, si hubiese sido buen sueco, como lo ha querido suponer, podía haber restablecido el lustre y poder de su nueva patria, volver a tomar Finlandia, y hallarse en San Petersburgo antes que yo en Moscou. Pero cedió a resentimientos personales, a una vanidad necia, y a todas las pasiones mezquinas. El antiguo jacobino, viéndose solicitado y acariciado por los legítimos, se le volvió la cabeza de verse cara a cara en conferencia política y amistosa con un Emperador de todas las Rusias, que no era avaro de lisonjas. Se asegura que en aquella época él llegó a insinuar que podría pretender a una de sus hermanas, divorciándose con su mujer; y por otra parte, un príncipe francés le escribió diciéndole que le era muy satisfactorio hacerle notar que el Bearn había sido la cuna de las dos casas ¡B!... ¡Su casa!...

»En su delirio, sacrificó su nueva patria y la antigua, su propia gloria, su verdadero poder, la causa de

los pueblos y la suerte de todo el mundo. ¡Cometió una falta que pagará muy cara! Apenas se consiguió lo que esperaban de él, ya pudo empezar a conocerlo, y aun dicen que se ha arrepentido; pero todavía no lo ha purgado. ¡Él es el único ilegítimo que ocupa un trono; el escándalo no puede quedar impune, pues sería un ejemplo demasiado peligroso!...»

EL EMPERADOR TENÍA Poca confianza en los resultados de 1815.—TEMÍSTOCLES.—OBRA DEL BARÓN FAIN SOBRE LA CRISIS DE 1814.—ABDICACIÓN DE FOINTAINEBLEAU; PARTICULARIDADES.

12.—Volviendo a hablar el Emperador sobre su regreso de la isla de Elba y su segunda caída en Waterlloo, entremezcló algunas palabras muy notables. «Es cierto—decía—que en aquellas circunstancias ya no existía en mí el envanecimiento de un buen éxito definitivo; ya no era aquella confianza primera; fuese que la edad, que ordinariamente favorece la fortuna, empezase ya a pasármeme, fuese que a mis propios ojos y en mi imaginación la parte maravillosa de mi carrera empezase a perder su prestigio, lo cierto es que yo mismo sentía faltarme alguna cosa. Ya no era aquella fortuna atada a un carro que se complacía en colmarme de favores, sino un hado severo, al cual arrancaba alguna concesión con una especie de violencia, pero que al instante se vengaba de mi osadía; pues es muy de notar que no conseguí entonces ninguna ventaja que no fuese precursora de alguna desgracia.

» Atravesé Francia: el entusiasmo de los ciudada-

nos me llevó en un vuelo a París en medio de las aclamaciones universales; pero apenas estuve en la capital, como por una especie de magia, y sin motivo alguno legitimo, retrocedieron inmediatamente, cambiando en frialdad el entusiasmo que pocos días antes habían manifestado.

»Había conseguido poder presentar razones plausibles para obtener una reconciliación sincera con Austria; le había mandado agentes, unos tras otros, menos autorizados (1). Pero Murat se encontró allí con su fatal ejército: en Viena creyeron firmemente que esto había sido disposición mía, y midiéndome por su política, no vieron en toda aquella complicación sino raterías de mi parte, y desde entonces sólo se ocuparon en intrigar contra mí.

»Mi entrada en campaña fué de las más hábiles y felices: debía sorprender al enemigo dividido, y he ahí que un perverso desierto del rango de mis generales para avisarle con tiempo.

»Gano la batalla de Ligny de la manera más brillante; pero mi lugarteniente me priva del fruto de la victoria. En fin, triunfo en Waterlloo, y en el mismo

(1) Entre otros el barón de Strassard, cuyo afecto conocido le granjeó la confianza de Napoleón, encargándole de negociar en el Congreso de Viena para que se mantuviese la paz de París; pero sólo pudo llegar a Lintz, porque los más ardientes y encarnizados en los Gabinetes aliados habían tomado la precaución de hacer establecer por principio que toda comunicación con Napoleón sería enteramente prohibida. Sin embargo, se comunicó indirectamente al barón de Strassard que si Napoleón quería abdicar en favor de su hijo, antes de empezar las hostilidades, Austria adoptaría este partido; pero bien entendido, que Napoleón se entregaría a su suegro, que le aseguraba de nuevo la soberanía de la isla de Elba u otra semejante.

instante caigo en el abismo, y todos estos golpes no puedo omitir que me hicieron impresión, pero no me sorprendieron. Ya tenía el presentimiento de un éxito desgraciado, y si bien éste no tuvo ciertamente la menor influencia en mis determinaciones y medidas, no obstante la idea estaba clavada en mi corazón.»

Además, sería un error el atribuir siempre a Napoleón tanta confianza interior como anunciaban comúnmente sus hechos y determinaciones. Cuando salió de las Tullerías, en Enero de 1814, para su inmortal e infausta campaña de los alrededores de París, su alma estaba contristada por los más siniestros presentimientos.

En el momento en que iba a salir del palacio, previendo ya en aquel instante decisivo traiciones y perfidias funestas, resolvió asegurarse de la persona del mismo que posteriormente se ha visto ser el alma de la trama que le derribó; pero se lo disuadieron las representaciones, y hasta cierto punto puede decirse los ofrecimientos de fianza personal de algunos ministros. Cedió, pero sin dejar de manifestar enérgicamente que temía mucho que él y ellos no tuviesen motivos de arrepentirse...

Después de la desgracia de Brienne, la evacuación de Troyes, la retirada sobre el Sena y las humillantes condiciones que le mandaron de Chatillon, que desechó generosamente estando a solas con cierto sujeto, y desmayando a la vista del diluvio de males que iban a caer sobre Francia, permanecía absorto en profundas meditaciones.

Abismado en sus tristes ansias y dolor, se recostó en una cama para descansar un rato, pero le despertaron precisamente para anunciarle la marcha en

flanco de Blucher, que acechaba en secreto ya hacía algún tiempo. Levantóse precipitadamente para ensayar este nuevo albur de energía y gloria consagradas perpetuamente con los nombres de *Champ-Aubert*, *Montmirail*, *Château-Thierry*, *Vaux-Champs*, *Nongis*, *Montereau*, *Craone*, etc., etc. Sucesos maravillosos que consternaron bastante a Alejandro y a los ingleses, en términos de volverles de nuevo el deseo de tratar, y estas ventajas hubieran efectivamente podido cambiar enteramente la faz de los negocios, si por un sinnúmero de fatalidades Napoleón no hubiese experimentado contrariedades inauditas, que estaban fuera de todas las combinaciones, a saber: que ciertas órdenes esenciales no debían llegar al virrey, la deserción de Murat, la malicia e incuria de algunos jefes; en fin, hasta las mismas victorias, que separando al emperador de Austria, su padre político, de los demás soberanos aliados, mucho más malévolos, dejaron a éstos enteramente libres de proporcionar la abdicación de Fontainebleau, abdicación para siempre tan famosa en la historia de nuestros destinos y de nuestra moralidad.

¡Vosotros, pensadores filósofos, pintores del corazón humano, corred a Fontainebleau! ¡Venid a presenciar la caída del más grande de los monarcas! ¡Venid para aprender a conocer los hombres, admiraros de su impudicia, abochornaos de su volubilidad! ¡Venid para presenciar el gran círculo del héroe desgraciado, y veréis a los hombres que, agobiados bajo el peso de los beneficios, honores y riquezas con que los había colmado, le abandonan en cuanto la fortuna le es contraria, le venden y aun casi le insultan!... ¡Venid y veréis al primero entre ellos en

rancho, favor y confianza, cuya moral vanamente había intentado el gran príncipe realzar y engrandecer los sentimientos, calificándole muchas y muchas veces con el nombre de su compañero y amigo, colocarse en la misma línea que el mameluco, que quizás más excusable por las costumbres de su origen, juzgó muy sencillo abandonar a su soberano abatido, porque no podía serle útil! En Fontainebleau, después de la crisis, y empeñado Napoleón en una conversación profunda, se le presentó este compañero predilecto a pedirle permiso para ir a París, sólo por algunos instantes, decía, a fin de poner en orden apresuradamente algunos negocios, y volver inmediatamente cerca del Emperador para no abandonarle jamás. Pero Napoleón, que leía el fondo de su corazón, apenas había salido fuera del cuarto, interrumpiendo repentinamente su conversación, dijo al sujeto con quien estaba hablando: «¿Ve usted este hombre que sale?; pues bien, corre a mancharse; a pesar de lo que me ha dicho, no volverá a parecer más». En efecto, el desertor corría a buscar los rayos de un nuevo sol. ¡Apenas sintió su calor, negó a su bienhechor, su amigo, su soberano!... Hablando de él se le ha oído llamarle: «¡Este hombre!» Y con todo, Napoleón se acomodaba de tal manera a las debilidades humanas, era tan superior a todo resentimiento, que, a su regreso, manifestó sentimiento de no verle, añadiendo riéndose: «El ruin habrá tenido miedo de mí, y no tiene razón: no le habría aplicado otro castigo que el de presentarse delante de mí con sus nuevos uniformes; aseguran que con ellos está mucho más ridículo que de costumbre.»

Pero en los *Manuscritos* de 1814 es donde se deben

leer tan tristes y dolorosos detalles (1): los hombres, en semejantes circunstancias, siempre son los mismos en todos los países, tiempos y acciones, y, sobre todo, el pueblo cortesano y el campo de Napoleón habían tenido tiempo de crear una corte. Sin embargo, la Historia hará justicia... Y que no vengan a decirnos que el bien de la patria, su salvación e intereses dictaron su conducta: la patria para ellos fué la conservación de sus honores y riquezas, el goce tranquilo de todos los bienes adquiridos; lo repito: la Historia hará justicia. ¡Digo la Historia y no nosotros, pues la masa de la sociedad y de los contemporáneos, ni aun ha sabido merecer este triste honor! ¿En dónde está nuestra indignación? ¿Dónde se han manifestado nuestras aversiones pronunciadas y solemnes?... Y debe entenderse que en todo esto la política nada ha tenido que hacer; no se trata de ninguna manera de la causa que se sostenía, sino sólo de la moral que se profesaba; ni se piense que mi triste misantropía se dirija a infundir decaimiento en los ánimos y sacar, por consecuencia, la proscripción de nuestra especie, no; sé que el tiempo de las grandes pruebas es también el de los grandes extremos, y que al lado de las más viles pasiones es donde viene a relucir el heroísmo de las más nobles virtudes. ¡Por lo mismo, hónrense aquellas huestes veteranas, cuyas lágrimas amargas acreditaban el acerbo dolor que les afligía! ¡Hónrense los innumerables oficiales subalternos, que sólo esperaban una palabra mía para derramar

(1) El barón de Fain acaba de publicar un tomo, bajo el título de *Manuscritos*, de 1814, sobre las grandes circunstancias de aquella época.

la sangre de aquellos cobardes! ¡Hónrense las poblaciones de los campos, que en medio de su horrorosa miseria corrían precipitadamente a los caminos para partir el último pedazo de pan con nuestros soldados, del cual se privaban para salvar la patria! ¡Hónrense esta multitud de sentimientos generosos que se dieron a conocer entre los ciudadanos de todas las clases, sexos y edades! ¡Si por una parte el corazón se exalta de indignación, por otra se siente deliciosamente conmovido!...

El Emperador dictó en Santa Elena la época de Fontainebleau y el viaje a la isla de Elba: mi memoria no me permite citar nada, porque no tomé ningún apunte. Para abreviar mi trabajo, establecí el sistema de no pararme en ninguno de los objetos dictados a otros, sabiendo que ya quedaban asegurados. Además, con el tiempo disfrutaremos de la publicación de estos escritos. No daré, pues, aquí sino algunos detalles, que supongo no se encontrarán en otra parte, y que he recogido en varias conversaciones de Napoleón, o en otras fuentes incontestables.

En cuanto se hubieron declarado los desastres de 1814, el peligro era inminente, principalmente desde la entrada de los aliados en París; muchos generales estuvieron indecisos, los que se declararon por egoísmo más bien que por la patria, que prefirieron los goces al deber, al honor y a la gloria; desde luego, excitaron la catástrofe, en vez de buscar los medios de combatirla. Los primeros jefes se arriesgaron a aconsejar la abdicación, presentándola como indispensable; algunos llegaron al extremo de dejar entrever al Emperador que no respondían del descontento ni del furor de sus soldados contra él: «Mientras que, al

contrario—nos decía Napoleón—, su afecto era tal, y todos los oficiales estaban tan exaltados, que si yo les hubiese dado a conocer las maquinaciones y tramas que se urdían, seguramente hubiera puesto en peligro a los culpados, pues me hubiera bastado una sola palabra para hacerlos despedazar». En efecto, el Emperador dispuso una revista: las aclamaciones de los soldados fueron universales; y como si el infortunio hubiera aumentado el cariño, nunca habían manifestado su amor con tanto entusiasmo: «Y la identidad de aquellos valientes conmigo, y nuestra simpatía—decía Napoleón—era tal, cual podía desearse: nunca lo había dudado».

En semejante situación, el Emperador meditó profundamente lo que debía hacer. Todavía le quedaban de cuarenta a cincuenta mil soldados, los mejores y más adictos del Universo: podía dominar a su antojo los generales infieles, o expulsarlos sin el menor inconveniente. En este estado de cosas tres partidos se le presentaban.

El primero era entrar en París, pues no puedo creer que existiese en todo el mundo un general tan osado que se atreviese a combatirle, con aquella inmensa capital y su retaguardia: «Toda su población no hubiera dejado de levantarse a mi voz—decía—; en un abrir y cerrar de ojos hubiera alistado ciento o doscientos mil hombres; pero los aliados al retirarse hubieran podido incendiar la ciudad; este desastre se habría considerado como obra mía. No porque el incendio de París, en el fondo, no hubiese podido ser la salvación de Francia, como el de Moscou lo había sido de Rusia; pero hay ciertos sacrificios que sólo los interesados pueden hacerlos».

El segundo partido era retirarse a Italia y juntarse con el virrey: «Pero—decía—era el de la desesperación, sin un resultado análogo. Este teatro estaba tan lejano, que los ánimos hubieran tenido tiempo de enfriarse; y, además, esto no hubiera sido salvar a Francia, y sólo este suelo sagrado podía conducirnos a hacer los prodigios que se habían hecho indispensables».

No era practicable ninguno de ambos partidos: quedaba el tercero, que consistía en mantenerse sobre la defensiva, disputar el terreno a palmos y entretener la guerra hasta nuevos acontecimientos. La preocupación que pudieran haber creado a los aliados pronto se hubiera disipado, pues los males que iban a causar no tardarían en llamar contra ellos mismos la execración universal; el fervor nacional se despertaría, y los aliados podían encontrar su tumba en el mismo suelo que habían violado. Pero esto necesariamente sería muy largo, y el éxito era dudoso, o, por lo menos, muy lejano, al paso que el sufrimiento de los pueblos era cierto, inmediato e incalculable. El alma grande de Napoleón se conmovió con semejante idea, y se decidió a abdicar.

En el *Manuscrito* de 1814, del barón Fain, leo la explicación entera de ciertas palabras del Emperador, que en su tiempo había transcrito sin entenderlas exactamente. Hablando éste del Tratado de Fontainebleau, dice: «Yo no quiero ese Tratado, lo desconozco, estoy muy lejos de alabarme de él; antes bien, me sonroja, lo han discutido por mí, contra mi voluntad, etcétera». Y en otra parte: «Cuando se conoce toda la historia de los acontecimientos de Fontainebleau habrá motivos de admirarse mucho». Y, en efecto, se-

gún nos dice el *Manuscrito* de 1814, Napoleón no quería aquel Tratado. Tuvieron todas las penas imaginables para hacérselo ratificar; y sólo pudieron conseguirlo alegando grandes miras políticas, pues le parecía humillante y enteramente inútil. Sobreviviendo a tantas grandezas, bastaba vivir en adelante como un simple particular, y se avergonzaba de que un sacrificio tan grande, hecho a la paz del mundo, se encontrase mezclado con arreglos pecuniarios. «¿De qué sirve un Tratado—decía—, puesto que no quieren arreglar conmigo lo que concierne a los intereses de Francia? En el momento en que no se trata sino de mi persona, no hay necesidad de ningún tratado... Soy vencido, cedo a la suerte de las armas: sólo pido no ser prisionero de guerra, y para concedérmelo basta un simple cartel...»

En vano quisieron hablarle de su situación personal, su existencia y necesidades futuras, pues cortó la conversación, diciendo enérgicamente: «¿Y qué me importa? Un ducado diario y un caballo satisfacen todas mis necesidades».

Por mi parte, puedo asegurar que el Emperador sentía muchísimo esta determinación, no siendo la única decisión de aquella época que le agobiaba el corazón: también sentía mucho cuando en su posición, en *Saint Dixier* y *Doulevant*, había cedido a las varias consideraciones que le rodeaban y a las muchas instigaciones que le asaltaron, las cuales le trajeron a París contra su voluntad. «Me faltó el carácter—decía—; debí seguir impertérrito toda mi idea, continuar hacia el Rhin, reforzándome con todas mis guarniciones y rodeándome de todas las poblaciones insurreccionadas, y pronto hubiera juntado un ejército inmenso.

Murat, al instante hubiera venido, y éste y el virrey me hubieran hecho dueño de Viena, si los aliados se hubiesen atrevido a quitarme París. Pero no; más bien los enemigos hubieran temblado a la vista del peligro en que estaban empeñados, y los soberanos aliados hubieran recibido como una gracia que yo les hubiese permitido hacer su retirada, y allí se hubiera apagado enteramente el volcán de los extranjeros contra nosotros. ¡Se hubiera concluído la paz observándola todos sinceramente, porque cada uno, por su parte, estaba muy cansado!... Debían cicatrizarse tantas heridas!... En el exterior no se hubieran ocupado de otra cosa. En cuanto al interior, semejante desenlace hubiera destruído para siempre todas las ilusiones y malas voluntades, confundiendo perpetuamente todas las opiniones, miras e intereses. ¡Yo volvía a sentarme triunfante rodeado de mis invencibles huestes; las poblaciones heroicas y fieles hubieran servido de ejemplo a las que habían titubeado; los que habían manifestado necesidad de reposo hubieran podido descansar; una nueva generación de jefes hubiera acrisolado nuestra existencia, y no nos hubiéramos ocupado más que en la felicidad interior, principiando un nuevo siglo de oro, etc.»

Es muy cierto que la época de Fontainebleau reunió sobre Napoleón casi en un solo instante cuantas penas morales pueden afligir a un hombre en este mundo. Vencido por la deserción, y no por las armas, experimentó cuanto puede indignar a un alma grande o despedazar un buen corazón. ¡Sus compañeros lo abandonaron, sus servidores le hicieron traición: el uno entregó su ejército; los que había elevado, mantenido y colmado, le abatieron; este Senado, que

tanto le había ensalzado; este Senado, que aun la misma víspera estaba suministrando conscriptos con profusión para combatir al enemigo, al día siguiente, sin el menor rubor, se constituye en instrumento de estos mismos enemigos, y bajo el impulso de sus bayonetas le reprocha e imputa un crimen de su propia obra, derriba cobardemente el ídolo que él mismo había creado, y al cual durante tanto tiempo había servilmente tributado la más baja adulación! ¡Qué exceso de vergüenza! ¡Qué innoble degradación!... ¡En fin, el último golpe, que fué el más sensible para Napoleón, fué el de quitarle su mujer y su hijo; se apoderaron de ellos con la mayor violencia, y a despecho de los tratados y de las leyes, violando toda moral, no los volverá a ver jamás!...

Parece que en medio de tantos males, rodeado de una situación tan horrorosa, Napoleón, despreciando los hombres y las cosas, deseó quitarse la vida. Existe una carta escrita de su mano a la Emperatriz, en la cual le decía que en aquel momento nada debía extrañar, pues todo era posible, *hasta la muerte del Emperador*. Alusión, sin duda, al misterioso acontecimiento de la noche del 12 al 13 de Abril, que se había quedado sepultado en el secreto interior del palacio, cuya explicación da el *Manuscrito* de 1814, que si fuese una realidad no dejaría a los más feroces enemigos de Napoleón ni aun siquiera la satisfacción del necio y común adagio, tan divulgado en aquel tiempo, *que no había tenido valor para morir...* ¿Qué, sería cierto, según dice el *Manuscrito*, que, muy al contrario, *no había podido?* Y esta maravillosa circunstancia no sería la menos asombrosa de su extraordinaria carrera; circunstancia que de otra manera le ilustraría

hasta lo sublime, no menos que las palabras memorables que dijo cuando inesperadamente volvió en sí: *Dios no lo quiere*; y desde aquel instante, una resignación, la más noble y tranquila, sucedió al volcán que le abrasaba.

Todo el mundo conoce la tierna y famosa despedida de sus soldados, su último abrazo a aquellas águilas que había inmortalizado. Sé por un diplomático prusiano, que se halló presente en aquel tierno espectáculo, que causó en su alma una impresión tan viva, que no se le borrará mientras respire; y añadía que el comisario inglés, que también se hallaba presente, hombre hasta entonces muy contrario a Napoleón, había derramado lágrimas de ternura.

El respeto y la veneración que entonces inspiraba Napoleón llegaron a tal punto, que, a pesar de la inminente crisis de los grandes inconvenientes que causaba su presencia, nadie se atrevió a atormentarle para apresurar su marcha. Le dejaron respetuosamente hacer y tomar todos los arreglos que quiso.

El Tratado de abdicación es del 11 de Abril, y hasta el 20 Napoleón no se puso en camino. La primera parte de su viaje le ofreció generalmente un respeto universal, y muchas veces el interés más vivo y tierno (1).

A poca distancia de Lyon se le presentó en el camino el general en jefe del ejército del Este. Napoleón

(1) El Emperador salió de Fontainebleau el día 20 de Abril de 1814, escoltado por una compañía de granaderos a caballo, y acompañado del gran mariscal conde Bertrand, que iba en su coche; y el 28 a las ocho de la noche se embarcó en Frejus, en la fragata inglesa *Undaunted*, al mando del capitán Usher.

bajó entonces del coche, y anduvo largo rato con él. Cuando le hubo dejado, un general comisario de los aliados manifestó al Emperador su admiración por la intimidad con que acababa de hablar a aquél. «¿Y por qué no?—repuso Napoleón—¿Pero vuestra majestad ignora seguramente su conducta?—¿Y cuál es?—Señor, hace algunas semanas que estaba de acuerdo...—Y en efecto—decía el Emperador—, aquel hombre, a quien yo había confiado Francia por aquel punto, la había sacrificado y vendido.» Y después de varias quejas, en suma, concluyó diciendo: «Desde hacía mucho tiempo el mariscal ya no era soldado: su valor, sus primeras virtudes lo habían elevado más allá de su centro; los honores, las dignidades y la fortuna lo habían precipitado otra vez en él. El vencedor de Castiglione hubiera podido dejar un nombre memorable a Francia; pero ésta mirará con horror la memoria del desertor de Lyon, bien así como la de todos los que se han portado como él, a menos que no indemnicen a la patria de los males que le han causado tributándola nuevos servicios (1).

LA ESPADA DEL GRAN FEDERICO. ESPERANZAS DE QUE EL LEÓN SE ADORMECERÁ.—NUEVOS ULTRAJES DEL GOBERNADOR: SE ME LLEVA MI CRIADO, ETC.

13.—Por la mañana, estando en el cuarto del Emperador, en un momento de ociosidad, estaba admirando el colosal reloj del gran Federico, que estaba

(1) Esta circunstancia dió margen a la famosa proclamación del Emperador a su regreso.

colgado cerca de la chimenea, lo que dió motivo a Napoleón a decir: «He tenido en mis manos varios monumentos ilustres y preciosos: he poseído la espada del gran Federico; los españoles me trajeron a Tullerías la de Francisco I (1); la ofrenda era grande, y debió serles muy sensible; los turcos y persas también pretendieron hacerme un presente de las armas que habían pertenecido a Gengis-Kan, Tamerlán, Schanadir y no sé quiénes otros; pues creo firmemente que la verdad sólo puede tomarse en sus pasos e intenciones.»

Y como en seguida de todo esto yo concluía manifestándole mi admiración de que no hubiese hecho sus esfuerzos para conservar la espada del gran Federico: «Yo tenía la mía», me dijo con mucha suavidad y una sonrisa particular, y tirándome ligeramente de la oreja. Por cierto que tenía razón; pues yo acababa de decirle una gran necesidad.

Después habló de nuevo de sus deseos, que eran un deber, de casarse con una francesa cuando pasó a segundas nupcias. «Hubiera sido un acto eminentemente nacional—decía—; Francia era bastante grande, y su monarca suficientemente poderoso para poder prescindir de toda consideración extranjera. Además, entre soberanos la alianza de la sangre no es un lazo contra los intereses de la política; y bajo este mismo aspecto, las más de las veces proporciona escándalos en la moral a los ojos de los pueblos; pues se admite una extranjera en los secretos del Estado y puede abusar de ellos; y si se cuenta con el apoyo exterior, puede resultar haber puesto el pie en un abismo sem-

(1) O más bien, se la llevaron los franceses de Madrid.

brado de flores. En suma, es un cálculo imaginario el creer que estas alianzas puedan nunca asegurar nada.»

Como quiera que sea, la medida de un nuevo casamiento enajenó de placer a los ciudadanos prudentes que buscaban un porvenir. Pocos días después de esta determinación, Napoleón, en un momento de buen humor, dijo a uno de sus ministros (el duque Decres): «¿Conque se celebra mucho mi casamiento? — Señor, sí, muchísimo. — Ya lo entiendo; suponen que el león se adormecerá. — Señor, a decir verdad, contamos un poco con ello. — Está bien—dijo Napoleón, después de algunos instantes de silencio—; se equivocan, y, seguramente, la culpa no será por los vicios del león. El sueño le sería quizás tan lisonjero como a cualquier otro; pero ¿no ven ustedes que con *el aire de atacar continuamente?*... Sin embargo, nunca me ocupó más que *de defenderme.*» Este aserto ha podido dejar algunas dudas mientras duró la lucha; pero la alegría y las indiscreciones de la victoria han venido después a confirmar la verdad; los unos se han vanagloriado de que hubieran continuado la guerra hasta que hubiesen abatido a su enemigo, que nunca habían tenido otra idea; los otros (1) no se han avergonzado de publicar que, bajo la máscara de la amistad y de alianzas, habían urdido la trama de su caída...

Este día y los dos siguientes me tuvieron ocupado unos asuntos que me eran personales y que han influido demasiado en mi suerte, para que deje de mencionarlos aquí. Desde que llegamos a Longwood tenía

(1) *Observador austriaco*, 1817 ó 1818.

un criado joven, habitante de la isla, mulato libre, del cual tenía motivos para estar muy satisfecho. Repentinamente, sir Hudson Lowe tuvo el capricho de quitármelo.

Excitado por su ocupación ingeniosa de atormentarnos, o, como otros muchos se han obstinado en creer, por consecuencia de un plan pérfidamente combinado, me mandó al oficial de guardia inglés para anunciarme que, habiendo concebido algunas inquietudes por ser mi criado nativo de la isla, iba a quitármelo y a reemplazarlo con otro de su elección. Mi respuesta fué sencilla y positiva: «El gobernador—dije—puede quitarme mi criado si le da la gana; pero debe evitarse la molestia de reemplazarlo con otro de su elección. Como cada día aprendo a prescindir de los placeres de la vida, podré, en caso necesario, servirme con mis propias manos; este aumento de privación es muy insignificante en medio de las aflicciones que nos rodean.»

Entonces empezaron sobre este particular una multitud de mensajes y notas. Sir Hudson Lowe escribía tres o cuatro veces cada día al oficial de guardia encargado de darme razón de sus comunicaciones. «No entendía mis dificultades—decía—, ni podía imaginar qué objeción podía oponer contra un criado venido de su mano... El que me había escogido bien valdría como el otro... Su ofrecimiento de proporcionármelo él mismo no era más que una atención de su parte», etcétera.

Yo me compadecía de las idas y venidas del pobre oficial; le supliqué, pues, para ahorrarle trabajo, que asegurase al gobernador que mi respuesta sería siempre la misma, a saber: que era muy dueño de quitar-

me mi criado; pero que no debía pensar en hacerme aceptar otro de su elección. Que podía muy bien, valiéndose de la fuerza, ponerme uno de servicio en mi cuarto: pero nunca con mi consentimiento. Sin embargo, durante estas idas y venidas habían llamado a mi criado, le habían interrogado, lo retiraron una vez de mi servicio, luego me lo devolvieron y, por fin, se lo llevaron definitivamente.

Di cuenta de todo al Emperador, que aprobó mucho mi determinación de no haber querido dejar introducir un espía entre nosotros.

«Pero como la privación de usted—añadió con un tono muy risueño—redunda en beneficio de todos, no es justo que usted solo sufra; mande usted venir a Gentilini, mi criado de a pie, para que le sirva; a él no le pesará ganar algunos napoleones más. Dígale usted que yo se lo mando.» Gentilini aceptó desde luego con mucho gusto; pero la misma noche el pobre muchacho vino a decirme que le habían hecho observar era impropio que un criado del Emperador sirviese a un particular; y Napoleón llevó su bondad al extremo de llamar a Gentilini para mandárselo personalmente.

NUEVAS OCUPACIONES DEL EMPERADOR.—SOBRE LOS GRANDES CAPITANES, LA GUERRA, ETC.—SUS IDEAS SOBRE VARIAS INSTITUCIONES PARA EL BIENESTAR DE LA SOCIEDAD.—ABOGADOS.—CURAS.

14.—A las seis, el Emperador me mandó llamar a su cuarto; acababa de dictar, según me dijo, un excelente capítulo sobre los derechos marítimos, y me ha-

bló de otros planes de obras; se entretuvo leyendo y corrigiendo unas notas preciosas que había dictado al gran mariscal sobre la diferencia de las guerras antiguas de las modernas, sobre la administración de los ejércitos, su composición, etc. Y después, habiéndose dispuesto a conversar sobre el asunto, dijo, entre otras cosas: «Las grandes acciones seguidas no son obra del acaso o de la fortuna, sino que se derivan siempre de la combinación y del ingenio. Rara vez se ve sucumbir a los grandes hombres en sus más peligrosas empresas. Véase a Alejandro, César, Aníbal, el gran Gustavo y otros siempre vencedores. ¿Habrán llegado por su dicha a ser grandes hombres? No, sino porque siendo grandes han sabido dominar la suerte. Cuando se quieren examinar los resortes de sus triunfos nos admiramos al ver que nada habían dejado de hacer para obtenerlos.

«Alejandro, apenas salido de la infancia, conquista con un puñado de gente una parte del globo; pero, por su parte, ¿fué acaso una simple irrupción a modo de diluvio? No; todo se calculó profundamente, se ejecutó con audacia y dirigió con sabiduría. Alejandro se muestra a la vez gran guerrero, gran político y gran legislador. Desgraciadamente, cuando llegó al cenit de la gloria y de los triunfos se le fué la cabeza y se le vició el corazón. Había empezado con el alma de un Trajano, y acabó con el corazón de un Nerón y las costumbres de Heliogábalo.» Y al pintar Napoleón las campañas de Alejandro veía yo el objeto desde un punto de vista del todo nuevo.

Pasando en seguida a César, dijo que, al revés de Alejandro, empezó su carrera muy tarde, y que, habiendo tenido una juventud ociosa y de las más co-

rrompidas, acabó mostrando el alma más activa, más elevada y más bella; le consideraba como uno de los caracteres más estimables de la Historia. «César—añadió—conquista las Galias y las leyes de su patria; pero ¿es al acaso y a la simple fortuna a quienes debe tan grandes batallas?» Y analizaba, además, las proezas de César, como lo había hecho con las de Alejandro.

«Y aquel Aníbal—decía—, el más valiente de todos, el más admirable quizás, tan osado, seguro y grande en todas sus cosas, que a los veinticinco años concibió lo que apenas es comprensible y ejecutó lo que debía tenerse por imposible: que, renunciando a toda comunicación con su país, atraviesa algunos pueblos enemigos o desconocidos, a quienes es preciso atacar y vencer; escala los Pirineos y los Alpes, que se creía inaccesibles, y no cae sobre Italia sino pagando con la mitad de su ejército la sola adquisición del campo de batalla y el derecho único de combatir; que ocupa, recorre y gobierna esa misma Italia por espacio de diez y seis años; pone muchas veces al borde del precipicio a la temible y soberbia Roma, y no deja su presa hasta que, siguiendo todos su ejemplo, van a combatirle en su propia casa. ¿Quién creerá que no debió su carrera y tan grandes acciones sino a los caprichos del azar y a los favores de la fortuna? En verdad que debía estar dotado de un temple de alma muy fuerte y poseer una alta idea de su saber en el arte de la guerra el que, interpelado por su joven vencedor, no titubeaba en colocarse, aunque vencido, inmediatamente después de Alejandro y de Pirro, que gradúa como los jefes de este arte.

• Todos estos grandes capitanes de la antigüedad —

continuaba Napoleón—y los que después han seguido dignamente sus pasos, no han hecho grandes cosas, sino conformándose con las reglas y principios naturales del arte: esto es, con la exactitud de las combinaciones y la relación razonada de los medios con sus resultados y de los esfuerzos con los obstáculos. No han tenido buen éxito sino sujetándose a estas bases, a pesar de la audacia de sus empresas y la extensión de los sucesos; no han cesado de hacer constantemente de la guerra una verdadera ciencia, bajo cuyo único aspecto son nuestros maestros; y tan sólo imitándoles es como podemos esperar acercarnos a ellos.

»Han atribuído a la fortuna mis primeras acciones, y no dejarán de imputar los reveses a mis yerros; pero si yo escribo mis campañas, se admirarán mucho de ver que en ambos casos, y siempre, mi razón y facultades nada ejercieron sino de conformidad con los principios, etc., etc.»

¡Cuán interesante es que el Emperador cumpla su palabra de escribir sus campañas! ¡Qué comentarios serán los de un Napoleón!

El Emperador continuó analizando de este modo a Gustavo Adolfo y Condé, en quienes, decía, la ciencia parecía ser un instinto, pues la naturaleza los produjo sabios. Turenne, al contrario, no se formó sino con trabajo y a fuerza de instrucción.

Habiéndome adelantado a decirle sobre el particular, que, sin embargo, se había notado que Turenne no había formado discípulos, al paso que Condé había dejado varios y muy distinguidos: «Por capricho del acaso—repuso el Emperador—, fué lo contrario de lo que debía suceder. Pero no siempre depende de los maestros el formar buenos discípulos; es preciso que

la naturaleza se preste: el terreno debe ser a propósito para la semilla ».

Y continuó sobre Eugenio, Malborough, Vendôme, etcétera, sobre el gran Federico, que decía haber sido principalmente táctico por excelencia, y haber poseído el secreto de hacer de los soldados unas verdaderas máquinas; y respecto de él mismo dijo: «¡Cuánto difieren los nombres, algunas veces, de lo que anuncian! ¿Saben ellos mismos, acaso, lo que son? Aquí está uno, que empezó por huir delante de su propia victoria, y que en el resto de su carrera se mostró ciertamente el más intrépido, el más tenaz e impávido de los hombres, etc.»

Después de comer, ocupada la imaginación del Emperador con su trabajo del día, que de algún tiempo a aquella parte seguía con una especie de deleite y satisfacción, habló hasta cerca de la una de la mañana, discurrendo magistralmente y del modo más sutil, fuerte y luminoso, una multitud de objetos de guerra.

Parangonaba la gran diferencia de la guerra de los antiguos respecto de la de los modernos, y decía: «La invención de las armas de fuego lo ha cambiado todo; este gran descubrimiento es ventajoso al que acomete, a pesar de que la mayor parte de los modernos han sostenido lo contrario. La fuerza corporal de los antiguos estaba en razón de sus armas ofensivas, y las nuestras, o de nuestros días, al contrario, están enteramente fuera de nuestra esfera».

En estas materias muy preciosa debe ser su opinión: aquella noche habló sobre ello.

Si dejó Napoleón algunas ideas sobre la mayor parte de las circunstancias militares, se elevó hasta

los más altos conceptos y descendió a los más minuciosos pormenores.

Decía que la guerra se componía solamente de accidentes; y aunque un jefe debe seguir los principios generales, no debe nunca perder de vista todo lo que puede ponerle en el caso de aprovecharlos. El vulgo llamará a esto dicha, y, sin embargo, es más bien la propiedad del ingenio...

Era de sentir que en el estado actual debía darse más consistencia a la tercera fila de infantería, o que se suprimiese; y explicaba los motivos...

Quería, además, que la infantería, cargada por la caballería, tirase desde muy lejos sobre ella, en lugar de tirar a boca de jarro, como se hace en el día, y demostraba la ventaja...

Decía que la infantería y caballería solas, sin artillería, no debían producir resultado alguno decisivo; pero que, con artillería y todo, en proporción, la caballería debía destruir a la infantería, y desenvolvía luminosamente todas estas cosas y otras infinitas.

Añadía que la artillería, actualmente, decidía del destino de los ejércitos y de los pueblos, que lo mismo se batía con el cañón que con los puños, y que en una batalla, así como en un sitio, el arte consistía ahora en converger un gran número de fuegos sobre el mismo punto; que determinada una vez la pelea, el que con más destreza conseguía situar repentinamente y sin conocimiento del enemigo sobre uno de sus puntos una masa impensada de artillería, estaba seguro de vencer; este había sido, decía, su secreto y su grán táctica.

Por lo demás, concluía que no podía haber un verdadero ejército, según él pensaba, sin operar una

gran revolución en las costumbres y educación del soldado, y aun tal vez en las del oficial. Todo lo entorpecían nuestros hornos, almacenes, empleados y carruajes; que no habría ejército hasta que, a imitación de los romanos, el soldado recibiese su trigo, tuviera sus molinillos, cociera el pan en su marmita, etcétera, etc. Y, en fin, que tampoco lo habría hasta tanto que se corrigiese nuestra mala administración, etcétera.

«Yo había meditado—decía—todas estas reformas; pero, para ponerlas en práctica, me hubiera sido preciso estar en una profunda paz: un ejército en guerra no lo permitía; se habría sublevado y desprendido de mí, etc.»

Puesto que me hallo tratando de este asunto, voy a reunir aquí varias notas adquiridas en distintos momentos, sobre las innovaciones proyectadas por el Emperador, no solamente sobre el ejército, sino también respecto de otros objetos esenciales a la organización social:

«En la época de la paz general —dijo además—tuve el proyecto de reducir cada potencia a una inmensa disminución de los ejércitos permanentes. Deseaba que cada soberano se limitase a su sola guardia, considerada como cuadro del ejército que debía formarse en caso de necesidad». Pensaba, si se hubiera visto precisado a conservar un ejército grande en tiempo de paz, emplearlo en los trabajos públicos, darle una organización, un vestido y un modo de mantenerse enteramente particular. Sin duda se hallará una parte de estas cosas en sus *Memorias*; yo sé que las dictó en diferentes ocasiones a aquellos señores.

Decía que las mayores dificultades que había expe-

rimentado siempre en sus planes de campaña y sus grandes expediciones, procedían del alimento moderno del soldado: era preciso hallar el trigo y molerlo, amasar la harina y comer el pan. Así es que el método romano, que aprobaba y hubiera adoptado en todo o en parte, habría zanjado todos estos inconvenientes: «Con él —decía el Emperador— se iría hasta el fin del mundo; pero era preciso tiempo para hacerlos disponer a semejante sistema, que no podía ponerse en ejecución con una simple orden del día. Mucho tiempo hace lo había yo pensado; pero por grande que hubiese sido mi poder, me habría guardado mucho de mandarlo, pues no hay subordinación ni temor cuando están vacíos los estómagos. Sólo en tiempo de paz y con descanso hubiera podido conseguirse insensiblemente, y lo habría obtenido creando nuevas costumbres militares».

El Emperador quería que toda la Nación pasase por la prueba de la conscripción. «Soy intratable sobre las excepciones—decía un día en el Consejo de Estado—; serían otros tantos crímenes y cargos de conciencia el haber hecho matar a uno en detrimento de otro: no sé si aun exceptuaría a mi hijo.» Y en otra ocasión decía que la conscripción era la raíz eterna de una Nación, el crisol de su moral y la verdadera institución de todos los hábitos; y además, añadía que la Nación se hallaba de este modo enteramente clasificada en sus verdaderos intereses, para su defensa exterior y reposo interior. «Organizado y amalgamado así—decía—, el pueblo francés hubiera podido desafiar al Universo; habría podido, y con más razón, recordar aquel dicho de los galos: *Si el Cielo llegase a caer, lo sostendríamos con nuestras lanzas.*»

En su sistema e intenciones, la conscripción, lejos de dañar a la educación, la habría promovido estableciendo en cada regimiento una clase para el principio o la continuación de todo género de trabajos, ora para la instrucción, ora para las artes liberales o para las simples mecánicas. «Y no habría cosa más fácil que obtener todo esto—notaba—; adoptado una vez el principio, se habría visto que cada regimiento sacaba de sus mismas filas cuanto hubiera necesitado, ¡y qué beneficio no fuera para aquellos jóvenes el adelanto en sus conocimientos adquiridos, aunque no hubiera sido más que elemental, con las costumbres que derivarían necesariamente, y cuánto no habría cundido en la masa común de la sociedad!, etc.»

Un día decía además el Emperador, que, si hubiera tenido tiempo, pocas instituciones habrían quedado sin corrección; y se extendió sobre el azote de los pleitos, diciendo que eran una verdadera lepra y un horrible cáncer social. «Mi Código—decía—los ha disminuído ya considerablemente poniendo una infinidad de causas al alcance de todos; pero todavía queda mucho que hacer al legislador, no porque se lisonjee de impedir las disputas de los hombres, las que serán eternas, sido que es preciso impedir que un tercero viva de las querellas de otros dos, y aun no dejar que las excite a fin de vivir mejor. Yo hubiera deseado, pues, establecer que no se pagase a ningún procurador ni abogado si no ganaban las causas. ¡Cuántos pleitos se evitarían de este modo! Pues es evidente que no habría ni uno siquiera que al primer examen de la causa no la desechase si le parecía dudosa. No puede temerse que un hombre que vive de su trabajo quisiera perjudicarse por el solo gusto de charlar; y aun

en este caso, el daño recaería sobre él. Pero con los legistas, al punto se complican las cosas más sencillas: me presentaron una infinidad de dificultades e inconvenientes; y yo, que no podía perder tiempo, abandoné mi proyecto para reproducirlo en ocasión oportuna. Mas aun en el día estoy convencido de que es luminoso, y que, perfeccionándolo o modificándolo, podría sacarse gran partido.

Y después, hablando de los curas, a los que quería hacer muy importantes y útiles, dijo: «Cuanto más ilustrados sean, tanto más aptos serán para el desempeño de su ministerio. Por eso hubiera deseado que a su curso de Teología se les hubiese agregado otro de Agricultura, los elementos de Medicina y de Derecho. De este modo—decía—el dogma y la controversia hubieran algún tanto escaseado insensiblemente en el púlpito, quedando solamente la pura moral, siempre hermosa, elocuente y persuasiva; y como por lo común nos gusta hablar de lo que sabemos, esos ministros de una religión de caridad hablarían con preferencia a los aldeanos de su agricultura, de sus trabajos y de los campos; podrían dar buenos consejos contra los litigios, y buena asistencia a los enfermos: todos ganarían. Entonces los pastores serían verdaderamente una Providencia para sus ovejas, y como se les habrían asignado los medios suficientes para vivir con decencia, disfrutarían de una gran consideración; se hubieran respetado ellos mismos, siéndolo también de todos. No habrían tenido tanto poder como en el tiempo del señorío feudal; mas, sin aquel peligro, hubieran gozado de todo el influjo. Un cura habría sido el juez de paz natural, el verdadero jefe moral y director, sin peligro de la población, puesto que sería de-

pendiente del Gobierno que lo nombrase y asalariase. Si a todo esto se añaden las pruebas y el noviciado necesario para llegarlo a ser, que en cierto modo son una garantía de la vocación, y suponen buenas disposiciones morales, debemos inclinarnos a juzgar que semejantes elementos hubieran formado pastores capaces de producir en los pueblos una verdadera revolución moral en beneficio de la civilización.»

Esto me recuerda haber oído al Emperador en el Consejo de Estado clamar contra toda clase de emolumentos, tales como pie de altar, etc., de los ministros del culto, y demostrar lo indecoroso que era ponerlos en el caso de regatear, decía, unos objetos sagrados e indispensables; por cuyo motivo, proponía abolir todas estas socaliñas. «Haciendo gratuitos los actos de religión —añadía—ennoblecemos su dignidad, beneficencia y sublimidad; favorecemos mucho a las clases pobres, no habiendo cosa más natural ni más sencilla que sustituir a esos emolumentos una imposición legal, pues todos nacen, infinitos se casan y todos mueren; ved ahí, no obstante, tres grandes objetos de agiotaje religioso que repugnan, y yo quisiera que desapareciesen. Puesto que se aplican igualmente a todos, ¿por qué no han de someterse a una imposición especial, o bien incluirlos en la masa de las imposiciones generales, etc., etc.?» Esta proposición no tuvo efecto.

LOS ACTUALES MINISTROS INGLESES.—TODOS LOS MINISTERIOS, OTROS TANTOS HOSPITALES DE LEPROSOS; EXCEPCIONES HONROSAS.—SENTIMIENTOS DE NAPOLEÓN POR LOS QUE LE HAN SERVIDO.

16.—Encontré al Emperador hojeando una especie de almanaque político inglés: habiéndose detenido sobre los individuos del Ministerio, me dijo: «¿Conoce usted a alguno? ¿Cuál era en su tiempo la opinión general sobre ellos?—Señor—le respondí—, hace tanto tiempo que falto de Inglaterra, que casi todos los que representan hoy algún papel no hacían más que empezar entonces su carrera; ninguno estaba aún en primera línea de la escena política.» Y habiendo yo nombrado a lord Liverpool, dijo: «Entre todos estos, el lord Liverpool es el que parece más honrado: me han hablado regularmente de él, y creo que tiene buen comportamiento; yo no me quejo de que sean enemigos míos, pues tienen que hacer su oficio y cumplir con sus obligaciones; pero tengo motivos para indignarme contra sus medidas y fórmulas innobles.» Sobre esto, dije al Emperador que en mi tiempo el padre del lord Liverpool, Mr. Jenkenson, después lord Hawkesbury, y últimamente Liverpool, hizo su fortuna política: se decía que era muy hombre de bien, amigo particular de Jorge III, muy laborioso, y, especialmente, encargado de los documentos diplomáticos.

El Emperador pasó en seguida a lord S...: «Este era un hombre bastante honrado, me han dicho, pero de poca capacidad; uno de aquellos condescendientes

que contribuyen siempre al mal.—Señor, en mi tiempo, y bajo el nombre de Adington, fué orador de la Cámara de los Comunes, y mereció la aprobación general. Era la hechura, según se decía, de Mr. Pitt, y aun aseguraban que este ministro al dejar su empleo lo había hecho nombrar en su lugar con el fin de volver a su puesto más fácilmente cuando le conviniese. Lo cierto es que el público quedó muy sorprendido al ver que Mr. Adington era el sucesor de Mr. Pitt; tan superior a sus fuerzas juzgaban la cosa; y después, hablando de él un periódico de la oposición, recordaba que un filósofo (creo que Locke) había dicho que los niños no eran más que una hoja de papel blanco, sobre la cual aun nada había escrito la naturaleza, a lo que el periodista decía chistosamente que escribiendo sobre la hoja del *doctor* (sobrenombre de Mr. Adington) preciso era convenir que esa buena naturaleza había dejado grandes márgenes.—Y de ese perverso lobo, a cuyo pasto parece que nos han entregado, ese *lord B.*—repuso el Emperador—, ¿qué sabe usted?—Absolutamente nada, señor, ni sobre su origen, ni su persona, ni su carácter.—Pues bien, como a mí no no me es dado juzgarlo desde aquí—dijo con vehemencia—sino por sus acciones respecto a mí, en tal concepto lo tengo por el más vil, bajo y brutal de los hombres. La ferocidad de sus determinaciones, la grosería de sus palabras y la infame elección de su gente, me autorizan a fallar así. No se halla tan fácilmente un verdugo como el que me ha enviado; no, no es la mano tan feliz; preciso es que lo haya buscado, examinado, juzgado e instruído; y la verdad que bastante es esto a mis ojos para pronunciar la condenación moral de cualquiera que sea capaz de entrar

en tales pormenores. ¡Por su conducta puede suponerse cómo será su corazón!»

Confieso que, cediendo al impulso de mi natural y al decoro, he estado a punto de suprimir o suavizar las expresiones que preceden; pero me ha detenido un escrúpulo. «La gran sombra, tan gravemente herida, me he dicho a mí mismo, dirá: «¡Puesto que os habéis propuesto hacerme hablar, conservad al menos mis palabras!...» Así es preciso que haga justicia. Cuando se disfruta de honores y de poder es necesario también responder a los cargos: el inocente debe justificarse, y si lo consigue queda sin mancha alguna.

Habiendo pasado el Emperador al lord C..., dijo: «Ese es el que gobierna a todos los demás, y aun al mismo príncipe, por medio de sus intrigas y audacia. Fuerte, con una mayoría que él mismo ha compuesto, siempre está dispuesto a pelear en el Parlamento con la mayor indecencia contra la razón, el derecho, la justicia y la verdad; poco le cuestan los embustes, nada le detiene, de todo se burla, pues sabe que los votos los tiene constantemente a su favor para aplaudirlo y legitimarlo todo. Ha sacrificado enteramente a su país, y lo tala más y más conduciéndolo al revés de la política, de sus doctrinas e intereses: lo entrega del todo al Continente. La posición se complica cada día más: ¡sabe Dios cómo escapará!

•Lord C...—continuó—está considerado aun en Inglaterra, según se me asegura, como el hombre de la inmortalidad. Empezó por una apostasía política, que aunque común en su país, deja siempre una mancha indeleble. Entró en la carrera bajo los auspicios de la causa del pueblo, y se ha constituido en agente del

Poder y de la arbitrariedad. Si se le hace justicia, debe ser execrado de los irlandeses, sus compatriotas, a quienes ha vendido, y de los ingleses, cuyas libertades interiores ha destruído, lo mismo que los intereses exteriores.

»Tuvo la imprudencia de presentar al Parlamento como hechos auténticos los que sabía muy bien que habían sido falsificados, tal vez por su orden; y, sin embargo, sobre tales actos se sentenció el destronamiento de Murat. Hace profesión de mentir públicamente, todos los días, en pleno Parlamento, y en algunas asambleas públicas, atribuyéndome palabras y proyectos capaces de hacerme odioso a los ojos de sus compatriotas, aunque sabe que todo es falso; y esa acción es tanto más baja, cuanto que me imposibilita para responder.

»Lord C..., discípulo de Pitt, a quien se cree igual, quizás no es, a lo más, sino su imitador, no ha dejado de seguir los planes y conspiraciones de su maestro contra Francia. Y tal vez su pertinacia y obstinación en eso hayan sido sus verdaderas y únicas cualidades; pero Pitt tenía grandes miras; en él el interés de su país estaba sobre todo; tenía ciencia y sabía crear; y desde su isla, como punto de apoyo, gobernaba y hacía obrar según su voluntad a los reyes del Continente. C..., al contrario, sustituyendo la intriga a la creación, los subsidios al ingenio e inquietándose poco por su país, no ha cesado de emplear el crédito e influjo de esos reyes para fijar y perpetuar su poder en su isla. Sin embargo, tal es la marcha de las cosas, que Pitt, con todo su saber, era desgraciado en las empresas, y C..., incapaz, ha acertado completamente. ¡Oh, ceguedad de la fortuna!

»C... se ha mostrado el hombre del Continente; dueño de Europa, ha satisfecho a todo el mundo, y sólo ha olvidado a su país. Sus determinaciones perjudican de tal modo al interés nacional, son tan contrarias a las doctrinas del país y tienen en sí mismas tal carácter de inconsecuencia, que no se comprende cómo una nación prudente se deja gobernar por semejante loco.

»Toma por base la legitimidad, que pretende sentar como dogma político, destruyendo de este modo los cimientos del trono de su amo, y, sin embargo, reconoce a Bernadotte en oposición al legítimo Gustavo IV, que se inmoló en beneficio de Inglaterra. Reconoce también a Fernando VII, en detrimento de su venerable padre Carlos IV.

»Proclama con los aliados, como otra base fundamental, el restablecimiento del antiguo orden de cosas; la indemnización de los agravios, las injusticias y las depredaciones pasadas; en fin, la vuelta de la moral pública, y sacrifica la república de Venecia, que abandona a Austria; la de Génova, con lo que favorece al Piamonte; engrandece a Rusia, su enemiga natural, con Polonia; despoja al rey de Sajonia en favor de Prusia, que ya no puede servirle de ningún apoyo; quita Noruega a Dinamarca, que, más independiente de Rusia, podría franquearle el paso del Báltico; para enriquecer a Suecia sujeta enteramente a los rusos por la pérdida de Finlandia y de las islas del Báltico; en fin, violando los más graves secretos de la política, en general, se olvida en su poderosa situación de restaurar la independencia de Polonia, y de este modo entrega a Constantinopla, expone a toda Europa y prepara mil dificultades a Inglaterra.

»Nada diré de la monstruosa inconsecuencia de un ministro representante de una nación libre por excelencia, que vuelve a poner a Italia bajo el yugo de Austria, esclaviza de nuevo a España y concurre con todas sus fuerzas a remachar las cadenas del Continente entero. ¿Pensará acaso que la libertad no es aplicable sino a los ingleses y que el Continente no está hecho para gozarla? (1) Pero en este último caso aparecerá culpable ante sus propios compatriotas, a quienes priva continuamente de algunos de sus derechos: la suspensión, inoportuna e indiscreta, del *habeas corpus*; el *alien bill*, en virtud del cual, ¡quién lo creyera!, la mujer misma de un inglés, si es extranjera, puede ser expulsada de Inglaterra si le place al ministro. Promueve a lo infinito el espionaje y la delación por medio de agentes provocadores, con cuya infernal invención no hay duda de que siempre se hallarán culpables y se multiplicarán las víctimas; es además una fría violencia y un yugo de hierro que hace pesar sobre algunas potencias extranjeras. No; lord C... no es el ministro de un gran pueblo libre encargado de imponer respeto a las naciones extranjeras, sino un visir de los reyes del Continente, que procura acostumbrar a la esclavitud a sus compatriotas por instigación de aquéllos; es el eslabón o el conducto por cuyo medio se vacían en el Continente los tesoros de la Gran Bretaña y se importan en Inglaterra todas las envenenadas doctrinas de afuera.

(1) Y, en efecto, posteriormente lord C... tuvo la insolencia de hacer, precisamente, esta misma declaración en pleno Parlamento, y casi con las mismas palabras, con motivo de la Constitución de Baden o la de Baviera.

»Parece que se muestra partidario el obsequioso socio de esta misteriosa Santa Alianza, alianza universal, cuya razón ni objeto no podría yo adivinar desde aquí, que nada útil puede ofrecer ni hace presagiar nada bueno. ¿Se dirigiría acaso contra los turcos? Entonces se opondrían los ingleses. ¿Sería, en efecto, para mantener la paz general? Esta es una quimera que no cabe en los Gabinetes diplomáticos; no podrían existir alianzas sino por oposiciones y a modo de contrapeso, ni podrían ser todos aliados; pues entonces la alianza sería ilusoria. Yo no puedo comprenderla sino como alianza de los reyes contra los pueblos; pero, en este caso, ¿qué papel representará el lord C... en el interior de su país? Si tal cosa fuese, ¿no podría, o no debería, pagarlo caro alguna vez?

»Yo tuve en mi poder a ese lord C...—dijo el Emperador—que estaba intrigando en Chatillon, cuando en uno de nuestros triunfos momentáneos mis tropas ocuparon el Congreso. Entonces el primer ministro inglés estaba sin carácter público, y por lo tanto, excluido del derecho de gentes; él lo conoció, y se mostraba en la más espantosa perplejidad por hallarse entre mis manos. Yo mandé a decirle que se tranquilizara, que estaba en libertad; lo hice por mí, no por él, pues en verdad que nada bueno esperaba de su parte. Sin embargo, algún tiempo después manifestó su reconocimiento de un modo particular: cuando vió que yo elegí la isla de Elba me ofreció por asilo Inglaterra, y empleó entonces su elocuencia y astucia para determinarme a ello; pero en el día, las proposiciones de un C... deben parecerme sospechosas. ¡Y no hay duda de que ya meditaba entonces por

aquel medio el horrible tratamiento que en la actualidad se ejerce sobre mi persona!

»Ha sido una gran desgracia para el pueblo inglés que su ministro presidente haya ido a tratar él mismo en persona con los soberanos del Continente; es una violación del espíritu de sus leyes fundamentales. El orgullo inglés no vió entonces sino que su representante iba a dictar leyes; pero en el día tiene motivos para arrepentirse, puesto que el resultado le prueba que, muy al contrario, sólo ha creado trabas, descrédito y perfidias.

»El hecho cierto es que lord C... hubiera podido obtenerlo todo; pero, ya sea por ceguera, incapacidad o perfidia, todo lo ha sacrificado. Sentado una vez en el banquete de los reyes, parece que se avergonzó de dictar la paz a lo *mercader*, y se propuso pactarla como *señor*. Su orgullo ganó con ello, y es probable que sus intereses no perdieran: sólo su país es el que ha sufrido mucho y por largo tiempo.

»Y los reyes del Continente, ¿acaso deberán también expiar el yerro de haber puesto en contacto personal a sus ministros directores? ¿El resultado no nos hace creer que todos esos primeros ministros se han creado, a costa de sus propios amos, una especie de soberanía secundaria, y que se la han garantido recíprocamente, acompañándola, según es visible, de verdaderos subsidios, consentidos con la aquiescencia misma de sus señores? Así parece haberse arreglado la cosa. Y, en efecto, nada es más sencillo e ingenioso al mismo tiempo, pues arreglando el tipo secreto en un punto se decidirá que tal sujeto ha sido muy útil en el Continente, que aún puede serlo y que es preciso saber conocerle. Este, por su parte, tendrá

cuidado de asegurar en su país que otro, indirectamente, ha hecho grandes servicios, hasta el extremo de comprometer sus intereses, y que es preciso recompensarle. Esta especie de convenio, ciertamente le hizo decir a un gran personaje de Viena, en un momento de despecho: *Fulano me cuesta los ojos de la cara*. No hay la menor duda de que esas transacciones innobles y esos vergonzosos manejos se publicarán un día: entonces se verán los enormes caudales legados o consumidos; con el tiempo les consagrarán otras cartas semejantes a las de Barrillon; pero nada descubrirán ni marchitarán ningún carácter, porque los contemporáneos se habrán adelantado a hacerlo.»

Después de este vigoroso y largo discurso, en el cual quizás por primera vez vi a Napoleón en el trato familiar expresarse con tanto ardor y encono contra quienes tenía motivos de quejarse personalmente, guardó silencio algunos instantes, y después, volviendo al asunto, dijo: «¿Y ese C... ha tenido el arte de apoyarse enteramente en el lord W.?—cuyo nombre en aquel momento hallaba el Emperador entre los miembros del Ministerio—; W... —continuó— ¡se ha convertido en hechura suya! ¡Cómo, pues, el moderno Marlborough pudo inscribirse en la servidumbre de un C...! ¡Dedicar sus victorias a las sandeces de un charlatán político! ¿Puede concebirse esto? ¡Cómo no se indigna W... de pensarlo solamente! ¿Acaso no estaría su alma al nivel de sus triunfos?...»

He notado que, en general, repugnaba el Emperador hacer mención del lord W... Comúnmente lo evitaba siempre que se presentaba la ocasión de formar su juicio. Sin duda que creía indecoroso deprimir públicamente al hombre que le había hecho sucumbir.

No obstante, en este momento se abandonó sin reserva, manifestando su pensamiento por entero. La sensación de todas las indignidades con que le afligían, obraba, sin duda, en aquel instante con todo su vigor; nunca le vi (por ser comúnmente tranquilo despreciador de los que más daño le han hecho) expresarse con tanta vehemencia: sus gestos, acento y facciones ya no indicaban la amargura, sino la imprecación; yo mismo estaba conmovido.

«Me han asegurado—dijo—que él es la causa de que yo esté aquí, y lo creo (1). ¡Es preciso confesar que eso es digno del que, con desprecio de una capitulación, dejó perecer a Ney, con quien varias veces se vió en el campo de batalla! Por lo que hace a mí, es cierto que le hice pasar un triste cuarto de hora, pero esto es comúnmente un timbre de honor para las grandes almas; la suya no lo ha sentido así. Mi caída y la suerte que me reservaba le preparaban una gloria muy superior a todas sus victorias; mas no lo ha conocido. ¡Ah, cuánto le debe a Blucker! Sin él no sé dónde estaría *su gracia*, según le llaman; pero yo, seguramente, no estaría aquí; sus tropas se portaron admirablemente, sus disposiciones fueron miserables, o, por mejor decir, no dió ningunas; se puso en la imposibilidad de darlas, y por una casualidad irregular esto mismo le salvó al fin. Si hubiera podido empezar su retirada estaba perdido... Quedó dueño del campo de batalla, es cierto, pero, ¿lo debió a sus combinaciones? Recogió el fruto de una victoria prodigiosa, mas su ingenio, ¿la había acaso preparado?... Su gloria

(1) Esta idea de Napoleón se reprodujo en las últimas líneas que escribió.

es enteramente negativa, sus yerros inmensos. ¡Un generalísimo europeo, encargado de tan grandes intereses, teniendo enfrente un enemigo tan veloz y atrevido como yo, dejar esparcidas sus tropas, dormir en una capital y dejarse sorprender! ¡Cuánto puede la fatalidad cuando toma parte en las cosas! En tres días he visto otras tantas veces al destino de Francia y del mundo entero burlar mis combinaciones.

»Por otra parte, sin la traición de un general que salió de nuestras filas para ir a advertir al enemigo, yo habría dispersado todas sus divisiones antes que hubieran podido reunirse.

»Después, sobre mi izquierda, sin las incertidumbres no acostumbradas de Ney, yo habría destruído al ejército inglés en *quatre bras*.

»En fin, sobre mi derecha las inauditas maniobras de Grouchy, en lugar de procurarme una victoria cierta, consumaron mi pérdida y precipitaron a Francia en un abismo.

»No—repuso aún—, W... no tiene más que un talento especial: Berthier tenía también el suyo. Quizás exceda a éste, pero no tiene creación; la fortuna ha hecho más por él que él por ella. ¡Qué diferencia de este Marlborough, en adelante su émulo y su paralelo! Marlborough, al paso que ganaba batallas, manejaba a los Gabinetes y subyugaba a los hombres; pero W... no ha sabido sino declararse el servidor de las miras y planes de C... Así es que madama de Staël dijo de él que, en sacándolo de sus batallas, no era capaz de formar dos ideas. Los salones de París, de un gusto tan fino, delicado y justo, fallaron desde luego que tenía razón, y el plenipotenciario francés

en Viena lo ha sancionado. Sus victorias, resultado e influjo, brillarán algún tanto en la Historia, pero su nombre se empañará aun durante su vida.»

En seguida, volviendo a los ministerios en general, y sobre todo a los colectivos, a todas las intrigas, grandes y pequeñas pasiones que agitan a los que los componen, dijo: «Caro amigo, bien visto todo, son otros tantos *hospitales de leprosos*: ninguno se escapa del contagio, y, sin duda, puede haber hombres virtuosos que aspiren a estos puestos, pero, una vez obtenidos, todos dejan en ellos su pureza. Y no exceptuaré, quizás, más que dos: el mío y el de los Estados Unidos de América: el mío, porque mis ministros no eran más que agentes míos, y yo era solo el responsable; y el de los Estados Unidos, porque los ministros son allí los órganos de la opinión, siempre íntegra, vigilante y severa». Y concluyó con estas notables palabras: «Yo no creo que ningún soberano se haya visto jamás mejor rodeado que yo lo estaba últimamente. ¿Qué hubiera podido decirse con justicia sobre el particular? Y si no lo han tenido en consideración, es porque, comúnmente, es moda, entre nosotros, murmurar sin intermisión». Y se puso a enumerar sus diferentes ministros.

«Mis grandes dignatarios — decía — Cambaceres y Lebrun, personas muy distinguidas y enteramente benévolas; Bassano y Caulaincourt, dos hombres de buen corazón e integridad; Molé, ese hombre ilustre de la Magistratura, tenía un carácter indicado, probablemente, para ocupar un puesto en los ministerios futuros; Montalivet, muy honrado; Dégres, de un manejo puro y riguroso; Gaudin, de un trabajo muy sencillo y seguro; Mollien era perspicaz y activo; y todos

mis consejeros de Estado muy prudentes y laboriosos. Todos estos nombres permanecen inseparables al mío. ¿Qué país ni época presentó nunca un conjunto mejor compuesto ni más moral? ¡Dichosa la nación que posee tales instrumentos y sabe hacer uso de ellos! Sin alabar mi carácter natural, pues mi aprobación fué, en general, puramente negativa, no por eso dejaba de tener un exacto conocimiento de los que servían bien y han adquirido títulos a mi gratitud. El número es inmenso, y los más modestos no son los menos acreedores a la alabanza: así es que no trataré de nombrarlos; tan sentido podría ser y atribuído a ingratitud el menor olvido de mi parte.»

NUEVA MENCIÓN SOBRE LOS GENERALES DE ITALIA.—
EL PADRE DE UNO DE SUS AYUDANTES.—OBSCENIDADES DE PARÍS.—NOVELA ABOMINABLE SOBRE LOS JUGADORES.

17.—El Emperador estaba indispuerto y no había visto a nadie en todo el día: por la noche me mandó llamar. Yo me mostré muy inquieto por su salud, y entonces me dijo que sufría más del espíritu que del cuerpo, y se puso a conversar, tocando una infinidad de objetos que le reanimaron algún tanto.

Hizo de nuevo mención de los generales de Italia, habló de su carácter y citó algunas anécdotas peculiares a los mismos, indicando la ambición del uno, las fanfarronerías del otro, las tonterías de un tercero, algunas rapiñas de muchos, las buenas cualidades de otros, y los grandes y verdaderos servicios que, en general, hicieron todos. Se detuvo sobre la defección

de uno de los que más había querido, diciendo que se le partió el corazón de dolor, y terminó asegurando que, por lo que conocía de él, suponía que algunas veces debía haber sido muy desgraciado. «Jamás —añadía— defección alguna fué más terminante ni funesta: se halla consignada en el *Monitor* de su propia mano, habiendo sido la causa inmediata de nuestras desgracias, el sepulcro de nuestro poder y la mancha de nuestra gloria, etc.... Y, sin embargo—decía con una especie de recuerdo afectuoso—lo repito, porque lo pienso así: sus sentimientos valen más que su reputación; su corazón es mejor que su conducta, ¿y él mismo no parece que piensa así? Los periódicos no dicen que pidiendo el perdón de Lavalette respondió con ternura a las dificultades del monarca: *Pero, señor, ¿no os he dado yo más que la vida?* Otros nos han vendido también—decía el Emperador—, y de un modo mucho más ruin todavía; pero sus acciones, al menos, no están patentizadas como ésta con documentos oficiales.»

Continuando sobre el mismo asunto, dijo que le había educado como un padre hubiera podido hacerlo con su hijo. No pudo entrar en el real cuerpo de artillería, y hubo de agregarse a un regimiento provincial. «Sobrino—decía el Emperador—de uno de mis compañeros en Brienne en el regimiento de *La Fère*, que me lo recomendó al emigrar, me puso en el caso de servirle de tío y de padre, como, en efecto, se verificó tomando yo un verdadero interés por él e impulsando muy luego su carrera. Su padre era caballero de San Luis, propietario de fraguas en Borgoña, y tenía un caudal considerable.»

Napoleón refería que en 1791, de vuelta a París,

procedente del ejército de Nizá, hallándose la quinta del padre cerca del camino, se detuvo allí, y fué magníficamente tratado: ya empezaba a gozar de cierta reputación. El tal padre, según dijo el mismo hijo, era un verdadero avaro; pero tomó muy a pecho obsequiar a su huésped, que tantas bondades habfa prodigado a su hijo, y lo hizo como los avaros, fastuosamente: quería que se echase la casa por la ventana. Era en Julio o Agosto, y ordenó que encendieran lumbre en todas las habitaciones. «Este rasgo—decía Napoleón—lo habría recogido Molière, etc.»

Mucho después, hablando de las costumbres de París y del conjunto de su inmensa población, enumeraba todas las abominaciones inevitables, decía él, de una capital tan grande, en donde la perversidad natural y la suma de todos los vicios se hallan agujoneados a cada instante por la necesidad, la pasión, el espíritu y todas las facilidades de la mezcla y confusión, y con frecuencia repetía que todas las capitales eran otras tantas Babilonias. Citaba algunos pormenores del más impúdico y horrible libertinaje, diciendo que el Emperador había hecho traer a su presencia y leído el libro más abominable que pudiera inventar la más depravada imaginación, el cual era una novela, que aun en tiempo de la Convención sublevó la moral pública hasta el punto que se hizo encerrar a su autor, que después no recobró la libertad, y aún lo creía vivo; su nombre se me ha olvidado, y por primera vez oí citar semejante producción.

El Emperador trató, en cuanto se lo permitieron las circunstancias, de reprimir algunas de estas obscenidades; pero no se sintió con fuerzas para descender a las pequeñeces de otras. Por ejemplo, suspen-

dió el juego enmascarado, y aun quiso prohibir todas las casas de juego; pero cuando quiso tratar la cosa a fondo, se encontró que era negocio de mucha importancia. Y como yo le contase que la policía nos impidió que jugásemos entre nosotros en una de las primeras casas del arrabal de Saint-Germain, respondió que no comprendía la causa de semejante vejación; sin embargo, le aseguré que se había hecho en su nombre de parte de Fouché. «Podrá ser—replicó—; pero yo lo ignoraba, y crea usted que lo mismo sucedía respecto de todos los pormenores de la policía alta, mediana y baja.» Y entonces me preguntó sobre el juego de que acababa de hablarle, su naturaleza, extensión, etc.

Y como yo le decía siempre *nosotros*, me interrumpió diciendo: «¿Pero usted era especialmente de aquella partida? ¿Habría sido usted jugador?—¡Ah!, sí, señor, por mi desgracia, de tiempo en tiempo y en largos intervalos; pero siempre que esta rabia se apoderaba de mí, era hasta la indigestión.—Mucho me alegro de no haberlo sabido en aquel tiempo, pues usted habría desmerecido en mi concepto y no hubiera ocupado ningún destino. Esto me prueba que nos conocíamos muy poco, y que usted no hacía sombra a nadie, pues no habría faltado algún alma caritativa de mis allegados que me lo hubiera prevenido. Era pública mi disposición contra los jugadores, y sabían que al instante perdían mi confianza. Yo no tenía tiempo de examinar si tenía razón, sino lo que hacía era no contar más con ellos.»

PONIATOWSKI, VERDADERO REY DE POLONIA. — RASGOS CARACTERÍSTICOS SOBRE NAPOLEÓN. — DICHOS VARIOS; NOTAS PERDIDAS.

18 y 19.—Hablabamos de Polonia, conmovida a la voz del Emperador, y de los reyes a quienes la creímos destinada, nombrando cada uno el suyo. Napoleón, que hasta entonces había guardado silencio, nos interrumpió diciendo: «El verdadero rey de Polonia era Poniatowski, que reunía todos los títulos y estaba dotado de todos los conocimientos necesarios al efecto.» Y se calló.

En este día tuve poco que recoger del Emperador, y desde aquella época poco le oí. Voy a llenar este vacío insertando aquí distintos objetos que encuentro indicados entre algunas notas esparcidas sobre la misma carpeta de mi *Diario*.

A su vuelta de la desastrosa campaña de Leipzig, una mañana, después de haber dado el Emperador algunas órdenes al general Gerard, cuya reputación empezaba a tomar incremento, terminó con varias frases evidentemente lisonjeras, mas en su fondo bastante oscuras; y después de haber andado algunos pasos para continuar su visita de asuntos, se volvió repentinamente hacia el mismo general, habiendo probablemente penetrado en su semblante que no había entendido, y pronunció claramente aquella voz: «Yo decía que si tuviera un buen número de personas como ustedes, creería que se reparaban nuestras pérdidas, y me consideraría superior a mis asuntos.»

En la misma época conocí hasta qué punto podía

llegar el ascendiente moral del Emperador sobre ciertos espíritus, y qué especie de culto podía dársele. Un general, cuyo nombre ignoro, herido gravemente en la pierna, se arrastró como pudo para ir a ver a Napoleón, que en aquella época había prodigado muchos favores. Ya habían instruído a éste que era absolutamente indispensable la amputación, y que aquel desgraciado oficial se negaba a ello; llegando el Emperador, le dijo éste. «¿Cómo puede usted rehusarse a una operación que debe conservarle la vida? El temor no será; ¡tantas veces se ha expuesto usted en las batallas! ¿Sería por desprecio de la vida? Pero, ¿cómo es que su corazón no le dice que con una pierna de menos se puede aún ser útil a la patria y hacer grandes servicios a su país?» El general guardaba silencio; su semblante y continente aparentaban calma, pero en sentido negativo, y el Emperador, entristecido, había pasado revista a varias personas, cuando el general, demostrando haber recuperado sus fuerzas, y tomando una resolución repentina, se dirigió al Emperador y le dijo: «Señor, si vuestra majestad me da la orden, voy a ello al salir de aquí.» A lo que replicó Napoleón: «Caro amigo, mi autoridad no se extiende hasta ahí; he deseado decidirle a usted por la persuasión solamente, pero mandarlo, ¡Dios me libre de tal cosa!» Y quiero acordarme que se dijo entonces que el desgraciado general, al salir de allí, fué a someterse a la terrible operación.

Un día preguntaban delante de Napoleón por qué razón las desgracias aún inciertas atormentaban algunas veces mucho más que las verdaderas. «Es—repuso él—porque en la imaginación, como en el cálculo, la fuerza de la incógnita es *inconmensurable*».

Ocupándose el Emperador minuciosamente de la comodidad y mejoras de los mercados en la capital, decía comúnmente: *La halle est le Louvre du pleuple* (el mercado es el Louvre del pueblo) (1).

La igualdad de los derechos, esto es, una misma facultad para todos de aspirar, pretender y obtener, era una de las grandes prendas del carácter de Napoleón, innata en él e identificada con su propia naturaleza. «Yo no he reinado siempre—decía—; antes de ser soberano, me acuerdo de haber sido súbdito, y no he olvidado toda la fuerza que ese sentimiento de igualdad tiene en la imaginación, y cuán vivo está en el corazón.» Lo mismo decía de la libertad.

Dando a redactar un día a uno de los consejeros de Estado cierto proyecto, le decía: «Sobre todo no oprima usted a la libertad y mucho menos a la igualdad, pues por lo que hace a la libertad, a todo rigor podría tocársela algún tanto, las circunstancias lo exigen y nos servirán de excusa; pero en cuanto a la igualdad, de ningún modo. ¡Dios me libre! Esta es la pasión del siglo, ¡y yo soy y quiero ser siempre hijo del siglo!»

Un día decía en Santa Elena: «Yo creo que la Naturaleza me había formado para grandes reveses, los cuales han hallado en mí un alma de mármol, pues no habiendo podido hacerme mella, el mismo rayo ha tenido que resbalarse».

En otra ocasión decía que no dudaba que su me-

(1) En París dan el nombre de *halle* a cualquiera de los mercados de comestibles, y la voz *Louvre* es peculiar a un magnífico palacio, en donde se halla una rica colección de pinturas, estatuas, etc.

moria ganaría mucho al paso que avanzase en la posteridad, porque los historiadores se creerían precisados a vengarle de tantas injusticias contemporáneas. Los excesos traen consigo las reacciones, y por otro lado, a una gran distancia, se le examinaría bajo un aspecto más favorable, y aparecería desembarazado de mil nubes juzgándolo en grande, y de ningún modo sobre pequeñeces; fallarían sobre las grandes combinaciones, y se dejarían a un lado las irregularidades locales, y no lo compararían consigo mismo, sino con sus sucesores, etc.; y concluía: «Desde hoy, como en esos tiempos, puedo presentarme con arrogancia ante el tribunal más severo, y someterle todas mis acciones privadas, mostrándome exento de todo crimen».

El Emperador me dijo un día que se proponía emprender su *Historia diplomática* o el conjunto de sus negociaciones, empezando por Campo Formio hasta su abdicación. Si pone en ejecución su pensamiento, ¡qué tesoro histórico será!

Napoleón estimaba particularmente a los alemanes. «Bien pude haberles impuesto muchos millones—decía—, era necesario, pero me habría guardado bien de insultarlos con desprecio. Yo les estimaba, y nada hay de extraño que los alemanes me aborreciesen, pues me obligaron por espacio de diez años a batirme sobre sus cadáveres; no podían conocer mis verdaderas disposiciones ni juzgar de mi segunda intención, que tan favorable era para ellos.»

El Emperador decía un día, hablando de una determinación suya: «Yo no quería hacer nada de eso, pero me enternecí y cedí, e hice mal, pues el corazón de un hombre de Estado debe estar en su cabeza».

Napoleón decía que nuestras facultades físicas se avivan con los peligros o las necesidades. «Así como el beduino del desierto tiene la vista penetrante del lince, y el salvaje de los bosques el olfato del perro.»

Citaban a uno, el cual, aunque distinguido por sus conceptos y hechos, dejaba, sin embargo, descubrir algunas veces ciertos vacíos chocantes en sus modales y expresiones; el Emperador explicaba esta inconsecuencia, diciendo: «Usted verá cómo peca en la primera educación; sus pañales habrán sido muy comunes e indecentes».

Hablando del peligro en que había estado en el Consejo de los Quientos, en la época de brumario, lo atribuía militarmente sólo a la situación del invernadero de los naranjos, en donde hubo de penetrar por uno de los extremos para recorrerlo del uno al otro lado. «La desgracia—decía—fué que no pude presentarme de frente, y me vi en la precisión de prestar el flanco.»

Hablaban de uno que creía hacerse respetar con cierto tono y expresiones que llegaban a ser amenazas. «Eso es ridículo en el día—decía—; nadie tiene ya miedo, ni aun los niños; ahí está Manolito—mostrando a mi hijo—, que es capaz de tirarse un pistoletazo sin duda alguna con cualquiera que lo apetezca.» Estas palabras de Napoleón influirían quizás sobre el resto de su vida.

Apoyando el Emperador en último análisis sobre la infalibilidad del triunfo de las ideas modernas, decía: «¿Cómo no vencerían? Obsérvese bien el curso de las cosas: ¡en el día, aun oprimiendo, se pervierten!»

En otra ocasión sostenían que él no era amigo de darse importancia. «Es porque en mí—decía—, la mo-

ralidad ni la bondad no están en mi boca, sino en mis nervios. Mi mano de hierro no estaba al extremo del brazo, sino que dependía inmediatamente de mi cabeza: la Naturaleza no me la ha dado; el cálculo sólo me la hace mover.»

Hablando de la nobleza que había creado, se admiraba de que no hubiesen comprendido sus miras; sin embargo, decía que fué una de sus grandes ideas y de las más completas y felices. Se propuso tres objetos de la mayor importancia y todos los habría conseguido, a saber: reconciliar Francia con Europa, restablecer la armonía aparentando adoptar sus costumbres, reconciliar al mismo tiempo y amalgamar enteramente la Francia nueva con la antigua; en fin, hacer desaparecer de una vez la nobleza feudal, la única ofensiva y contra naturaleza. «Con mi creación—decía el Emperador—conseguía sustituir una cosa positiva y meritoria a algunas preocupaciones antiguas y detestadas. Mis títulos nacionales restablecían cabalmente aquella igualdad que la nobleza feudal había proscrito: toda especie de mérito alcanzaba aquel honor. A los pergaminos sustituía yo las grandes acciones, y a los intereses privados los de la patria. Ya no se fijaba el orgullo en ciertas pretensiones imaginarias, sino en las páginas más brillantes de nuestra historia. En fin, yo hacía desaparecer el chocante privilegio de la sangre; idea absurda, porque no existe realmente sino en una clase de hombres, puesto que nadie ha visto nacer a los unos con botas y a los otros descalzos.

»Toda la nobleza de Europa, que la gobierna de hecho, cayó en el lazo, aplaudió unánimemente una institución que, en sus ideas, presentándose como

nueva, realizaba su preeminencia; y sin embargo, aquella novedad iba a miñarla en sus cimientos, y la hubiera infaliblemente destruído. ¿Por qué causa, pues, la opinión que yo hacía triunfar sirvió precisamente a sus enemigos? Esta desgracia la he tenido yo varias veces.»

SOBRE LAS DIFICULTADES DE LA HISTORIA.

20. — «Es preciso convenir—me decía el Emperador—que las *verdades constantes* son muy difíciles de consignar en la Historia. Por fortuna, la mayor parte de ellas son más bien objeto de curiosidad que de efectiva importancia. ¡Hay tantas verdades!... La de Fouché, por ejemplo, y otros intrigantes de su laya, la de muchos hombres de bien, diferirán alguna vez de la mía. Esta verdad histórica tan implorada, y a la que todos apelan, no es por lo común otra cosa más que una palabra; es posible escribirla aun en el acto de los acontecimientos, y con el calor de las pasiones complicadas; y si después se ponen de acuerdo, es porque los intereses o los contradictores no existen ya. Y entonces, ¿qué es por lo común esa verdad histórica? Una fábula en que todos han convenido. Así se ha dicho muy ingeniosamente que en todos esos asuntos hay dos partes esenciales muy distintas: los hechos materiales y las intenciones morales. Los primeros parece que debieran ser incontrovertibles; y, sin embargo, véase si hay dos relaciones que se parezcan: las hay que pudieran declararse pleitos ordinarios.

»En cuanto a las intenciones morales, ¿cuál es el

medio de descubrirlas, aun suponiendo buena fe en los historiadores? ¿Y cuál será si los mueve la mala fe, el interés y la pasión? Yo he dado una orden, supongo; pero ¿quién ha podido leer en el fondo de mi pensamiento mi verdadera intención? Y, sin embargo, todos se apoderan de esa orden, cada cual la glosa a su antojo, la acomoda a su plan y a su sistema individual. Considérese el diferente colorido que va a darle el intrigante, en la parte que no le agrada, o por el contrario puede servir a la intriga, desfigurándola completamente. Lo mismo sucederá con el hombre de suposición a quien los ministros o el soberano hayan indicado confidencialmente alguna cosa sobre el particular. Idéntico será aún el resultado respecto de los infinitos ociosos del palacio, que no teniendo más que escuchar en las puertas, inventan cuando nada han oído. ¿Y cada uno de por sí podrá estar seguro de lo que escriba? Y las clases inferiores, que lo habrán sabido por el conducto de esas bocas privilegiadas, ¿podrán estar también seguras? Las memorias, los apodos y las anécdotas de las tertulias vuelan entonces... ¡y en verdad, amigo, que tal es la Historia! Yo he visto disputarme a mí mismo el pensamiento de una batalla, la intención de mis órdenes y fallar contra mí. ¿No equivale esto al mentís de la criatura respecto del que la ha criado? Y no obstante, mi contradictor tendrá sus partidarios. Por esta causa no he escrito mis memorias particulares, ni emitido mis sentimientos individuales, de donde habrían resultado naturalmente los secretos de mi carácter privado. Yo no podía rebajarme a hacer unas confesiones como las de Rousseau, que las hubiera atacado un cualquiera. Así es, que he pensado dictarle a usted

aquí solamente sobre actos públicos; bien sé que aun estas relaciones pueden combatirse; pues ¿cuál es el hombre en el mundo, cualquiera que sea su razón, fuerza y poder de su derecho, que no sea desmentido y atacado por la parte contraria? Pero a los ojos del sabio, del imparcial, del reflexivo y del racional, mi dicho valdrá tanto como el de otro cualquiera, y no temo mucho la decisión final.

»Existen desde hoy tantas luces, que cuando las pasiones hayan desaparecido y las nubes pasado, yo me fío en la claridad que resulte. ¡Pero cuántos errores intermedios! Comúnmente se supondrá mucha profundidad y sutileza de mi parte en lo que quizás fué lo más sencillo del mundo, suponiéndome proyectos que jamás tuve. Se preguntarán si, en efecto, aspiraba yo a la monarquía universal o no; discurrirán largamente para saber si mi autoridad y mis actos arbitrarios derivaban de mi carácter o de mis cálculos; si eran efecto de mi inclinación o de la fuerza de las circunstancias; si las guerras procedían de mi gusto o si sólo me batía para defenderme; si mi inmensa ambición, que tanto se me echa en cara, tenía por guía el ansia de dominar, o el deseo de la gloria, la necesidad del orden y el amor del bienestar general; pues bien merece que se considere bajo estos diversos aspectos. Muchas veces se alambicará o se torcerá lo que fué enteramente natural y derecho. A mí no me corresponde tratar aquí todas estas materias, pues no sería otra cosa sino hacer mi defensa, y yo la desdeño.

»Si en lo que he dictado sobre los asuntos generales la rectitud y sagacidad de los historiadores hallan materia para formar una opinión justa y verdadera, nada digan sobre lo que no menciono en buen hora.

Pero al lado de esas débiles centellas, ¡de cuántas falsas luces se hallarán combatidas!... Lo serán por las fábulas e imposturas de los grandes intrigantes, los cuales, teniendo cada uno su objeto, manejos y negociaciones particulares, e identificándose con el hilo verdadero, enredan el todo de un modo desenmarañable hasta para las revoluciones, los expedientes y aun para los asuntos de mis buenos ministros, que aún podrán asegurar menos de lo que han creído; ¿pues cuál de ellos supo enteramente mi pensamiento general? Su negociado especial no era por lo común más que algunos elementos del gran todo, que ni aun sospechaban. No habrán, pues, visto otra cosa sino la faz del prisma que les era relativa, y aun, ¿cómo la habrán considerado? ¿Habría llegado a sus alcances plena y entera? ¿No aparecía hecha pedazos? Y; no obstante, no habrá uno probablemente que al deslumbrarse con ciertos rayos de luz no falle que mi verdadero sistema era el resultado fantástico de sus propias combinaciones; y de aquí partirá también la fábula que se llamará historia, no pudiendo ser de otro modo. Es verdad que, como son muchos, regularmente estarán discordes. Por lo demás, en sus afirmaciones positivas se mostrarán más diestros que yo, que muchas veces me habría visto casi imposibilitado de afirmar con verdad mi pleno y entero pensamiento. Bien sabido es que yo no me obstinaba en dirigir las circunstancias por mis ideas, sino que en general me dejaba conducir por ellas. Y de este modo, ¿quién puede con antelación responder de los casos fortuitos y de los accidentes inopinados? ¡Cuántas veces, pues, he debido cambiar esencialmente! Así es que he tenido miras generales, más bien que planes concertados.

La masa de los intereses comunes, lo que yo creía ser el bien del mayor número, eran las áncoras a que yo me había amarrado, en cuyo derredor y al acaso flotaba la mayor parte del tiempo, etc.»

VISITA CLANDESTINA DEL CRIADO QUE ME HABÍAN QUITADO. — SUS OFRECIMIENTOS. — SEGUNDA VISITA. — TERCERA: YO LE CONFÍO MISTERIOSAMENTE MI CARTA AL PRÍNCIPE LUCIANO, LO QUE FUÉ CAUSA DE MI DEPORTACIÓN.

Del 21 al 24. — La víspera, por la noche, me quedé con el Emperador hasta cerca de las dos de la mañana; al entrar en mi habitación supe que había tenido una visita que se había cansado de esperarme.

Aquella visita, recibida por mi hijo, y que entonces la prudencia exigía escribirla en mi *Diario* con disfraz y misterio, ahora puede explicarse con toda franqueza.

Era, pues, nada menos que la aparición clandestina del criado que sir Hudson Lowe me había quitado. Favorecido por la oscuridad de la noche y por sus conocimientos locales, había vencido todos los obstáculos, burlado los centinelas y escalado algunos barrancos para venir a verme y decirme que, habiéndose ajustado con uno que partía en breve para Londres, venía a ofrecerme sus servicios para cualquier cosa que fuese. Me había esperado mucho tiempo en mi cuarto, y viendo que no parecía tomó el partido de irse, temeroso de que lo sorprendiesen; pero prometió volver, ya fuese bajo el pretexto de ver a su hermana, que estaba sirviendo en nuestro establecimien-

to, o ya valiéndose de los mismos medios que acababa de emplear.

Al día siguiente fui al instante a participar al Emperador mi buena fortuna, de lo que se mostró muy satisfecho y aparentó darle importancia. Yo me puse muy contento, y repetía con calor que ya hacía más de un año que estábamos allí, sin que hubiésemos dado un solo paso para mejorar de suerte; al contrario, estábamos cada día más estrechados, maltratados, tiranizados y perdidos para el Universo; Europa ignoraba nuestra verdadera situación, y a nosotros tocaba hacerla conocer. Las gacetas nos instruían constantemente del velo impostor con que se nos cubría y las imprudentes y groseras falsedades de que éramos objeto. A nosotros corresponde, decía yo, publicar la verdad, a fin de que llegue a los mismos soberanos, que la ignorarán quizás; los pueblos la sabrán también y su simpatía será nuestro consuelo, y el grito general de indignación nos vengará, al menos, de nuestros verdugos, etc.

Desde aquel momento nos pusimos a analizar nuestros archivos. El Emperador hizo la distribución, decía, de la parte que cada uno de nosotros debía transmitir inmediatamente; sin embargo, se pasó todo el día sin que se hiciese nada sobre el particular. Al día siguiente, viernes, en cuanto vi al Emperador le recordé el asunto de la víspera, y aquella vez me pareció menos interesado en ello, y terminó diciendo *que era preciso ver...* Aquel día se pasó como la víspera, y yo estaba impaciente.

Por la noche, como para instarme más, volvió a visitarme mi criado, reiterándome sus más amplios ofrecimientos. Le dije que me aprovecharía de ellos

y que él podía obrar sin escrúpulos, porque de ningún modo le expondría a ningún peligro, a lo que respondió que eso le era indiferente y que ejecutaría cuanto yo quisiera encargarle, advirtiéndome solamente que vendría a recogerlo al día siguiente, domingo, sin falta, víspera probable de su partida.

Al presentarme al siguiente día, sábado, en el aposento del Emperador, me apresuré a participarle esta última circunstancia, apoyándome en que ya no nos quedaban más que veinticuatro horas; pero Napoleón me habló con mucha indiferencia de otras cosas, de lo que me quedé admirado. Yo conocía al Emperador, y aquella especie de distracción o frialdad no podía ser efecto de la casualidad, y mucho menos del capricho. Pero ¿cuál podía ser el motivo? Esto me afectó y me puso triste y melancólico todo el día. Llegó la noche, y la misma sensación que me había atormentado todo el día me impidió dormir. Repasaba con sentimiento en mi imaginación todo lo que pudiera tener relación con este objeto, cuando de repente un rayo de luz vino a iluminarme. ¿Qué exigía yo del Emperador?, me pregunté, que descendiese a la narración de insignificantes pormenores demasiado inferiores a él. No hay duda de que la desaprobación y un malhumor secreto habrán causado el silencio que tanto me extraña. ¿Le seríamos enteramente inútiles? ¿No podríamos servirle sino afligiéndole? Y entonces recordé muchas de sus observaciones pasadas. ¿No le había yo dado conocimiento de la cosa, y aprobádola él? ¿Qué más había yo de hacer? (1) En adelante me toca-

(1) Por el *Diario* del doctor O'Meara supe, al cabo de seis años, que cabalmente había adivinado la opinión del Emperador.

ba a mi obrar, por lo que decidí al instante, resolviéndome a seguir adelante, sin volverle a hablar más del asunto; y para que todo quedase en secreto resolví guardarlo yo solo.

Hacia algunos meses que ya había podido conseguir la remisión de la famosa carta en respuesta a sir Hudson Lowe, tocante a los comisarios de los aliados, el primero y único documento que hasta entonces se hubiera expedido a Europa. El que quiso encargarse de él me trajo un gran pedazo de raso, una parte del cual estaba escrita; aún conservaba algún resto en blanco, cabalmente lo que necesitaba; así es que todo concurrió a precipitarme en el abismo en que iba a caer.

No bien fué de día cuando puse en manos de mi hijo (de cuya reserva estaba seguro) el resto del raso, sobre el cual empleó todo el día en copiar mi carta al príncipe Luciano. Llegada la noche, mi buen mulato fué fiel a su palabra, y cosió él mismo a su ropa (pues entendía algo el oficio de sastre) lo que le confié, despidiéndose de mí, prometiéndole yo otras cosas si volvía, y si no, que le deseaba buen viaje, etc.; y me acosté con el corazón descargado, satisfecho el espíritu de la feliz ocupación de aquel día. ¡Cuán lejos estaba en aquel momento de imaginar que acababa de romper con mis propias manos el hilo de mi destino en Longwood!

¡Ah! Ahora se verá que sin haberse pasado veinticuatro horas, bajo el pretexto de esta carta, me sacan de Longwood, y mi persona y papeles pasan a poder y entera disposición del gobernador sir Hudson Lowe. Se me preguntará por qué tuve tan poca desconfianza y no sospeché que fuese posible que me tendiesen

un lazo: respondo que mi criado me había parecido hombre de bien, yo le creía fiel; y además aún no había concebido la idea de los agentes provocadores, cuya nueva invención, honorífico patrimonio de los ministros ingleses, tanto ha prosperado después en el Continente.

MI SEPARACIÓN DE LONGWOOD.

25.—A eso de las cuatro me mandó llamar el Emperador, que acababa de concluir su trabajo, y se mostraba muy contento. «Me he ocupado todo el día con Bertrand en la fortificación—me dijo—, y así me ha parecido el tiempo muy corto.»

Yo me había reunido con el Emperador en aquella especie de césped que estaba inmediato a la tienda, y desde allí pasamos a la alameda que conduce al jardín. Trajeron un plato con cinco naranjas, azúcar y un cuchillo: no se encuentran en la Isla, y las traen del Cabo; a Napoleón le gustaban mucho, y aquéllas procedían de un obsequio de lady. Malcolm, repitiendo el almirante este regalo siempre que se le presentaba ocasión: tres éramos en aquel momento cerca del Emperador, quien me dió una de aquellas naranjas para mi hijo, y se puso él mismo a preparar y cortar las otras; sentado sobre el tronco de un árbol, comía y distribuía alegre y familiarmente a cada uno de nosotros; yo saboreaba como por instinto aquel momento encantador. ¡Ah, cuán lejos estaba de imaginar que éste debía ser el último don que recibiese de su manol...

Napoleón se puso en seguida a dar algunos paseos

por el jardín; y como el viento que reinaba era algo frío, se volvió adentro, haciendo que le siguiese yo solo al salón y a la sala de billar, que la anduvo toda: me habló nuevamente de su trabajo de aquel día, preguntándome qué había hecho yo, y habiéndose fijado después la conversación respecto de su casamiento, se extendió sobre las funciones que hubo y sobre el terrible accidente de la de Mr. Schwartzemberg, del cual interiormente me prometía yo hacer un interesante artículo en mi *Diario*, cuando el Emperador se interrumpió de repente para mirar por la ventana un grupo considerable de oficiales ingleses que se dirigía hacia nosotros por la puerta de nuestro recinto: era el gobernador acompañado de mucha gente. El gran mariscal, que entraba en aquel momento, nos dijo que el gobernador había venido ya por la mañana, y que estuvo mucho tiempo con él, y además, añadió, se hablaba de no sé qué movimiento de tropas, cuyas circunstancias nos parecieron singulares; y al punto me vino a la imaginación la carta clandestina entregada a mi antiguo criado, lo que me figuré sería la causa de tal movimiento. En efecto, pocos instantes después vinieron a decirme que el coronel inglés, imagen de sir Hudson Lowe, me aguardaba en mi aposento. Yo hice seña de que estaba con el Emperador, quien me dijo pocos minutos después: «Vaya usted a ver lo que quiere ese animal». Y al retirarme añadió: «*Y sobre todo, vuelva usted pronto*». He aquí las últimas palabras de Napoleón para mí. Su acento y el sonido de su voz resuenan todavía en mis oídos. ¡Cuántas veces después me he complacido en pensar en esto! ¡Qué encanto, qué pena puede a la vez contener tan doloroso recuerdo!

El que me había mandado llamar era el favorito y el agente ejecutor del gobernador, con el cual trataba yo con bastante frecuencia a título de intérprete. Apenas me vió, cuando con un semblante benigno y un tono de voz melosa me preguntó con interés por el estado de mi salud: éste fué el beso de Judas...; pues habiéndole ofrecido que se sentase en mi canapé y sentándome yo, se aprovechó de aquel momento para colocarse entre la puerta y mi persona: cambió repentinamente su semblante y lenguaje y me notificó que me arrestaba en nombre del gobernador sir Hudson Lowe, con motivo de una denuncia de mi criado sobre correspondencia clandestina: mi cuarto estaba ya rodeado de dragones, y toda observación era inútil, siendo preciso ceder a la fuerza; y me sacaron de allí conducido por una numerosa escolta.

Me habían separado de mi hijo, que estaba también arrestado en mi cuarto; poco después se reunió conmigo, escoltado igualmente; por cuya razón, desde aquel instante, parte nuestra interrupción repentina y el término final de toda comunicación con Longwood. Nos encerraron a ambos en una miserable choza, contigua a la anterior habitación de la familia de Bertrand. Fué preciso acostarme sobre una mala camilla con mi desgraciado hijo, so pena de dejarle en el suelo, cuando yo le creía en aquel momento en peligro de muerte: se hallaba amenazado de una aneurisma, y algunos días antes le faltó poco para que expirase en mis brazos. Hasta las once nos tuvieron sin comer; y como para proveer a las necesidades de mi hijo quisiese pedir un pedazo de pan a los que nos rodeaban en la puerta y ventana, sólo encontré por

toda respuesta en donde me presenté bayonetas y más bayonetas.

RECONOCIMIENTO JUDICIAL DE MIS PAPELES.

25 y 26.—¡Qué noche la primera que se pasa encerrado entre cuatro paredes! ¡Qué pensamientos! ¡Qué reflexiones! Sin embargo, la primera idea de la noche estaba aún intacta en mi imaginación por la mañana. ¡Me hallo solamente a algunos minutos de Longwood, me decía yo; y no obstante, tal vez la eternidad ya nos separa!

Al día siguiente por la mañana el gran mariscal, acompañado de un oficial, pasó no muy lejos de mi choza y me llamó. Le pregunté cómo estaba el Emperador. Bertrand iba a Plantation House, a casa del gobernador: era indudablemente sobre mi asunto; pero ¿cuál podía ser su encargo? ¿Cuáles eran el pensamiento y deseos del Emperador sobre el particular? Esto es lo que me ocupa en el momento. A su vuelta, el gran mariscal me hizo con tristeza una seña, que me dió la idea de un adiós, y me partió el corazón.

En aquella misma mañana, aún el general Gourgaud y M. de Montholon vinieron hasta la antigua morada de madama Bertrand, y se pusieron enfrente de mí y bastante cerca. Muy lisonjero me fué verlos e interpretar sus miradas de interés y amistad; solicitaron, aunque en vano, la facultad de llegar hasta mí.

Durante mi arresto no habían estado ociosos en mi antiguo alojamiento. Un comisario de policía (importación reciente en la colonia, primera tentativa de esta naturaleza, y, según creo, arriesgada en el sue-

lo británico) hizo su primer ensayo en mi casa. Había registrado mi papelera, forzado los cajones y apoderándose de todos mi papeles; y deseando mostrar su habilidad y celo, procedió en seguida a deshacer nuestras camas, desmontar mi canapé, y no trataba nada menos que de llevarse las tablas, etc.

El gobernador, dueño ya de todos mis papeles y seguido de ocho o diez oficiales, quiso presentármelos como en triunfo. A este efecto, habiendo bajado a la antigua vivienda de madama Bertrand, que estaba enfrente de mi arresto, me mandó preguntar si quería ir a presenciar su inventario, o si prefería que se hiciese en mi morada. Yo respondí que, puesto que me dejaba la elección, el último partido me sería más agradable. Cuando todos estaban ya sentados, me levanté para protestar altamente contra el modo indecoroso con que se me había sacado de Longwood, contra la ilegalidad con que se habían sellado mis papeles en mi ausencia; en fin, protesté contra la violación que se iba a hacer de mis papeles secretos, depositarios sagrados de mis pensamientos, que no debían existir sino para mí, y de los cuales nadie en el mundo había tenido conocimiento, declamando contra el abuso que de ellos podía hacer el poder. Dije a sir Hudson Lowe que si creía que las circunstancias exigiesen que él se enterase de su contenido, podía someterlo a su prudencia; que semejante lectura no me comprometía en manera alguna, pero que debía a mí mismo y a los principios exigir aquella responsabilidad, y no ceder sino a la fuerza, para no autorizar el acto con mi consentimiento.

Estas palabras de mi parte y en presencia de todos aquellos oficiales, contrariaron mucho al gobernador.

quien, en tono irritado, me dijo: «Señor conde, no empeore usted su posición, que demasiado mala es ya», haciendo alusión, sin duda, a la pena de muerte en que incurriamos, según nos repetía con frecuencia, en el caso de prestarnos a la evasión del gran cautivo.

En el momento de proceder a la lectura llamó al general Bingham, comandante segundo de la isla, para que tomase en ella parte personal; pero la delicadeza e ideas de éste diferían mucho de las del gobernador. «Sir Hudson Lowe — le dijo con cierto aire de desdén —: suplico a usted que me dispense; yo no me creo capaz de leer ese carácter de letra francesa.»

Yo no tenía para qué oponerme a que el gobernador tomase conocimiento de mis papeles; por lo tanto, le dije que los examinase, no como juez ni magistrado, pues él no era para mí ni lo uno ni lo otro, sino amistosamente, y por pura condescendencia. Desde luego, se apoderó de mi *Diario*. Júzguese de su alegría y esperanzas, al ver que iba a saber día por día todo lo que pasaba entre nosotros en Longwood; estaba ya bastante arreglado para que tuviese una nota de las materias o la indicación de los capítulos a la cabeza de cada mes. Mister Lowe, leyendo en ellos con mucha frecuencia su nombre, buscaba al instante los detalles en la página indicada, y si tuvo ocasiones de ejercer su longanimidad, no era por mi culpa, le advertía, sino por su indiscreción, asegurándole que aquel escrito era aún un misterio para todos; que el Emperador mismo, que era el único objeto, sólo había leído las primeras hojas, que no estaba decidida su publicación, y que aun por mucho tiempo no sería más que un secreto para mí solo.

Sir Hudson Lowe recorrió mi *Diario* por espacio de dos horas, al cabo de las cuales le dije que había querido ponerlo en el caso de tomar una justa idea de él; pero que ya era bastante, y que me creía obligado por muchas consideraciones a impedirle en cuanto estaba en mi poder que continuase: que él tenía la fuerza; pero que yo protestaría contra el abuso de autoridad. Bien eché de ver que estas palabras fueron un verdadero contratiempo para él, que le hizo titubear: mi protesta produjo su pleno efecto, y desistió de la inspección de mi *Diario*. Hubiera podido hacer lo mismo respecto de los otros papeles; mas no me importaba nada que los viese, y, por lo tanto, durante algunos días fueron objeto de la más minuciosa inquisición.

Yo tenía cerrada y sellada mi última voluntad, y fué necesario abrir este documento en unión con otros papeles tan sagrados como él. Cuando se llegó al fondo de una cartera en donde reposaban objetos que yo no me había atrevido a tocar desde mi separación de Europa, fué preciso igualmente descubrirlos, siendo aquel día para mí el de más sufrimiento; su vista provocó en mi corazón antiguos recuerdos, que mi valor tenía comprimidos después de algunas separaciones dolorosas; y, conmovido extraordinariamente, me fué preciso salir de la habitación, y mi hijo, que estuvo presente, me dijo que el mismo gobernador no pudo menos de mostrarse sensible a aquel movimiento, etcétera, etc.

Mi hijo seguía bastante mal; sus palpitations eran algunas veces tan violentas, que le ocurría de cuando en cuando arrojarle de la cama, para andar por el cuarto y echarse en seguida en mis brazos, en

donde temía que expirase. El doctor Baxter, médico mayor de la isla y comensal de sir Hudson Lowe, tuvo la atención, de que conservo un sincero y grato agradecimiento, de unir sus conocimientos y cuidados a los del doctor O'Meara. Ambos representaron a Mr. Lowe el crítico estado de mi hijo, y apoyaron con calor la solicitud que yo hice de enviarle a Europa. Habiendo vuelto a instarle el doctor O'Meara, después de una nueva crisis, sir Hudson Lowe puso fin a sus instancias con las siguientes palabras, que el mismo O'Meara repitió después a mi hijo y a mí: «*Bien considerado todo, señor mio, ¿qué importa a la política la muerte de un muchacho...?*» Me abstengo de hacer comentarios, y sólo expongo la frase, tal como es, al juicio de los padres...

CARTA AL LORD CASTLEREAGH, INCLUYENDO OTRA DIRIGIDA AL PRÍNCIPE REGENTE

«Milord:

»Ignorando a cuál de vuestros colegas debiera recurrir, tengo el honor de dirigirme a vuestre señoría como a la persona a quien los acontecimientos públicos me indican con más preferencia. Si los pormenores que conciernen a Santa Elena han llegado a manos de vuestre señoría, le habrán tal vez inspirado grandes prevenciones contra mí: y, sin embargo, si se aclararan imparcialmente, no hay duda que os parecerían dignos de elogio, y aun quizás interesantes.

»En Longwood me consideraba como en un recinto sagrado, que debía defender aun a costa de mi vida, la que, al efecto, hubiera sacrificado voluntariamen-

te: por esta causa resistía. Pero como en el día me encuentro fuera de aquel círculo reverenciado, y que desde aquí en adelante entro en la esfera común, deberé tomar también otra actitud, y así *imploro*.

»Pido, pues, a vuestre señoría y le suplico, hablando en suposición de que me dirijo al ministro que debe oírme, me permita pasar a Inglaterra, en donde la quebrantada salud de mi hijo y mía pueden obtener los más eficaces auxilios.

»¿Y qué motivo podrá haber para desechar mi petición? ¿Sería el odio personal? Yo soy demasiado oscuro para alcanzar semejante honor. ¿Sería el nimio encono de la diferencia de opinión? El pueblo inglés está tan acostumbrado a esta variación y con tan poca animosidad, que sería ridículo en mí el pensarlo. ¿Sería el temor de que escribiese, publicase o hablase? Pero, despreciando mis clamores, ¿no se me autoriza, en cierto modo, a presentar la hiel, que me sería fácil ir a destilar en otra parte? Y si se quisiera sujetar a alguno sobre este objeto y asegurarse de él, el suelo de Inglaterra no sería cabalmente el más favorable y seguro, pues vuestra nación tiene contra semejantes ofensas, no sólo las leyes generales, sino aun algunas particulares. Cuando un individuo se acerca a ella, se tienen por garantías positivas su juicio, y, sobre todo, el deseo de permanecer.

»No veo, pues, milord, que haya una causa para negarse a mi solicitud, por el contrario, alcanzo varias en su favor. ¿Qué mejor ocasión para vuestre señoría si aspira a saber la verdad, que la de procurarse las luces contradictorias y opuestas en sus nobles funciones de *jurado*? ¿Debe creerse suficientemente ilustrada su conciencia considerando la cuestión por sólo un lado?

Yo puedo mostrar el otro, y lo haré sin preocupación ni deferencia: en mí no se hallará otra cosa más que los sentimientos.

»Paso al artículo de los papeles que se han retenido en Santa Elena. Ya he manifestado varias veces su naturaleza, y voy a repetirlo a vucencia diciendo que son una colección de diez y ocho meses, en donde día por día he escrito todo lo que he sabido, visto u oído, del que a mis ojos ha sido y es el primero de los hombres; pero esta colección informe, sin arreglo, corregida a cada instante, porque así debía serlo por su naturaleza, era un misterio que las circunstancias solas han dado a luz. Todos ignoraban su existencia, excepto, tal vez, la augusta persona que la había motivado, quien aun en este mundo ignora su contenido, pues me había propuesto no publicar esas *Memorias* durante mi vida, complaciéndome sólo en formar el monumento histórico más completo y precioso. Dignaos, milord, ordenar que se os dirijan intactas. Vucencia puede hacerlo sin inconveniente alguno. Yo le protesto solemnemente que no se halla en ellas nada que directa o indirectamente pueda dar luces urgentes y útiles a la autoridad local de Santa Elena, respecto del notable asunto de que está encargada. No sacaría ninguna ventaja de tomar conocimiento del todo, y sí habría grandes inconvenientes en acrecentar con las personalidades que allí se encuentran el encono e irritación, que ya son demasiado grandes.

»Una vez en poder de vucencia, si por su situación política juzga que aquellos papeles tan sagrados y secretos por su naturaleza deben examinarse, me someteré gustoso a ello, porque se ejecutará cerca de mí, y porque estoy seguro de las fórmulas inviolables y

sagradas con que vucencia dispondrá el examen, persuadido que tampoco hallaréis reparo en acceder a este segundo favor que suplico encarecidamente.

»Milord, tengo el honor de dirigiros una carta para su alteza serenísima el príncipe regente, y ruego a vucencia tenga a bien dispensarme la gracia de presentársela en mi nombre. Mi profundo respeto por su augusta persona ha sido el único motivo que ha impedido enviárosla abierta, autorizando a vucencia a que lo verifique si el uso lo permite.

»Tengo el honor de ser, etc., etc.»

CARTA AL PRÍNCIPE REGENTE DE INGLATERRA.

«Serenísimo señor:

»Juguete de la tempestad política, errante y sin asilo, un extranjero débil y desgraciado se atreve con confianza a dirigirse a vuestra alma real.

»Dos veces en mi vida he tenido el infortunio de hallarme fuera de mi patria, siempre en contradicción de mis intereses, y creyendo siempre desempeñar deberes grandes y nobles. En mi primer destierro, el asilo dulcificó las penas de mi juventud, sobre lo que contaba para pasar algunos días en mi ancianidad. Sin embargo, se me hace temer lo contrario, ¿y cuál podrá ser la causa de tanta severidad? ¿Sería acaso el lugar de donde salgo, las atenciones que allí me complacía en prodigar, los sentimientos y los tiernos votos que le dirigiré sin cesar? Mas, serenísimo señor, en Longwood yo profesaba una virtud grande y rara: allí sostenía yo, con mis dignos compañeros, el honor de los que rodean a los reyes; la posteridad no dirá

que ya no hay fidelidad ni amor para con los monarcas desgraciados.

¿Podrán perseguirse semejantes acciones e imposibilitarme un asilo? Y, además, el que es siempre grande ha escrito para mí, desde la roca de la adversidad, estas palabras que han envanecido mi alma: *Ya sea que vuelva a la patria, o bien que vaya a cualquiera otra parte, ufánese siempre de la fidelidad que me ha mostrado.* Esto, digo, ¿no me da un título a la benevolencia de todos los reyes? Príncipe, me pongo bajo vuestra real protección. En el trato diario y las frecuentes conversaciones del que ha gobernado al mundo y llevado su nombre por todo el Universo, concebí escribir y lo ejecuté, día por día, todo lo que viese y oyese.

»Esta colección de diez y ocho meses, única por su interés, pero aún todavía informe, inexacta, desarreglada, desconocida a todos y aun a la misma persona cuyo era el objeto, se me ha arrebatado. Serenísimo señor, también la pongo bajo su real protección, suplicándoos se la dispenséis en nombre de la justicia, de la verdad y de la historia.

»Dígnese la bondad de vuestra alteza real pronunciar que debo hallar un asilo a la sombra de su augusta autoridad, y pasaré a buscar un punto en donde pueda con sosiego *acordarme y llorar.*

»Soy con el más profundo respeto, etc.

EL CONDE DE LAS CASES. »

Al fin se cumplieron nuestros votos, y recibimos aquella autorización tan deseada, embarcándome en un bergantín pequeño, y después de una penosa y peligrosa travesía de más de tres meses, tocamos en In-

glaterra, en donde, no queriendo admitirnos, nos dirigimos a los Países Bajos. Allí empiezan nuevas persecuciones no menos inicuas e inconcebibles.

Al cabo de tres días de viaje, llegando muy tarde a Bruselas, mi primer cuidado fué pasar a la policía un aviso de mi llegada y preguntar la determinación que el Ministerio había tomado respecto de mí, en virtud de un oficio que le había dirigido desde Ostende. La respuesta generosa a mi inocente confianza fué la de hacer que se cercase incontinenti mi posada, y sólo esperaron a que viniese el día para notificarme que saliese sin el menor retardo del reino de los Países Bajos. Yo estaba muy malo y aun tenía calentura, pero en vano imploré la compasión para que al menos me concedieran un día de descanso. Era preciso o que hubiese inconvenientes muy graves para dejarme permanecer en Bruselas o que, respecto de mí, se complaciesen en ser bárbaros, pues no se me concedió ni una sola hora. Me colocaron en un coche, entre un comisario de policía y un gendarme, poniéndonos en camino. Estos mismos testigos de mi estado se condolieron, y consintieron en detenerse al cabo de algunas horas para procurarme un poco de reposo y recibir varios medicamentos indispensables, pero bajo la expresa condición de que me volvería a poner en camino al día siguiente por la mañana, encargado a la inspección de los vigilantes designados para reemplazarlos, lo que fué fielmente ejecutado y repetido de pueblo en pueblo, a pesar de las observaciones y testimonios reiterados de todos los médicos. Víctima de tan crueles tratamientos, creí deber dirigirme al embajador de Francia en Bélgica, quien no dejará—decía yo—de tomar parte activa en tal estado

de cosas, pues sin motivo legítimo, y violando todas las leyes, tratar de aquel modo a un francés confiado a su protección era un ultraje a su carácter público.

Le di, pues, parte de las vejaciones y barbaries ejercidas en aquel momento sobre mi persona, diciéndole que al llegar a Ostende escribí al prefecto de Policía de Francia los motivos que me obligaban a permanecer fuera de mi país; que al mismo tiempo había escrito también a la indicada autoridad de los Países Bajos para suplicarle me permitiese detenerme algunos instantes en Bruselas, y que, llegado después a aquella ciudad libre y sin vigilancia, me había apresurado a participarlo a S. E.; pero que, al siguiente día, muy de mañana, me despertaron repentinamente, rodeándome cuatro policías y dos gendarmes para notificarme que, a pesar de mi peligroso estado de salud, era preciso que partiese al instante; que en vano había solicitado un médico para que dispusiera el plan favorable a mi estado físico, pues dijeron, por fórmula, que se me iba a conceder, pero que tendría que partir, cualquiera que fuese su opinión; que, en efecto, me habían transportado enfermo a Lovaina, como a un malhechor, bajo la escolta de un oficial de Policía y un gendarme; que llegado a aquella ciudad, y habiéndose aumentado mi indisposición, cubierto de vejigatorios y con calentura, supliqué que se me dejase descansar allí al día siguiente; que el alcalde había tenido la inhumanidad de rehusármelo, a pesar de dos o tres declaraciones muy alarmantes de los médicos; que habiendo pedido que, al menos, me acompañase un médico en el coche, en lugar del gendarme, que podría seguirnos a caballo, se negó también a ello, contestando que todo lo que podían permitirme

era que el médico me acompañase en otro coche, lo que era, sin duda, una burla.»

Añadía: «que no tenía duda de que semejante tratamiento no podía venirme de él, quien únicamente, en aquellas circunstancias, tenía el derecho de influir en mi suerte; que yo conocía demasiado los sentimientos de nuestra nación para sospechar ni un solo instante que se hallase en sus instrucciones la proscripción de un individuo contra quien no podía haber ley ni motivo para obrar así; que, en su virtud, los malos tratamientos que sufría no podían proceder sino de las autoridades locales, por las cuales, a todo rigor, no debía ser considerado sino como un simple viajero; que, bajo tal concepto, yo les preguntaba cuál era mi delito y cuáles sus derechos sobre mi persona, acabando por depositar en sus manos mis intereses, de los que su cargo público era defensor natural; en fin, para disponerle mejor en mi favor le daba noticias de madama Bertrand, hermana de su esposa, que yo había recibido, precisamente al salir de Douvres, y le ofrecía que si madama de La-Tour-du-Pin tenía alguna cosa que decir a su hermana, quien lo estimaría mucho, yo me encargaría de ello muy gustoso, pues tenía intención de escribirle todos los meses por el conducto permitido en las leyes inglesas, bajo la fiscalización de las autoridades.»

Este oficio no tuvo respuesta por parte de S. E., tal vez porque sus esfuerzos serían infructuosos; entonces, el impulso, y aun las ordenes quizás, procedían de Ultramar.

De este modo, continuaba sin libertad, de plaza en plaza, de comisario en comisario y de gendarme en gendarme por todo el reino de los Países Bajos; y

cuando por motivo de mis infinitos sufrimientos preguntaba yo cuál podría ser la causa de tan inaudito tratamiento, me respondían lacónicamente que tal era la orden transmitida, y, en efecto, parecía que nadie sabía más del asunto. Llegado al territorio prusiano, a Aquisgrán, los agentes de los Países Bajos me entregaron, mediante recibo, como se habría hecho con un fardo, a los prusianos, quienes, a su vez, continuaron despachándome sin dilación de puesto en puesto, de comisario en comisario y de gendarme en gendarme; y cuando yo les preguntaba también a ellos por qué obraban así, me respondían ingenuamente que no sabían más que, habiéndome echado a su país, ellos me expulsaban de él. Cuando les pedía que me dejasen permanecer, contestaban atentamente que no me querían en su territorio, y algunos amigos, pues ha de saberse que los encontré en todas partes, me decían reservadamente que diese gracias a Dios y me aprovechase de aquella fortuna, pues a algunos franceses desterrados no hacía mucho tiempo los habían confinado en varias fortalezas sobre las orillas del Báltico; entonces declaré que quería ir a Francfort, cosa que agradó a los prusianos, porque eso decían no ser de su incumbencia. Por mi parte me fué muy satisfactorio también, en atención a lo que acababan de decirme.

Mas después de haber descrito de paso cuánto me hicieron padecer brutalmente, todas las penas y sufrimientos con que me afligieron, sería muy injusto y desagradecido y me privaría de la más dulce satisfacción si ocultase la especie de compensación que experimentaba en todas partes y a cada momento.

Mi historia había hecho mucho ruido y divulgádose

infinito por medio de la Prensa. Se sabía a quién había yo seguido, a quién había servido y por quién sufría, y por todas estas causas se interesaban por mi suerte. Las atenciones y simpatías me rodeaban, por cuya razón me veía siempre favorecido con demostraciones públicas u ofrecimientos secretos; y entonces se presentaban en mi imaginación aquellas palabras de Napoleón de que muchas veces he tenido ocasión de acordarme: «Caros amigos, de vuelta en Europa, ustedes verán cómo aun desde aquí distribuyo coronas.» Pues ¿cuál es más pura ni más dulce que la estimación, afecto y simpatía de los que ni aun nos han visto jamás? ¿Qué mano poderosa puede dispensar cosa alguna comparable a esto? Semejantes sentimientos los hallaba en las posadas, en los caminos y en todas partes. Dos veces en Bélgica me ofrecieron rescatarme de las manos de mis opresores, habiéndome cuidado cuidadosamente prevenido con antelación. Este ofrecimiento fué cabalmente igual al que me hizo en el Cabo un capitán americano, y que después renovaron algunos ingleses, para quienes yo era enteramente desconocido y que habían resuelto partir de Londres para venir a sacarme de Francfort, en donde me creían en peor estado del que me hallaba; pero mi respuesta fué siempre la misma: «¿Con qué fin? ¿Para qué manchar una causa tan hermosa?»

Los miramientos y el tierno interés penetraron hasta el alma de los mismos agentes de la autoridad. Uno de ellos, traicionando la vigilancia que ejercía, me ofreció encargarse de cualquier papel que yo le confiase, cuyo ofrecimiento aproveché, porque no hallé en ello inconveniente, a pesar de la mala intención que yo sospechase ocultaba, y dirigí a una perso-

na ilustre de Inglaterra una nota en cuatro renglones, pero muy fuerte, sobre los malos tratamientos que hacían sufrir los mismos ingleses a Napoleón hacía ya más de un año, suplicándole la publicase si en ello no había inconveniente. Le inserté con la misma idea el fragmento de la carta del Emperador, de que se me permitió sacar copia, haciendo constar que la habría conservado inédita si los ultrajes y cuentos absurdos divulgados en los periódicos no me obligasen en cierto modo a darla publicidad, dejando enteramente a su prudencia la decisión sobre aquel particular.

¡Pero cuál fué mi sorpresa al ver todo esto al día siguiente en los papeles de Bélgica! Me afligió infinito, pues no estaba en mi carácter llamar tanto la atención; sobre todo, sentía infinitamente que el sujeto a quien yo me dirigía en Inglaterra, y que no me conocía, recibiese mi carta cabalmente por medio de la imprenta, cosa a que no estaba yo acostumbrado, ni menos alcanzaba de qué manera se había hecho aquello. Después supe que habiéndose reunido mi confidente, en el exceso de su celo, con tres o cuatro personas de los mismos sentimientos, leyeron mis notas en un conciliábulo, y decidieron que, en lugar de perder tiempo enviando a Inglaterra aquellos documentos, en donde tal vez no harían uso alguno de ellos, era mejor publicarlos allí al instante, como lo verificaron, causando la más viva sensación. A despecho de la contrariedad que experimenté entonces, me produjeron, no obstante, las mayores ventajas.

En fin, no acabaría nunca si hubiera de citar los rasgos de amistad de que fuí objeto, los ofrecimientos de toda especie, dinero, vestidos, etc.; pues hasta la

ínfima clase del pueblo se apresuraba a llevarme su ofrenda.

CARTA DEL EMPERADOR NAPOLEÓN AL CONDE
DE LAS CASES.

«Querido conde de Las Cases: Mi corazón siente vivamente lo que usted padece; arrancado de mi presencia hace quince días, se halla usted preso desde aquella época, en secreto y sin que haya yo podido recibir ni darle noticia alguna, por hallarse usted enteramente incomunicado, tanto respecto de los franceses como de los ingleses, y aun privado de un sirviente de su elección.

»La conducta de usted en Santa Elena ha sido, como su vida, honrosa y sin mancha: me complazco en decírselo.

»Su carta de usted a una amiga suya de Londres nada tiene de reprehensible; usted no hace otra cosa sino dilatar su corazón en el seno de la amistad.

»Esa carta es semejante a otras ocho o diez que usted escribió a la misma persona, y que remitió abiertas. Habiendo tenido el comandante de este país la falta de delicadeza de espiar las expresiones que usted confiaba a la amistad, se lo echó en cara últimamente amenazándole de expulsarlo de la isla si sus cartas en lo sucesivo contenían quejas contra él. De este modo ha violado el primer deber de su empleo, primer artículo de sus instrucciones, y el primer sentimiento del honor, autorizándole a usted así a buscar medios para que llegasen sus desahogos al seno de sus amigos, haciéndoles ver la conducta culpable de

este comandante. ¡Pero usted ha sido muy frágil, su confianza sorprendida muy fácilmente!

»Sólo se buscaba un pretexto para apoderarse de los papeles de usted; mas su carta a su amiga de Londres no ha podido autorizar una revista de policía en su habitación, puesto que no contiene trama ni misterio alguno, sino la expresión de un corazón noble y franco. La conducta ilegal y precipitada que se ha tenido en esta ocasión indica un odio personal muy bajo.

»En los países menos civilizados, los desterrados, los prisioneros, y aun los mismos criminales, están bajo la protección de las leyes y de los magistrados; los encargados de su custodia los consideran bajo orden administrativo y judicial que los vigilan. Sobre esta roca nadie contiene los extravíos de las pasiones del hombre que hace los reglamentos más absurdos, los ejecuta con violencia e infringe todas las leyes.

»El príncipe regente no estará ciertamente instruído de la conducta que se observa en su nombre: se han negado a dirigirle mis cartas. Han rechazado con despecho las quejas del conde de Montholon, y después hicieron saber al conde de Bertrand que no recibirían carta alguna si eran libelos, como lo habían sido hasta ahora.

»¡Longwood está cercado de un misterio que quisieran hacer impenetrable, para ocultar una conducta horrible, y que hace sospechar mayores y más criminales intenciones!

»Con motivo de algunas voces esparcidas con astucia, quisieran deshacerse de los oficiales, los viajeros, los habitantes y aun de los agentes que, según dicen, mantienen Austria y Rusia en este país. Sin duda

que igualmente engañan al Gobierno inglés con relaciones sagaces y falsas.

»Se han apoderado de sus papeles de usted, entre los cuales les constaba que había algunos míos, sin ninguna formalidad, al lado de mi aposento, y con una algazara y alegría feroz. Pocos momentos después se me avisó, me asomé a la ventana, y vi que se llevaban a usted. Un numeroso estado mayor rodeaba la casa; y me pareció ver a los habitantes del mar del Sur danzar en torno del prisionero que iban a devorar.

»Su compañía de usted me era necesaria: usted solamente leía, hablaba y entendía el inglés. ¡Cuántas noches ha pasado usted a mi lado durante mis enfermedades! No obstante, le aconsejo, y en caso necesario le mando, pida al comandante de este país lo envíe al Continente: no puede negarse a ello, puesto que no tiene otra acción sobre usted sino la que le da el acta voluntaria que usted firmó. Para mí será un gran consuelo saber que va usted de camino para unos países más afortunados que éste.

»Llegado usted a Europa, ya sea que vuelva usted a la patria o bien que vaya usted a cualquier otra parte, ufánese siempre de la fidelidad que me ha mostrado y de todo el afecto que le profeso.

»Si viere a mi esposa y a mi hijo abrácelos usted: de dos años a esta parte no he tenido noticias de ellos, ni directas ni indirectas.

»Seis meses ha que está en este país un botánico alemán que los ha visto en el jardín de Schoænbrun algunos meses antes de su partida: los bárbaros han impedido cuidadosamente que viniera a darme noticias suyas.

»Sin embargo, consuélase usted y consuele a mis amigos. Mi cuerpo, es verdad, está en poder del odio de mis enemigos; nada olvidarán que pueda saciar su venganza; se complacen retardando mi fin; pero la Providencia es demasiado justa para permitir que esto se prolongue por mucho tiempo todavía. La insalubridad de este clima devorador y la falta de todo lo que mantiene la vida, pondrán seguramente un pronto término a esta existencia, cuyos últimos momentos serán un acto de oprobio para el carácter inglés; y Europa señalará un día con horror a este hombre astuto y perverso: los verdaderos ingleses no lo querrán reconocer como bretón.

»Como todo me inclina a creer que no le permitirán a usted que me venga a ver antes de su partida, acepte usted mis abrazos y la seguridad de mi estimación y amistad: sea usted feliz.

»*Su afectísimo*, NAPOLEÓN.

»Longwood, 11 de Diciembre de 1816.»

Mis primeros cuidados, desde que pude disponer de mis acciones, fueron dedicados al gran motivo que me había hecho salir de Santa Elena y restituído a Europa; y aun cuando me viese repulsado de Londres, en donde tenía cifradas mis esperanzas, no por eso me aproveché con menos ardor de la vía que aún me quedaba expedita.)

Desde luego escribí a María Luisa, como primer deber, dirigiéndola una carta abierta, bajo sobre, al príncipe de Metternich, ministro director de Austria, y después me dirigí a los tres grandes soberanos aliados, cuyas cartas son las siguientes:

CARTA ESCRITA A MARÍA LUISA DESDE EL CABO DE BUENA ESPERANZA, Y DIRIGIDA A EUROPA.

»Señora:

»Apenas salido de Santa Elena, creo de mi deber apresurarme a exponer a los pies de vuestra majestad algunas noticias de su augusto esposo, de cuyo lado me han arrancado repentinamente sin el menor indicio anticipado, cual herido de muerte alevosa, y sin que lo hubiera podido prever; aunque no soy tan feliz como si me hallase encargado de alguna comisión o transmisión especial cerca de vuestra majestad, no obstante, de sus conversaciones y costumbres diarias por espacio de diez y ocho meses habré de sacar lo que tengo el honor de transmitir a vuestra majestad.

»En el olvido de los asuntos del mundo descansaba comúnmente el Emperador Napoleón en sus recuerdos y afectos hacia su familia. Mucho sentía no haber recibido nunca, a pesar de haberlo solicitado oficialmente de los que le guardan, noticias de lo que le era más querido. Vuestra majestad hallará esta pena vivamente expresada por la propia mano de su esposo en la carta que me hizo el honor de escribirme después de que me separaron de su lado, cuya copia me tomo la libertad de dirigir a vuestra majestad.

»A mi partida se hallaba muy debilitada la salud del Emperador: estaba muy mal bajo todos los aspectos, experimentando muchas necesidades, y privado de todos los goces: felizmente, su moral triunfaba de todos, y su alma impasible permanecía tranquila y serena.

»Le he visto precisado a vender todos los meses una porción de su plata labrada, para atender a las nece-

sidades diarias, y se ha visto reducido a aceptar la pequeña suma con que un fiel servidor suyo, al dejarlo, fué bastante feliz para poder disponer en Inglaterra.

»Señora, con la profunda expresión de los sentimientos de mi alma, me tomo la libertad, como religioso servidor, de exponer a los pies de vuestra majestad, con la esperanza de que será muy apreciado, un grato recuerdo de los cabellos de su augusto esposo, que poseo mucho tiempo ha, e igualmente un diseño de Longwood, hecho por mi hijo para su madre. Vuestra majestad se complacerá sin duda en prodigar sus miradas sobre aquel desierto lejano.

»Señora, mi primer cuidado al llegar a Europa sería volar a los pies de vuestra majestad, si un deber religioso no me hiciese permanecer en Inglaterra para consagrar todos los instantes del resto de mi vida en procurar que lleguen, por las vías legales que admiten los reglamentos ingleses, algunos consuelos sobre le espantosa roca que detiene para siempre al objeto de todos mis cuidados. Los ministros británicos no podrán negarme este honroso empleo, que solicitaré con vehemencia y desempeñaré con lealtad.

»Soy, etc.

EL CONDE DE LAS CASES.»

P. D. Señora, a mi llegada a Europa, rechazado de Inglaterra, vejado en el Continente, y detenido en Francfort gravemente enfermo, acabo de obtener un asilo en los Estados de vuestro augusto padre; y me aprovecho del primer momento de mi libertad para dirigir a vuestra majestad algunos renglones que le dediqué desde uno de los extremos del Africa, a tres

mil leguas de distancia. Suplico a vuestra majestad se digne aceptarlos con benevolencia, lo que consolará una parte de mis penas.»

CARTA AL PRÍNCIPE DE METTERNICH ACOMPAÑANDO
LA PRECEDENTE.

«Príncipe: me apresuro a manifestar a vuestra alteza mi reconocimiento por el favor de un asilo obtenido en los Estados de su majestad el Emperador.

»Al mismo tiempo me tomo la libertad de incluir a vuestra alteza, bajo el mismo sobre, una carta para su majestad María Luisa, sobre cuyo objeto, príncipe, os ruego me permitáis que, poniendo a un lado el carácter público de vuestra alteza, sólo me dirija privadamente a vuestra persona. Mi intención es más bien pedir un consejo que encargarse de la ejecución de un acto. Ausente de Europa mucho tiempo ha, podría inocentemente y contra mi voluntad faltar a alguna de las consideraciones debidas; no hago, pues, otra cosa sino abandonarme a la efusión de mi corazón.

»Por esta causa, príncipe, me he determinado a depositar en vuestra discreción y juicio personal la carta abierta que incluyo en ésta. Iguales razones y sentimientos me inducen a pintaros al Emperador Napoleón, víctima en áridas rocas de la persecución de algunos enemigos personales, y abandonado del resto del Universo. Mi vida no se consagrará a otra cosa, sino a procurarle algunos consuelos, y yo sé cuáles le serían más gratos, por el trato diario de diez y ocho meses, y osaré decirlo, para confianza y desahogo de algunos instantes. ¿Quién lo conoce mejor que yo?

Napoleón siente y se expresa sobre su historia pasada, como si ya hubieran transcurrido trescientos años, quedando sólo atrasado respecto de los sentimientos de su familia. De ningún modo duda de los sentimientos domésticos, cualesquiera hayan sido los acontecimientos de la política. ¿Cómo, por qué vía y de qué manera, sin faltar al decoro, ni a las reglas, ni a las intenciones, podré yo obtener informes directos de sus parientes, esposa e hijo? Príncipe, dispensadme el que os repita que hablo de hombre a hombre: un corazón es el que pregunta a otro.

»Durante mi permanencia en Santa Elena no hemos comunicado ni podido comunicar con el comisario austriaco. Vuestra alteza ha debido leer en un documento público, en respuesta al gobernador, que: *si los comisarios austriaco y ruso habían venido para hacer que Napoleón gozase de las consideraciones y tratamientos que le son debidos, el carácter de estos enviados recordaba el de sus amos; pero que habiendo él (el gobernador) declarado que no tenían derecho, autorización ni intervención sobre esta materia, los había hecho inadmisibles con aquella declaración.* Al mismo tiempo Napoleón manifestó públicamente que los recibiría gustoso como simples particulares; sin embargo, no los volvimos a ver más, ya sea que tales fuesen las instrucciones, o bien porque, según debo suponer, quisiese el gobernador por aquel medio someterlos a una interdicción que hubiera ofendido su carácter.

»Vuestra alteza verá en la copia de una carta trasladada para S. M. María Luisa el rigor que ha usado con un botánico austriaco, y el dolor que ha causado al Emperador Napoleón. Renuevo a vuestra alteza la

expresión de la naturaleza de mis sentimientos, y la seguridad del profundo respeto con el que soy, etc.

EL CONDE DE LAS CASES.»

P. D. En el caso que no se remitiese mi carta a S. M. María Luisa, suplico a vuestra alteza me conceda el singular favor de ordenar que se me devuelva el paquetito de pelo que contiene.»

CARTA A SU MAJESTAD EL EMPERADOR DE RUSIA.

«Señor:

»Un sentimiento y un deber religioso me conducen a los pies de vuestra majestad.

»El servidor fiel de una real víctima de la adversidad osa elevar su voz hasta vuestro trono, rodeado de todas las prosperidades de la fortuna. ¿Desdeñará vuestra majestad oírlo?

»Arrebatado repentinamente del lado de Napoleón, y como herido de muerte súbita en su presencia, me hallo errante como en otro Universo, arrastrando en pos de mí la imagen de los males de que he sido testigo y de que ya no puedo participar.

»A vuestros pies, señor, me sugiere mi corazón venga a buscar un alivio a mis penas y una esperanza a mis votos.

»En vuestro Tratado del 2 de Agosto de 1815 se estipula que Napoleón es vuestro prisionero, y se abandona a Inglaterra la posesión de su persona, el cuidado y medidas de su detención. Señor, no hablaré contra este Tratado, ni aun me quejaré de los pormenores con que los ministros ingleses acompañan la parte

que vuestra majestad ha confiado a sus disposiciones. La política, los grandes intereses y los enormes agravios, por más que pesen sobre mi alma, están en este instante fuera de mi pensamiento: sólo los cuidados domésticos ocupan mi corazón.

»Imploro, pues, a vuestra majestad, así como lo he hecho con sus altos aliados, que se digne proteger la solicitud que dirijo al Gobierno inglés, reducida a que se me permita permanecer en Londres para consagrarme a procurar al ilustre cautivo, con arreglo a los reglamentos y leyes, algunos goces morales y alivios corporales que no sean gravosos a nadie.

»Señor, mi petición es un favor inocente, natural y sencillo, sin objeciones razonables, y no estoy sin títulos esenciales para solicitarla de vuestra majestad, que no está lejos de tener alguna parte en ella.

»Al abandonar a otros la custodia y detención del cautivo, vuestra majestad no renunció ciertamente a intervenir para que mantuviesen las atenciones y miramientos debidos a su sagrada persona. Renunciando a toda mediación política, vuestra majestad no pudo renunciar su cooperación para contribuir al consuelo que experimentarían sus sentimientos privados, ni menos para suavizar lo que fuese ajeno del objeto principal.

»Señor, todos los días en Santa Elena mueven o hacen pesar nuevas cadenas en vuestro nombre. ¿Habría accedido vuestra majestad a que su nombre no llegase hasta allí sino para autorizar unos odiosos e intolerables rigores?

»Señor, la persona sobre quien se ejercen es la misma a quien vuestra majestad ha dado durante mucho tiempo el nombre de *hermano*. Vuestra alma real

no puede olvidarlo, ni puede mostrarse insensible su corazón. Imploro, pues, el favor por vuestra simpatía, por vuestros recuerdos y por vuestra misma dignidad. Vuestra alma magnánima, señor, se ha mostrado ya bastante adicta a la moral pública, nos ha manifestado demasiada generosidad y delicadeza privada en sus diversas relaciones para que yo dude un solo instante.

»¿Y cuál es, señor, este favor que pongo bajo vuestra protección? El permiso de permanecer solamente en el lugar de comunicación, esto es, en el punto más oportuno y en la posición más adecuada para poder, *conforme a las fórmulas requeridas y a los reglamentos prescritos*, continuar desde lejos los cuidados domésticos que ya no puedo ejercer en la misma prisión: ved ahí el todo.

»En su virtud, señor, imploro y espero este favor de vuestra majestad. ¡Y cuán feliz sería yo si se dignase también hacer que llegase hasta mí su real confianza, respecto de esta parte del interés moral y privado de los grandes empeños a los que vuestra majestad no habrá podido renunciar personalmente! ¿Y quién mejor que vuestra majestad sabría desempeñar tal misión? ¿Quién se encargaría de ella con más ardor? Yo me he desterrado de mi patria para poder consagrar a este fin, sin distracción ni impedimentos, el resto de mi vida. Dignaos ófrme y satisfacerme, señor, os lo ruego. ¿Y quién debe aprovecharse de estos cuidados que propongo? ¿En favor de quién suplico poderme dedicar? Señor, de aquel que llamasteis vuestro amigo.

»¡Ah! Señor, bastantes prodigios de gloria engrandecen el reinado de vuestra majestad; la Historia posee suficientes materiales. Que se hallen también en

ella rasgos de la virtud más rara; haced alguna cosa por la amistad...: que la Historia diga de vos: *¡En medio del más terrible conflicto político que se vió jamás, mostró algo superior a la misma victoria: el recuerdo y respeto por una antigua amistad!*

»¡Cuántas veces, señor, sobre nuestra roca, he oído al Emperador Napoleón, tratando de sus asuntos particulares como si ya hubieran pasado muchos siglos, y hablando el lenguaje de la historia, decir: *Yo no he tenido con el Emperador Alejandro más que una guerra de política, sin ninguna relación con los sentimientos individuales; no debo, pues, suponerle una animadversión personal.* Una circunstancia que sería digna de vuestra majestad ha debido confirmarlo así. Una voz llegó a nosotros en lo alto de nuestra roca: que el comisario de vuestra majestad en la isla de Santa Elena tenía, en virtud de sus instrucciones y de su propia augusta mano, la recomendación terminante de prodigar iguales atenciones y respetos al Emperador Napoleón que a la misma persona de vuestra majestad. Le hemos hablado, señor, de este incidente, porque sabíamos que le era grato; era propio del carácter de vuestra majestad, y nos abandonamos a esta idealisonjera sin que a la verdad tuviésemos un dato que nos la confirmara; pues durante mi permanencia, al menos, no hemos podido tener ninguna comunicación con el comisario de vuestra majestad. A vuestra noticia habrá llegado sin duda, señor, que requerido Napoleón por el gobernador de Santa Elena para que recibiese al comisario de vuestra majestad y al de su alto aliado el Emperador de Austria, mandó contestar: *Que si estos comisarios tenían encargo de parte de sus señores para hacer que en una isla, en medio*

del Océano, y separada del resto de la tierra, no se faltase a las consideraciones que le eran debidas, reconocía en ello el carácter de estos dos principes; pero que habiendo declarado el gobernador que nada tenían que ver ni intervenir en lo que pasaba en aquella roca, desde aquel momento los consideraba sin misión alguna. Sin embargo, añadió que le sería muy grato verlos como a simples particulares, lo que no tuvo efecto, ya sea porque sus instrucciones no se lo permitiesen, o sea, en fin (lo que no creo improbable), porque el gobernador inglés hubiese querido entonces someterlo a una dependencia que no lo permitiera su carácter.

»Señor, si he osado en esta ocasión elevar mi débil voz hasta vuestra majestad, ha sido impulsado por la profunda, viva e inalterable adhesión que conservo por el que reinó sobre mí y fué mi señor..., y este sentimiento debe disculparme ante vuestra majestad.

»Soy, etc.

EL CONDE DE LAS CASES.»

CARTA DEL CONDE DE LAS CASES A LORD BATHURST.

«Milord:

»Si yo sobrellevase sin quejarme los actos arbitrarios y tiránicos, la infracción de las leyes, el desprecio de las formas y la violación de los principios, de que soy víctima hace más de un año, que me hallo entre las manos de sus agentes, mi silencio podría tomarse por una aquiescencia tácita que me haría culpable para conmigo mismo, para con vos y para con la sociedad entera. Respecto de mí, porque tengo que solicitar grandes satisfacciones; respecto de vos, porque las

ignoráis quizás, y os apresurariais a concederlas; y respecto de la sociedad entera, porque es el interés de todo hombre de bien mostrarse inflexible sobre los extravíos del poder, por honor a las leyes y a la seguridad de los que le siguen.

»Milord, si he tardado tanto en participaros mis agravios, no acuséis sino o vos, a la persecución que he encontrado en vuestras costas, y a la que vos mismo habéis dado impulso en los países vecinos. En efecto, parece que se ha inventado para mí un nuevo suplicio: la deportación sobre los caminos públicos. Yo me he visto transportado de ciudad en ciudad como un malhechor; y aunque moribundo, sin que hayan podido acusarme de nada, no se me ha querido conceder ningún reposo. ¿Cómo había de escribiros?

»Si dirijo personalmente a usía todo lo que me es peculiar, es porque en su departamento y en su nombre han empezado los actos de que tengo que quejarme, y porque de la misma manera han continuado; y si después han gravado otros males sobre mí, es porque usía los ha proporcionado, siendo sus sugerencias el origen del tratamiento que he recibido.

»Milord, yo soy uno de los cuatro a que redujeron sus órdenes en Plimouth el gran número de los que solicitaban la dicha y la gloria de seguir a la ilustre víctima de *la terrible hospitalidad de Belerofonte*; yo desempeñaba en Longwood lo mejor que podía mi religiosa y santa ocupación, dedicando todas las facultades de mi corazón y de mi alma a suavizar la cautividad más dura que nunca se ha visto, cuando repentinamente me hallo arrebatado por el gobernador de Santa Elena. Estaría en sus atribuciones quizás, pues

yo había infringido sus reglamentos; y en último análisis, mi culpa era solamente haber usado del derecho de todo cautivo, el de burlar sin escrúpulo la vigilancia de su carcelero; pues nada se había dejado entre nosotros a la delicadeza, a la confianza y el honor. Yo no me he quejado del acto verificado contra mí, sino de la parte gratuita que iba a tener la persona de quien me separaban; casi a su lado y en su presencia se me ha sorprendido, lo que le hizo escribir, según lo habrá leído usía, que al verme desde su ventana arrastrado fuera de su recinto en medio de numerosos plumajes, y de caballos que correteaban alrededor mío, creyó ver a los salvajes del mar del Sur, quienes en su feroz alegría danzan en torno de la víctima que van a devorar.

»Milord, séame permitido creer que la causa de lo que me ha sucedido, los documentos secretos confiados a mi criado a instancias tuyas, no fué otra cosa sino el resultado de un lazo preparado alevosamente. El mismo gobernador convino conmigo en que las apariencias podían justificar mi idea; pero me dió su palabra de honor de que nada tenía en el particular, y lo creo. Por lo demás, estos documentos secretos debieron en un principio pasar precisamente por sus manos: yo se lo hubiera dirigido si poco tiempo antes no me hubiese hecho saber que la continuación de mi estilo le obligaría a separarme de la persona por quien yo me había decidido. Esto es tan cierto, y tan poco importantes los documentos en sí mismos, que en lo sucesivo no se volvió a tratar más de ellos, quedando enteramente separados del acontecimiento que habían producido.

»Milord, mi cautividad en Santa Elena era volun-

taria; usía previno en sus reglamentos que cesaría cuando fuese mi voluntad; yo declaré, pues, a sir Hudson Lowe, que desde aquel instante me retiraba de su dependencia personal, y que me restituía bajo la protección de las leyes civiles y generales; pues si había cometido alguna falta, le pedía que me trasladase a mis jueces; pues si creía que mis papeles (que yo le había dado suficiente tiempo para revisarlos y comprenderlos) debiesen someterse a la inspección de los ministros, pedía que se os remitiesen, mi lord, y a mí juntamente con ellos: y a fin de facilitarle esta determinación, le expuse el deplorable estado de la salud, el inminente peligro de la de mi hijo, que exigía se nos enviase a ambos a la fuente de los primeros auxilios del arte; añadí, además, que accedía desde luego voluntariamente y de buena fe a todas las restricciones, aun a las ilegales, que usía en caso necesario, juzgase convenientes a mi llegada a Inglaterra: sir Hudson Lowe no creyó poder tomar este partido; y después de mil dudas y de tenerme cautivo en la Isla e incomunicado por espacio de cinco o seis semanas, me hizo deportar al cabo de Buena Esperanza, según la letra de sus instrucciones, cuya medida pudo y debió haber ejecutado incontinenti. Ese mismo gobernador ha retenido en su poder todos los papeles míos que ha tenido por conveniente, sin permitirme sellarlos, o no permitiéndome sino con la irrisible restricción de mi expreso consentimiento, para que él pudiera romperlo en mi ausencia si lo juzgaba preciso; lo que equivalía a impedírmelo.

»A merced de semejantes sutilezas, podría también decir sir Hudson Lowe que en mi mano estuvo vol-

ver a Longwood: es indudable que, estrechado por mis argumentos y por lo crítico de su posición respecto de mí, me ofreció enviarme allá, para salir de este modo del apuro; pero al mismo tiempo que me lo ofrecía me lo hacía imposible. «Usted me ha ultrajado y ofendido—le decía yo—, prendiéndome a presencia misma de Napoleón: en lo sucesivo no podré servirle ya de consuelo, sino más bien de injuriosos y afflictivos recuerdos; yo no puedo presentarme de nuevo en Longwood, sino en virtud de su expreso deseo.» Solicité escribir, y aun lo verifiqué no más que para cerciorarme de su voluntad; pero sir Hudson Lowe quiso dictar él mismo mis expresiones, y hube de negarme a ello. Su situación entre cautivos incomunicados, a quienes hacía obrar separadamente, y según su capricho, era también demasiado ventajosa. Además, aun cuando yo volviese a Longwood, sir Hudson Lowe no accedía a devolverme mis papeles. Al día siguiente podía reproducir contra mis desgraciados compañeros sus injuriosos actos de autoridad; yo tenía el sentimiento de haber facilitado el acceso, y no hay duda que mi vuelta hubiera sancionado el uso: no me quedaba, pues, sino desgarrarme el corazón y partir.

»Ved aquí, milord, según creo, toda la parte relativa a mi causa de Santa Elena, que se halla probada y esclarecida en mi correspondencia con sir Hudson Lowe, cuyos documentos me fueron retenidos de su orden en el Támesis, y obran en poder de usía coordinados y puestos en orden por mí mismo.

»Milord, una vez llegado al cabo de Buena Esperanza, me creí en mejor estado para gozar de la protección de las leyes. Salido de la Isla fatal, en la que

la importancia del objeto podía, quizás, servir de pretexto a ciertas irregularidades, me vi a quinientas leguas más lejos, en una colonia pacífica, y bajo el pleno ejercicio de vuestra brillante legislación, tan justamente aplaudida. ¡Pero cuál fué mi sorpresa! Lo que sir Hudson Lowe no se había atrevido a hacer, retenerme cautivo, lo halló muy fácil en el Cabo el lord Carlos Sommerset. Por más que le expuse las mismas razones, las mismas súplicas, y le ofrecí idénticas concesiones que a sir Hudson Lowe, para que me enviase a Europa cerca de usía, todo fué inútil, pues me detuvo por puro acto de capricho y voluntad, visto que sir Hudson Lowe no era su jefe, y por consiguiente no podía darle órdenes. El lord Carlos Sommerset era jefe supremo: por su parte gozaba de un poder discrecional, pudiendo y debiendo ser una especie de juez de mi sumaria información; a pesar de esto, se rehusó constantemente a oírme, desechó toda aclaración; y, sin embargo de mis vivas y eficaces representaciones, se contentó con preguntar fríamente, a tres mil leguas, a mis jueces naturales si haría bien en enviarme a ellos; ejecutando de este modo sobre mí desde aquel instante la más horrible sentencia que ningún tribunal hubiera podido imponerme: un destierro y cautividad de siete a ocho meses, a tres mil leguas de mi familia, de mis intereses, de mi país, de mis allegados y de todos mis afectos.

»Milord, en razón de la santidad de vuestras leyes, y según los principios clásicos que os han legado vuestros padres, el lord Sommerset se ha hecho culpable para conmigo del mayor de los crímenes, de un atentado igual en la opinión de muchas personas y de

la mía, por los tormentos que he sufrido, y aun superior al homicidio mismo: os lo denuncio y pido justicia. No hay un solo inglés para quien sean caros estos privilegios que no una su voz a la mía y no tenga una justa idea del suplicio que he padecido. En vano se replicará que el Cabo no es más que una colonia bajo el poder militar, y aun con algunas leyes en parte holandesas. Milord, a cualquier parte donde llegue el nombre británico, debe reinar la justicia y la protección de las leyes inglesas: lo que sería un crimen en el Támesis no podría ser un acto inocente sobre un punto del Africa donde tremola el pabellón inglés.

»Yo no era un prisionero de guerra, sino un arrestado; tenerme ocho meses separado de mis jueces, fué una falta de justicia que estremecería en Inglaterra; castigarme sin juicio y sin sentencia, una tiranía que trastorna vuestra legislación. ¿Y qué pedía yo al lord Sommerst? ¿La libertad? No, sino que se me enviase preso para sufrir una sentencia si hubiese lugar a ello. Se ha hollado en mi persona lo que cree más sagrado la razón, lo que el corazón mira con más afecto y lo más apreciable para el hombre. ¿Y cuáles podían ser sus motivos y sus excusas? Constantemente me las ha rehusado con obstinación. Y ahora pido, milord, se crea que la indignación y el dolor no me privan del conocimiento para distinguir en el lord las atenciones privadas que empleó para suavizar mi cautividad, del horror del acto público por el que me condenó: no obstante que al fin de mi permanencia, el calor de mis expresiones y la importunidad de mis reclamaciones le agriaron sin duda hasta el punto de retenerme en el campo, a pesar de mis instancias y graves inco-

modidades, privado de los auxilios diarios de los médicos y remedios de la ciudad.

»En fin, milord, después de siete meses, y llegadas precisamente las órdenes de usía, me notificó que ya no me quedaba más sino proporcionarme un buque que me condujese a Inglaterra. En vano solicité una ocasión que pudiese convenir al delicado estado de mi salud y a la de mi hijo: me negó los barcos convenientes bajo este o el otro pretexto, viéndome reducido en la elección que me dejó al solo buque que estaba próximo a partir, indicado por su excelencia el gobernador mismo. No tuve otra acción que la de embarcarme *cautivo y a mi costa*, lo que, en verdad, no es muy conciliable. Era un bergantín de doscientas treinta toneladas y doce hombres de tripulación, sobre el cual, privado de médico, expuesto a todos los inconvenientes, privaciones y males de un barco tan pequeño, nos ha obligado a sufrir una travesía de cerca de cien días.

»A esto se reduce, milord, toda la parte de mis desgracias por lo respectivo al cabo de Bueno Esperanza, y cuyas pruebas y aclaraciones se hallan en mi correspondencia con el lord Sommerset, sorprendida por vuestra orden en el Támesis, y en este momento en poder de usía.

»Al llegar a vuestras costas, milord, creí tocar el término de mis males. Yo tuve el honor de dirigir a mi llegada al Cabo una exposición a su alteza el príncipe regente, para ponerme bajo su real protección, y al mismo tiempo y sobre el propio asunto escribí también a usía: yo no dudaba que a estos documentos debiese la orden de mi vuelta a Europa, considerando ya como una dicha hallar en Londres ami-

gos que suavizarían mis asuntos domésticos, abandonados o destruídos por espacio de más de tres años. ¡Pero cuál fué mi sorpresa! Al entrar en el Támesis me vi al instante detenido e incomunicado, y sellados mis papeles. Pocas horas después un mensajero vuestro vino a apoderarse de mí a media noche; me notificó mi deportación al Continente, conduciéndome a Douvres para ponerla en ejecución. Habiendo pasado tres días de detención, su celo supo aprovecharse de aquel tiempo, volviendo a poner a mi disposición todos mis papeles; me procuró útiles de escribir, y me animó cuanto pudo a que lo verificase, aguardando a la última hora de la partida, para sorprender por medio de un registro minucioso hasta el último renglón. Esta es una clase de vileza tal, que no me atrevo a atribuirle a otra persona sino a la que la ejecutó.

»Una circunstancia de la misma naturaleza se presentó en Santa Elena. Sir Hudson Lowe, después de haberme tenido encerrado y sin comunicación cinco o seis semanas, en cuyo tiempo me permitió escribir, quiso a mi partida registrar de nuevo mis papeles; pero me fué entonces suficiente darle a entender el extraño colorido que presentaría la facilidad que me había ofrecido de consignar sobre el papel unas ideas que de otro modo habría conservado en mi interior. Sir Hudson Lowe renunció al instante, cuya justicia debo hacer a aquel gobernador.

»Lo más extraño que hay en esto, milord, y que con dificultad se creará, es que vuestro mensajero, por más que yo me opuse, empaquetó todos mis papeles y se separó de mí, sin querer formar inventario de ellos ni observar ninguna de las formalidades requeridas por todas las jurisprudencias del mundo. Persua-

dido de que esta infracción del primero de los principios provenía de la ignorancia del subalterno, y no de las órdenes del ministro, traté de remediarlo en beneficio vuestro, milord, consiguiendo sellarlos a fin de ponerlos en el caso de regularizar en su tiempo las faltas de vuestro agente. Desearé que usía aprecie esta medida, que únicamente ha tenido por objeto, como lo prueba la naturaleza de mis papeles, el daros una idea de mi carácter y una prueba de mi moderación. En aquel mismo momento tuve el honor de escribir al lord Sidmouth, observándole cuán precisa sería mi presencia para el examen de mis papeles, los cuales con una sola palabra mía se simplificarían extraordinariamente, al paso que mi ausencia los haría inexplicables; mas esta carta quedó sin respuesta.

»Milord, vuestro agente, además, saliéndose de los límites de la decencia y generosidad que caracteriza a los particulares de vuestra nación, acompañó su encargo de cuantas amarguras son imaginables. Después de haberme chocado a primera vista por sus groseras injurias contra la persona que más venero en el mundo, agotó sobre mí todas las obscenidades de la lengua; y todo esto porque yo no me prestaba a conversar con él. Habrían recibido de usía la orden de vigilarme, ¿pero pudo figurarse que se extendiese vuestro poder hasta obligarme a estar en sociedad con él? Este hombre tenía un segundo, a quien no alcanzan mis quejas; aun cuando haya participado de la misma culpa, algunas veces se distinguía con ciertas atenciones, a más de que se hallaba excitado e impulsado por el primero.

»Milord, al notificarme vuestro mensajero la orden de mi deportación a media noche, no me dejó otra

elección sino la de Calais u Ostende. Apenas despierto, tuve que decidirme sobre la marcha. Poco después y en mi reflexión le pregunté si se me permitiría ir a América o a cualquier otro punto del Continente, a lo que me contestó que no; porque, según mi elección, había escrito ya al Gobierno. Insistí de nuevo, y entonces me declaró que estaba seguro de que serían inútiles mis esfuerzos. ¿Sería cierto su aserto, milord? No me atrevo a creerlo; sin embargo, mi destino se fijó en su consecuencia.

»Se me ha mostrado, sin permitirme que la tomara en mis manos, la orden de su alteza real el príncipe regente, para que al instante saliese de Inglaterra. Esa negativa, ¿es una pura fórmula, o una precaución? Esta providencia real, ¿envolvería responsabilidad, o se temió acaso que no la tuviese por un título de honor? Y en efecto, ¿podría ser de otro modo cuando, no arguyendo ningún agravio, sólo aparece castigarme por una de las más raras fidelidades, por la de un servidor que se inmola por su señor, a quien abandonó la fortuna?

»Milord, en la estrecha elección que me dejó usía dí a Ostende la preferencia sobre Calais por motivos de delicadeza, únicamente hijos de mi profunda veneración por mi patria; me habría sido muy sensible que se hubiera podido decir que mis compatriotas me habían perseguido por un acto de virtud, y tal vez de su parte habría sido disculpable; mas de la vuestra, milord, mi deportación de Inglaterra no ha sido más que un verdadero capricho y una dureza sin excusa.

»Sea como fuere, me hallo en el Continente, adonde se me ha arrojado por disposición vuestra y a des-

pecho mío; y al menos aquí, milord, séame permitido detenerme un instante. Yo tengo muy presente todas las circunstancias de mi vida y fortuna; no hay rincón en Europa en donde yo no pueda conservar tranquilo mi corazón y presentarme sin remordimientos ni temores. Mas vos, milord, que ni tenéis el tiempo, ni el deseo, ni la facilidad de examinar mi oscura carrera, si por casualidad las disensiones políticas, durante las cuales las acciones perseguidas no son siempre crímenes. hubiesen puesto en peligro mi persona; si yo hubiera sucumbido, me habrían considerado como una víctima. Pero y a vos, milord, que me habriais entregado, ¿qué nombre os hubieran dado? ¿No os exponiais a que pudieran decir: «Mientras que las leyes inglesas se glorian de haber abolido el tráfico de los negros en las islas de América, los ministros ingleses trafican con la carne blanca en el Continente de Europa»?

»Milord, por consecuencia del impulso que usía ha dado a mi destino, se me ha arrestado y conducido por todo el reino de los Países Bajos cual un malhechor y sin caridad, estando casi moribundo; he puesto mis quejidos en el cielo, y ¿osaría yo, milord, en el particular transcribiros algunas verdades amargas? Mas ¿por qué no? Tal es el derecho de todos vuestros compatriotas, decir la verdad sin temor a un ministro de Inglaterra; y con mucha más razón lo será para un extranjero que tiene tan justos motivos de queja y de dolor. ¡Pues bien! Cuando yo declamaba contra un abuso tan horroroso respecto de mí, me preguntaron de qué punto del globo venía y de dónde podía proceder mi sorpresa. Los unos me han dicho: «Nuestro rey es bueno, no se queje usted de él, pues no es más que el instrumento con que le opri-

men; la mano tiránica viene desde muy lejos». Y otros: «El pueblo inglés tiene mucho tiempo ha algunas factorías en la India para su tráfico; los ministros ingleses las establecen hoy en el Continente para su despotismo. Cuando termina su autoridad en Inglaterra, la prolongan en el resto de Europa: en nuestra casa han puesto el potro del tormento y sus ejecutores, y usted no se escapará ni de su inquisición ni de sus suplicios». Y de aquí nacen las diatribas y las imprecaciones sobre Inglaterra y los ingleses. Sin duda, milord, las personas juiciosas, instruídas y sin pasión están muy lejos de engañarse y saben a quién atribuir los males exclusivamente, distinguiendo bien la excelencia de las leyes, su violación y abusos del poder: saben también que los verdaderos ingleses combaten y detestan toda especie de tiranía en su casa y fuera de ella; que tienen en su Isla los defensores más ardientes, los guardianes más celosos de las grandes y dichosas verdades que en el Continente son el objeto de nuestras esperanzas y votos; pero la mayoría del vulgo no penetra tanto, y le parece más corto culpar a una nación en masa y maldecirla.

•Pero en fin, milord, bien analizado todo, ¿cuál es mi crimen? ¿Cuál puede ser el motivo de tan cruel persecución? Me atrevo a preguntároslo, y los países en donde se ha prolongado aquélla por vuestro impulso, os lo preguntan conmigo. En todas partes las autoridades que han obrado sobre mi persona han evitado oirme cuidadosamente: mis derechos les habrían servido de obstáculo e impedido sus providencias, y aun es indudable que ellas mismas ignoraban la causa y el origen. Desde el cabo de Buena Espe-

ranza hasta el punto en que me hallo, si pregunto qué juicio, sentencia o cargo existe contra mí, sólo se me responde que obran en virtud de una orden; si exijo el motivo, la contestación es el silencio.

•Milord, tuve el honor de escribíroslo desde el Cabo, y os lo repito aquí: ¿qué reparo razonable se opone a mi deseo de permanecer en vuestro suelo y cerca de vos? ¿Se temerá que yo escriba o hable sobre objetos políticos? Pero ¿cuál podría ser el inconveniente que hubiese en ello en vuestra Isla? ¿Se temería que mis quejas importunas llegasen hasta la fuente de vuestro Gobierno? ¿Mas hay acaso un punto del Continente donde se me interrumpen mis quejidos y donde yo no halle los espíritus dispuestos a oirme? Inmediato a vos, milord, y en vuestro solo territorio, ¿no sería en donde tendriais sobre mí mayor acción y autoridad? Si yo delinquía, ¿no tiene usía las leyes generales de su país? Si llegaba a hacerme desagradable, ¿no teniais vuestras leyes particulares, y, sobre todo, el *bill de los extranjeros*? En fin, lo que es más que todo, teniáis por garantía de mi reserva y moderación mi deseo de permanecer cerca de vos, cuyo deseo es extremado, milord, y ved aquí la causa. Mi permanencia en Inglaterra absorbía todos mis deseos y el destino del resto de mi vida; el de consagrarme sin intermisión y en los límites de vuestros reglamentos y por las vías legales permitidas a procurar algún alivio y consuelo a aquel por quien lloro. Os supongo, milord, así como a vuestros colegas, bastante elevación de alma para desempeñar en tal circunstancia un deber político, y quedar ajenos de toda animosidad personal. Una vez atendida la seguridad del cautivo, no podían usías envidiarle

las indulgencias que se le prodigasen a costa de otro; más bien se las facilitarían. He ahí, pues, el empleo religioso que imploro; mi corazón desea obtenerlo, y lo desempeñaré con lealtad. Yo os hubiera convencido, milord, si hubiese podido llegar hasta vos, y aun todavía no desespere: lo suplico y solicitaré constantemente.

»Había contado también, milord, os lo confieso, como una probabilidad de mi admisión cerca de vos, el deseo de usía de aprovechar esta rara ocasión para esclarecer y afirmaros en el convencimiento de la verdad; pues creía que vuestro empleo y carácter os lo exigían imperiosamente. Al fallar sobre las quejas de Santa Elena, ¡cuántas luces contradictorias hubieran establecido sus nobles funciones de *jurado!* Yo habría respondido a todas vuestras preguntas con candor y sin pasión; os hubiera convencido sin ruido (si usía lo hubiese deseado) de todos los errores en que vive respecto de nuestro asunto, por la multitud e importancia de los que tiene a su cuidado. He leído en sus papeles diferentes (el *Times*, *New Times*, y en el *London Chronicle*) vuestra respuesta al lord Holland, sobre su moción relativa a Santa Elena, y puedo aseguraros que no hay casi un renglón que no sea una pura irregularidad.

»¡Plegue a Dios, milord, que yo no os crea de mala fe! Mas vuestros verdugos os han informado muy mal. Usía ha afirmado que ninguno de los parientes del Emperador Napoleón, excepto su hermano José, le había escrito; yo mismo le he remitido tres o cuatro cartas procedentes de usía por el conducto de sir Hudson Lowe, a saber: de madama madre de la señora princesa de Borghese y de su hermano Luciano.

El hecho en sí mismo es de poca importancia, milord; pero esta inexactitud material debe excitar vuestras dudas sobre otros puntos y dar validez a mis asertos sobre lo demás. Lo que me concierne a mí, por ejemplo, es tan desfigurado, que a pesar de las prevenciones que tengo motivo de alimentar contra sir Hudson Lowe, no dudo un momento en pensar que él mismo declamaría contra la irregularidad de la exposición. Por lo demás, milord, en el calor de los partidos y de toda oposición, se forman inevitablemente dos verdades. La mía no podría ser precisamente la vuestra; el público lo sabe, y por esta causa hubiera deseado fundar la suya sobre los documentos oficiales. Usía ha creído deber rehusárselo; mas de este modo ¿no ha fijado su opinión?

»Milord, paso a hacer el resumen de mis extensos pormenores.

»1.º Pido justicia y satisfacción del abuso de autoridad y del acto arbitrario y tiránico por el que el lord Carlos Sommerset me privó por tanto tiempo de mi libertad, violando las leyes positivas de su país.

»2.º Pido justicia y satisfacción de la forma irregular con que se han apoderado de todos mis papeles en el Támesis, impidiéndome, a pesar de mis instancias, el que hiciera el inventario de ellos.

»3.º Pido justicia e indemnización de agravios por el modo con que, despreciando todos los principios, se me entregó cautivo en el Continente, y que por consecuencia del impulso o de las instrucciones dadas se me obligó a atravesar Bélgica y los países adyacentes como un malhechor.

»4.º Pido la vista y pronta restitución de los pape-

les que se me detuvieron en el Támesis. La mayor parte de ellos habían sido respetados por sir Hudson Lowe, y otros me son absolutamente necesarios para el uso diario de mis asuntos domésticos, pues contienen todos mis títulos de propiedad y bienes, por cuya razón, si se me priva de ellos, quedo exhausto de todo.

»5.º Pido la restitución de mis papeles de Santa Elena, cuyo inventario, reconocido y firmado por sir Hudson Lowe, se halla entre los papeles que me tomaron en el Támesis. Estos papeles de Santa Elena se reducen, poco más o menos, a un solo manuscrito, que comprende el espacio de diez y ocho meses, en que, día por día, se hallan inscritas (aún todavía en borrador e incorrectas) las conversaciones, palabras y aun tal vez los gestos del que durante mucho tiempo dirigió el destino de la Europa.

»Este manuscrito, sagrado por su naturaleza y objeto, era desconocido a todos, y debía continuar siéndolo. Dejé tomar el suficiente conocimiento de ellos a sir Hudson para convencerle de su inocencia en política. Al llegar al Cabo tuve el honor de escribir al príncipe regente por el conducto de los ministros, e igualmente a éstos, para poner estos preciosos materiales bajo su protección especial, implorándola en nombre de la Historia; a los ojos de todas las leyes, son mi propiedad sagrada, la de mis hijos y la de lo venidero.

»6.º En fin, pido, sobre todo, la restitución de la carta que el Emperador Napoleón me hizo el honor de dirigirme a mi arresto incomunicado en la isla de Santa Elena; una carta ajena de la política, leída por el gobernador de aquella Isla, y por los mismos mi-

nistros, si lo han tenido por conveniente, que no podría arrebatare, conforme a ningún código del mundo, por severas que fuesen sus expresiones confidenciales, a aquel para quien es una propiedad: este documento precioso y sagrado es la recompensa de mi vida, el título de mis hijos y el monumento de mi familia.

»Milord, amigo natural de todo decoro y moderación, a vos dirijo la enumeración de mis agravios; a vos solo y sin publicidad (1) pido la indemnización de ellos. Si usía no estima conveniente satisfacerlos, me veré en la precisión de presentar mis quejas a los tribunales de justicia. Después, si fuese necesario, acudiré al de la opinión pública, y en seguida, y sobre todos aún, a aquel tribunal supremo del Altísimo, que, fallando igualmente sobre la víctima y la tiranía, cumple en la eternidad el triunfo infalible de todos los derechos, y el castigo final de todas las injusticias.

»Tengo el honor, etc.

EL CONDE DE LAS CASES.»

En fin, en aquel mismo tiempo apareció también mi petición al Parlamento de Inglaterra; yo la remití a Londres, desde los desiertos de Tygerberg, para que hiciesen de ella el uso conveniente; mas sea que no hubiese llegado, o que hallasen algún inconveniente en presentarla, no se habló de ella una palabra, y sólo mi vuelta pudo despertar el asunto. Un

(1) Esta carta no se hizo pública hasta un año después de escrita; y aun se habrán visto antes o se verán después los motivos que han dado lugar a su publicidad.

miembro de los Comunes, interesado por la sensación que acaba de causar su publicidad, se ofreció a presentarla él mismo, para cuyo efecto se me envió de Inglaterra un papel en el que puse mi firma, formalidad que no se creyó suficiente, lo que, unido a otras consideraciones, quizás impidió que se sometiese a la deliberación de la Cámara. La transcribo a continuación, esperando que me lo perdonarán, visto el gran interés que tengo en ello; y, además, porque tanto este papel como otros de los que se hallan en este tomo han sido mutilados, desfigurados y vueltos a traducir en francés de un texto extranjero: a mí me toca restablecerlos en su integridad, puesto que si no se hallasen aquí pasarían por apócrifos, y esto es lo que quiero evitar.

PETICIÓN AL PARLAMENTO DE INGLATERRA.

«Un simple individuo, un débil extranjero se atreve a elevar la voz en vuestro recinto, representantes del pueblo de Inglaterra; pero os invoca en nombre de la humanidad y de la justicia, en nombre de vuestra gloria. ¿Habría en vano? ¿No se le escucharía?

» Arrojado fuera de Santa Elena, y arrebatado del lado mismo del monumento más grande de las vicisitudes humanas que existió jamás, me dirijo a vosotros para pintaros su situación y sufrimientos.

» Arrancado repentinamente de su lado, sin que haya sido posible preverlo, privado de toda comunicación, mis palabras e ideas serán puramente mías y no tendrán otro origen sino de mi corazón. Tal vez el alma altiva, cuyo es el objeto, se irritará por el paso que doy en este momento, persuadida de que en el mundo

no debe ni puede apelar por sus agravios sino al Omnipotente. Quizás se me pregunte quién me ha confiado el cuidado y bienestar de su vida. No importa; mi afecto hacia él será la causa de mi debilidad; y pues que me siento lejos de su heroico influjo, mi corazón no puede callar los males de que ha sido testigo; y no pudiendo contenerse, prorrumpe en quejidos.

» Vosotros habéis desterrado en los desiertos del Océano a aquel cuya magnánima confianza venía *libremente* y por *elección* a vivir entre vosotros, y bajo la protección de vuestras leyes, que había creído *soberanas*. Sin duda que no consultásteis en vuestra determinación sino lo que os pareció útil, prescindiendo de ser justos. De otro modo se os preguntaría: ¿quién le puso en vuestro poder? ¿Quién os ha dado el derecho de juzgarle? ¿Sobre qué se le ha condenado? ¿A quién habéis oído en su defensa?... Pero vosotros habéis dictado una ley..., existe y la respeto. Yo no estoy calificado para discutir el principio; así, pues, enmudeceré y mi protesta no saldrá del corazón. Me limitaré a hablar de los males que han corrido en pos de vuestras disposiciones, y sin duda contra sus intenciones.

» Representantes de la Gran Bretaña, vosotros habéis dicho que no queriais otra cosa que aseguraros de la persona del Emperador Napoleón y garantizar su detención. Cumplido este objeto, accedisteis a que se le prodigase cuanto pudiera suavizar y aligerar lo que pensábais ser obra y obligación de la política.

» Tales han sido el espíritu y tenor de vuestras leyes, las expresiones de vuestros debates, los votos de vuestra nación y los sentimientos de su honor. ¡Pues bien!

Sabed que no ha llegado al ilustre cautivo en su espantosa roca sino la parte severa de vuestras intenciones. ¡Feliz aún todavía si no hubieran sido traspasadas!; pues las nubes que coronan su isla son menos densas y sombrías que las penas morales y físicas que acumulan sobre su cabeza.

»Bajo el frívolo pretexto de aprensiones puramente imaginarias, se han visto diariamente nuevas restricciones. Su alma altiva ha devorado cada día nuevos ultrajes; todo ejercicio le ha venido a ser imposible, y cualquier visita y conversación le están casi prohibidas. De este modo, a las privaciones de toda clase de comodidades se le juntan la insalubridad mortal de un clima, a la vez húmedo y abrasador, y la insípida monotonía de un cielo sin color ni estaciones. ¡A cada instante, y de un modo más horrible, se le estrecha el círculo de la vida! ¡Se halla reducido a no salir de su cuarto, y si..., van a darle la muerte!

«¿Habéis querido vosotros todas estas cosas? No, sin duda; ¿y qué motivos podrían justificarlas? ¿El temor de una evasión? Pero que se reúnan algunos militares, marinos y jueces instruídos; que se consultén sus luces y opiniones, y que arrebatén aquel objeto de la arbitrariedad de un solo hombre, que pudiendo tomar por gúfa sus terrores, nunca se ocupará en otra cosa sino en combatir hasta los fantasmas que podrá crearle su imaginación acalorada, sin pensar que le es imposible destruir todas las probabilidades y llegar a la última, sino dándole la muerte. En Longwood se tiene por imposible toda evasión; no se piensa en eso; y cierto que cualquiera podría arriesgar su vida para conseguirla; la muerte parecería dulce en comparación con tan feliz resultado. ¿Pero de qué modo po-

dría engañarse a los oficiales que están en continua vigilancia? ¿Ni cómo escaparse de los soldados apostados por todas las orillas? ¿Descolgarse por las rocas, y echarse, por decirlo así, a nado en el vasto Océano: pasar una primera línea de barcos y otra segunda de buques de guerra; cuando se halla dominado por todas las alturas que puede estar rodeado, quizás, y seguido de señales a cada instante y en todas direcciones? ¿Y a qué embarcaciones entregaría su confianza? Sobre la orilla no hay un solo punto de embarque; ¿sobre qué barco se buscaría un refugio? No lo hay, ni lejos ni cerca: toda vela extranjera, y aun la inglesa misma, es presa de vuestros cruceros si se acerca a la isla maldita sin urgente motivo.

»Con tales precauciones y circunstancias, ¿la isla no es, pues, una prisión suficientemente segura? ¿Debería, acaso, ser necesario multiplicar prisiones? Y si, lo que es imposible, pudieran vencerse tantas dificultades, ¿la inmensidad de los mares, la casi totalidad de las tierras, no serían aún una nueva cárcel?

»Luego, ¿quién podría inclinar a unos hombres en su cabal juicio a soñar tan ridículos esfuerzos? ¿Quién podría inducir en Longwood a unos pensamientos tan locos y desesperados? Así es que el Emperador Napoleón conserva siempre los mismos proyectos y deseos que expresó cuando vino con confianza, *libremente y de buena fe*, a arrojar en vuestros brazos: «Un retiro y reposo bajo la protección de vuestras leyes positivas o las de América.» Esto es lo que quería, lo que quiere aún y lo que pide siempre.

»Si, pues, la isla de Santa Elena, por su naturaleza, no es ya una prisión suficiente; si no tiene la ventaja de hacer concurrir la seguridad con la indulgen-

cia, entonces han quedado burladas vuestras elecciones e intenciones. ¿A qué venía enviarnos a morir miserablemente en un clima extraño? ¿A qué conducen todos vuestros gastos adicionales? ¿Para qué emplear una numerosa guarnición y su gran estado mayor con un establecimiento marítimo? ¿Ni qué necesidad había de las trabas que se imponen al comercio de aquella isla infortunada? ¡Cuántos puntos no hay en vuestro dominio europeo, en donde podíais guardarnos sin gastos, y en los cuales nos hubiéramos creído menos desgraciados! Si por naturaleza y con ayuda de las precauciones indicadas, presenta en sí misma todo lo que la prudencia humana puede creer necesario, entonces todas las adiciones agravantes ¿no serían otras tantas vejaciones inútiles, actos tiránicos, bárbaros, ejecutados contra vuestra intención? Pues no pudisteis querer que se atormentase a Napoleón, ni que se le hiciese morir con alfileres; y no obstante, es demasiado cierto que perece por medio de heridas incesantes en cada día, hora y minuto.

• Si no habéis querido considerarlo sino como a simple prisionero, y no como el objeto del ostracismo de los reyes, cual es su clase; si no habéis pretendido darle más que una prisión común, y no elegirle un lugar en donde se le pudiera aliviar la irregularidad de su destierro; si no se le ha querido confiar más que a un carcelero y no a un jefe de un grado eminente, quien por sus conocimientos y experiencia del mundo supiera conciliar la seguridad del cautivo con el respeto y consideraciones que le son inherentes; si no se ha querido seguir más que el odio, la venganza y todas las pasiones vulgares; si, en fin, no se ha intentado otra cosa sino confiar al clima la muerte del ilustre

enemigo y manchar la naturaleza con un hecho que nadie se atrevería a ejecutar; si se ha deseado todo esto, me detendré, pues en tal caso nada tengo que decir, y tal vez habré dicho ya demasiado.

»Pero si, en el sentido de vuestro mismo *bill*, habéis querido acompañar vuestra medida política, como en efecto ha sido, de todas las intenciones de una nación grande, noble y honorable, continuaré; pues habréis deseado todo el bien que permitiesen las circunstancias, e impedido el mal que la necesidad no exigiese. No habéis querido que se privase al prisionero de todo ejercicio imponiéndole inútilmente unas condiciones o formas que habrían convertido en tormento aquel recreo.

»Vosotros no habéis querido que se le prescribiese la naturaleza de sus palabras, ni la extensión de sus frases, ni que se estrechase su recinto primitivo, bajo pretexto de que no lo usaba todo él diariamente, ni menos de que se le forzase a reducirse a su cuarto para no hallarse en medio de las trincheras y empalizadas con que han rodeado ridículamente su jardín, etcétera.

»Todas estas cosas existen y se han sucedido periódicamente, aun cuando se juzguen inútiles, y muchos de vuestros compatriotas las condenan y lloran.

»Vosotros no habéis querido que, en gran detrimento de su salud y comodidades, se le condenase a una mala habitación, pequeña e incómoda, mientras que la autoridad las tiene grandes y hermosas en la ciudad y en el campo, las cuales hubieran sido más cómodas y decentes, y hubiesen evitado el envío del famoso palacio, o, por hablar más correctamente, de la inmensa cantidad de maderos toscos que sin uso se es-

tán pudriendo en las orillas, porque se ha visto que serían necesarios siete u ocho años para construir el edificio proyectado. No se habrá querido que, a pesar de las sumas que se dedican a aquel objeto, las necesidades de la vida y todas las subsistencias que se suministran diariamente a Longwood fuesen de la clase más ínfima, cuando las hay para otros de mejor calidad; vosotros no habéis querido que se llevase el ultraje, respecto de Napoleón, hasta quererlo forzar a discutir los pormenores de sus gastos, que se le intimara proveyese al excedente, que no poseía, o que en su defecto se le amenazara con reducciones imposibles, ni menos que se le obligase a exclamar en su indignación: «Que le dejasen en paz, que nada pedía, y que cuando tuviera hambre iría a sentarse en medio de aquellos valientes cuyas tiendas descubría a lo lejos, los cuales no desdeñarían el alimento al soldado más antiguo de Europa.» ¿No habéis querido que Napoleón se viese en la necesidad de vender su plata labrada pieza a pieza para subvenir a lo que le falta mensualmente, ni que se hallase reducido a aceptar lo que algunos servidores fieles eran bastante felices de poder poner a sus pies?

»¡Oh, ingleses! ¿Se tratará así en vuestro nombre al que ha gobernado Europa, dispuesto de tantas coronas y creado tantos reyes? ¿No teméis el grito de la Historia? Si llegara a pronunciarse, nos diría: «Le han engañado para apoderarse de él, y después han acelerado el término de su existencia.» ¿Sufriréis que se comprometan a este punto vuestros sentimientos, vuestro carácter y honor? ¿Es tal vuestro *bill* e intenciones? ¿Y qué relación tienen con la seguridad unas medidas tan indecorosas?

» Vosotros no habéis querido que la autoridad hiciese un estudio pueril y bárbaro en sus palabras, reglamentos y providencias; que recordase sin cesar lo que por delicadeza nunca hubiera debido pronunciar, repitiéndonos a cada paso que nos engañábamos extraordinariamente en el juicio que formábamos de nuestra posición, impidiendo severamente todo respeto, y aun castigando, se nos ha dicho, el que el hábito pudiese dejar escapar; cercenando los periódicos que nos llegaban, y dejándonos solamente los que podían sernos desagradables; procurándonos gratuitamente los libelos, y sustrayendo o reteniendo, por el contrario, las obras favorables; en fin, imponiéndonos la forma literal de la declaración con que comprobamos la esclavitud y la dicha de cuidar un objeto reverenciado, obligándonos a reconocer denominaciones contrarias a nuestros usos y leyes, sirviéndose así de nuestras propias manos para degradar al objeto augusto que acompañábamos; y, sin embargo, tuvimos que hacerlo, pues si nos hubiéramos rehusado a ello, se nos habría privado a todos, según las amenazas, de nuestro dulce empleo, lanzado al punto sobre un buque y deportado al cabo de Buena Esperanza. ¿De qué interés para la seguridad podrían ser estas medidas crueles y tiránicas?

» Apenas se creerá que informándose Napoleón de si podía escribir al príncipe regente, le respondió la autoridad que no se daría curso a sus cartas sino en caso de entregarse abiertas, o que las abriría para tomar conocimiento de ellas; procedimiento que reprueba la razón, y es igualmente injurioso a las dos augustas personas.

» Se ha dicho que se había elegido Santa Elena

para que pudiésemos disfrutar de cierta libertad y de alguna indulgencia. Mas a nadie podemos hablar ni escribir exclusivamente, siendo inquietados hasta en las más pequeñas cosas domésticas. Nuestras paredes están rodeadas de trincheras y de fosos, y nos gobierna una autoridad absoluta... ¿Y habrían elegido Santa Elena para procurarnos alguna indulgencia? Pero ¿qué prisión en Inglaterra hubiera sido peor para nosotros? Por cierto que no existe una en el día que no la juzgásemos preferible: nos hallaríamos en tierra cristiana y respiraríamos el aire europeo; una autoridad superior y contradictoria nos pondría al abrigo de los resentimientos personales, de la exaltación del momento, y aun tal vez de la falta de juicio.

»Se ha insinuado o impedido aun a los oficiales de vuestra nación se presentasen ante el que vigilan y guardan, y prohibido a los ingleses mismos, cualquiera que sea su grado y la confianza que posean, acercarse o hablar con nosotros sin algunas formalidades, que equivalen a una prohibición, por temor de que les pintemos los malos tratamientos con que nos oprimen. Precaución inútil a la seguridad y que prueba la envidiosa atención que ponen para impedir que se haga pública la verdad. Se ha supuesto que eran un crimen nuestros esfuerzos para dirigíroslos, sobre todo interesándose en vuestro honor y vuestro carácter, como si en tal caso no fuera haceros un servicio.

»Ciertamente que no habéis querido que la tiranía obrase sobre nuestros pensamientos y sensaciones, hasta el punto de insinuarnos o decirnos que si continuábamos expresándolos en las cartas a nuestros parientes o amigos, se nos separaría de Napoleón y deportaría de la Isla. Esta circunstancia produjo preci-

samente mi expulsión, obligándome a remitir clandestinamente las mismas cartas que antes había destinado para el gobernador, y que le habría enviado sin su importuna insinuación tiránica; puesto que las tales cartas se enviaban abiertas a los ministros, y acompañadas, en caso necesario, de las notas de la autoridad local, que podían detenerlas aquéllos si lo creían conveniente, o entregarlas a las leyes si las suponían criminales, y que en todo caso debían considerarlas como un nuevo medio para descubrir la verdad.

•No hay duda que no habéis querido que los que habían obtenido el favor de permanecer cerca de Napoleón se hallasen, en lo severo, dentro de las leyes, y fuera de ellas para lo favorable: sin embargo, esto fué lo que se nos notificó positivamente. Vosotros no habéis querido que se sorprendiesen mis más secretos y sagrados papelés, que aunque yo los hiciese recorrer sumariamente para que se tomara conocimiento de su naturaleza, me separasen de ellos, impidiéndome que les pusiese mi sello. Vosotros no habéis querido que se jugase bárbaramente con mi persona, respecto de lo más grande y sagrado que hay entre nosotros; que con desprecio de mis constantes reclamaciones para que se me pusiera en libertad o entregase a los tribunales; que a despecho de mis reiterados ofrecimientos de someterme voluntariamente y con antelación a todas las precauciones y aun a las arbitrarias que quisieran imponerme en Inglaterra, se me detuviese cautivo en Santa Elena; se me enviase de esta Isla al cabo de Buena Esperanza para hacerme volver con el tiempo desde el Cabo hacia dicha Isla, paseándome así preso por la vasta extensión de los

mares en buques débiles y con gran detrimento de la salud de mi hijo, cuya vida ha estado muy expuesta, y con peligro de la mía, por las enfermedades que me han producido, las cuales deben acompañarme al sepulcro, si antes de tiempo no me precipitan en él.

»Los representantes del pueblo inglés no han querido que a mi llegada al Cabo la autoridad me retuviese allí arbitrariamente, sin discusiones, examen ni informes, haciéndome consumir con las agonías del dolor, de la esperanza y desesperación, bajo el ridículo pretexto de preguntar a dos mil leguas de distancia a mis jueces naturales, a los ministros, a quienes tan vivamente solicitaba se me entregase, si haría bien de remitirme a ellos, ejecutando sobre mí una sentencia mil veces más terrible que la que todos los jueces pudieran pronunciar, a saber: retenerme cautivo todo aquel tiempo en uno de los extremos de la tierra, separado de mi familia, de mis amigos, de mis intereses y de todos mis afectos, consumiendo penosamente en el desierto los pocos días que me quedan. En verdad, que bajo el imperio de unas leyes positivas, no deberían burlarse tan tiránicamente de la vida y felicidad de los individuos.

»¡Oh, ingleses! Si quedan impunes tales actos, vuestras brillantes leyes se reducirán a un nombre vano, llevaréis el terror a las extremidades de la tierra, y desaparecerán de entre vosotros la libertad y la justicia.

»Ved aquí los agravios que tenía que participaros y que se hallan esclarecidos, en unión con otros, en la carta inclusa que al partir de Santa Elena entregué a la autoridad de aquella Isla.

»Hubiera querido omitir la enumeración de agra-

vios, pero me he hecho la violencia de exponerlos, persuadido de que aun los más pequeños interesan a vuestro honor.

»¿Y cuáles pueden ser las causas de semejantes medidas? ¿De dónde pueden proceder esos ataques graduales y continuas agravaciones? ¿Cómo se habrá justificado? Lo ignoramos.

»Y no será porque la autoridad de Santa Elena dude del inminente peligro que corre la salud y aun la vida del cautivo, ni el probable y pronto resultado de tal estado de cosas. «No será culpa suya»—contestan fríamente—. Mas nótese lo que se dice: Confesar que Napoleón busca la muerte, ¿no es lo mismo que decir que se le hace intolerable la vida? «Por otro lado—continúan—, ¿por qué se niega a hacer el ejercicio necesario en compañía de un oficial? ¿Qué tiene, pues, de chocante y penosa esta formalidad? ¿Para qué obstinarse en darle tanta importancia?» Mas ¿quién puede creerse con derecho a juzgar las sensaciones de la ilustre víctima? Napoleón se priva de ello y se calla: ¿qué más se quiere? Por lo demás, ya se ha repetido cien veces, no es el color del vestido ni la diferencia de nación la causa de la repugnancia, sino la naturaleza de la cosa en sí misma, y sus efectos inevitables. Si en semejante ejercicio el beneficio corporal fuese inferior a los sufrimientos del espíritu, ¿cuál sería la ventaja que sacaría de él?

»Pero aun a esto se objeta (pues no hay una misma escala para todos los entendimientos): «¿A qué conducen unas consideraciones tan particulares, atenciones y miramientos tan extraordinarios? En último resultado no será más que un cautivo de distinción: ¿qué más es, cuáles son sus títulos?» Satisfaré, pues, a estas

objeciones, diciendo que Napoleón es el primero y el más admirable destino de la Historia; el hombre de la fama, el de los prodigios y el héroe de los siglos. Su nombre se halla en todas las bocas, sus actos agitan todas las imaginaciones, y su carrera no tiene igual. Cuando César meditó gobernar a su patria, era ya el primero por su nacimiento y riquezas; cuando Alejandro emprendió subyugar el Asia, era rey e hijo de otro rey que había ya preparado sus triunfos; pero Napoleón, saliendo de entre la muchedumbre para gobernar el mundo, se presenta solo y sin otro auxiliar que su genio; sus primeros pasos en la carrera son otras tantas maravillas; al punto se cubre de laureles inmortales, y reina desde aquel instante sobre todos los corazones; ídolo de sus soldados, cuya gloria llega hasta las nubes, y esperanza de la patria, que en sus agonías le hace vislumbrar que sería su libertador, y aquella idea no fué ilusoria. A su voz expirante, interrumpiendo Napoleón sus misteriosos destinos, vuela desde las márgenes del Nilo, atraviesa los mares con peligro de su libertad y reputación, desembarcando solo en las playas francesas. Todos se conmueven al verle, las aclamaciones y la alegría pública lo llevan en triunfo hasta la capital. ¡A su vista se humillan las facciones y se confunden los partidos: gobierna y encadena la revolución!

• El único peso de la opinión y el influjo sólo de un hombre lo hace todo; no necesita combatir ni derramar una sola gota de sangre, y no es esta la única vez que en su vida se hallan semejantes prodigios.

• A su voz desaparecen los principios desorganizadores, se cierran las llagas y se borran las manchas: la Creación parece de nuevo salir del caos.

» Todos los delirios revolucionarios terminan, y sólo permanecen las grandes y luminosas verdades. Napoleón desconoce los partidos, y su gobierno es puro y despreocupado. Todas las opiniones, sectas y conocimientos se agrupan en derredor suyo, y empieza un nuevo orden de cosas.

» La nación respira y le bendice, los pueblos le admiran, los reyes le respetan, la felicidad renace, y de nuevo se ennoblece el nombre francés.

» Muy pronto se elevó su trono, vino a ser Emperador, y todos saben lo demás. Bien sabido es el esplendor y poder con que honró su corona. Soberano por elección de los pueblos, consagrado por el jefe de la religión y sancionado por la victoria, ¿qué primogénito de dinastía reunió jamás unos títulos tan poderosos, nobles y puros? ¡Que lo busquen!

» Todos los soberanos se aliaron a él por la sangre y los Tratados: todos los pueblos lo han reconocido. Ingleses, si sólo vosotros formáis excepción, ésta ha consistido únicamente en vuestra política y por pura forma, siendo precisamente vosotros los que hubiérais debido ver en Napoleón los títulos más sagrados e incontestables. Las otras potencias tal vez habrán podido obedecer a la necesidad, mas vosotros no habríais hecho más que ceder a vuestros principios, a vuestra convicción y a la verdad, pues tales son vuestras doctrinas, que elegido Napoleón cuatro veces por un gran pueblo, ha debido, necesariamente, y a pesar de vuestras denegaciones públicas, ser reconocido como Soberano en el fondo de vuestros corazones. ¡Consultad vuestra conciencia!... Luego Napoleón no ha perdido más que su trono; un revés se lo arrebató, al paso que el triunfo lo hubiera fijado en él para siem-

pre. Vió marchar contra él un millón cien mil hombres: los generales y sus soberanos proclamaban por todas partes que únicamente obraban contra su persona sola. ¡Qué destino!... Sucumbió, es verdad, pero no perdió más que el poder: conserva sus caracteres augustos, los cuales exigían el respeto de los hombres. Mil recuerdos de gloria le coronan aún; el infortunio le hace sagrado, y en este estado de cosas, el hombre verdaderamente sensible no titubea en considerarlo como más venerable sobre su roca que imponiendo leyes a la cabeza de seiscientos mil hombres.

• Ved ahí cuáles son sus títulos.

»En vano los hombres débiles y los corazones de mala fe querrán atribuirle, como es costumbre, ser la causa efectiva de todos los males y turbulencias de que hemos sido testigos o víctimas; el tiempo de los débiles pasó ya; la verdad recobrará su imperio, y las nubes de la impostura empiezan a disiparse ante el sol del porvenir. Un tiempo vendrá en que se le hará plena justicia, pues las pasiones mueren con los contemporáneos, mientras que las acciones viven con la posteridad, que no tiene límites. Entonces se dirá que las grandes proezas y bienes fueron suyos, y que los males fueron obra del tiempo y de la fatalidad.

»¿Quién no empieza a ver hoy que, a pesar de su enorme poder, nunca fué dueño de su destino ni de sus medios? ¿Que constantemente armado en su propia defensa, no cedió a su destrucción sino con prodigios multiplicados, que en aquella terrible lucha se le obligó a renunciarlo todo, si quería seguir y salvar la causa nacional? ¿Quién entre vosotros, ingleses, imagina sobre todo negar esta verdad? ¿No se ha proclamado muchas veces en Inglaterra *la guerra vitalicia*,

y vuestros aliados secretos no guardaban en el fondo de su corazón lo que vuestra posición os autorizaba a publicar? ¿No os jactáis aun en este instante de que lo habriais combatido mientras hubiese subsistido? Así es que siempre que os ha propuesto la paz, ya que fuesen sinceros o no sus ofrecimientos, poco os ha interesado, pues vuestro plan es inalterable. ¿Qué partido le quedaba entonces, y qué recriminación podrá hacerse contra él en la que su adversario no esté complicado? ¿Y quién, aun en el día, podría imputarle su decantada ambición? ¿Qué cosa ha tenido tan nueva, tan extraordinaria y exclusiva en su persona?

¿Ahogaba en él los sentimientos cuando decía al ilustre Fox que en lo sucesivo las leyes, costumbres y sangre hacían de tal modo de Europa una misma familia, que ya no podría haber en ella más guerras que las civiles?

¿Era acaso irresistible cuando, al pintarnos todos sus vanos esfuerzos para impedir la ruptura del Tratado de Amiens, decía que Inglaterra, a pesar de sus ventajas presentes, habría ganado en mantenerlo, así como toda Europa: que él solo, quizás, su nombre y gloria hubieran perdido?

¿Era muy ansiosa y común esa ambición cuando prefería en Chatillon la probabilidad de perder un trono a la certidumbre de poseerlo a costa de la gloria e independencia nacional?

¿Era incapaz de alteración cuando se le ha oído decir: «Yo volvía de la isla de Elba un hombre enteramente distinto. No se creyó posible, y se han engañado; yo no hago las cosas de mala gana, ni a medias: habría sido estrictamente monarca por la Constitución y para la paz?»

»¿Era insaciable cuando después de la victoria, que él consideraba como cierta, en Waterlóo, su primera palabra a los vencidos iba a ser al instante el ofrecimiento del Tratado de París, y una unión sincera y sólida, que confundiendo los intereses de ambos pueblos hubiera asegurado a Inglaterra el imperio de los mares, y forzado al Continente a la paz?

»¿Era ciego y sin motivos cuando, después de su desastre, enumerando las consecuencias políticas que también había previsto, y estremeciéndose por las probabilidades del porvenir, exclamaba: «¡Tal vez hasta los mismos ingleses tendrán que llorar un día haber vencido en Waterlóo?»

»¿Y quién, pues, en adelante pensará en citar aquella ambición? No serán los pueblos, agobiados con la conducta de los que le han precipitado del trono. ¿Serán los soberanos? Aquellos que no hablaban más que de justicia antes del combate, ¿qué uso han hecho de la victoria? Cesen, pues, de repetir odiosas alegaciones, que pudieron haber sido un excelente pretexto, pero que en adelante serían unas miserables justificaciones: ¡conténtense con haber vencido!...

»Pero yo me exalto; ¿adónde me arrastra la fuerza de la verdad, la vehemencia de las sensaciones y el impulso del corazón? Vuelvo, pues, a mi objeto.

»Representantes de la Gran Bretaña, tomad nuevamente en consideración este estado de cosas. La justicia, la humanidad, vuestro honor y vuestra gloria os lo piden: Santa Elena es insoportable; la vida equivale allí a una muerte cierta y premeditada, y vosotros no queréis haceros responsables de esto para con los siglos venideros. Napoleón fué veinte años vuestro terrible enemigo; mas acordaos de *Anibal* y de la in-

famia romana...; vosotros no queréis manchar con semejante ignominia las páginas más brillantes de vuestra historia presente. Salvad a vuestro Gobierno de la odiosa y horrible inculpación de haber traficado con la sangre del prisionero: la Historia nos presenta algunos de estos ejemplos, y todos nos horrorizan. ¡Y cuánto mayor no sería el carácter reservado para éste!, pues es fácil pronosticarlo. Cuando ya no exista Napoleón, y cuando se crea cumplido el crimen, entonces ese mismo hombre vendrá a ser el ídolo de los pueblos, y no se le considerará ya sino como la víctima y el mártir de los reyes. Tal será la marcha inevitable de la fuerza de las cosas y de los sentimientos de los hombres. Salvad vuestros anales modernos de semejante escándalo y de sus peligrosas consecuencias; salvad a la dignidad real de su propia ceguera; salvad los intereses más sagrados de los grandes monarcas, en cuyo nombre se sacrifica la víctima; salvad la majestad real en el primero de sus atributos y el más santo de sus caracteres: *su inviolabilidad*. Si los mismos reyes manchan sus manos con la sangre de los representantes de Dios en la tierra, ¿qué freno, qué respeto opondrán a los atentados de los pueblos? En el mundo no hay prosperidad al abrigo del tiempo y de la fortuna. El círculo de las vicisitudes comprende a todos los tronos: esta causa es la de todos los reyes presentes y venideros. Un ungido del Señor, degradado, envilecido, atormentado e inmolado, no puede ser otra cosa sino un objeto de indignación, de horror para la Historia, y de estremecimiento para los reyes...

»Lamad a Napoleón cerca de vosotros: dejadle venir a reposar bajo la protección de vuestras leyes,

y que éstas disfruten de su insigne homenaje: no les privéis de su más brillante triunfo. ¿Y qué podría deteneros? ¿Sería, acaso, vuestra primera decisión? Revocándola manifestaríais a todo el mundo que entonces sólo os guió la fuerza de las circunstancias y la ley de la necesidad. ¿Sería, acaso, vuestra tranquilidad interior? Sería una insensatez sólo el pensarlo; la duda, una injuria, un ultraje a vuestras costumbres y a toda vuestra población.

»¿Sería, quizás, la seguridad de Europa? Las verdaderas circunstancias no tienen más que una época, y sólo al vulgo toca perpetuarlas y ponerlas de manifiesto mucho tiempo después que ya no existen. Napoleón en todo su poder podría ser el espanto de Europa entera; pero reducido a su sola persona no puede ser más que un objeto de admiración y de profundas meditaciones; pues, hablando de buena fe, ¿qué podría hacer en el día contra la seguridad de Rusia, de Austria, de Prusia, y de la vuestra, aun con todo su poder?

»Por último, ¿serían, acaso, sus segundas intenciones las que se podrían temer? Napoleón en el día no piensa más que en la tranquilidad. A sus propios ojos, en su misma boca, su prodigiosa carrera tiene ya toda la antigüedad de los siglos; ya no se cree en este mundo; su destino se ha cumplido. Para un alma, de tanta elevación, el poder no tiene más precio que en cuanto puede conducirle a la celebridad y a la gloria. ¿Y qué mortal acumuló tanta sobre sí? ¿No parece ya exceder la imaginación de los hombres? Sus mismos reveses, ¿no han sido para él otros tantos manantiales abundantes? ¿Existe nada que se pueda comparar a su regreso de la isla de Elba? Y posteriormente, ¿qué

apoteosis tan bella! Los duelos de un gran pueblo; un excesivo número de vosotros ha atravesado nuestras provincias, y penetrado en nuestros hogares: conocéis nuestros secretos y nuestros sentimientos. Si la patria le hubiera sido menos cara que la gloria, ¿qué hubiera podido desear después de lo que ha dejado tras de sí? Su avanzada edad, su salud decaída, el disgusto de las vicisitudes, y acaso el de los hombres, y, sobre todo, la saciedad de los grandes objetos que tanto se anhelan en el día, ya no le dejan nada de nuevo que pueda desear, sino un asilo tranquilo, un feliz y suave reposo. Ingleses, a vosotros lo pide, y se lo debéis; vosotros lo debéis a la heroica magnanimidad con que os dió la preferencia sobre todos sus otros enemigos: sabed y quered ser justos; llamadle de su destierro, y habréis consagrado la única gloria que parece faltar a vuestra condición presente. Los admiradores, los verdaderos amigos de vuestras libertades y leyes, así lo esperan y lo reclaman. Habéis engañado el concepto de cuantos se complacían en celebrar todos los bienes que dimanaban de vuestra hermosa Constitución. «¿En dónde están—dicen éstos con una ironía triunfante—esta generosidad, elevación de sentimientos, inflexibilidad de carácter, moral pública y fuerza de opinión que nos decíais ser en este pueblo libre en cierto modo superior a la misma soberanía? ¿En dónde están los frutos tan celebrados de este suelo clásico de las instituciones liberales? Todo este pomposo aparato, estas pinturas imaginarias, ¿acaso han desaparecido ante los peligros que había hecho correr un solo hombre, o bien, quizás, ante el odio o la venganza que ha dejado tras de sí? ¿Y qué más hubiera hecho este poder absoluto que defendemos, y contra

el cual tanto declamáis? Quizás hubiera hecho menos, pero por seguro que no hubiera podido hacer más. Indudablemente se hubiera manifestado sensible a la noble y magnánima confianza de su enemigo; o bien, si se hubiese decidido, porque la cosa le pareciese útil, al menos hubiera puesto más energía, más franqueza y elevación en su injusticia; no se hubiera humillado para paliar su sinrazón a los ojos de los pueblos asociándose gratuitamente a sus vecinos: cuando concluisteis vuestro inicuo tratado de ostracismo, la víctima no estaba aún en vuestro poder, y tuvisteis la vileza de tenderle una mano para apoderaros de ella, o ya la teniais, habéis sacrificado vuestra gloria, el honor de vuestro país, la santidad y majestad de vuestras leyes a solicitud extranjera.

»Ingleses, para poder contestar, vuestros amigos se ven precisados a dirigirse a vosotros: ¿qué diréis?

»Por mi parte, a pesar de una funesta experiencia de dos años, tal es todavía mi confianza en vuestros principios, que siempre cuento con vuestra justicia; y me he atrevido a hablaros, no consultando más que con mi corazón, persuadido de que de entre vuestros mismos rangos vería elevarse la defensa y los talentos dignos de esta grande y bella causa. Además, cualquiera que sea vuestra decisión, mi destino está ya fijado.

»En cualquier parte que exista la víctima, quiero ir a poner a sus plantas los pocos días que me quedan de vida (1), y en este tributo de sentimientos creeré

(1) Cuantas instancias y súplicas he hecho para conseguirlo, todas han sido inútiles, y se han quedado sin respuesta, o ésta ha sido una negativa, como podrá verse en una carta de esta colección.

no haber hecho nada sino por mí mismo. Cuando le seguí en el principio, obedecía más bien al honor siguiendo la gloria; pero en el día, lejos de él, lloro todas las cualidades del corazón que atan al hombre a sus semejantes. ¡Cuántos compatriotas vuestros le han visto de cerca, todos os dirán lo mismo! ¡Ingleses, consultadlos! ¿Es este el hombre cuyo retrato os habían hecho? ¿Habéis fallado sobre su suerte con conocimiento de causa?...

EL CONDE DE LAS CASES. »

A LA EMPERATRIZ MARÍA LUISA.

«Señora, recién venido del destierro, en el cual hacen perecer lentamente a vuestro esposo, ¡cuántos males debiera pintaros! ¡Pero sois su mujer, la madre de su hijo! ¡Cómo pudiera hablar con más energía que vuestro mismo corazón!

»He creído de mi deber hacer conocer a vuestra majestad que voy a aprovechar la reunión de los soberanos aliados para depositar a sus plantas con voz lánguida las súplicas de una suavización a la horrorosa suerte, a las crueles penas que imponen en su nombre, y que sólo puede dignamente sentir un servidor adicto cual yo, o la sangre tan próxima como la vuestra.

»Pero, señora, ¿qué podrán ser mis títulos en comparación de los derechos de vuestra majestad, santos, sagrados, poderosísimos y venerados por toda la tierra?

»Suplico a vuestra majestad que los haga valer, y la posteridad, la Historia, que también consagran co-

ronas, os ceñirán una diadema tan inmortal como la santa moral que subyuga a los hombres, y las dulces virtudes que llenan el alma de delicias (1).

EL CONDE DE LAS CASES. »

NOTA DIRIGIDA A LOS SOBERANOS ALIADOS EN EL CONGRESO DE AQUISGRÁN (OCTUBRE DE 1818).

«Señores: La majestad real no conoce jueces en la tierra. Sin embargo, ya que los mismos soberanos, despojándola de su atributo más sagrado, la han sometido a su tribunal, vengo con una reverente confianza a favor de un monarca durante mucho tiempo reconocido por todos ellos, en el día abatido por los mismos, cautivo en su nombre, y dando en este momento un ejemplo al universo de la más grande y más terrible vicisitud que presenta la historia de los siglos, ¿y quién pudiera llamarse al abrigo, si se viola la inviolabilidad?

»Fiel a su dignidad, superior al infortunio, sólo aguarda la muerte para dar fin a sus tormentos; pero yo, arrebatado inopinadamente del peñasco fatal en donde le tributaba mi obsequioso rendimiento, quiero todavía consagrarle a lo lejos los restos de una vida desfallecida, y buscar los medios de dulcificar los males que no puedo ayudarle a sobrellevar.

»Esta misión sagrada, que en este instante tengo la osadía de emprender, yo mismo me la impongo; es nacida de mi tierno afecto a su persona y en la exaltación

(1) Esta carta se puso en el correo en Viena: ignoro si llegó a su destino, aunque es muy probable que no.

de mis afecciones interiores hacia el hombre que fué mi soberano.

»Extraño en este acto a toda política, no tendré otro impulso ni tomaré más guía que la moral santa y sagrada que encadena los reyes y los pueblos: en ella apoyaré todos mis derechos, mi fuerza y mi excusa.

»Napoleón, en su peñasco, sufre los mayores tormentos, toda especie de privaciones, y es maltratado de los hombres y de las calamidades del clima. En el día es un hecho notorio, suficientemente probado por documentos auténticos, emanados de allí mismo, algunos de los cuales someto al examen de los altos soberanos aliados.

»Si para la tranquilidad del mundo, *han dicho*, se ha debido desconocer el derecho de la guerra y de las naciones, la Humanidad, al menos, parece que no puede haber perdido todos sus derechos.

»Hace ya tres años que en todas partes la paz ha sucedido a la guerra: las pasiones se han calmado, las naciones y los individuos se han reconciliado, los gobiernos y los partidos han dejado las armas, el derecho común en todas partes ha recobrado su imperio: sólo un hombre no es partícipe de estos beneficios. Vive solo, aislado aun de las leyes humanas, arrojado en un peñasco estéril, en un clima fatal, condenado a las angustias de una muerte lenta, que diariamente agravan el odio y los ultrajes. ¿Qué término se fija a tan extraordinario suplicio? Si está condenado a vivir, este estado de excepción ¿no es demasiado cruel? ¿No lo es todavía más si está condenado a morir? ¿Y cuáles son sus crímenes? ¿Quién le ha oído? ¿En dónde está el tribunal, sus jueces y los derechos de éstos? ¿Se dirá

que contra él no han podido tomarse otras garantías y seguridades que la prisión, las cadenas y la muerte? ¿Dirán que no se podía fiar de sus actos, promesas y juramentos? ¿Citarán su regreso de la isla de Elba? Esta vez, abandonando el Continente, ha abdicado toda su soberanía, ha declarado su carrera política concluída; es, pues, un estado de cosas enteramente distinto. Pero aun cuando sólo la muerte pudiese satisfacer el odio y los temores, ¿por qué no haberla dado francamente? (*Estas son sus propias palabras*). *Una muerte pronta, sin ser más justa, sería más humana y menos odiosa, y la podría considerar como un beneficio*. Esto lo ha dicho él mismo, lo ha escrito y repetido: ¿quién se atrevería a desmentir semejante aserto?

»¿Y qué motivos se podrían alegar bastante poderosos para justificar una situación tan intolerable? ¿Acaso han querido castigar sus invasiones pasadas? Los pueblos han agotado su resentimiento en la victoria, han enmudecido. ¿Se ha querido usar de represalias? Cuando Napoleón ha sido dueño en la casa de los otros, ¿se ha conducido así? Recuérdese Austerlitz, el campamento de Moravia, Viena, Tilsitt y las Conferencias de Dresde; todavía más, examínese lo que la Historia podrá defender más difícilmente: Carlos IV, cautivo en su poder, pudo a su placer, y siempre como un rey, habitar Compiègne, Marsella o Roma; Fernando, en Valencey, constantemente se vió rodeado de todas las atenciones y respetos que podía pretender. Un príncipe que le disputaba el trono cayó en su poder: ¿qué uso hizo Napoleón de la victoria? La libertad inmediata del prisionero atestigua su magnanimidad, y la Historia la consagrará al lado de los tratamientos indignos que se le hacen sufrir.

»¿Acaso han creído deber renovar para él el ostracismo de los antiguos? Pero los antiguos, repeliendo de entre ellos los talentos que creían temibles, no inmolaban su víctima, sino que la transportaban a otro universo: no la fijaban en un horroroso peñasco, no la confinaban en un clima abrasador; en una palabra, no sobrecargaban a la Naturaleza un crimen que en nuestro caso parece que nadie se atreve a ejecutar por sí mismo.

»¿Temerían, en fin, que este nombre fuese aún demasiado célebre entre nosotros? Pero en este caso es necesario que se tenga mucho cuidado en no equivocarse. La persecución siempre interesa a los pueblos, siempre remueve las masas constantemente generosas, y el que quiera hacer partidarios lo conseguirá promoviendo persecuciones. ¿De qué sirven, pues, tan extrañas y extraordinarias medidas? ¿Para qué se violaría tan atrozmente el Código de las naciones, el de los soberanos y el de los particulares?

»Entre las naciones civilizadas el furor se calma ante un enemigo desarmado, y aun entre los mismos salvajes es un objeto sagrado, principalmente si se ha entregado de buena fe.

»¿A qué fin se continuaría aun a luchar con dificultad contra lo que reclaman la política, la religión y todas las leyes de la civilización? ¿Por qué no abandonarse más bien a lo que manda la generosidad y exigen la dignidad, la gloria y los verdaderos intereses? Dígase sin rebozo que los ejemplos raros de los reyes entregados a los tormentos y a la muerte, la Historia siempre los cubrirá de infamia, no recordándolos a los pueblos sino con horror, a los reyes con estremecimiento...

»Desde que fui arrebatado de Santa Elena, ignoro personalmente las alteraciones que habrá podido experimentar el trato impuesto a Napoleón, pero antes de mi salida era intolerable bajo el aspecto de su dignidad personal y de su existencia moral y física, y aun cuando se hubiesen concedido algunas modificaciones. que algunos de sus servidores vanamente habían reclamado durante mucho tiempo, todavía no se hubiera podido cambiar la influencia mortífera del clima, ni todo el horror de aquel espantoso sitio. Estas circunstancias son de tal naturaleza, que bastan ellas solas para emponzoñar todos los manantiales de la vida; no hay en Europa un oscuro calabozo que no merezca la preferencia, ni existe un ser humano, por mucha robustez y entereza de ánimo que se le suponga, que pudiese en semejantes circunstancias resistir por mucho tiempo los terribles efectos de tan perniciosa cárcel.

»Por ello la triste víctima ha contraído una enfermedad que infaliblemente debe acarrearle una muerte temprana. Los facultativos lo afirman unánimemente, y yo, en las angustias de mi alma, vengo a exponerlo con confianza ante los augustos soberanos, esperando de su humanidad, de su propio corazón y de su sabiduría, que darán un pronto remedio.

»Ciertamente, no puede acusármese de falta de respeto y afecto a la soberanía. Los testimonios de mi vida serán en este momento una segura garantía de mi osadía ante los altos soberanos aliados, así como el sentimiento de su dignidad, sus intereses y gloria, serán siempre el de mis esperanzas y deseos.

EL CONDE DE LAS CASES.»

CARTA A SU MAJESTAD EL EMPERADOR DE AUSTRIA.

«Señor: En 10 de Febrero último deposité a los pies de vuestra majestad la solicitud y los votos de un fiel servidor en favor de su jefe.

»Dígnese vuestra majestad perdonar mi constancia, aun cuando le fuese importuna. Me animo a presentar a vuestra majestad una nota reciente en favor del que fué su hermano y después su hijo; también acompañan a ésta algunos documentos auténticos.

»Señor: Mi esperanza se cifra en las cualidades privadas y las virtudes profundas de vuestra majestad. Europa reconoce y proclama en vos el más justo, el más moral, humano y religioso de todos los hombres, y con todo, en vuestro nombre, atormentan y hacen morir a la persona que unisteis a vuestra querida hija, que vuestra elección y la religión proclamaron vuestro hijo.

»¡Ah!, señor: ¡estremeceos sólo al pensar que acaso presentarán su túnica ensangrentada...! Y si llegase el día de la justicia eterna, en el cual el Supremo Juez de los hombres y de los reyes, haciendo oír sus juicios terribles, os preguntara: «¿Qué has hecho de tu hijo? ¿En dónde está? ¿Por qué separaste al esposo de la esposa? ¿Cómo te atreviste a desunir lo que había sido juntado y bendecido en mi nombre? Yo puedo conceder la victoria según mi beneplácito; pero nadie puede abusar de ella sin incurrir en mi cólera...»

»Señor, no prosigo; quizás ya habré dicho demasiado: perdone vuestra majestad; el homicidio cometido en mi señor y ante mis ojos me arranca estos desordenados sentimientos y estos dolorosos gemidos:

puesto a vuestras plantas y fuera de mí mismo, apelo a vuestra intercesión en favor de una desgraciada víctima de la injusticia. ¡Ah, no seais insensible!...

»Soy, etc. (1).

EL CONDE DE LAS CASES.»

A LORD CASTLEREAGH, INCLUYÉNDOLE UNA NOTA
PARA LOS SOBERANOS ALIADOS.

«Milord: tengo el honor de acompañar a usía copia de una nota que me he tomado la libertad de dirigir a los soberanos aliados.

»He creído deber transmitiros la, milord, a causa del profundo respeto con que miro la persona que representáis, y de los sentimientos que me inspira el mérito personal de usía.

»Cualesquiera que sean vuestras opiniones, y aun acaso vuestras oposiciones, tenéis un alma demasiado generosa para condenar sin reserva los constantes esfuerzos de un fiel servidor, que ha dedicado hasta el último aliento de su existencia para suavizar y consolar las angustias del hombre que fué su soberano.

»Sabe todo el mundo, milord, cuánto habéis influido sobre este gran destino, y cuánto podéis influir todavía. ¡Ojalá que mis súplicas lleguen a vos! En las angustias y dilaciones de mis solicitudes he examinado el círculo de los grandes motivos que pudieran dictar vuestras terribles y crueles determinaciones, y no he podido encontrar sino el interés de vuestra patria, la

(1) Una carta igual se dirigió al emperador Alejandro, y otra al rey de Prusia.

imperiosa ley de la necesidad, la convicción del carácter y de la persona contra quien las vuestras recaían, y por último la gloria y la responsabilidad de vuestra administración. Pero, milord, ¿habéis meditado bien el conjunto completo de todos los documentos contradictorios? ¿Habéis podido agotar todas las fuentes y luces de información? ¡Ojalá me hubiese sido posible poder acercarme a usía! ¡Ojalá que mi quebrantada salud y mis cortas facultades me permitiesen exponeros dignamente cuanto siente mi corazón! Acaso os conmovierais, milord, y tal vez muchos objetos cautivarían vuestra admiración y vuestras graves meditaciones.

»Tengo el honor, etc.

EL CONDE DE LAS CASES. »

Llegó la época del Congreso, y me fuí a Francfort, adonde llegué casualmente el mismo día que hizo su entrada el Emperador Alejandro. Esta era seguramente una ocasión muy propicia para solicitar el honor de serle presentado; y su conocida afabilidad, la facilidad con que se deja acercar, y quizás también la circunstancia particular que me concernía, debían hacerme esperar que lo obtendría fácilmente: por ello todos me excitaban ardientemente, diciéndome que era el medio más seguro de conseguir mi objeto, y me acusaron malamente de no haberlo querido probar; pero yo había pensado maduramente a solas el pro y el contra de semejante paso, y estaba muy lejos de ser de la opinión general sobre la probabilidad del resultado. ¿A qué podía conducirme semejante favor? Me preguntaba a mí mismo: ¿podía espe-

rar conmover con mi elocuencia el corazón de un soberano? Y aun cuando mis palabras hubieran tenido bastante fuerza para interesarle como hombre, ¿la decisión final no debía emanar del concurso de los demás? Y, además, en aquellos momentos tan cortos y ocupados, ¿podía yo estar seguro de hablar con la regularidad con que escribía? ¿Era prudente que le entregase inoportunamente unos documentos auténticos que destinaba a todos los soberanos reunidos, lo mismo que hubiera podido entregar una petición cualquiera? Si el Emperador Alejandro se hubiera expresado conmigo sobre Napoleón, como era muy probable, de una manera que yo no hubiese podido contenerme de contradecirle, ¿no podía suceder que yo hubiese irritado y agriado al que pretendía suavizar? Esta última consideración me había determinado principalmente; tanto más, cuanto que entre todos estos inconvenientes no se me presentaba más que una sola ventaja, que me era enteramente personal, cual era el insigne favor de acercarme al primero de los monarcas, de hablar con aquel de quien Napoleón había dicho en su peñasco: «Si yo muero, él es mi heredero.»

Además, este soberano sabía que yo estaba en la ciudad; me dijeron que me había nombrado en una reunión, y yo sabía positivamente que debían haberle hablado de mí; y esto por una circunstancia bastante particular, que no puedo menos de consignarla aquí. Mi habitación en la posada en donde me había alojado, precisamente estaba contigua a la de uno de sus generales que poseía su alta confianza, y le veía a cada instante. La segunda o tercera noche después de mi llegada entró en mi aposento el dueño de la posada para decirme que este general estaba dispuesto a

recibirme, y que tendría un verdadero placer en hablar conmigo, como yo lo deseaba. Estas palabras me causaron tanta admiración, que mi primera respuesta fué que le dijese que seguramente se había equivocado; pero luego, reflexionando que acaso era una casualidad feliz que el cielo me proporcionaba, corrí precipitadamente detrás del hombre que me dió la noticia, y desde la puerta dije yo mismo que seguramente se había padecido alguna equivocación, pues yo no había tenido el honor de pedir semejante favor: a cuyas palabras, el general, corriendo hacia mí como para detenerme, y mandando a sus edecanes que se retirasen, me dijo con mucha afabilidad y cortesía que, equivocación o no, se consideraba muy feliz de una casualidad que le proporcionaba el conocerme y hablar un rato conmigo. En efecto, tuvimos una conversación muy larga, y toda, como fácilmente puede pensarse, sobre Santa Elena.

Yo sólo había ido a Francfort para hacer depositar auténticamente todos mis documentos en cada una de las respectivas legaciones. Acabada esta operación, me volví prontamente a Manheim, siempre para escapar al movimiento y a las intrigas de Francfort, en donde no dejarían muchísimos de ofrecirme acerca del Congreso servicios que decían podían ser muy importantes, proponiéndose ser agentes muy activos de mi negocio, cosa que, como era justo, hubiera debido pagar muy caro; y se ha visto que apenas tenía yo con qué poder acudir a las primeras necesidades del hombre, por cuyos intereses, nada seguros, me pedían sumas inmensas. Pero mientras duró el Congreso, y esperando alguna decisión favorable de los soberanos, quiso mi suerte que recibiese hasta en

mi soledad de Manheim nuevas pruebas de la maldad de sir Hudson Lowe, y de los malos tratamientos que proseguía ejerciendo sobre sus víctimas: en Manheim me descubrió un artillero de un navío de la Compañía de Indias, que me entregó un enorme pliego de general Bertrand.

El conde de Las Cases, a pesar de su extrema debilidad, divide su existencia entre los consuelos que envía a los cautivos de Santa Elena y los esfuerzos constantes que hace en Europa para su libertad. Infatigable en su nuevo empeño, a pesar del mal éxito de sus instancias en el Congreso de Aquisgrán, al cabo de tres años las renueva a los soberanos reunidos en Laybach; pero fueron igualmente inútiles. Debían ser las últimas; pues los acentos del héroe de la fidelidad van a confundirse con las lágrimas que derrama en la tumba del gran hombre.

Sin embargo, cuando los soberanos se reunieron nuevamente en Laybach, no pude resistir al deseo de hacer nuevas solicitudes y presentar una nueva súplica. Dirigí una carta a cada uno de los tres soberanos. He aquí la presentada al Emperador Alejandro:

«Señor, se presenta una nueva ocasión solemne de poner a los pies de vuestra majestad mis humildes y reverentes súplicas, y la aprovecho con la mayor confianza.

»No temo hacerme importuno: mi excusa y mi perdón tendrán cabida en el alma generosa de vuestra majestad.

»Señor, llamar en este momento vuestra atención y la de vuestros altos aliados hacia el augusto cautivo que durante mucho tiempo llamasteis vuestro hermano y amigo; procurar distraer vuestra atención sobre aquella víctima, cuya cruel agonía tengo siempre

presente, sé que es hacer resonar la campana lúgubre de la muerte en medio del júbilo y de los festines. Pero en esto, señor, creo que a los mismos ojos de vuestra majestad no hago más que cumplir con un honrado y piadoso deber, que para mí será siempre una lisonjera obligación, a pesar de cuantos peligros debiera arrostrar...

»Señor, reducido a mi estado achacoso y débil, que apenas me permite reunir algunas ideas, por efecto de mis facultades mentales, me contentaré con reproducir literalmente la nota que dirigí a vuestra majestad en Aquisgrán (1); tanto más, cuanto que siendo las circunstancias las mismas, sin que haya habido variación desde aquella época, nada podría hacer mejor que reproducir a vuestra majestad el mismo cuadro, los mismos hechos, raciocinios y verdades.

»Sólo si, a pesar de lo que yo entonces afirmaba y contra la opinión de los facultativos, la ilustre víctima existe todavía, si ya no ha sucumbido al peso de sus males; no pudiendo menos de hacer notar a vuestra majestad que esta prolongación inesperada de su vida, que no es más que la de su suplicio, quizás para vuestra majestad es un beneficio del cielo que la Providencia proporciona a vuestro corazón y a vuestra memoria... ¡Ah, señor, si todavía es tiempo!... ¡Pero el momento es precioso, a cada instante puede escapar a todo vuestro poder!... ¡Y qué sería entonces el setimiento tardío e impotente que no podría calmar vuestro corazón, o restituir a vuestra memoria un acto magnánimo, generoso, una gloria la más lisonjera, la más moral y recomendable a la posteridad, y

(1) Véase esta nota a los soberanos aliados, página 324.

acaso la más bien entendida con que hubierais ilustrado vuestra gloriosa vida! ¡Quiero decir el olvido de las injurias, el desprecio de las venganzas, los recuerdos de la antigua amistad; en fin, el respeto debino a la majestad real, a un *ungido del Señor!*

»Señor, desde mi llegada a Europa, separado de la sociedad de los hombres, abandonado a los más acerbos dolores, fruto de mi residencia en Santa Elena, y, por decirlo en una palabra, ya medio difunto, en mi triste soledad elevo diariamente mis manos hacia el Todopoderoso suplicándole se digne conmovier el corazón de vuestra majestad e ilustrarle sobre una parte tan esencial de sus intereses y de su gloria.

EL CONDE DE LAS CASES. »

¡Qué profecías contenían algunas de estas líneas! ¡Ah! ¡Apenas las había escrito, ya no existía!... ¡Ya había cesado de vivir y sufrir! Leyendo el *Monitor* vi en él el fatal anuncio..., que aunque no debía sorprenderme, pues tiempo hacía que lo estaba esperando, no dejó de aterrorizarme, como hubiera podido hacerlo un acontecimiento inesperado que jamás hubiera debido suceder... Al día siguiente recibí una carta de Londres con los detalles circunstanciados y las conjeturas a que podían dar motivo algunas particularidades; y esta carta concluía diciendo: «El 5 de Mayo, a las seis de la tarde, en el instante mismo en que el cañonazo anunciaba la puesta del sol, su gran alma se separó de la tierra...»

... Ya en adelante no me quedaba más que hacer que volver a mi patria. Atravesando la frontera, después de esta segunda emigración, no pude menos de

recordar las circunstancias de mi regreso cuando la primera. ¡Qué diferencia de sentimientos las distinguía! Entonces, a cada paso me parecía andar entre una población hostil: ahora sólo creo entrar en el seno de mi familia.

Mucho después volví a ver a todos mis compañeros de Longwood, y, al abrazarles, no podía menos de hacer una dolorosa reflexión. Todos nos reuníamos de nuevo, pero el hombre por quien habíamos estado en aquel fatal peñasco, era el único que se había quedado allí: ¡y esto me recordaba que él mismo nos lo había dicho junto con tantas otras cosas!...

Todos estos testigos oculares me hicieron sabedor de los pormenores y circunstancias, de los malos tratamientos, que desde mi ausencia siempre habían ido aumentando, y vi que la época que yo había conocido no fué todavía la más desgraciada.

Leí su última voluntad, vi mi nombre repetido tres o cuatro veces de su propia mano... ¡Qué emociones sentí!... Seguramente que no necesitaba esto para mi recompensa, porque mucho tiempo hacía que estaba grabada en mi corazón; ¡pero con todo, estos recuerdos eran muy apreciables y lisonjeros!... ¡Cuán preciosos eran para mí! Y aún añadía sumas inmensas para sus más allegados y más queridos.

Si algún día les pagan, esto les interesará para siempre más que a mí... Por otra parte, me hubiera complacido a no considerarme más que como un depositario: he querido aun anticiparme, pero he debido suspenderlo, porque mis medios no permiten hacer adelantos. Mi felicidad hubiera sido muy grande si hubiese podido recoger algunos veteranos civiles y militares: en nuestras veladas de invierno hubiéran-

mos hablado de sus batallas o de su buen corazón..

En fin, gracias a la intervención de uno de los mejores caracteres de la nación inglesa, recibí los papeles que se me habían detenido en Santa Elena, con los cuales yo no contaba más, a pesar de todo el vigor de las leyes. En la situación en que me había encontrado, y con los sentimientos que éste me había dejado, me creí indispensablemente obligado a cooperar, puesto que tenía los medios para ello, a hacer conocer al hombre que tanto se había desconocido, y a pesar de mi quebrantada salud, emprendí el trabajo. El cielo ha coronado mis esfuerzos permitiéndome llegar al cabo, y concluir bien o mal, como lo hago en este instante. Si he conseguido conmover los corazones justos, si he destruído preocupaciones y vencido prevenciones, he conseguido mi objeto, el más amable y lisonjero.

Passi, 15 de Agosto de 1823.

FIN

INDICE DEL TOMO TERCERO

	<u>Páginas</u>
Sigue el MEMORIAL DE SANTA ELENA.....	7
Deudas históricas.—El duque de Orleáns, regente.—Madama de Maintenón.—Su casamiento con Luis XIV	7
Campaña de Sajonia o de 1813.—Violencia; salida de Napoleón.—Reflexiones	9
Rasgos de beneficencia.—Viaje a Amsterdam; los holandeses, etc.—Asesinatos de Septiembre.—Sobre las revoluciones en general.....	23
Verros de los ministros ingleses.—Medios de Inglaterra para el pago de su deuda, etc.—Reducciones del gobernador.....	29
Mis gastos particulares.—Intenciones del Emperador en sus prodigalidades, etc.....	39
El Emperador continúa padeciendo, etc.—Alegria.—Comida pésima, vino execrable, etc	42
Poema de <i>Carlomagno</i> del príncipe Luciano; crítica.—Homero	44
Otra vez el poema de <i>Carlomagno</i> , etc.—Los hermanos y hermanas del Emperador, autores.....	46

No teníamos nada para almorzar.—Sofisma de jovialidad.—Sobre las imposibilidades, etc.....	47
Cálculo estadístico.—Población de los israelitas en Egipto, etc.....	49
El Emperador cambia y se debilita.—Se rompe la plata labrada,.....	52
Nueva vejación del gobernador.—Topografía de Italia....	53
Famoso crédito de Santo Domingo.—Inspectores de revistas, etc.—Proyectos administrativos, etc.—Gaudin, Mollien, Defermont, Lacué, etc.—Ministro del Tesoro; ministro secretario de Estado: su importancia.....	55
Sobre la sensibilidad.—Sobre los occidentales y los orientales; sus diferencias, etc.....	59
Sobre Holanda y el rey Luis. Mal humor y quejas contra los suyos.—Alta política, etc.....	62
Fervor de trabajo.—Ideas y proyectos de Napoleón sobre nuestra historia, etc.—Sobre las obras publicadas, etc.—M. Méneval.—Pormenores curiosos, etc.....	67
Mi <i>Atlas</i> —Fatalismo.—El gobernador insiste en vano para que lo reciba el Emperador.....	74
Jurisprudencia, Código, Merlin, etc.—Monumentos de Egipto.—Proyecto de un templo egipcio en París.....	76
El Emperador lee mi <i>Diario</i> y me dicta.—Conferencia entre el gran mariscal y el gobernador.....	79
El <i>Diario</i> .—Circunstancia particular.—Imperio de la opinión.—Talma, Crescentini, etc.....	82
Combate de Ulises y de Irus.—Noverraz sería nuestro rey, etc.....	85

El polaco, preso por el gobernador.—Palabras del Emperador sobre su hijo y sobre Austria.—Nuevas vejaciones.—Nuevos ultrajes.—Palabras sobre el lord Bathurst.....	86
Nuestras ansias y penas con motivo de las nuevas restricciones.—Anécdotas de Campo-Formio, Cobentzel, Gallo, Clarre.....	89
Un sueño del Emperador.....	97
Necesidades del Emperador.—Sus recursos en el príncipe Eugenio.....	98
Declaración que se mandó al gobernador.—Libros modernos, retratos falsos creados por el espíritu de partido, etcétera.—General Maison.....	100
Dificultades del gobernador sobre nuestras declaraciones.—Opinión del Emperador.—Conversaciones del gobernador con cada uno de nosotros.—Observaciones del Emperador.—Nuestra esclavitud.....	102
Expulsión de cuatro de nuestros compañeros. Primeros años del Emperador.....	109
Expedición de San Luis en Egipto.—Nuestras mujeres actuales.—Madama de Staël.—Los escritores enemigos de Napoleón.....	111
Esmero con los heridos en los ejércitos.—El barón Larrey.—Circunstancia característica.....	114
El Emperador acepta mis cuatro mil luises.—Tragedia de <i>Eurípides</i> en su integridad, ordenada para el teatro de Saint-Cloud.—Mariscal Jourdan.....	116
Resumen de Julio, Agosto, Septiembre y Octubre.—De la	

obra del doctor O'Meara.—Proceso que le intentó sir Hudson-Lowe.—Algunas palabras en defensa del <i>Diario</i>	119
Sobre la guerra de Prusia.—Intenciones de Napoleón.—Instrucciones oficiales.....	132
Continuación de los dolores.—Inmoralidad, vicio el más funesto de los soberanos.....	135
El Emperador viola las reglas de la medicina.—Ha mandado toda su vida.—Él fué el primero que nos apellidó la <i>Gran Nación</i>	137
Debilidad del Emperador.—Su salud continúa alterándose sensiblemente.—Inquietudes del médico.—Nuestros prisioneros en Inglaterra.—Los pontones, etc.....	139
Amberes.—Grandes intenciones de Napoleón.—Una de las causas de su caída.—Sus generosos sentimientos negándose al tratado de Chatillon.—Obras marítimas.....	146
La salud del Emperador se va agravando; melancolía.—Anécdotas joviales.—Dos ayudantes de campo.—Casca-belada del general Mallet.....	151
Continuación de las dolencias, y reclusión del Emperador.—Hubiera debido morirse en Moscou o en Waterloo.—Elogio de su familia.....	155
La Geografía, pasión momentánea.—Mi <i>Atlas</i> .—Cama de parada que llegó de Londres, verdadera ratonera.....	159
Situación física de Rusia: su poder político: palabras notables.—Noticias sobre la India inglesa.—Pitt y Fox.—Ideas de economía política: compañías o comercio libre.—Almenas contra los oficios, etc.—M. de Suffren.—Opiniones del Emperador sobre la Marina.....	161

Organización imperial; prefectos; auditores del Consejo de Estado; motivos de los grandes emolumentos; intenciones futuras, etc	174
Guerra de los caminos reales.—Dumouriez, más audaz que Napoleón.—Detalles sobre la princesa Carlota de Gales: el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, etc.....	177
Varios objetos muy importantes. — Negociación de Amiens: primer acto diplomático del primer cónsul.— De la reunión de los pueblos de Europa.—De la conquista de España.—El peligro de Rusia.—Bernadotte.....	183
El Emperador tenía poca confianza en los resultados de 1815.—Temístocles.—Obra del barón Fain sobre la crisis de 1814.—Abdicación de Fointainebleau: particularidades.....	196
La espada del gran Federico.—Esperanzas de que el león se adormecerá.—Nuevos ultrajes del gobernador: se me lleva mi criado, etc	209
Nuevas ocupaciones del Emperador.—Sobre los grandes capitanes, la guerra, etc.—Sus ideas sobre varias instituciones para el bienestar de la sociedad.—Abogados.—Curas.....	213
Los actuales ministros ingleses.—Todos los ministerios, otros tantos hospitales de leprosos; excepciones honrosas.—Sentimientos de Napoleón por los que le han servido.....	224
Nueva mención sobre los generales de Italia.—El padre de uno de sus ayudantes.—Obscenidades de París.—Novela abominable sobre los jugadores.....	236

Poniatowski, verdadero rey de Polonia.—Rasgos característicos sobre Napoleón. — Dichos varios; notas perdidas.....	240
Sobre las dificultades de la Historia.....	246
Visita clandestina del criado que me habían quitado.— Sus ofrecimientos.—Segunda visita.—Tercera visita: yo le confío misteriosamente mi carta al príncipe Luciano, lo que fué causa de mi deportación.....	250
Mi separación de Longwood.....	254
Reconocimiento judicial de mis papeles.....	257
Carta al lord Castlereagh incluyendo otra dirigida al príncipe regente.....	261
Carta al príncipe regente de Inglaterra.....	264
Carta del Emperador Napoleón al conde de Las Cases....	272
Carta escrita a María Luisa, desde el cabo de Buena Esperanza, y dirigida a Europa.....	276
Carta al príncipe de Metternich, acompañando la precedente.....	278
Carta a su majestad el emperador de Rusia.....	280
Carta del conde de Las Cases a lord Bathurst.....	284
Petición al Parlamento de Inglaterra.....	302
A la Emperatriz María Luisa.....	323
Nota dirigida a los soberanos aliados en el Congreso de Aquisgrán (Octubre de 1818).....	324
Carta a su majestad el Emperador de Austria.....	329
A lord Castlereagh, incluyéndole una nota para los soberanos aliados.....	330

BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

ANTOLOGÍAS

«AZORÍN».—*Páginas escogidas.* (Autocrítica y comentarios del autor.)—Un tomo de 408 páginas.

ANTONIO MACHADO.—*Páginas escogidas* (Autocrítica y comentarios del autor.) Un tomo de 328 páginas.

A. PALACIO VALDÉS.—*Páginas escogidas.* (Autocrítica y comentarios del autor.) Un tomo de 380 páginas.

«CLARÍN» (Leopoldo Alas).—*Páginas escogidas.* (Selección, prólogo y notas de *Azorin*.) Un tomo de 395 páginas.

MIGUEL DE MONTAIGNE.—*Páginas escogidas.* (Selección, prólogo y notas de P. Villey. Traducción de E. Díez-Canedo.)—Un tomo de 364 páginas.

F. DE QUEVEDO VILLEGAS.—*Páginas escogidas.* (Selección, prólogo y notas de Alfonso Reyes.)—Un tomo de 403 páginas.

- ENRIQUE HEINE.—*Páginas escogidas*. (Traducción de Enrique Díez-Canedo, con prólogo y apéndices biográficos y anecdóticos.)—Un tomo de 500 páginas.
- Pfo BAROJA.—*Páginas escogidas*. (Autocrítica y comentarios del autor.)—Un tomo de 500 páginas.
- RUIZ DE ALARCÓN.—*Páginas escogidas*. (Selección, prólogo y notas de Alfonso Reyes.)—Un tomo de 421 páginas.
- LOS TRÁGICOS GRIEGOS.—Esquilo, Sófocles y Eurípides. (Selección y comentario de P. Girard. Traducción de Agustín Millares.) (En prensa.)
- M. MAETERLINCK.—(Traducción y prólogo de E. Gómez Carrillo.) (En prensa.)
- R. DEL VALLE-INCLÁN.—(Autocrítica y prólogo del autor.) (En prensa.)

NOVELA

- RAMÓN PÉREZ DE AYALA.—*La pata de la raposa*. (Novela. Edición revisada y corregida.)—Un tomo de 338 páginas.
- JULES RENARD.—*Zanahoria (Poil de carotte)*. (Novela. Traducción de E. Díez-Canedo.)—Un tomo de 351 páginas.
- GASTÓN LEROUX.—*La esposa del sol*. (Novela. Traducción del francés.)—Un tomo de 413 páginas.
- D. CIRICI VENTALLÓ.—*La tragedia del diputado Anfrúns*. (Novela de costumbres políticas.)—Un tomo de 414 páginas.
- STENDHAL (Henri Beyle).—*La Cartuja de Parma*.

(Novela. Traducción de Manuel G. Morente.)—Dos tomos de 392 y 360 páginas.

DON JUAN MANUEL.—*El Conde Lucanor*. (Edición y prólogo de Francisco J. Sánchez Cantón.)

TEATRO Y POESÍA

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO.—*Los galeotes*. (Comedia premiada por la Real Academia Española. Edición revisada y corregida.)—Un tomo de 304 páginas.

CARLOS ARNICHES.—*Sainetes*.

F. DE ROJAS.—*La Celestina o Tragicomedia de Calisto y Melibea*. (Prólogo y edición de E. Díez-Canedo.)—Un tomo de 352 páginas.

ARCIPRESTE DE HITA.—*Libro de Buen Amor*. (Prólogo y notas de Alfonso Reyes.)—Un tomo de 352 páginas.

GARCILASO DE LA VEGA Y JUAN BOSCÁN.—*Obras poéticas*. (Prólogo y edición de E. Díez-Canedo.)—Un tomo de 320 páginas.

LOPE DE VEGA.—*Teatro*, tomo I. *La estrella de Sevilla, El castigo sin venganza, Peribáñez y el comendador de Ocaña, La dama boba*. (Prólogo de Alfonso Reyes.)—Un tomo de 348 páginas.

CERVANTES.—*Teatro*, tomo I. *La Numancia, Los baños de Argel*. (Prólogo de Justo Gómez Ocerín.) (En prensa.)

CALDERÓN.—*Teatro*, tomo I. *La vida es sueño, El mágico prodigioso, El principe constante, El alcalde de Zalamea*. (Prólogo de Justo Gómez Ocerín.) (En prensa.)

Poema de Mio Cid y otros monumentos primitivos de la poesía española.

CRÍTICOS Y ENSAYISTAS

MONTESQUIEU.—*Cartas persas*. (Traducción y prólogo del Abate Marchena.)—Un tomo de 368 páginas.

BALTASAR GRACIÁN.—*Tratados: El héroe, El discreto, El oráculo*. (Edición y prólogo de Alfonso Reyes.)—Un tomo de 300 páginas.

JOSÉ DE CADALSO.—*Cartas marruecas*. (Prólogo y edición de Azorín.) Un tomo de 324 páginas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.—*Greguerias selectas*. (Prólogo de Rafael Calleja.)—Un tomo de 358 páginas.

JUAN DE VALDÉS.—*Diálogo de la lengua*. (Prólogo de J. Moreno Villa.)—Un tomo de 288 páginas.

BALTASAR CASTIGLIONE.—*El Cortesano*. (Traducido por Boscán.)—Un tomo de 336 páginas.

FILÓSOFOS Y MÍSTICOS

FRAY LUIS DE LEÓN.—*Los Nombres de Cristo*. (Prólogo y edición de Enrique de Mesa.)—Dos tomos de 319 páginas.

F. B. JEVONS.—*La idea de Dios en las religiones primitivas*. (En prensa.)

J. ADAM.—*Platón: ideales morales y políticos*. (En prensa.)

HISTORIA Y BIOGRAFÍA

NAPOLEÓN EXPLICADO POR SÍ MISMO: *Memorial de Santa Elena*, por LAS CASES.—Tomo I.—336 páginas.

PLUTARCO.—*Vidas de hombres ilustres*.—Un tomo de 304 páginas.

C. H. W. JOHNS.—*Asiria*. (En prensa.)

C. H. W. JOHNS.—*Babilonia*. (En prensa.)

J. D. ANDERSON.—*Los pueblos de la India*. (En prensa.)

VIAJES

E. GÓMEZ CARRILLO.—*La sonrisa de la esfinge*. (Sensaciones de Egipto.)—Un tomo de 320 páginas.

RICARDO FORD.—*El país de lo imprevisto*. (Notas de un viaje a España.) Prólogo y traducción de Enrique de Mesa.—Tomo I. (En prensa.)

RICARDO FORD.—*El país de lo imprevisto*. Tomo II. (En prensa.)

LITERATURA POPULAR

CALILA Y DIMNA.—*Antiguas fábulas*. (Edición y prólogo de Antonio G. Solalinde.) Un tomo de 292 páginas.





B.P. de Soria



61168498
DR 2070



1
2

NAPOLEON
EXPLICADO
POR SI
MISMO

III



DR

2070